Graciela Ramos

LA BOCA ROJA del RIACHUELO



SUMA de letras

Graciela Ramos

La boca roja del Riachuelo

Suma de Letras

SÍGUENOS EN

megustaleer

 **@Ebooks**

 **@megustaleerarg**

 **@megustaleerarg_**

Penguin Random House Grupo Editorial

Al Sagrado Corazón de Jesús,
por iluminar cada día mi camino

PRÓLOGO

Entre 1914 y 1918 los dos presidentes que gobernaron la Argentina —el conservador Victorino de la Plaza y el radical Hipólito Yrigoyen— adoptaron la neutralidad frente a la Primera Guerra Mundial, que, iniciada en territorio europeo, pronto iba a adquirir alcance global.

Cuando Yrigoyen asumió la presidencia de la Nación, la ciudad de Buenos Aires contaba con más de medio millón de obreros que se desempeñaban en el sector industrial. La mayor parte de ellos vivía en el sur de la ciudad. Talleres y pequeñas industrias poblaban los barrios obreros de La Boca, Nueva Pompeya y Barracas, mientras que, en la provincia de Buenos Aires, Avellaneda se destacaba por la presencia de los frigoríficos.

Dicha concentración geográfica contribuyó a la formación de una cultura de la clase obrera, sus valores, sus costumbres, sus ideales compartidos. Esta comunidad aspiraba a una sociedad más justa donde no existiera la explotación del hombre por el hombre mismo. Donde la bandera del progreso flameara para todos.

Mientras mayor era la desocupación y, por lo tanto, la demanda de empleo, mayor era la facilidad de los empresarios para minimizar sus gastos en el pago de la mano de obra.

Socialistas y anarquistas competían para ganarse la adhesión de los trabajadores.

Entonces todo comenzó a salirse de control. Los empresarios despedían a los obreros, bajaban los salarios y, lejos de atender las demandas de los trabajadores por mejorar la calidad de vida, los castigaban por reclamar algo que les correspondía por derecho propio, por derecho humano.

Paralelamente, en la misma época, se desarrollaba con gran libertad el ejercicio de la prostitución. Esta red de mafiosos nació por el año 1889, en manos de un grupo de rufianes polacos judíos, conocido como el Club de los 40. Fue el embrión de lo que le siguió, la Varsovia y luego Zwi Migdal. Tras la Primera Guerra Mundial dicha organización mafiosa (La Varsovia en ese momento) entra en su máximo apogeo.

Estos delincuentes reclutaban niñas de entre trece y dieciséis años en sus aldeas de origen en Polonia o Rusia, les prometían trabajos como asistentes domésticas en ricas familias judías o matrimonios con prósperos y acaudalados jóvenes que las estaban esperando. En cambio, en el mismo viaje, las niñas eran sometidas a maltratos y violaciones. Preparadas para luego servir como prostitutas en los burdeles de la Sociedad Israelita de Socorros Mutuos Varsovia de

Barracas al Sud y Buenos Aires o bien subastadas al mejor postor en el café Parisien, entre otros…

Cuento en esta ficción los detalles íntimos de las vidas de las personas comunes que fueron afectadas por los coletazos de las buenas o malas decisiones que se tomaron en este período de nuestra historia: la Semana Trágica, la Liga Patriótica, la Varsovia, las políticas anarquistas. Definitivamente, todos hacedores de nuestra cultura.

A las víctimas de la tremenda Semana Trágica, a ellos dedico mi libro.

PRIMERA PARTE

Todos piensan en cambiar el mundo, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo.
LEÓN TOLSTOI

Capítulo 1

Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino acababa de cumplir catorce años. Era hija de don Zoilo, salteño de primera cepa, ferviente admirador del general Güemes, y de Hana, una bella polaca que había llegado para iluminar su vida, pero muy débil de salud; falleció cuando Rosa María era aún muy pequeña.

En la cálida estancia, en la provincia de Salta, la niña creció amada por su padre y rodeada de sirvientas regordetas que respetaron cada uno de sus caprichos. La historia del general Güemes, relatada a diario por don Zoilo, y los cuadros que posaban elegantes en las paredes determinaron y dieron marco a la ideología familiar.

El mismo día que cumplía nueve años fue galardonada en el colegio con una distinción especial por un hermoso poema que ella misma había escrito, homenajeando al general Güemes. Don Zoilo estaba tan orgulloso y agrandado que no entraba en sí. Desde ese momento se lo hacía declamar a Rosa María en cada evento o cena de la que participaban. Ella, ya resignada ante los sucesivos pedidos de su padre, inhalaba profundo, luego se ponía de pie y bamboleando los brazos y revoleando los ojos para todos lados, sabiendo que las miradas estaban sobre ella, recitaba su composición.

La cocina. Ah, Rosa María vivía en la cocina. Dominga, una mulata de caderas anchas y motas en la cabeza, le había enseñado todos sus trucos. La niña había adoptado a su cocinera como si fuera su propia madre. Juntas, le ponían nombres a cada plato. El preferido de todos era el picante de panza. Entre ambas lo habían denominado “La cazuela de la reina”.

La casa era grande, con muchos cuartos, pasillos y galerías. Rosa María disfrutaba de cada rinconcito de su hogar. Algunas veces se ponía los vestidos que habían sido de su madre y desfilaba. Otras, se convertía en reina y —completamente identificada en su rol actoral— perseguía a los criados, exigiendo que cumplieran sus órdenes. Era tanto el cariño que todos le tenían que se ponían a su merced y terminaban jugando con ella.

A pesar de ser huérfana de madre, don Zoilo se encargó de que su hija creciera feliz. Era una niña curiosa, ávida de saber y conocer. Sin darse cuenta, se había convertido en una jovencita muy culta; siendo todavía muy pequeña, leía los diarios que llegaban a la casa. A escondidas de don Zoilo, hurgaba la biblioteca familiar y encontraba tesoros cada vez más interesantes. Se impresionó con la vida de Facundo Quiroga, relatada por Sarmiento. Quedó presa de sus propias emociones con Echeverría y sus *Rimas*. Estuvo dando vueltas y buscando respuestas luego de la

lectura del *Dogma socialista* del mismo autor. Machado, José Hernández, Mármol, entre tantos otros escritores, deslumbraron y dieron luz a esa mente fértil y ávida de saber. Lloró, se rio y se emocionó con las novelas que encontró en un estante lleno de telarañas y humedad, en un recóndito lugarcito de la biblioteca. Su preferida era *Wuthering Heights* de Ellis Bell, obra que luego se publicaría con el nombre verdadero de su autora, Emily Brontë. A escondidas de todos, con esa novela perfeccionó su inglés.

Era una niña más bien solitaria, tenía algunas amigas, pero siempre ponía excusas para no asistir a las tertulias; prefería apoltronarse en algún sillón, debajo de los robustos árboles en verano, o calentita frente al hogar, en invierno, siempre con la compañía de un libro.

Todo comenzó una tarde. ¡Maldita tarde! Rosa María había concluido sus clases de piano, disfrutaba de la música, era ella la que en cada crepúsculo endulzaba los oídos de todos con bellas melodías. Tenía un breve recreo hasta que llegara el profesor de matemática. Cada día repetía la rutina, caminaba hacia la cocina a buscar los buñuelos de banana. Dominga se los dejaba tibios en un plato, sobre la mesa, tapados con un repasador. El aroma la guiaba sin escalas, pero ese día, cuando pasó por la puerta del escritorio de su padre y la vio cerrada, se detuvo. Siempre estaba abierta, se hallara él adentro o no.

Pegó la oreja, custodiada por la palma de su mano, en la puerta de madera y reconoció, entre los murmullos, la voz de su tío Alberto. Sonrió. Siguió escuchando. Supuso que estarían hablando de la situación política de Salta, como la noche anterior cuando dedicaron un rato de la cena a comentar sobre don Zerda —el gobernador del clan—; así le decían por sus posturas bien definidas a la hora de defender a su gente. A Rosa María le gustaba escuchar las conversaciones ajenas, cuando las personas hablaban distendidas, sin cuidarse de la presencia de ella. Impulsada por la curiosidad, giró con cuidado el pestillo de la puerta, con la intención de tomarlos por sorpresa y asustarlos. Espió y entonces los vio. Apenas parpadeó y volvió a mirar. Había algo que no estaba en su lugar. Siguió escuchando murmullos e incluso le pareció oír un quejido. Se quedó muy quietita, casi sin respirar, mirando. “¡Por Dios bendito!”, se dijo. ¿Qué estaba pasando…? Su tío Alberto estaba recostado sobre el escritorio y su padre encima de él. ¡Estaba descompuesto! Cuando sintió el impulso de abrir la puerta con todo y correr a ayudar se dio cuenta de que había algo más. Su padre tenía los pantalones y los calzones por la rodilla.

Se quedó dura. Helada. Y aunque sentía ganas de vomitar no podía sacar los ojos de la escena. Luego, cuando reaccionó, cerró la puerta sigilosamente y se alejó lo más rápido que pudo.

Acostada boca arriba en su cama, tenía los ojos como huevos y el corazón entumecido. “¿Papá? ¿Era papá? ¿El que estaba fornicando con el tío Alberto era papá? No, no puede ser, mi padre es un señor, sí, un señor macho. No es ningún marica”, pensaba. Cerró los ojos con fuerza

para borrar de su cabeza la imagen de su padre trepado sobre el culo de don Ramírez Cuesta.

El asco le provocaba náuseas, parecía que la cabeza le iba a explotar y las lágrimas de impotencia comenzaron a rodar sobre sus mejillas rojas de ira.

Su padre, el conocido don Zoilo, más macho que todos los machos, era un marica.

Capítulo 2

Luego de esa tarde, su apacible y cándida vida cambió para siempre. Comenzó a seguir a su padre como una sombra, pero cuidándose de no levantar sospechas. Necesitaba confirmar que lo que había presenciado no era un mal sueño, que la relación carnal de su padre con su tío, don Alberto Ramírez Cuesta, era un hecho. Y lo confirmó. Unos días después, a la hora de la siesta, cuando se suponía que estaba estudiando en su cuarto, se acercó sigilosamente al despacho de don Zoilo y pudo ver cómo a su padre lo montaba don Alberto. Vio cómo los bigotes de don Alberto se perdían en la bragueta de su padre. Toda una historia de amor, como las que leía en las novelas. ¿Amor? ¡Pero, qué asco! ¿¡Cómo podía ser tan pervertido!? ¡Su propio padre! La repulsión y la náusea se apoderaron de su espíritu…

Don Alberto Ramírez Cuesta era amigo de don Zoilo desde que ella tenía uso de razón. Era un hombre soltero y sin hijos. Y, por lo que parecía, bien maricón. Igual que su padre. Rosa María sentía que su cabeza estaba a punto de explotar. Las apasionadas imágenes de su padre con su tío la perturbaban. Sintió que el amor filial comenzaba a trastabillar. Tenía que hacer algo. Tal vez tomar distancia. Aclarar las cosas. Pero definitivamente no quería hablar con su padre de un asunto tan delicado. Sería como perderle el respeto. Además, si había algo que no estaba en discusión era el amor que don Zoilo sentía hacia su hija.

Dominga la vio pasar como un refucilo corriendo a encerrase en su cuarto. Enseguida fue tras de ella.

—Pero, *m'hijita*, ¿qué le ha *pasao*? —decía con las palmas blancas de sus manos negras apostadas sobre la pesada puerta de madera, trabada desde adentro con la tranca cruzada.

—Nada, Dominga, vaya que ya voy —dijo con voz temblorosa, intentando disimular su estupefacción.

Se cubrió la cara y lloró en silencio, asqueada por lo que había descubierto. ¿Y ahora? ¿Por qué todo se había vuelto tan oscuro, tan triste? ¿Por qué sentía tanto asco? ¿Dominga estaba al tanto de todo esto? ¿Cómo iba a mirar a los ojos a su padre si esa imagen horrible de ambos hombres fornicando estaba fija en su mente? Sintió los golpes de Dominga otra vez del otro lado de la puerta. Se levantó y sacó la tranca.

—¿Qué le pasa a mi niña? ¡Desembuche! Me dejó *plantao* al pobre *ojudo* de las matemáticas y ahora me sigue encerrada.

—Nada, Dominga, no me moleste, quiero estar tranquila —contestó—. Me duelen la cabeza y

la panza.

Dominga la miró con desconfianza, sabía que estaba mintiendo, pero decidió seguirle la corriente. Apoyó la palma de la mano sobre su frente.

—*Usté mi* está *encubando* algo —dijo—. Mejor le traigo un poco de aguadulce y un buñuelo de banana.

Rosa María abrió los ojos, y al fin el estómago ganó la pulseada.

—Bueno —aceptó.

Comer algo le alivió un poco el estado de ánimo, pero la puntada en el pecho seguía. No sabía qué hacer con toda esa información que le carcomía el espíritu.

Trató de disimular su tristeza y de despistar un poco a Dominga, que no le sacaba los ojos de encima. Bien abrigada, dio un largo paseo por el jardín, después regresó a la casa y ordenó sus cosas, esquivando el encuentro con su padre. Lue- go de un rato, Dominga tuvo que ir a recordarle que don Zoilo la estaba esperando para cenar. Rosa María llegó fingiendo una sonrisa, pasó al lado de su padre y en vez de estamparle un beso en la mejilla como hacía cada noche, apenas le palmeó la espalda y se sentó frente a él.

La cena transcurrió prácticamente en silencio. Con la vista en el plato, contestó lacónicamente las preguntas que don Zoilo le hizo y, apenas pudo, se retiró de la mesa.

Recluida en la oscuridad de su cuarto, pensaba y lloraba. Sabía que nunca podría decirle que se había enterado de esa relación enferma que mantenía con su tío. Pero tampoco podía seguir viviendo con toda esa información quemando su cabeza, se estaba volviendo loca. La opción de hablar con Dominga quedó descartada enseguida, seguro que ella también lo sabía.

¿Puede el amor desaparecer por una situación adversa que cuestiona los dogmas teológicos de la fe? Tal vez no tendría que ser así, pero su corazón comenzaba a rechazar todo lo que viniera de su padre. ¡Qué difícil le resultaba! ¡No podía ni mirarlo a los ojos! Menos aún tocarlo. No era justo para nadie seguir con esa actitud, pero, ¿qué podía hacer?

Entendió que lo único que le quedaba por hacer, lo correcto, lo más justo para todos, era irse. Lejos, muy lejos… Tomar distancia, ventilar su mente que estaba llena de rabia y asco. Quedándose allí no podía. Pero ahora debía pensar cómo se iría, adónde y con quién.

La excusa perfecta sería viajar con el objetivo de estudiar. Algunas de sus conocidas se habían ido a Córdoba, otras a Buenos Aires e incluso algunas habían viajado a Europa. La única solución por el momento era irse. Sí, estaba claro, tenía que alejarse, dejar pasar el tiempo, aclarar sus sentimientos, entender, luego comprender… Esa era la solución.

Pasaron varios días y Rosa María soportaba cada vez menos la presencia de su padre. El tiempo no estaba ayudando para nada. Lo único que necesitaba era no verlo más. Cuando estaba junto a don Zoilo le costaba tratarlo con respeto. Tenía que hacer mucho esfuerzo para no despreciarlo; ya no dejaba que la abrazara. Conversaba lo justo y necesario, y cuando su padre le preguntaba si le sucedía algo, se excusaba y se retiraba a su cuarto. Luego venía la culpa, esa que

cuestiona todo, que pega fuerte en el centro del pecho y corta la respiración.

Finalmente, una noche luego de la comida tomó valor y se dirigió a don Zoilo:

—Padre, tengo que hablar con usted —dijo—. ¿Quiere que nos sentemos en los sillones al lado del hogar? Hace mucho frío esta noche.

—¿Qué pasa, hijita? Hace días que la veo así, como distante.

—Es que tengo que hablarle de algo importante.

Se sentaron uno frente al otro, al costado del hogar.

—¡Despache nomás! —dijo don Zoilo mientras se prendía un puro.

—Quiero viajar a Buenos Aires…

Don Zoilo detuvo el movimiento de las manos, la miró y se puso pálido.

—¿A Buenos Aires?

—Sí, padre, siempre lo quise. Es mi gran sueño. ¿Podré cumplirlo? Imagínese si pudiera estudiar en Buenos Aires… La hija de los Triverio se fue a estudiar a Europa, eso queda más lejos.

—Pero usted estudia, *m'hija*.

—Sí, aquí. Yo quiero ir a la universidad.

—¿Universidad? —preguntaba don Zoilo asombrado.

—Sí, padre lo que le quiero decir es que me quiero ir de Salta.

—¿Y por qué ahora, así, de golpe?

—Hace mucho que lo pienso, padre. Puedo ir a vivir a un convento en Buenos Aires. ¿Qué le parece? Me adapto a la vida de la ciudad, estudio. Usted me visita todas las veces que quiera…

—No sé, no puedo ni pensar en la idea de que usted se vaya de la casa —contestó don Zoilo francamente perturbado con la noticia.

—Padre, si no me voy ahora, igual cuando me case me voy a ir. Y la verdad es que casarme está bien lejos en mi vida. No es algo que me ocupe el pensamiento, yo quiero estudiar y, tal vez, viajar un poco.

—Bueno, mi niña. Deje que lo mastique, es que se me quedó *atorao* en el garguero todo esto.

—Bueno. Yo me iría en unas semanas. Digo, si está de acuerdo, ¿no?

—¿Ya? ¿Pero qué le pasa, *m'hija*? ¿Qué bicho de viajes le picó justo ahora?

—Piense, padre, mañana lo organizamos. Sería muy lindo que usted me acompañara en esta decisión. Fíjese que de mis amigas quedan pocas en Salta. Casi todas se fueron a cumplir con sus destinos, algunas se casaron, otras se van a casar y otras se fueron a estudiar.

—Es que no entiendo. Así, de repente. ¿Por qué? ¿Acaso le pasó algo?

—No, no. Hace mucho que lo pienso, lo que pasa es que nunca me animo a conversar con usted sobre el tema.

—Mire, Rosa María, a mí no me parece adecuado, usted es muy chica —don Zoilo empezó a negarse con más firmeza.

—Es la edad para casarme o estudiar, yo quiero estudiar, ojalá usted lo entienda.

Don Zoilo vio la tristeza en los ojos de su hija. ¿Tan importante era para ella ir a estudiar? La verdad es que siempre fue una niña muy intelectual. Pero nunca se imaginó que le plantearía irse a Buenos Aires.

—Yo lo entiendo, hija —don Zoilo apagó el cigarro antes de terminarlo. Se puso de pie y sintió una fuerte puntada en el pecho que casi le cortó la respiración.

—Mañana seguimos, mi niña linda, me duele un poco la cabeza —dijo, y luego se retiró de la sala.

—Hasta mañana, padre. Que descanse. Mañana, si le parece, organizamos mi viaje a Buenos Aires —insistió Rosa María.

Don Zoilo no contestó. La noticia le había caído peor de lo que se imaginaba. Caminó hasta su cuarto, abrió la puerta y se recostó en la cama; sintió que le faltaba el aire. Se quiso levantar pero no pudo. Quiso gritar, pero las palabras no salían de su boca. La impotencia le explotó en el corazón. ¿Cómo le iba a explicar a su hija que toda su fortuna ya no le pertenecía? La estancia, su casa, hasta algunas joyas estaban en manos del banco para solventar la cantidad de deudas que había contraído desde que la crisis había comenzado a expandirse por todo el territorio. Ya no le compraban los cultivos ni las reses como antes. ¿Cómo le iba a explicar que no tenía dinero propio ni para que llegara hasta la estación Güemes? Estaba fundido. Y ahora su chiquita quería irse a estudiar a Buenos Aires…

Las lágrimas silenciosas rodaban una detrás de otra por sus mejillas. Su mirada quedó fija. Eterna. Su corazón, tal vez cansado de tantos disgustos, dijo basta. Y se detuvo.

Esa misma noche, Rosa María tampoco pudo dormir. Sentía añoranza de lo que había sido su vida perfecta hasta que ocurrió lo que ocurrió. La angustia era su nueva compañera de viaje. Daba vueltas en su cama, se sentía incómoda. No podía dormir. Claro, irse era la mejor solución, jamás podría darse por enterada de semejante escándalo. Cada vez sentía más vergüenza, más repulsión. ¿Cómo iba a seguir viviendo en su casa si no podía tolerar la presencia de su padre y menos aún de su tío?

El sol entró en la casa de los Peñaloza Montesino al mismo tiempo que resonó el grito de Dominga.

Algo había sucedido, algo grave.

Rosa María se levantó de un tirón y corrió hacia la habitación de su padre. ¿Qué había pasado ahora?

—No entre, mi niña, *juera, juera* —gritaba Dominga con los brazos extendidos en cruz, bajo el quicio de la puerta del dormitorio principal.

—¿Qué pasó, Dominga? ¿Mi padre está bien? —preguntó la joven, refregándose los ojos.

—Nada, mi niña, vaya que ya voy… —contestó la negra.

—Bueno, entonces voy a entrar a verlo —sentenció.

—¡No!

Rosa María la observó y se dio cuenta de que Dominga tenía los ojos irritados, había llorado. Hizo una gambeta y logró ingresar en el dormitorio. Allí estaba don Zoilo, acostado en su cama, dormido. Se acercó y le tomó la mano.

—¡Mi Dios! ¡Está helado, padre! —dijo, y enseguida giró la cabeza sin soltar la mano de su padre—. ¡Urgente, llamen al médico, mi padre está helado!

Se quedó sentada al costado de don Zoilo. Todos la miraban en silencio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miran así? ¡Ay, mi Dios! ¡Ay, mi Dios! ¡Está muerto! ¡Yo lo maté! ¡Dominga, yo maté a mi padre! ¡Ayer le dije que me quería ir de Salta! —sollozaba sobre el pecho de don Zoilo.

Dominga, parada a su lado, se tapaba la boca con ambas manos y sollozaba desconsoladamente. El dolor y la confusión reinaban en la habitación.

Rosa María, acongojada, tuvo el deseo, la ilusión de regresar el tiempo para atrás, pero eso no era posible. Veía el rostro de su padre lívido, sus facciones revelaban paz, incluso parecía sonreírle. Enseguida apartó la mano, no podía soportar el frío de su piel; sus manos siempre estaban calentitas, al igual que su rostro.

Luego de un rato, se dejó arrastrar por Dominga hasta la cocina. Algunos criados se encargaron de avisar a todos los conocidos acerca de la repentina muerte de don Zoilo. Don Alberto fue el primero en llegar. No tenía consuelo el hombre. Preguntaba, pedía explicaciones y se hacía repetir una y otra vez cómo había sucedido.

—No puede ser, si ayer nomás estuvimos conversando de lo más bien —el hombre gemía y sollozaba como un niño por la repentina partida hacia el otro mundo de su querido amigo.

Cuando don Alberto entró en la cocina, Rosa María levantó la cabeza y lo miró con sus ojos celestes, intensos, irritados por el llanto y enfurecidos de dolor. Una mirada silenciosa, severa. El hombre estaba tan confundido con la tremenda e inesperada noticia que no percibió la inusual distancia de la joven y la abrazó con todas sus fuerzas. Ella se quedó inmóvil, como una piedra. Con la mirada fija en un punto cualquiera recibió las condolencias de su tío del corazón.

El velorio se realizó en la casa, se taparon todos los espejos y los cuadros con mantas oscuras. Dominga le improvisó a Rosa María un vestido negro con mantilla, y crespón para todos los criados de la casa.

Bloqueo emocional, eso era lo que tenía Rosa María. Dura, perpleja y con la mirada perdida, parada al costado del cajón de su padre y escoltada por don Alberto, saludó fríamente a todos los que habían acudido a despedir a don Zoilo, desde el gobernador hasta el panadero. Dominga le propuso descansar un rato, comer algo, beber una infusión… pero nada, se quedó allí todo el

tiempo, parada como una estatua.

La carroza funeraria fue el acontecimiento del día. El mismísimo obispo santiguó el cajón de don Zoilo en la iglesia antes de partir al cementerio.

Rosa María todavía no había logrado comprender que su padre estaba muerto y ya lo estaban llevando encerrado en un cajón para enterrarlo. Ojalá estuviera soñando. Percibió que sus piernas se aflojaban. Sintió los brazos de don Alberto y de Dominga que la sostenían y luego se desmayó.

Cuando despertó, don Zoilo ya descansaba en paz en su tumba y ella en su cama.

—¡Dominga! ¿Qué pasó? Mi padre…

—Mi finadito *ya istá* descansando en paz, mi niña. Déjelo que se vaya tranquilo.

Rosa María quiso levantarse y advirtió que el cuerpo no le respondía a la velocidad que ella pretendía.

—¡Quiero ir al cementerio! ¡Ahora!

—*Usté* no *mi* llega ni hasta la puerta con la *debilitación* que tiene… Se me queda ahí acostadita y cuando junte las *juerzas* yo misma la llevo al cementerio. Nuestro finadito ya no está más con nosotros.

Se recostó nuevamente. En silencio. Las lágrimas rodaban sin parar sobre sus mejillas.

"¡Qué hice, qué hice, Dios del cielo, qué hice, maté a mi padre! —pensaba—. Si yo no le hubiera dicho que me iba, qué boca tan floja que tengo. ¿Qué voy a hacer ahora sin él? Ay, padre, perdón; perdón, por favor. No supe qué hacer cuando me enteré de esa cochinada que hacían con el tío Alberto. ¿Qué nos pasó? Me siento tan aturdida, tan culpable, tan perdida… ¿Y ahora? Ay, papito, qué lío tengo en mi corazón. Ayúdeme usted desde el cielo, tengo que entender, tengo que seguir adelante. Pero no sé cómo, no sé qué hacer."

El tiempo se detuvo para Rosa María. ¿Una hora? ¿Un día…? No lo sabía, no le importaba. Sola en el mundo y absolutamente confundida.

Capítulo 3

Esa mañana, bien temprano, Dominga ingresó al cuarto de Rosa María con una taza humeante de una infusión que había preparado ella misma. Le había puesto poleo, malva, espinillo, arcayuyo y muña muña. Mezcló todos los yuyos con té y luego pasó una brasa roja por azúcar, la vertió en la taza y cuando se apagó la retiró. El aroma que despedía era intenso.

—Niña, está don Alberto. Quiere conversar con *usté.* La viene persiguiendo desde que el don Zoilo se convirtió en santito —le dijo mientras le imponía con la mirada que se bebiera todo el té.

—En un momento voy —contestó, resignada.

Tenía que seguir adelante. Las cosas habían sucedido. Por más que quiso borrarlas de su cabeza, dormirse y volver a despertarse, cuando abría los ojos la misma realidad la esperaba. Estaba convencida de que ella era la culpable de la muerte de su padre por haberle dicho que quería irse de Salta. Don Zoilo había muerto de tristeza por su culpa.

Luego de una larga media hora, en la que tomó fuerzas para enfrentarse con lo inevitable, se presentó en la sala.

—Rosa María —dijo don Alberto apenas la vio ingresar y se puso de pie.

—Hola, tío Alberto —contestó ella con un hilo de voz, y se sentó en uno de los sillones, dejando al hombre haciendo piruetas para disimular el rechazo al abrazo que había intentado darle.

—¡Es culpa mía, tío, que mi padre se haya muerto! —fueron las palabras que salieron de su boca. Luego se tapó el rostro con ambas manos y se puso a llorar. No era así como había pensado arrancar la conversación con don Alberto.

—¡No, querida! No se culpe —dijo y se levantó para acercarse a Rosa María—. Su padre estaba preocupado por la situación que nos tiene a maltraer. No quiso contarle nada, mi niña, para que usted no se inquietara. Su padre se murió porque no pudo soportar ver cómo le iban a quitar todos sus bienes. No por culpa suya. Por favor, querida, no se culpe. Su padre la amaba más que a su propia vida —la voz de don Alberto se quebró de tristeza—. Hace tiempo que venimos luchando con la situación que cada vez se pone más espesa. Zoilo no quiso vender nada, quiso conservarlo todo, pero, bueno, esta semana le dieron la noticia de que le rematarían sus bienes porque no cumplió con los pagos como se había acordado con el banco. Es eso, lo que le estoy contando, lo que llevó a su padre a la tumba, no usted, que es lo que más quería en el

mundo. La adoraba…

Rosa María lo miró por primera vez, se encontró con los ojos hinchados de don Alberto; se notaba que había llorado mucho, frunció el ceño y lo interpeló:

—¿Y por qué usted, tío, no está en la misma situación que estaba mi padre?

—Porque yo vendí una parte de mis campos y con eso puse al día mis deudas, Zoilo no quiso vender nada… Cada uno tomó sus propias decisiones.

—Pero ustedes dos siempre hacían todo juntos, todo. ¿Por qué esta vez no?

—Porque justamente nuestra relación de amistad de una vida entera estuvo muy custodiada por el respeto. Siempre charlamos todo, pero cada uno tomaba sus propias decisiones… Él estaba convencido de que todo iba a cambiar y que, entonces, podría arreglar su situación.

Quiso abrazarla, pero Rosa María volvió a escabullirse con disimulo. Sintió pena por su padre, por don Alberto y también por ella. Pero no podía aceptar su abrazo. Lo intentó, pero no pudo. En su maltratada mente corrían las imágenes de su padre encima de su tío, luego en el cajón…

—Rosa María, se vienen tiempos oscuros. Usted sabe, mi niña, que puede contar con mi casa, con la estancia. Lo que usted disponga es suyo. Soy su padrino, no se olvide. A partir de este momento yo voy a velar por usted y su felicidad. El tiempo va a ayudar a que se acomoden las cosas; este dolor intenso que sentimos hoy, con el tiempo tal vez se apacigüe un poco.

Rosa María lo miraba en silencio. ¿Cómo su padre pudo…? Bueno, ni siquiera en pensamientos podía reproducir *eso*. Sintió que las palabras no salían, pero hizo un esfuerzo, para algo estaba allí, para algo había aceptado conversar con él, debía anunciarle sus planes.

—Tío Alberto, yo me voy para Buenos Aires. Ya no tengo nada aquí, ni siquiera mi casa. Mi padre nunca me contó que las cosas no estaban bien. Supongo que para no preocuparme, pero ahora es mi dura realidad. Así que sí, voy a aceptar, de lo que me pertenece, algo de dinero para el viaje.

Don Alberto, nervioso, frunció el ceño.

—Pero, Rosa María, ¿y luego qué va a hacer allá, tan lejos, solita? ¿Por qué esa decisión tan repentina?

—No es repentina, tío. Yo ya había conversado con mi padre, por eso pensé que se había muerto, porque yo me quería ir…

En ese mismo instante don Alberto comprendió la culpa de la niña.

—Pero claro que no, seguro que no le iba a gustar que usted se fuera tan lejos, pero al contrario, bien vivito que querría estar para vigilarla todo el tiempo. Saque ya mismo esa culpa de su espalda, a su padre lo mataron los gobernantes de turno que hacen las cosas bien para el carajo, no usted —decía mientras observaba cómo Rosa María suspiraba, aliviada—. ¿Pero por qué se quiere ir a Buenos Aires, mi niña querida?

—Porque quiero estudiar. Acompáñeme, tío, para que me pueda ir, no me haga las cosas complicadas, por favor —le suplicó. No le podía contar el verdadero motivo de su partida que,

en realidad, era huida.

—¿Por qué tiene que ser ya mismo? ¡Qué difícil, Rosa María, se acaba de ir su padre y ahora usted…!

—Tío, yo me voy de viaje, pero voy a volver.

—Me llena el corazón de pena, usted es mi hija también… Bueno, como si fuera mi hija —dijo don Alberto y sus mejillas se pusieron de color tomate maduro.

Repentinamente, Rosa María pensó en su madre. ¡Claro! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ellos siempre habían sido amigos, siempre habían estado juntos. Seguramente su madre había muerto porque los había descubierto. ¡Ay, Dios! Su mente iba a estallar.

—Tío, la decisión ya está tomada. Ayúdeme a viajar, y listo —la voz de Rosa María sonó como un témpano de hielo.

Don Alberto estaba sorprendido, algo le había pasado a esa niña que vivía colgada de su cuello, tironeando sus bigotes. Ahora la sentía distante… "Tal vez es la edad, está en esa etapa difícil —pensaba—. O tal vez la muerte de don Zoilo… algo le pasa a Rosa María."

—Lo que quiera, mi niña. Pero, por favor, piénselo un poquito, nada más. Ahora uno está tan triste que todo se ve nublado.

—No, tío. Mi padre sabía que yo me quería ir. Él me dijo que me iba a acompañar y todo —mintió.

—¡Entonces la acompaño yo!

—¡No! —dijo terminantemente—. ¡No es necesario! Quiero hacer este viaje sola, y más ahora que mi padre ya no está. Me va a ayudar a despejar la cabeza. Yo le voy a escribir cada día, solo tiene que ayudarme, por favor.

—La voy a ayudar, ahijada, con todo. Quédese tranquila —terminó aceptando—. Aunque no esté de acuerdo… —dejó en claro.

Don Alberto trató de sacar otros temas para quedarse conversando un rato más con Rosa María, pero ella no le dio lugar a nada. Cuando los silencios ya ocupaban el tiempo del diálogo, entendió que era hora de retirarse. Le prometió arreglar los papeles para que ella pudiera irse tranquila y le aseguró que él se haría cargo de todo, de los embargos, de los papeles. Todo.

Capítulo 4

Don Alberto la miraba, hacía un gran esfuerzo para no pestañear y de esa forma evitar que las lágrimas cayeran como cascada. Era vergonzoso todo lo que ya había llorado.

—¿Está segura, no quiere pensarlo un tiempo más? ¿Se va a ir así nomás? Ah, si su padre estuviera aquí *mismito*… —decía mientras ayudaba a Rosa María con los últimos papeles para su traslado a Buenos Aires.

—Sí, tío. Necesito este viaje. Me va a ayudar a aceptar la muerte de mi padre, a estar lejos cuando el banco se quede con nuestra casa… Y todo lo que se viene, ¿no?

—Pero, ¿por qué sola? ¿Por qué no se la lleva a Dominga para que la acompañe?

—No, tío, es mejor que vaya sola. Dominga ya está grande y ella también necesita un respiro. Que se quede en su casa. ¿Me promete que la va a cuidar?

—Sí, querida, Dominga se viene conmigo. Vamos a tratar de salvar la casa. Yo me voy a ocupar de todo con los abogados. Escríbame, hija —decía don Alberto.

—Sí, le voy a escribir —le aseguraba Rosa María con un hueco en el corazón. Por un lado, tenía ganas de correr a abrazar a ese hombre que había sido tan paternal como su propio padre, pero enseguida se le venía a la mente la imagen de los dos hombres fornicando, y el asco la inundaba, el ceño se le fruncía y se alejaba de don Alberto lo más que podía.

Dominga trató por todos los medios de convencerla de que se quedara un tiempo, le suplicó que lo pensara bien, pero Rosa María estaba convencida, quería irse, iba a irse, enseguida.

Ya estaba todo listo: una dirección, algo de dinero y algunos baúles llenos de recuerdos era todo lo que tenía. No quiso despedirse de nadie, ni de las amigas, ni de sus profesores. Se fue, escapando, huyendo.

Dominga no paraba de llorar, la llenó de recomendaciones, de paquetes con comida, la abrazó fuerte, le acarició tiernamente el rostro… Don Alberto mantenía la distancia que Rosa María le imponía, lloraba en silencio. Había tratado por todos los medios de retenerla, pero no pudo. Allí estaba, lista para irse a Buenos Aires, tan pequeña, tan inocente. Tan sola.

La imagen de Dominga y don Alberto despidiéndola fue lo último que vio de su Salta natal. Se fue. Sin decir nada, sin reproches, sin palabras. Se fue con su verdad atragantada, que ardía, dolía.

Mientras su mirada se perdía en los coloridos cerros que la alejaban de su provincia, la adrenalina de lo desconocido, la tristeza por la muerte de don Zoilo y el repulsivo recuerdo de su

padre y su tío fornicando daban vueltas por su cabeza. El viaje en tren pasó por su vida como si no lo hubiese vivido. Su mente estuvo tan ocupada que no se dio cuenta del tiempo transcurrido. Cuando abrió los ojos ya había llegado. Quiso volver para atrás, recorrer el camino, pero otra vez entendió que para atrás no se vuelve. Sintió la impotencia de entender que lo que se perdió no se recupera.

Esa sensación la perturbó, le hizo sentir un vértigo desconocido, todo pasaba muy rápido y de manera impredecible. Estaba lista para emprender una nueva vida y dejar todo atrás. Nunca más volvería a Salta, nunca más hablaría de su padre. Era tiempo de olvidar y empezar de nuevo. Tal vez, algún día, las cosas se aclararan en su cabeza, o tal vez no…

Ruido, Buenos Aires era una ciudad ruidosa. Congestionada. Había gente por todos lados. Rosa María no salía de su asombro. Se sintió chiquita, asustada. Era tan distinto a lo que ella se había imaginado.

Pidió ayuda para contratar un coche de alquiler. Luego de subir todos los baúles, Rosa María sacudió su falda, puso un pie en el pescante, saltó y se sentó, se acomodó en el asiento, y luego de leer el papel que le había dado su tío Alberto le gritó la dirección adonde tenía que llevarla. El cochero revoleó el látigo de cuero sobre el lomo del caballo y salieron zumbando. Una sensación de ímpetu y aventura le subió por la boca del estómago. Se agarró de las dos barandas, una por cada mano. Abierta en cruz y sentada con los dos ojos como huevos fritos, circulaba por Buenos Aires.

Tanta gente, autos con ruedas, bicicletas, colectivos y tranvías. Le producía vértigo ver cómo todos convivían en la calle sin chocarse. A los manotazos limpios y tomándose la cabeza de vez en cuando, ¡uf!, por fin llegaron. Rosa María miró a un lado y a otro, intentando ubicarse; la dirección que llevaba la dejaba justo enfrente de un almacén. Se quedó sentada, quieta. El cochero le informó que tenía que bajarse, que esa era la dirección y, luego, le ayudó a descargar todo su equipaje, recibió su paga y se fue.

En ese preciso momento salía del almacén un señor alto, panzón y con graciosos bigotes. Se quedó parado frente a Rosa María, con los pulgares enganchados en los diminutos bolsillos de su chaleco. Le llamó la atención ver a la niña parada en la calle con todos esos bártulos.

—¿Señorita…? —le dijo.

Rosa María lo miró, revisó nuevamente el papel donde estaban los datos anotados y luego dijo:

—Perdón, señor, busco a don Ismael.

—Soy yo. ¿En qué puedo ayudarla? —la interrumpió enseguida.

—Soy… sobrina de don Alberto Ramírez Cuesta y él me dio una carta para usted —decía

mientras hurgaba en su bolso de mano—. ¡Aquí está! Tal vez usted pueda ayudarme —le extendió el papel y fijó sus ojos en el rostro de don Ismael.

El hombre, con el ceño fruncido, tomó la carta, sin dejar de observar a Rosa María. Mientras la leía, comenzó a enrollar el extremo de su bigote con la mano que le quedaba libre, en actitud pensativa.

—¡Qué desgracia! ¿Y usted no tiene más parientes? —preguntó.

—No, don.

Silencio.

—¿Nada de parientes ni aquí ni en Salta?

—No, don.

Don Ismael pensaba y pensaba. Miraba a Rosa María, tan linda, tan pura, tan inocente. ¡Qué oportunidad! Era como un regalo del cielo. En ese instante estacionaba el coche que venía por él.

No podían estar ocurriendo tantas, y tan beneficiosas, coincidencias. Minutos antes de que llegara Rosa María, don Ismael estaba preparándose para ir a dar la cara con sus socios. Las dos chicas que tendrían que haber llegado de Polonia nunca llegaron. Nunca se bajaron del barco en el que tenían que venir. Desconocía los motivos por los cuales no viajaron, pero había sido él quien había hecho las gestiones y quien se había comprometido con sus socios. Y ahora tenía a esa niña ahí, como un regalo del cielo. Tal vez…

—¿Y cuánto tiempo tiene pensado quedarse?

—La verdad, don Ismael, es que me quiero quedar a vivir aquí, en Buenos Aires. No tengo intenciones de regresar a Salta.

—Bueno, mire, usted va a venir conmigo. Justamente hay un trabajo que puede comenzar ahora mismo, incluso puede vivir allí también.

Rosa María le sonrió. No podía tener mejor suerte.

—¡Qué alegría, don Ismael! Mi tío me dijo que hacía mucho tiempo que no se veían, incluso pensó que tal vez usted no se acordaría de él.

—Sí, me acuerdo, hace tiempo le vendí algunas cosas. ¡Bueno, si está de acuerdo, vamos!

—Sí, claro que estoy de acuerdo, y estoy muy agradecida con usted, don Ismael. La verdad es que tenía un poco de miedo.

—¡Vamos, niña! Este es mi coche, subamos su equipaje y vamos enseguida —decía don Ismael y con el rabillo del ojo espiaba para todos lados—. ¡Vamos, vamos!

—Muchas gracias. Es usted muy bondadoso —le dijo sin obtener respuesta. Subieron todo y luego ellos dos. El coche comenzó su marcha.

Luego de un rato, el folklore de Buenos Aires seguía inundando los ojos de Rosa María. El tranvía, que todo el tiempo parecía que iba a atropellar a las carretas o los autos; los buhoneros, que hacían peripecias para que no se les cayera la carga. La joven se preguntaba cómo lograban trasladar todo. Otra vez a los manotazos y agarrándose la cabeza cada vez que un coche tirado

por caballos pasaba finito al lado de una bicicleta. Don Ismael la escudriñaba de reojo.

Luego de un buen rato, el mateo se detuvo.

—Es aquí —dijo el hombre.

Rosa María elevó la vista y se encontró ante una casa grande, de dos pisos, con jardín y rejas al frente. Era la más vistosa de esa cuadra. Descendieron los dos y mientras el cochero, a pedido de don Ismael, bajaba los bártulos de la muchacha ella comenzó a caminar detrás de él.

—No, usted espere aquí unos minutos, regreso enseguida —le dijo, abrió la primera puerta de reja y se perdió detrás de un cerco de ligustro.

Luego de un rato, Rosa María, exhausta, se sentó sobre uno de los baúles. Esperó, esperó, hasta que volvió a aparecer don Ismael con el dedo pulgar metido en el bolsillito de su chaleco y la otra mano acomodando su bigote.

—Bueno… ¿Cómo era que se llamaba?

—Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino, salteña de nacimiento.

—Ah, bueno, usted se va a quedar aquí. Va a empezar a trabajar enseguida y la van a alojar. ¡Tuvimos suerte! —dijo.

Detrás de don Ismael apareció un jovencito con el rostro cubierto por las alas del sombrero. Espiando disimuladamente a Rosa María, y con esfuerzo, ingresó el equipaje de la niña por la parte trasera de la casa.

—Yo… ¿me quedó aquí? —preguntó, con inseguridad.

—Sí, en esta pensión la van a atender bien. Yo le voy a avisar a su tío para que se quede tranquilo que usted ya tiene trabajo y ya está ubicada —repitió—. ¿Tiene algo de valor o dinero que quiera que le guarde? Por las dudas, para que no lo pierda.

—Gracias —contestó con alivio. Así no tenía que hacerlo ella, no tenía nada de ganas de volver a comunicarse con él, nunca más—. No, no tengo nada —mintió—. Muchas gracias por preocuparse.

Apenas terminó la frase se abrió la puerta principal y salió una mujer.

Don Ismael se volvió, miró a Rosa María y le dijo:

—Ah, venga señorita… Rosana. Le voy a presentar a madame Jeanne, ella va a estar a su cargo por un tiempo.

—Rosa María —corrigió la joven.

Al ver a madame Jeanne, la joven se quedó con la boca abierta. La mujer era alta y muy bella, a pesar de los años que se notaba que tenía encima. Pero su forma de vestir, tan colorida, tan escotada, le impactó y le gustó al mismo tiempo.

—Se me olvidó su nombre —dijo la mujer mirando a don Ismael.

—Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino —intervino antes de que el hombre abriera la boca.

—Rosita —dijo madame Jeanne.

—No, Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino —aclaró.

—¡Vamos, pase Rosita! ¡Vamos, vamos! —dijo, intercambió algunas palabras en *idish* con don Ismael y luego se despidieron.

—¿Es una pensión para señoritas? —preguntó.

Madame Jeanne la miró sarcásticamente.

—Sí, claro, para señoritas —suspiró, revoleando los ojos para todos lados. Siempre lo mismo… ¿A cuántas muchachas había iniciado en el trabajo? No se acordaba, eran muchas. Pero esta no era judía, era una linda cruza.

Madame Jeanne, originaria de Polonia, era la regente del burdel Las Camelias. Ya no recordaba el día en que bajó del barco y don Ismael, un pariente lejano, luego de saludarla en *idish*, le presentó a su primo segundo, el que sería su esposo por varios años, hasta que la muerte lo alejó de ella para siempre. El mismo día, y luego del velatorio, don Ismael le ofreció continuar con el trabajo que ejercía su marido y le propuso ser la regenta de Las Camelias. Enseguida aceptó y se mudó a la casa en la que funcionaba el burdel. Tal vez como venganza por tantas noches sola, esperando y sabiendo que su esposo estaría revolcándose con las jovencitas recién bajadas de algún barco, tal vez para no quedarse sola y fuera del ámbito social en el cual solo aparecía del brazo de su esposo. La cuestión es que aceptó enseguida y adoptó un nuevo nombre, ya no era Irenka, ahora era madame Jeanne. Y le gustaba serlo… Con su decisión logró sorprender a sus conocidos, quienes no esperaban ver el enorme vuelco que dio su vida.

Capítulo 5

Apenas puso el primer pie del otro lado de la puerta, Rosa María se dio cuenta de que no estaba en una casa común. Las paredes estaban pintadas de color rosa y bordó. Las arañas pendían del techo y estaban tapadas con telas. La alfombra roja apenas dejaba entrever el piso entablado. En el fondo, una tarima de madera adosada a la pared, rodeada de mesas. ¿Dónde estaba? Siguió caminando detrás de madame Jeanne. Atravesaron un patio cubierto por una parra, que lejos de animar el ambiente con su aroma dulzón contaba el frío del espeso invierno que estaba transcurriendo. El piso, con baldosas negras y amarillas en damero, terminaba en una galería con muchos cuartos, cuyas puertas y postigos estaban cerrados. Seguía otra abertura que conducía a un segundo patio. "¡Qué grande es este lugar!", pensó Rosa María, mirando todo a su alrededor.

—¡Celide, Celide! —gritó madame Jeanne.

—¡Sí! Aquí estoy —contestó una jovencita abriendo la puerta de uno de los cuartos. Rubia, alta y de tez blanca, impactaba por sus grandes ojos verdes.

—Llevá a la Rosita con vos, va a compartir tu cuarto y te va a ayudar en la cocina. ¡Vamos!

—¿Por qué la ponen conmigo a la nueva? —preguntó en un entrevero de idiomas.

—¡Porque lo digo yo! —terminó.

Celide bajó la cabeza y comenzó a despotricar en *idish*.

Rosa María, un poco confundida, caminó detrás de Celide. Cuando ingresaron al cuarto un fuerte olor a encierro la impactó de lleno. Como todo mobiliario había dos camas con una mesita en el centro y, apoyado sobre una de las paredes, un armario desvencijado de madera.

—¿Rosita? —preguntó Celide.

—Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino —contestó.

—Rosita —afirmó, mirando fijamente a Rosa María.

—Bueno —aceptó.

—¿Vos te las arreglás para hacer algo? —le preguntó, sentada en una de las camas, mientras la recorría con la mirada. Pensaba que esta no era como todas las nuevas. Era diferente.

—Sí, sé cocinar —dijo Rosa María, parada al pie de la otra cama, con las manos cruzadas sobre su falda.

—Vas a cocinar en mi lugar, entonces —afirmó.

—¡Voy a estar un tiempo en esta pensión, hasta que consiga un trabajo y pueda, bueno…! —le decía en voz bien alta. Tenía la sensación de que a Celide, así como le costaba hablar, también le

costaba escuchar.

—¡Che, no soy sorda!, ¿eh? —le contestó antes de salir apresuradamente del cuarto; tenía que ir a contarle al resto que había una nueva.

Rosa María se quedó parada al lado de la cama, inmóvil. No se animaba a moverse. Un escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo. ¿Dónde estaba? ¿Qué era ese lugar? Y esa chica, ¿de dónde era? Una detrás de otra, las preguntas sin respuesta la acorralaban. Aunque si miraba las cosas desde otro punto de vista, era mejor haber conseguido una pensión y no estar involucrada con una familia desconocida. Su nueva compañera no era muy amable, pero bueno, seguro que ya se conocerían y las cosas iban a cambiar. Además, era evidente que allí había más pensionadas. Se fastidió por ser tan positiva, o tan ingenua; sus vísceras le indicaban que no estaba todo tan bien como ella pretendía.

Guardó la mayor parte de su equipaje debajo de la cama, dejando los baúles que no entraban apilados uno encima del otro, al costado del precario mueble de madera gastada. Luego se alisó el vestido con las manos, el cual, por cierto, ya pedía un poco de jabón, y salió al patio. Caminó hacia la única puerta abierta de par en par; era la cocina.

—Ah, bueno, viniste para acá. Mirá, hay… esto —dijo Celide, levantando con la punta de los dedos un pedazo de mondongo crudo y arrugando la cara—. ¿Lo *podé* cocinar? —la cocina no era su fuerte, la nueva la podía salvar.

—¡Mondongo! —exclamó con tanto entusiasmo como si hubiera visto a un amigo—. Yo lo preparo —agregó, y comenzó a relojear el lugar. El calorcito que emanaba de la cocina a leña era motivador.

Por primera vez Celide le regaló una sonrisa y Rosa María se sintió tan emocionada que se puso en acción enseguida. Tenía que caerle simpática a esa señorita hosca. Abrió las puertas de una vitrina vieja, apostada sobre la pared despintada frente a la puerta de ingreso, observó lo que había allí dentro, sacó una tabla y comenzó a picar una cebolla que enseguida la hizo llorar. Apoyó una olla de guisa con agua sobre el hierro caliente de la cocina, le agregó laurel y puso a hervir el trozo de mondongo entero. Celide la miraba sentada en un banco y acodada en la mesa. “Esta sí que sabe de cocina”, pensó. Luego picó ajo, una zanahoria vieja que encontró y un zapallito. Puso aceite en otra olla más pequeña y comenzó a freír todo, poniendo la cebolla y el ajo primero. Enseguida el aroma inundó el ambiente. Agregó tomates picados. Escurrió el mondongo, lo dejó enfriar. Lo trozó en pequeños rectángulos y los doró en grasa. Cuando estuvo listo, le agregó la salsa que había hecho y lo dejó cocinar un buen rato. Calentó un bollo de pan viejo hasta que desprendió el aroma de la levadura, exquisito, dulzón. Tomó uno de los platos enlozados, puso un cucharón del guiso de mondongo que seguía bramando en la olla, arriba un puñado extra de salsa y al costado una feta de pan. Lo colocó frente a Celide, se sentó y se quedó mirándola.

—Listo, hoy: “La cazuela de la reina”.

—Rosita, esto está *pa chupetearse* los dedos, las chicas te van a adorar —dijo la muchacha ante el primer bocado.

—Me llamo Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino —contestó—. La Rosita —agregó.

—Loca —dijo Celide

—Rosa —terminó Rosita.

Ambas comenzaron a reír. Enfrentadas en la mesa, Celide, entre bocado y bocado, le contó que estaba aprendiendo castellano. Las otras chicas le enseñaban, y cuando tenía tiempo, copiaba palabras de las revistas en un papel y trataba de memorizarlas. Rosa María le dijo que le gustaba cocinar y que estaba contenta de conocerla. También se ofreció a ayudarla con el castellano, y con el francés, y con el inglés. Celide se quedó con los ojos abiertos, sin pestañear.

—¡Sos *charlatana* vos, eh! —exclamó.

—¡No! Es verdad, y también matemática, piano…

—Cerrá el buzón que van a seguir saliendo *patrañas* de ahí.

—Es verdad, te lo puedo demostrar y todo.

Celide la miraba con desconfianza, esa Rosita se las *daba*, estaba segura. Tenían casi la misma edad, ¿en qué tiempo había aprendido todo eso?

En pocos minutos, el aroma trascendió las paredes del lugar y empezaron a desfilar las mujeres por la cocina. Todas tenían aproximadamente la misma edad. Rosa María las miraba y las escuchaba hablar, intentando descubrir de dónde provenían. La entonación de sus voces, sus modismos al hablar iban delatando sus orígenes. Despeinadas, pintarrajeadas, algunas aún tenían las pestañas postizas puestas.

—Pues *coños*, ¿qué ha *pasao* en este lugar, es que el mismísimo señor de las especias ha *bajao* a condimentar esta comida? —preguntó Mecha con su tonada española.

—Pues seguro que vos no fuiste, Mecha —agregó otra voz, ingresando por detrás y con la misma música en sus palabras.

—Yo soy Teresa —se presentó—. ¿Vos sos la Rosita? —le preguntó.

—Sí, bueno, me llamo Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino.

—La Rosita —dijo Celide y rieron todas.

Se acomodaron alrededor de la mesa y sin mucho preámbulo cada una estiró su mano con un plato enlozado, para que Rosita —como ya la habían rebautizado— les sirviera. Rosa María asumió enseguida su rol y comenzó a servirles a todas.

—Pues, nueva, ¡cómo cocinás! Nos *has dao* una alegría a las tripas —dijo Mecha luego de pasar el pan por el plato y dejarlo limpio.

Rosa María sonrió. Se ruborizó al ver como todas la observaban y susurraban entre ellas.

Terminaron todo el mondongo, o “La cazuela de la reina” como se los había presentado Rosa María al servirlo. Rascaron la olla con la cuchara de madera y siguieron con el pan; la dejaron casi limpia.

Celide, Mecha y Teresa se quedaron ayudando a Rosita con los platos y las ollas, y el resto desapareció como por arte de magia.

—Dice que sabe un montón de idiomas y que yo puedo aprender bien el castellano —dijo Celide.

—Y eso que sos bastante burra —bromeó Mecha con Celide—. ¿Es verdad que sos estudiada? —se dirigió ahora a Rosa María, mientras la escudriñaba de arriba abajo—. ¿En qué barco llegaste? ¿Estás sola?

—Sí, bueno, estudié idiomas, y también piano… Y no, no llegué en ningún barco, vine en tren.

—Ah, esta es una charlatana… —agregó Teresa despectivamente.

Rosa María bajó la mirada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Repentina y dolorosamente se sintió menospreciada, invadida. Esa sensación no le gustó nada.

—¡Bueno, che! A lo mejor está diciendo la verdad —Celide salió al rescate.

Las hermanas se dieron cuenta de que Rosa María estaba al borde del llanto y optaron por quedarse calladas. Las cuatro, en silencio, terminaron de acomodar y limpiar todo. El frío de la tarde invitaba a la siesta. Rosa María seguía dando vueltas por la cocina, repasando con un trapito lo que tenía por delante. Estaba tan ansiosa que no podía parar. No se podía controlar. Se sentía francamente incómoda.

—¡Anda, chica, que te sientes! —le gritó Mecha.

Rosa María se sentó junto a ellas alrededor de la mesa.

—Pues cálmate —le dijo Teresa.

—Si no bajaste del barco, entonces, ¿de dónde venís? —preguntó Celide mirando de reojo hacia la puerta.

—Yo vengo de Salta. Mi padre falleció y me vine a Buenos Aires a buscar trabajo, a continuar con mis estudios. Don Ismael me recomendó y me trajo hasta acá, hasta esta… ¿pensión de señoritas?

—¡Claro! ¡Viejo que las trae! —dijo Mecha enojada.

—No es una pensión de señoritas, Rosita. Estás en un burdel, o como quieras llamarlo. Te engañaron como a todas. No digas nada que nosotras te estamos *avispando* porque después la ligamos, ¿eh? —dijo Teresa.

Rosa María empalideció.

Mecha se levantó, agregó unos leños a la cocina y puso la pava sobre el hierro caliente.

Estaba en un burdel en Buenos Aires. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Acaso había estado todo planeado por don Alberto? No, no podía ser.

Levantó la vista y miró a sus tres nuevas amigas. Compañeras de la tragedia. Inspiró hondo.

—Y ustedes, ¿cómo llegaron hasta aquí? —preguntó, para saber, para entender. ¡Estaba en un prostíbulo! Era el lugar de las putas. No quería desesperarse, tenía que controlarse.

—La Celide llegó en un barco hace varios años. La pobre vino a casarse con *el* Pedro, que por supuesto nunca había *conocío*. Pero eso es lo que le dijeron al infeliz de su padre. Que acá, junto al Pedro, tenía un gran porvenir…

—¿Y *el* Pedro? —preguntó.

—Rosita, *el* Pedro no existe, nunca existió, es un engaño —aclaró Celide.

—¿Y por qué no se escapan?

—Cómo nos vamos a escapar si estos infelices están todos *entongados*. Los policías, los políticos, los curas… todos vienen a fornicar acá —dijo Teresa.

—Ah. ¿Y cartas? ¿Por qué no escriben cartas? Tal vez sus familias puedan venir a buscarlas —insistió, y Teresa contestó:

—¿Para qué? ¿Para angustiar a su familia y para que el padre de la Celide se cuelgue de un árbol por ser tan *cojudo* y regalar a su hija? No, Rosita, es mejor que ellos piensen que ella aquí está feliz, construyendo su nueva vida. Y bueno… —decía mientras Celide asentía con la cabeza con los ojos irritados por contener las lágrimas.

—Apenas llegué me llevaron a otro burdel, y como me porté muy bien vine a este. Llegué justo el día que cumplía trece años. Ahora tengo dieciséis. Y soy una *curve*…

—¿Una *curve*? —preguntó Rosa María.

—Sí, una *curve*, una puta —aclaró Celide con tristeza.

—Ustedes son hermanas, ¿no? —preguntó Rosa María para cambiar la conversación.

—Sí, sí, somos hermanas. Mellizas.

Pero ya no podía escuchar, Rosa María comenzó a llorar en silencio. En silencio, de esos silencios que hablan con las miradas, con los gestos. ¿Cómo había llegado a ese lugar? ¿Y si se levantaba, iba hasta la puerta y desaparecía?

—¡Bueno, bueno! ¡Todos tenemos un perro muerto *enzerrao* en el baúl! Otro día, no tengo ganas de recordar por qué todavía sigo en este antro sin esperanzas, ¡joder! —dijo Teresa y se puso de pie—. Vamos por unos mates, ¡vamos!

Fue Teresa quien la presentó a todas las chicas de Las Camelias, le indicó cuál era la habitación de cada una, el cuarto de baño, le mostró los patios y el salón donde cada noche se trabajaba. Luego la llevó a la planta alta. Allí estaban la oficina de madame Jeanne y los cuartos de trabajo, así les decían.

Durante el recorrido por la casa, Rosa María sintió la mirada de todas y se dio cuenta de que cuchicheaban detrás de ella. Se sentía como sapo de otro pozo. A pesar de las diferencias étnicas, de los variados orígenes, podía decirse que había una comunidad entre todas las muchachas.

A la tardecita, el burdel Las Camelias comenzaba a ponerse en movimiento. Rosa María

caminaba nerviosa entre las mujeres que se maquillaban, se prestaban medias y se tironeaban algunas que otras prendas. Así llegó a la sala principal, y en un rincón vio algo que le llamó particularmente la atención. Unos discos redondos, negros, y el aparato que se veía al costado. Nunca había visto uno de verdad.

—Es para pasar música. ¿Le gusta la música? —dijo una voz masculina.

Rosa María casi se desmaya del susto.

—Buenas tardes, señorita, soy el Moncho. El que arregla las cosas. *Digalé* a la doña *madam* que ya está listo el arreglo que me pidió. Y ya me voy, porque hoy es mi primer día de trabajo, ¿sabe?

—Ah, lo felicito, don Moncho —contestó Rosa María tratando de vislumbrar la cara que se ocultaba bajo el sombrero.

—*Usté* es de las nuevas, ¿no? Yo la vi cuando llegó.

—Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino. Soy de Salta. Y…

—Ah, qué cantidad de nombres, espero acordármelos todos. Bueno, me voy, doña Rosita, *digalé* a la doña *madam* porque si no después no me paga —interrumpió, y luego de acomodar su sombrero desapareció.

—Sí, le digo. Adiós. Suerte en su nuevo trabajo, señor don Moncho —completó Rosa María.

Miró para todos lados y no vio a nadie cerca, caminó casi en puntas de pies hasta el cuarto donde había dejado sus cosas. Necesitaba desaparecer. Así como estaba, se metió en la cama vestida, se tapó hasta la cabeza con el cubrecama, que pedía a gritos un poco de agua y jabón, y se quedó quieta, casi sin respirar. Cada vez que Celide entraba sentía que se le paraba el corazón; arrancaba cuando la escuchaba salir. Así estuvo horas… Finalmente se rindió al sueño.

Se despertó muerta de frío. Tenía el cuerpo entumecido. Miró hacia la cama contigua pero estaba vacía. ¿Ya era el otro día? ¿Cuántas horas había dormido? ¿Y Celide dónde estaba?

Cuando salió del cuarto el sol ya alumbraba. Caminó hacia la cocina.

Un alboroto que provenía de la planta alta la sacó de su ensimismamiento. Se asomó para averiguar qué sucedía.

—¡Salí, borracho! ¡Dale, *pata sucia*! ¡*Feh*!

Era Celide gesticulando a los gritos desde una de las habitaciones del primer piso. Rosa María caminó hasta el pie de la escalera para ver qué estaba pasando. Pero enseguida tuvo que apartarse bruscamente, un hombre estaba bajando por las escaleras, pero no caminando sino rodando por los escalones. Su cuerpo frenó justo a los pies de Rosa María. ¡Qué susto se pegó! El hombre en cuestión estaba todo descuajeringado, llevaba la corbata de vincha y tenía los pantalones abiertos, sin cinto, la camisa desabrochada y un hedor que paralizaba. Luego de quedar unos segundos inconsciente y desparramado sobre el piso, logró reaccionar, levantó la mirada vidriosa y sonriendo le extendió la mano a Rosa María, ella salió corriendo a encerrarse en la cocina.

A los pocos segundos apareció Celide.

—¿Te asustaste, eh? Es el Fuentes, el secretario del comisario. Se emborracha y se queda como *pegoteao*, el muy infeliz, pero es buen cliente, deja propina en la lata.

Rosa María la escuchaba en silencio.

—Te *julepeaste* anoche ¿eh? La *madam* nunca te pone a trabajar el primer día, pero te vas a tener que preparar —continuó Celide.

—No, me voy a escapar —contestó con firmeza Rosa María. Hasta ella misma se asombró de sus propias palabras.

—Bueno, pero antes ¿por qué no te preparas algo? Tengo tanta hambre —contestó con una sonrisa.

Era muy linda Celide cuando sonreía, y a pesar de lo pintarrajeada que estaba y del remolino que tenía en la cabeza, dejaba de ser una mujercita tosca y se convertía en una bella princesa.

—Buen día —dijo Mecha, desperezándose—. ¿Era *el* Fuentes el de los gritos? —le preguntó a Celide—. Siempre desubicado…

—Sí, ese infeliz siempre hace lo mismo. Un día va a quedar durito al pie de la escalera. Lo van a tener que sacar con las patas *p'adelante* —contestó Celide.

—Tomá, te traje esto para que sigas practicando con las palabras —dijo Mecha, mientras le extendía una revista vieja y toda ajada—. Tiene palabras largas y difíciles.

—Gracias. Estoy *perfeccionalizando* mi castellano —le aclaró a Rosa María, poniendo énfasis en la palabra más larga.

—¡Sí! La Celide se quiere convertir en una de esas *estudiadas*. Como vos, Rosita —dijo Mecha.

Rosa María bajó la mirada, le daba vergüenza ser distinta a las chicas.

—¡Sí! Y la Rosita me va a enseñar inglés y música. ¿*Nocierto*, Rosita?

—¡Por supuesto que sí! Hoy mismo empezamos —dijo con entusiasmo al sentirse incluida.

—Y entonces, ¿quién se larga con unos mates?

Rosa María comenzó a revolver los cajones. Encontró la yerba y la bombilla y se puso en marcha con el mate.

Todo su cuerpo se tensionó cuando vio que madame Jeanne cruzaba la puerta. Antes de que le dijera nada, se puso de pie y la miró como soldado a su general.

—Doña *madam*, el señor Moncho dice que ya está el arreglo. Se fue rápido porque tenía que comenzar con su nuevo trabajo en un taller, creo.

—Ah, sí, de los Vasena. Al fin se le dio al Moncho, va a tener que trabajar como un burro, pero bueno, él es trabajador. ¡Ojalá lo imitaran algunas acá! —dijo, mirando a todas—. ¡A ver si se mueven, eh! Y luego se fue.

Celide se levantó del banco, sus mejillas blancas se ruborizaron y los ojos le brillaban.

—¿Estuvo el Moncho? ¿Hace mucho? —preguntó en voz baja a Rosa María.

—Hace un rato —contestó.

La escena se vio interrumpida por los gritos de Teresa que anunciaron su llegada.

—Celide, ¿dónde está el costurero?, el bruto del José me reventó las medias nuevas.

—Lo tiene la Mecha —contestó.

El resto de las mujeres entraba, salía, Rosa María las miraba. Las escuchaba parlotear. ¿Por qué estaban ahí, qué hacían esas mujeres en ese antro de mala suerte? Eran jovencitas, ninguna superaba los dieciocho años. Algunas más jetonas, otras más retraídas, pero todas tenían el mismo derecho, el derecho a la libertad. ¿Por qué se quedaban ahí? ¿Por qué no se iban corriendo ahora mismo…? ¿Por qué no se escapaban?

Celide sacó a Rosa María de sus pensamientos.

—Rosita, vos que dormiste como una chancha, ¿vas a cocinar algo rico?

—Dale, niña nueva, *pongalé* alegría a nuestras tripas —agregó Teresa.

Rosita hizo un rápido recuento de lo que había en la cocina. Se paró frente a todas las mujeres, obligándolas con su actitud a que dejaran de parlotear y la escucharan.

—Sopa, luego un rico guiso y, si se portan bien, postre. Celide, ¿me pelás las papas?

Celide miró a su alrededor buscando complicidad en las otras muchachas, la mojigata le estaba ordenando… Se levantó y alisó su falda con ambas manos para que se estirara. Con el ceño fruncido, caminó hacia la entrada y buscó una escoba vieja que estaba detrás de la puerta. Todas la miraban en silencio. La tomó como si fuera un micrófono y moviendo las caderas en su cruzado castellano se puso a cantar:

—Concha sucia, concha sucia, concha sucia, te viniste con la concha sin lavar. Despeinada, despeinada, despeinada… te viniste con el pelo sin peinar. Estirada, estirada, estirada, te llegaste desde Salta hasta acá…

Rosita sonrió, se tapó la boca con la mano y se puso colorada como un tomate. Una nueva y singular etapa comenzaba en su vida.

Capítulo 6

Se puso a picar la cebolla.

Las lágrimas resbalaban sobre sus mejillas y los ojos lloraban de la irritación. Se los refregaba con la manga del vestido; más ardía, más lloraba.

—Tenemos que irnos de aquí, fugarnos —murmuraba Rosa María, espiando la puerta de reojo.

—No seas ingenua, Rosita. De este lugar nadie se escapa. Preguntale a la Celide cuántas veces la cogieron de las orejas y la trajeron de regreso, y cómo la *zurraron* después —decía Mecha—. Dale, pues, terminá de una vez por todas con esas cebollas que nos estás matando, ¡joder!

—Tiene que haber alguna forma, yo me voy a ir. No voy a trabajar de… eso, bueno… de puta.

Puso la cebolla en la olla que ya tenía el aceite caliente, luego el ajo. El aroma se esparció por todo el burdel y, antes de que la comida estuviera lista, atrajo a todas las comensales. Agregó cuadraditos de zanahoria, le desgranó varias mazorcas crudas y un poco de pimienta, cortó los menudos de pollo en dos partes, puso perejil y una cucharada grande de pimentón. Revolviendo con la cuchara de madera y agregando leños al fuego, terminó de cocinar. Retiró las papas enteras de la otra olla, las cortó en cuatro y las condimentó bien.

—Tenés que olvidarte de tu vida de estirada y estudiosa —dijo Celide—. Acá no hace falta hablar en inglés o cualquier otro idioma, solo el castellano, y con lo que cuesta…

—No quise decir que me voy porque yo, bueno, a mí me gusta estudiar. Me voy porque no quiero ser una prostituta. No me gusta, no sé.

—¿Y vos te creés que a nosotras sí nos gusta ser putas? —la interpeló Mecha, enojada—. No, señorita *sabionda*, no, no. Acá se llega con la *cachufleta* intacta. Y no se llega, pues, te traen, te roban y te traen.

—¡Bueno, perdón, Mecha! No quise decir improperios sobre ustedes, es que…

—¿Impro qué? —interrumpió Celide—. ¡Esa palabra no me la sé!

—Mecha, no quiero ofenderlas. Solo me cuesta comprender algunas cosas. Nada más. No te enojes conmigo.

Rosa María se sintió acorralada. Solo trataba de entender por qué si tenían la puerta que daba a la calle sin tranca no se iban corriendo de ese lugar tan horrible. Tampoco quiso ser *la estirada*. No lograba congeniar, cada cosa que decía las enojaba. No contestó nada más, levantó la vista y, antes de que las hermanas siguieran hablando, gritó.

—¡A comer! —dijo con los ojos aún irritados por la cebolla y por la molestia que le habían ocasionado las palabras de Mecha.

En un santiamén estaban todas sentadas alrededor de la mesa. Conversaron poco. Comieron todo. Después se retiraron a dormir un rato para luego empezar a trabajar.

Rosa María terminó de limpiar y con el agua caliente que aún quedaba en la pava se preparó un té. Ya no quedaba nadie en la cocina.

Abrazando la taza enlozada con bordes negros para calentarse las manos, se sentó a esperar que las chicas regresaran. Entonces escuchó la música. ¡Pero si era la vitrola!, seguro que la estaban probando. Se quedó quieta y, como un perrito, paró la oreja. ¡Ah, esa música!, jamás la había escuchado, qué ritmo tan raro, y tan… ¿contagioso? ¿Qué música era? Se puso de pie y, sin soltar la taza, se asomó al salón. Pero desde allí no lograba ver nada. Se dirigió hacia el lugar donde había visto la vitrola y vio a Celide y a Mecha ¡bailando! Tímidamente se fue acercando, no sabía si las chicas aún estaban enojadas con ella.

—Mirá, Rosita, así se baila la milonga —dijo Celide, mientras llevaba de la cintura a Mecha. Frenaban y volvían a arrancar, el paso era cortito, las caderas de ambas se movían acorde a la música, se rozaban, insinuantes. Los gestos de la cara eran tan graciosos. Lo más impresionante era la columna erguida, el cuello derecho. ¡Y no se tropezaban! ¡Qué hermoso!

—Sí, Rosita, esta es una judía confundida, baila el tango, y cómo, ¡mirá! —decía Mecha, mientras se dejaba llevar por Celide y correteaba a su mando, haciendo muecas de asombro, de enojo, sonriendo.

—¡Esto es una milonga, bruta! —la corrigió Celide.

Las dos giraron, entrelazando las piernas y haciendo firuletes. Quedaron abrazadas; sin despegar los cuerpos, sus pies siguieron correteando hasta el próximo corte.

—Celide, me tenés que enseñar a bailar —dijo Rosa María mientras las miraba, sus ojos grandes brillaban y sus pies se movían al compás—. ¡Qué lindo, cómo me gusta! —repetía. Estaba embelesada, había quedado atrapada por el ritmo y el baile.

Bailaron hasta que la vitrola dejó de sonar.

—Celide baila la milonga, a mí me gusta más el tango —aclaró Mecha—. El tango es… para los que sabemos bailar de verdad. Dicen que la milonga es un candombe *acomodao*. El tango, ah… el tango…

—Me gusta eso que bailaron —aclaró Rosa María sin hacer distinciones.

—Milonga, eso es una milonga con muchas quebradas. ¿Te gusta? —preguntó Celide aún agitada por el baile.

—¡Me gusta mucho! Quiero aprender —sonrió.

Las tres muchachas se dirigieron a la cocina a tomar té.

Rosa María se acercó a Mecha y le preguntó casi al oído.

—Mecha, vos y tu hermana ¿por qué están aquí?

Mecha la miró.

—Pues, dale, hacé mate, el té se acaba rápido, joder —dijo y se sentó con los codos sobre la mesa—. Nosotras venimos de España. Escapamos de un orfanato y caímos aquí en las manos del viejo Ismael.

—¿Dónde las encontró?

—Esas cosas del destino que no te deja elegir, que te marca como un hierro caliente y *pa* toda la vida. Nos encontró asustadas en el puerto sin saber qué hacer —contó Mecha—. Éramos chicas…

—El malnacido nos engañó, nos ofreció trabajo y caímos como *chorlitas* —agregó Teresa, que acaba de entrar.

—No logro entender por qué no se escapan —dijo Rosa María.

—Rosita, no es fácil. Son un grupo de *rufianes* mafiosos asociados y están *entongados* con la policía, con todos. Donde caigas, te cogen y te devuelven, ya te lo dijimos, ¡es así! ¡Sacate esas ideas de la *cucuza*! —aclaró Mecha.

En ese instante una de las chicas entró en la cocina y le comunicó a Rosa María que madame Jeanne la estaba buscando. Enseguida se puso de pie y alisó su vestido.

—¡Rosita! Subí, tengo que hablar con vos —dijo madame Jeanne asomándose por la baranda de la escalera. Luego volvió a entrar en su cuarto.

Era la hora. Miró con desesperación a Mecha y luego a Teresa.

—Andá, después seguimos charlando —le dijo Mecha pechando a Rosa María por la espalda, obligándola a dar los pasos para cumplir con el pedido de madame Jeanne.

Le temblaban las piernas. ¿Y ahora? Le iba a decir que por nada del mundo ella iba a… bueno, a eso, lo que hacían en ese lugar. Con cada escalón que subía, el corazón se le aceleraba y la respiración se le entrecortaba. Le iba a hablar como ella sabía hacerlo. Le iba a decir que quería irse, que era un error, que ella no se había bajado de ningún barco y que don Ismael tenía que regresarla urgentemente a Salta. Que lo que estaba haciendo estaba mal, muy mal. Ojalá los escalones no se acabaran nunca… Se detuvo frente a la puerta y golpeó con los nudillos.

—¡Pasá! —el grito salió desde adentro.

Abrió lentamente la puerta. El cuarto era más grande de lo que parecía y estaba pintado de colores intensos. Podía verse un cristalero con copas y botellas que llamó la atención de Rosa María; no era un mueble para un dormitorio.

—Rosita.

—Sí.

—Las dos sabemos que vos sabés que no estás en una pensión de señoritas.

—No, digo, sí.

—Me parece que sos una persona muy inteligente. Así que voy a ser bien clara. Seguro que las chicas ya te pusieron al tanto de cómo son las cosas en este lugar. ¿No? Bueno. Hoy te voy a

mostrar lo que tenés que hacer y mañana empezás a trabajar con el resto. Te voy a pagar y con tu plata podés hacer lo que quieras. Lo único que te digo es que no jodas. No intentes escaparte, porque en menos de media hora te tengo de vuelta. Y te aclaro que me ponen muy nerviosa los escapes porque después me tengo que aguantar todo el sermón de Ismael y toda la comitiva. Ah, y no *andés* llorisqueando por los rincones. ¿Te queda claro?

—¿Y si yo quiero trabajar solo en la cocina, y tal vez pueda limpiar? —preguntó casi susurrando, sin poder controlar el temblor de su cuerpo.

—Rosita. Tu trabajo va a consistir en abrir las piernas y espero que lo hagas bien. En el tiempo que te sobre, cociná, limpiá, hacé lo que quieras. Eso no lo pago.

—¿Y si yo me fuera, por ejemplo, ahora, salgo y me voy…? —la desafió, no podía ni pensar en aceptar la propuesta de madame Jeanne.

—Probá. Si vas a la comisaría, el Pedro en menos de una hora te devuelve para acá. A ver, querida, no tenés opciones. Podés ser inteligente y aprovechar esto a tu favor o ponerte a llorar y… lo que quieras. Esta semana llegan chicas nuevas y no quiero estar lidiando con vos. Si no te gusta, igual vas a tener que abrir las piernas, y si jodés mucho te voy a tener que encerrar en el altillo hasta que se te acomoden las ideas en la cabeza.

—¿Y si yo quisiera, por ejemplo, llamar a don Ismael y regresar a Salta? —insistía.

—Querida, no hay opciones. Te quedás, trabajás por las buenas, y si no por las malas. ¿Soy clara, Rosita? Se me está acabando la paciencia.

Rosa María se quedó mirándola, parada, con las manos entrelazadas sobre su falda gris.

—Sí, clara, digo, claro. Entiendo —respondió, y mirando hacia abajo las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Rosa María no quería llorar ante esa mujerzuela. Hacía un gran esfuerzo para que las lágrimas no la traicionaran. Se limpió con la manga del vestido. Suspiró, levantó la mirada y la cruzó con la de madame Jeanne.

La mujer sintió una irresistible oleada de voluptuosidad. Esa niña fresca, inocente, despertó sus más íntimos deseos. Le recordó a la hija de su vecina, años atrás, cuando aún era una mujer decente y con marido. Cuántas veces se había quedado espiándola por la ventana cuando jugaba. Cuántas veces había ido a tomar el té solo para tenerla unos minutos sentada en sus rodillas, y cuando su madre se descuidaba la manoseaba, y con ese recuerdo y a escondidas luego se regalaba placer ella misma.

Se arrimó a Rosa María. La tomó de los hombros y la obligó a sentarse en la cama. La miró a los ojos:

—No es tan complicado, Rosita. Solo tenés que relajarte y entonces es más fácil y no duele —le dijo, y se sentó al lado de ella. Luego comenzó a acariciar la piel de la pierna de la niña—. Yo te voy a enseñar, quedate tranquila.

La voz y la actitud de madame Jeanne habían cambiado de repente, ahora era una mujer suave, mimosa, y susurraba en vez de hablar. Rosa María se estremeció, lo que menos esperaba era eso.

Tuvo el impulso de irse, pero se quedó. Si esa mujer llegara a lastimarla le metería el dedo en los ojos con toda su fuerza, eso la mantendría un rato tirada en el piso, mientras ella escapaba, pensaba.

—Mirá, Rosita, esto ya no lo hago, pero voy a hacer una excepción con vos. Te voy a enseñar cómo podés hacer este trabajo sin sufrir.

Con ambas manos comenzó a acariciarle los tobillos, luego siguió subiendo y se detuvo en las rodillas. Sin dejar de rozarla, levantó su vestido y cuando llegó a la unión de las piernas introdujo una mano por debajo de la bombacha. Rosa María cerró los ojos. Sentía tanta vergüenza…

"¿Qué está haciendo esta mujer? ¿Se volvió loca? ¡¿Qué les pasa a todos?!", los pensamientos se agolpaban en su mente. Los actos degenerados la perseguían, primero su padre, ahora esta mujer que le tocaba sus partes íntimas… "¿Acaso estoy siendo víctima de alguna maldición?", se preguntaba.

Intentó zafarse del contacto, pero la fuerza de madame Jeanne era superior.

—Ves que no es tan malo… —murmuró, y siguió inmiscuyéndose en su pubis.

Rosa María no contestó. Seguía inmóvil y con los ojos y los puños cerrados, intentando contener las náuseas.

Madame Jeanne continuó con su juego. Estaba muy excitada. Siempre le habían gustado más las mujeres que los hombres, pero las niñas… eran su debilidad. Con la mano que quedaba libre desabrochó los primeros botones del vestido, buscando los pequeños, aunque firmes, pechos. Los acarició con lascivia; rozando los pezones, los hizo endurecer. Luego le levantó el vestido hasta el cuello y le bajó los calzones hasta los tobillos.

—Tranquila, Rosita, vas a ver que no todo lo que tiene que ver con el sexo es sufrimiento —le decía madame Jeanne con la voz ronca y temblorosa por la excitación, mientras se sentaba a horcajadas sobre el cuerpo de la niña.

"¿Pero qué le pasa a esta cochina? ¡No tengo calzones!", pensaba. En cuanto notó la humedad de madame Jeanne sobre su piel sintió todavía más asco y arrugó aún más el rostro. La mujer se frotaba sobre su pubis, hasta que soltó un gemido que asustó a Rosa María. Creyó que estaba sufriendo una convulsión, como la vecina de su amiga Lucía en Salta. Abrió los ojos y se encontró con el rostro de madame Jeanne transfigurado y transpirado, casi pegado al suyo. Se asustó y volvió a cerrar los ojos. "¿Qué le pasa a esta mujer? Parece un caballo desbocado…"

Cuando madame Jeanne terminó, se bajó de la cama y se acomodó el vestido. Rosa María seguía tumbada, con los puños apretados y el ceño fruncido, el vestido hasta el cuello y la bombacha en los tobillos.

—¡Dale, che! —le dijo—. ¿Viste que no es nada del otro mundo? Bueno, con los hombres es igual, tenés que saber llevar vos la situación como lo hice yo para mostrarte. Si colaborás, si ayudás, no te hacen daño. ¿Entendiste? Demostración terminada, ahora podés irte, y *chito*, ¿eh? No vas a andar *boconeando* lo que hicimos, si no voy a tener que repetirlo con las nuevas.

Rosa María se sentó en la cama y su vestido cayó hasta la cintura, se puso de pie y, sin mirar a madame Jeanne, caminó hacia la puerta, trastabillando; casi se cae al piso enredada con su propia bombacha.

Bajó las escaleras corriendo, mientras se acomodaba los calzones enmarañados con el vestido. Allí se topó con Moncho, que al verla se tapó la cara con el ala del sombrero y bajó la vista, azorado. "¡Válgame Dios!", dijo para sus adentros.

Moncho estaba tan enamorado de Celide que le era fiel hasta en los pensamientos. Rosa María siguió la carrera y cayó en los brazos de Celide, llorando. Enseguida la muchacha le hizo señas al Moncho para que desapareciera, la abrazó y la acompañó hasta el cuarto.

—Me quiero lavar, necesito limpiarme —repetía Rosa María.

—¿Te tocó? —le preguntó.

—Sí. Estoy sucia, quiero lavarme.

—¡Es una vieja degenerada, le gustan las chicas! Todas pasamos por su cama alguna vez. ¡Qué vieja de mierda!

Una vez que entraron Celide buscó enseguida la jofaina con agua, introdujo un trapo pequeño, le frotó un poco de jabón y con delicadeza empezó a higienizar a su amiga. Ojalá se pudiera limpiar con agua y jabón la basura que carcome el alma.

—¡Vamos, tenemos que escaparnos, por favor! —imploró Rosa María.

—¿Adónde vamos a ir, Rosita? ¿Al Tucumán a juntar cañas de azúcar? ¿A la fundición a trabajar catorce horas por día? No, la podés pasar bien o mal. Vamos, Rosita, no es tan malo. Te vas a acostumbrar. Ya vas a ver…

—¿Cómo me podés decir que me voy a acostumbrar a algo tan tremendo, tan asqueroso? No me voy a acostumbrar, esto no es vida, esto es… ¡terrible!

—¡Bueno, che! Yo trato de darte consuelo y vos también… Poné voluntad, Rosita. Tenés que entender que no podés elegir. Cruzás la puerta y en media hora te traen de las orejas.

Rosa María había entendido muy bien que las chicas pensaban que no tenían escapatoria. ¿Cómo podían acostumbrarse a entregar su cuerpo? ¿Cómo podían resignarse a dejar todo y quedarse allí? No podía comprenderlo. No le entraba en la cabeza. Pero ella tenía que ser inteligente. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

—Pero yo no quiero perder mi virginidad trabajando de puta y con un viejo oloroso —replicó.

—Todas las que estamos aquí llegamos vírgenes —le decía, mientras la ayudaba a cambiarse —. Te vas a acostumbrar, mientras lo dejás que haga pensás en algo lindo. Yo por ejemplo cierro los ojos y pienso que es el Moncho. Siempre es el Moncho. Cada hombre que pasa por mi cuerpo es el Moncho. Algún día va a ser él de verdad. Pero, bueno, la verdad es que si sigue así, este *cuchiflay* va a estar tan viejo que no me va a encontrar la *cacerola*.

Rosa María sonrió, hizo una pausa en su angustia. Miró a Celide y le dijo:

—Muy bien, hablaste muy bien, sin confundir las palabras ni los idiomas. ¡Te felicito!

Celide sonrió y enderezó los hombros. Le gustó lo que le había dicho Rosa María.

—Vamos, Rosita, terminemos, así después nos hacés una *exquisitosamente* comida. La panza llena te cambia las *perpendiculares*.

—Ay, Celide. Exquisita y perspectiva, no perpendiculares. Son cosas diferentes que después te las explico.

Rieron juntas.

Rosa María se quedó pensando. No podía creer las recomendaciones que le había dado Celide. Estaba claro que su amiga ya estaba resignada. ¿Cómo es que no luchaban para irse, para denunciarlos? Seguro que había algo más que ella no estaba viendo. ¿Cómo podía ser que en todo ese tiempo nunca se hubieran escapado? Solo aceptaron su terrible destino y se quedaron allí… No, no podía ser. Pero ella no iba a aceptar las cosas así como se presentaban. Ella se iba a fugar. Ya no les diría nada a las chicas; se enojaban y vaya a saber por qué circunstancia de la vida no se querían ir de ese lugar.

Apenas tuviera la oportunidad, la puerta abierta y cerca, se iría. ¿A dónde? No sabía.

Capítulo 7

Rosa María siguió su instinto y escapó. Llegó hasta la puerta y, cuando estaba por salir, la alcanzó Celide y la arrastró hasta la pieza. Mientras Rosa María lloraba tumbada en la cama y pegando puñetazos en la almohada, Celide comenzó a relatarle todo lo que le había hecho madame Jeanne primero y luego don Ismael el día que decidió escaparse. Se levantó el vestido y, acompañando el relato, le mostró las marcas que le habían quedado de los mordiscones. Luego le contó acerca de las semanas que tuvo que vivir en el altillo. El altillo… se había olvidado de la amenaza de madame Jeanne. Rosa María dejó de hacer berrinches, se sentó sobre la cama y miró consternada el cuerpo de Celide. Levantó la vista y se encontró con sus ojos verdes, brillosos y tristes. En ese instante entendió que no era broma. Y que si todo fuese tan fácil como ella lo creía, las chicas ya se hubieran ido. Tal vez tenía que esperar un poco más.

—¡Vamos, mojigata! ¡Te tenemos que preparar! —dijo Celide, se secó las lágrimas, se acomodó el vestido gastado y le pegó un coscorrón a Rosa María—. Dejá de pensar pavadas y vamos a cambiarte.

Teresa ingresó en el cuarto con un vestido en la mano. Rosa María estaba sentada en la cama, con la enagua puesta, tiritando de frío; Celide y Mecha, sentadas en la otra cama, la contemplaban con tristeza.

Entre las tres la iban a preparar para iniciarla en el trabajo de prostituta, en el cual iba a perder su castidad y ¡ni siquiera sabía con quién!

—A ver, Rosita, probá con este. Pero que con este vestido hasta parecés pechugona ¿eh? —dijo Teresa mientras la ayudaba a vestirse—. Pero que levantes el culo, che. ¡Ustedes dos ayuden, eh!

—Este vestido te calza como hecho *pa* vos —le decía Mecha, acomodándole el escote y dejando casi a la vista los jóvenes pechos de Rosa María.

—Yo creo que no voy a salir de acá —Rosa María sollozaba, con los brazos abiertos y el rostro mojado por sus propias lágrimas, entretanto las tres mujercitas le acomodaban el vestido y la peinaban.

—No *seás* pavota, Rosita, no se te ocurra salir corriendo —le aclaró Mecha con el ceño fruncido y repiqueteando un dedo sobre el cachete de Rosa María. Temía que la niña hiciera alguna macana—. Mirá, Rosita, hagamos algo. Programemos la huida las cuatro juntas. Pero bien. No así a la *bartola* para que después terminemos viviendo en el altillo, comiendo las

sobras. ¿Eh?

Las palabras de Mecha resonaron en su corazón, iluminándolo con una pequeña luz de esperanza.

—¡Las cuatro! ¡Sí! ¡Nos escapamos las cuatro!

—Bueno, pero ahora tenemos que ir a trabajar porque si no se nos arma la *matufia* con la *madam*. Rosita, tranquila, piensa en otra cosa, cuando… bueno, cuando llegue el momento, por ejemplo, en qué nos vas a cocinar mañana —dijo Mecha.

—No creo que pueda. No voy a poder…

—¡Claro que vas a poder! —la alentó Celide. Se le partía el corazón al ver a Rosa María temblando de miedo, para todas era el recordatorio del inicio de cada una de ellas.

—Y, ¿cómo sé cuándo es el momento que me va a… eso?

—Bueno, cuando *tengás* el *coso* listo para entrar en tu *cacerola* te vas a dar cuenta porque se agranda, cuando te la mete, cerrás los ojos y relajás las partes, ¿entendés?

—¿Qué partes? —preguntó Rosa María.

—Joder, Rosita, la *cacerola*, la *cachufleta*. La ponés blandita, para que no te duela.

Rosa María tiritaba, ya no le salían las palabras. ¿Por qué diablos no se había ido? Ahora estaba ahí, lista para perder la virginidad con algún gordo y, seguro, sucio, pensaba.

Mientras instruían a Rosa María para su primera noche de trabajo, Celide sacó una botella que tenía bien camuflada entre sus pertenencias y bebió varios tragos del líquido transparente, luego tosió y ofreció la bebida a las demás.

—¡Tomá, un *shnapps*! —le extendió la botella a Rosa María.

—Tomá, Rosita, dale unos besos, esto te va a ayudar a pasar la noche —completó Mecha.

Rosa María levantó la botella y bebió, escupió y tosió.

—¡Dale, mujer! Tomate unos tragos, esto ayuda… —insistió Teresa.

Obediente, lo volvió a intentar, se tapó la nariz con una mano, cerró los ojos y con la otra guió la botella hasta su boca, bebió hasta que sintió una llamarada de fuego que le quemaba el esófago.

Escupió el resto que le quedaba en la boca, tosió y se puso tan colorada que las chicas se asustaron.

—¡Tosé, Rosita, escupí! —le decía Celide, mientras le golpeaba la espalda.

—¡Soltala, bruta! Tiene que respirar, ¿no ves que está ahogada? —Mecha tironeaba a Celide para que dejara de golpear a Rosa María.

En pocos minutos, y bajo la mirada de las tres mujercitas que se llevaron un gran susto, Rosa María se repuso.

—¡Vamos! —ordenó Teresa.

Caminaron hasta el salón. De noche era otra cosa. Las mesas ocupadas, el humo de los cigarros, la música, todo en penumbras. Rosa María tuvo miedo. Estaba por perder su castidad,

no sabía ni cómo era su *cacerola*, como le decían las chicas, y esa noche la iba a entregar. Esa noche se convertiría en puta.

Las chicas enseguida se mezclaron entre los clientes que ya las estaban reclamando. Rosa María se quedó parada, sola. No había permitido que la maquillaran, ya era demasiado con el vestido que llevaba, tan atrevido. Giró la cabeza y vio a Teresa colgada del brazo de un hombre bastante más alto que ella.

—Vení, Rosita —sintió que la llamaba madame Jeanne.

Rosa María se dio vuelta y la vio al lado de un hombre. ¡Era un viejo! Y tenía la mitad de la cabeza pelada. ¡Ay, Dios! Caminó despacio. No quería llegar. Sus piernas temblaban. Su corazón latía fuerte.

—Rosita, te presento a don Luque. Espero que seas amable con él —le dijo madame Jeanne sin mucho preámbulo—. Y esta no es criolla, ¿eh? —completó, dirigiéndose a don Luque mientras guardaba los billetes entre sus pechos. Girando sobre sus pies, se alejó caminando.

Rosa María miraba el piso y don Luque la miraba a ella, los ojos le brillaban y el pene se le ponía duro. Quiso tocarla pero Rosa María corrió el brazo, luego levantó la vista.

—Perdone, don —dijo.

—Vamos —le dijo el hombre y le pegó un chirlito en la cola.

Rosa María comenzó a caminar hacia la escalera, su vida, como había sido hasta entonces, llegaba a su fin. ¿Y si salía corriendo? ¡Ufa! Tantas veces lo había repetido en su mente, y la única vez que lo intentó Celide la trajo de vuelta. El solo pensar que en minutos tendría a don Luque sobre su cuerpo le hizo hacer una mueca de asco. Buscó consuelo en el rostro de las demás chicas… A todas se las veía tranquilas, ¿estarían borrachas? ¿A ella le pasaría lo mismo?, se preguntaba, mientras ponía un pie delante de otro, peldaño por peldaño, rogando que no llegara nunca el último escalón. En minutos todo cambiaría para siempre. Ya no tendría su preciada virginidad para regalarle a su amado el día que llegase a su vida. Tal vez a ella le había tocado pagar por los pecados de su padre, o tal vez esos mismos pecados la habían convertido a ella en maldita.

Don Luque abrió la puerta y la empujó para adentro de la habitación. Rosa María lo recorrió con la mirada. Sabía que en ese cuarto, con ese viejo gordo, petiso y panzón iba a perder su castidad. Miró el bulto que apuntaba desde la entrepierna del hombre, parecía que el pantalón le iba a explotar. Asustada, corrió hasta la puerta pero se detuvo. Recordó las recomendaciones de Celide, ¿hasta dónde llegaría, hasta el pie de la escalera? Y regresó sobre sus pasos, se paró al lado del caballero, apretó los ojos fuertemente, y lo tocó *ahí*. El hombre casi enloqueció de lujuria. Enseguida, sin perder un solo minuto y a puro manotazo, se quedó en calzoncillos. Se recostó sobre la cama con los brazos debajo de la cabeza, dejando bien expuesta la protuberancia que estiraba el calzoncillo a punto de estallar. Miró a Rosa María que aún seguía de pie a su lado.

—¿Te vas a quedar ahí parada toda la noche? —le preguntó sarcásticamente.

Rosa María le sonrió y volvió a posar la mano sobre la montaña, era blandita… Ah, ¡qué asco! Enseguida la retiró y se la limpió en el vestido. Se dio cuenta de que don Luque se estaba impacientando. Regresó la mano y aplastó el bulto. El hombre puso su mano caliente y sudorosa encima de la de ella y comenzó a frotarse. Rosa María aflojó la tensión de los dedos y acompañó los pedidos de don Luque. Entonces entendió las palabras de madame Jeanne: "Si colaborás, si ayudás, no te hacen daño".

—Más despacio, bruta, me lo vas a quebrar —le dijo el hombre mientras sacaba la mano de Rosa María que, con la palma abierta, empujaba con fuerza para abajo, como quien estira la masa sobre la mesa, aplastando el miembro de don Luque.

—Perdón, don —dijo con un hilo de voz.

—Dale, sacate la ropita que te quiero ver —ordenó.

Rosa María le dio la espalda y, lentamente, comenzó a desvestirse.

Pero don Luque no tenía paciencia, se levantó y le arrancó el diminuto vestido. La tiró sobre la cama y se acostó a su lado, en la misma posición que estaba antes.

Rosa María, completamente desnuda, se sentía turbada. Tenía que complacerlo, urgente. Venía haciendo todo mal. Si se enojaba la iba a golpear, las chicas se lo habían aclarado muchas veces.

Improvisando, comenzó a frotarlo con ambas manos por todo el cuerpo. De reojo miraba el bulto debajo de los calzones. "¿Qué saldría de ahí adentro?", pensaba, y seguía pasando la mano por ese cuerpo hirsuto.

—Muy bien… ¿Dónde aprendiste a hacer masajes? —le dijo don Luque, feliz y relajado—. Un poco por aquí —le indicaba el cuello.

—No sé. ¿Quiere que le haga en los pies?

—No, quiero que me la chupes un rato —dijo, y se sacó los calzones, quedando desnudo ante los ojos de Rosa María que no parpadeó por un rato largo; parecía que había visto un fantasma. De solo pensar en meterse *eso* en la boca sintió unas náuseas tan intensas que no pudo controlar las arcadas.

Con un rápido movimiento se inclinó hacia un costado de la cama y largó un líquido feo y amargo que le hizo arder la garganta.

—¿Te falta mucho? —le preguntó don Luque sentado en la cama, sin percatarse del vómito que yacía en el piso.

—No, don, ya estoy con usted —le dijo, levantando la cabeza con la saliva chorreando de la boca y los ojos rojos del esfuerzo.

Se sentía tan descompuesta que en la segunda arcada salió todo lo que aún le quedaba en el estómago. Como pudo, se limpió la boca con la colcha que colgaba y se recompuso en la cama.

Sin perder tiempo y sin percatarse de los detalles, don Luque, ya ansioso, le agarró la cabeza y se la dirigió a su pene erecto.

El secreto era mantener los ojos cerrados, porque si lo veía volvían las arcadas. Y, con el estómago vacío, dolían. Así lo hizo. Con los ojos cerrados. Con la mente en su Salta natal, lamió el pene de don Luque. Su miembro era como él, regordete, petiso y pegajoso.

Lejos de ser un hombre cuidadoso, era tosco y bruto. Cuando ya estuvo satisfecho, la empujó a un costado, le abrió las piernas con la rodilla y antes de que Rosa María pudiera reaccionar tenía los kilos de don Luque encima de ella. No podía respirar, trató de sacárselo de encima haciendo fuerza con los brazos, pero era imposible, era como si estuviera aplastada por un pedazo de piedra. La invadió la horrible sensación de la claustrofobia. Cuando creía que se moriría asfixiada, sintió el embate en su vagina, y entonces el dolor superó cualquier otra dolencia. La penetró con tanta violencia, y tan poco cuidado, que Rosa María no pudo contener el grito. Abrió los ojos y, mientras miraba el techo, las lágrimas comenzaron a humedecer sus mejillas.

Don Luque se sentía dichoso, hacía rato que había encargado una virgen para él. ¡Cómo le gustaban! Ese segundo en el que sentía cómo su glande empujaba y rompía el himen de la virgen lo volvía loco. La cabalgó mientras le mordisqueaba los pezones y le apretaba las nalgas. Así un rato hasta que, exhausto, se tomó un descanso, bebió dos whiskies, uno detrás del otro, entretanto manoseaba a Rosa María, para luego volver a empezar…

De su primera noche en acción, Rosa María quedó con el cuerpo lleno de dolor, moretones y vergüenza. Cuando, por fin, don Luque se fue, ella salió detrás y, a hurtadillas, se fue a la pieza, se metió en la cama, se tapó con cabeza y todo y allí quedó.

A las pocas horas, Celide le llevó un mate cocido, pero Rosa María no quiso tomarlo.

—Rosita, ¿te hiciste el lavado con jabón? ¡Mirá que si no te quedás preñada! —le dijo, sin obtener respuesta.

Rosa María seguía inmóvil, en posición fetal, completamente cubierta por la manta.

—Vamos, Rosita, ¿querés ayudarme con el castellano? Tengo una revista nueva, tiene palabras difíciles y todo, escuchá: inconveniente. ¿Viste? Lo dije sin tartamudear… —insistía Celide; la apenaba verla en ese estado.

—¿Cómo está? —preguntó Teresa, ingresando en la habitación.

—Así, como la ves, no habla, nada, me da una lástima… ¡Ah!, además creo que ni se lavó.

—¡Joder! Anda, buscala a la Mecha y traigan una palangana con agua y jabón. Yo me encargo.

Celide salió enseguida y Teresa la destapó de un tirón.

—Vamos, Rosita, te voy a ayudar a lavarte bien y vamos a comer algo —le dijo

afectuosamente pero con firmeza—. No hace falta que hables, tranquila. Ya va a pasar. Todo pasa, siempre.

Rosa María se sentó en la cama justo cuando Mecha y Celide entraban al cuarto con todos los pedidos de Teresa. La lavaron bien con jabón, la embadurnaron con ungüentos por todo el cuerpo, incluso en sus partes íntimas. Le pusieron calzones limpios y un vestido. Celide le tapó los hombros con una manta tejida y la ayudaron a caminar hasta la cocina.

Luego de tomar una sopa caliente, se retiró nuevamente a su cuarto y se metió bajo las sábanas. La sensación de confort sobre el dolor, el perfume de la limpieza y el alivio de tener algo en el estómago la ayudaron a cerrar los ojos y poder dormir.

Teresa, al ver que finalmente Rosa María se había dormido, cerró la puerta del cuarto y les pidió a todas que no la molestaran.

La tarde caía y las chicas ya comenzaban a prepararse. Desde el patio se escuchaban los gritos de madame Jeanne que discutía en *idish* con don Ismael: le reclamaba dinero para reponer sábanas y actualizar los permisos de las muchachas, entre otras cosas. Cada semana se repetía la escena. Se comentaba que a don Ismael le costaba sacar la billetera.

Cuando madame Jeanne terminó con don Ismael, se dispuso a supervisar y repasar todo como hacía cada día. Se detuvo en la habitación de Rosa María y la vio dormida, se quedó unos minutos observándola, qué linda era. Suspiró y luego se fue. Esa noche la dejaría reponerse.

La decisión de la regenta de Las Camelias de dejar descansar esa noche a Rosa María fue una maravillosa noticia para Celide, Mecha y Teresa, no obstante el resto puso el grito en el cielo. Pero a madame Jeanne no le importaba, por supuesto, allí las órdenes las daba ella, y punto.

CAPÍTULO 8

Buenos Aires crecía inmerso en un remolino de idiomas, costumbres e ideologías. Las mujeres copiaban la moda de Europa. Con paso firme, imponían su carácter, levantaban los vestidos y despejaban sus tobillos al bajar de los tranvías, y con gestos picarones e inocentes enloquecían a los caballeros, quienes engalanados en sus trajes y sombreros de moda se prendían en el coqueteo.

Los hombres discutían sobre política, compraban autos con ruedas, fumaban puros y, cuando llegaba el momento de la diversión, acudían a los burdeles en busca de sexo y tango. A pesar de que no estaba bien visto que un caballero de sociedad frecuentara esos lugares, poco a poco se fue haciendo una costumbre.

El Estado hacía la vista gorda con respecto a la cantidad de burdeles, que eran más numerosos que los almacenes. Esa actividad se había transformado en un gran negocio mientras la sociedad y las instituciones miraban para otro lado. Si bien la trata de personas era una actividad delictiva ejercida por diversas nacionalidades, en la Buenos Aires de principios del siglo XX se destacaba una sociedad conformada por proxenetas judíos que traficaban con niñas, también judías, provenientes de Europa del Este. Llegaban a la Argentina engañadas, y luego eran condenadas a vivir y trabajar hasta morir en un burdel.

Por otro lado, los inmigrantes, un gran crisol de razas, trabajaban de sol a sol para mantener la creciente industria, en épocas que ya no eran tan benévolas. Los últimos sucesos bélicos mundiales ponían a la Argentina en una situación complicada. Tal vez era el momento de frenar todo y reestructurar la economía del país, que había crecido bastante pero sobre bases muy flojas.

En la ciudad, las clases sociales iban creando sus propios apellidos, escribiendo lo que luego también sería parte de una cultura, una idiosincrasia, como quisieran llamarlo. Pero lo hacían sin previo ensayo, pues eso puede manchar el papel y muchas veces esa mancha no sale más… queda escrita para siempre.

En el burdel Las Camelias, Rosa María se esforzaba por comprender las reglas del juego. ¿Por qué había decidido quedarse y no irse corriendo como venía amenazando a cada rato? Por Celide, Teresa y Mecha; sí, por las chicas. Muchas veces los amigos terminan convirtiéndose en la propia familia. Y eso había pasado con ellas cuatro, eran inseparables. Se iban a escapar, pero todas juntas, algún día. Soñaban con ese día.

Poco tiempo después de haber comenzado a trabajar como prostituta, Rosa María se dio

cuenta rápidamente de que todos los hombres que frecuentaban el burdel, y a quienes debía atender, actuaban, pensaban y hablaban desde *ese* lugar del cuerpo, en el centro, entre las piernas. Había bautizado al miembro masculino como “el bastón de mando” y tenía la teoría de que se pueden manejar la mente y los deseos de un hombre desde ese lugar.

No fueron fáciles las noches que siguieron luego de la primera, pero, poco a poco, fue aprendiendo a dar placer sin sufrir. Tomaba en sus manos el bastón de mando y desde allí manejaba la situación. Con los más bravos, los supermachos a los que les gustaba agredir a las chicas, Rosa María abría grande la boca, cerraba los ojos, frenaba la respiración para evitar las arcadas y se metía el pene completo en la boca. Santo remedio, calma total. Con los que eran medio tímidos, la solución era frotarles el pene con las manos, y listo. Y con los pesados, esos que quieren siempre un poco más, con la mano y la boca al mismo tiempo no duraban ni un segundo. Poco a poco fue perdiendo la vergüenza y comenzó a compartir su teoría del bastón de mando con Teresa, y luego con las demás. Al principio se le rieron en la cara, pero luego, cuando comprobaron la utilidad de la técnica, empezaron a consultarla para pedirle consejos.

Siempre prestando mucha atención, había escuchado la historia de cada una de las chicas, de cómo habían llegado al país, engañadas, y luego maltratadas. Observaba la resignación en sus miradas, el descanso en sus borracheras, y seguía preguntándose cómo habían podido adaptarse a esa vida, cómo podían vivir así, sin esperanzas, sin ilusiones. ¿Es que acaso se acostumbra uno a eso? Y sí, se dio cuenta de que ella misma lo estaba haciendo. Se estaba acostumbrando, buscándole la vuelta a todo para poder sobrevivir lo mejor posible. Lo más difícil, a lo que jamás se acostumbraría y le costaba muchísimo, era entregar su cuerpo a madame Jeanne. Cuando debía hacerlo, con cierta frecuencia, cerraba los ojos y la dejaba hacer. La mujer no le hacía daño y, además, le concedía un montón de beneficios extra, como poder elegir y mantener a sus clientes. Pero le producía tanta repulsión, le parecía tan antinatural, que estaba convencida de que se trataba de un castigo divino.

La cocina seguía siendo el centro de reunión de las chicas de Las Camelias, y su lugar preferido. La posibilidad de cocinar cada día, la capacidad de convertir los platos más sencillos en manjares dignos de un palacio, le aliviaba el desolador peso de su realidad. Todas las integrantes del burdel la aplaudían; con sus exquisiteces lograba cambiar el humor de unas cuantas.

A la hora de la siesta tomaban mate y conversaban. Rosa María, tal como le había prometido, ayudaba a Celide a perfeccionar el castellano. Ya era toda una experta y siempre incluía una palabra larga y difícil en sus oraciones, correspondiera o no.

El tema recurrente y prohibido, el gran escape. Una tenue luz de esperanza iluminaba la mirada de las cuatro cuando, a escondidas, conversaban sobre el asunto.

Había aprendido a bailar la milonga, la que se estilaba en los burdeles, el canyengue o arrabal. Era como si la danza hubiese estado dormida dentro de ella y un día despertó. Además de la

cocina, ese era su momento de felicidad, entregarse al baile, dejar que su cuerpo se expresara, su mente disfrutara y su alma descansara.

En sus espacios de soledad, que no eran muchos, Rosa María pensaba cómo estarían las cosas en Salta. ¿Qué sería de Dominga? ¿De don Alberto? ¿Se acordarían de ella? Muchas veces pensó en escribirles una carta, pero a la hora de hacerlo retrocedía. ¿Qué les iba a decir? ¿Qué era prostituta en un burdel?

Moncho, habitué del lugar, era un gran bailarín y eterno enamorado de Celide. Aún era virgen, pero la respetaba tanto que había decidido esperarla hasta el casamiento. Era un joven muy noble y tímido, que todavía no le había declarado su amor; seguía rondando como gallo a su gallina, pero nada. ¿Su historia? Era huérfano y había crecido en el Patronato de la Infancia. Cuando alcanzó los diez años comenzó a escaparse, y lo hizo tantas veces que un día no lo buscaron más. Grandote, de cabeza cuadrada, era más honesto que el mismo Jesucristo. Nunca supo ni le interesó saber acerca de sus orígenes. Ya demasiado tiempo le llevaba mantenerse vivo. Era guapo y no les tenía miedo a las largas horas de trabajo.

Vivía en una pieza, en un conventillo en el barrio de La Boca, junto con el Tano y Pepe. Los había conocido en el calabozo de la comisaría, luego de una trifulca en una milonga en Monserrat.

El Tano era un flaco ruludo, de nariz puntiaguda, que había llegado desde Italia en un barco, como muchos, a buscar el porvenir, una vida nueva. Pero hasta ahora solo había trabajado como un burro. El Tano tocaba el acordeón.

Pepe, que un día había bajado de otro barco, que también venía de Italia, pero del sur, con un bolso lleno de esperanzas colgado de su hombro, tocaba la guitarra al igual que Moncho.

Cuando salieron de la comisaría eran como viejos amigos terminando unas vacaciones. Incluso ya tenían el nombre del grupo de música con el que, alguna vez, iban a debutar: Los Disparatados.

Debido a la reciente contratación como obrero en los Talleres Metalúrgicos Vasena, que lo tenía más que ocupado, Moncho ya no podía ir tan seguido a Las Camelias. El trabajo lo había conseguido gracias al Tano, que hacía ya un tiempo que trabajaba en el establecimiento; ahora tenían que lograr que ingresara Pepe, que acababa de quedarse sin trabajo.

Afortunadamente la primavera se hacía notar, todo florecía. Moncho no trabajaba ese domingo, así que desde temprano andaba revoloteando por el patio del burdel. La guitarra apoyada en un rincón y el mate en la mano, revisaba la cerradura que le había pedido madame Jeanne que arreglara; era la de la cocina.

Poco a poco se fueron levantando las chicas. La primera que llegó, Teresa, con los cabellos

revueltos y el canasto de mimbre donde guardaba todos sus hilos, agujas y telas. Siempre alguna compañera le encargaba un ruedo, un zurcido. Y cuando tenía telas propias hacía vestidos para ella y las chicas. Tenía un don en las manos y lo disfrutaba mucho. En cambio Mecha, que también ayudaba en la costura a su hermana, tenía otro don: el de la vagancia. Donde había un diván disponible, estaba tirada sobre él.

Rosa María y Celide salieron juntas del cuarto y se pegaron flor de susto cuando se toparon con Moncho, que estaba esperando a Celide con el mate humeante en la mano. Rosa María la empujó por la espalda y la dejó casi pegada al cuerpo de Moncho.

—¡Buen día, Moncho! Qué rico, un matecito, gracias —le dijo, tomó el recipiente y, colorada como un tomate, entró casi corriendo a la cocina.

Esas cosas que hace el amor… Había estado con un montón de hombres la noche anterior, les había hecho de todo, ya que las chicas aplicaban la teoría del bastón de mando, pero cuando veía a Moncho se convertía en la pavota más pavota de todas, pensaba y se maldecía en *idish*. ¡Listo! Ya se había enculado, no le gustaba estar ahí, ojalá el Moncho la raptara y escaparan juntos. Pero este era tan *paparulo* que seguro no se animaba. Chupó la bombilla del mate hasta hacer ruido, lo dejó sobre la mesa y dio media vuelta. Ahí estaba él, sentado en el banquito de madera, listo para terminar de ajustar el pestillo de la puerta de la cocina.

Mecha llegó al rato, arrastrando su cuerpo, se sentó y dejó caer la cabeza sobre la mesa, hubiese seguido durmiendo un rato más, pero no se quería perder ni los mates ni los chismes.

Rosa María pensaba en Moncho y Celide. Ese amor era tan hermoso, tan puro. Pero su amiga estaba enojada y fastidiada porque no lograba concretarlo. Bueno, es que Celide era de enojarse enseguida.

—Moncho, ¿trajiste la guitarra? —preguntó Teresa, con pereza, sin levantar la cabeza.

Moncho se puso de pie al instante y el banco cayó hacia atrás, produciendo un poco de ruido.

—Sí, ¿la busco? —dijo con una sonrisa, acomodando su sombrero.

—No te quitás el sombrero ni para dormir, ¿no? —le preguntó Rosa María con picardía.

—Sí, para dormir me lo saco —contestó, y todas rieron.

Él las miró, frunciendo el ceño. “¿Qué les pasa a estas ahora?”, pensó.

—Quedate a comer, Moncho, después nos bailamos unas milongas —completó la idea Teresa.

—¡Sí! —dijo Celide, que al fin volvió a sonreír.

Teresa cosía; Mecha dormía, apoyada sobre sus brazos, reclinada sobre la mesa; Celide le daba charla al Moncho, paradita al lado de su banquito, con el mate como excusa; y Rosa María preparaba puchero de gallina en la olla de guisa que ya estaba caliente sobre la cocina a leña. El resto de las chicas entraban y salían.

Rosa María, cuando cocinaba, limpiaba las imágenes de su mente, las de la noche anterior, las de su padre fornicando con su tío, todas, poniendo especial atención en lo que hacía. Trozó la gallina, separó la huevera y la puso en el agua hirviendo, pues le aumentaba el sabor; eso se lo

había enseñado Dominga, que siempre estaba en su corazón. Contó las presas y las chicas, no podía faltar comida. Puso todo en la olla, agregó ají molido y laurel, tapó. Luego, en otra olla, puso a hervir zanahorias, papas, cebollas, nabo, papa dulce y calabaza.

Cuando estuvo listo se encargó personalmente de servir. Cada plato enlozado salía con una presa de gallina, verduras a su alrededor, acomodadas por colores, y una gruesa rodaja de pan casero del día anterior, a la que previamente revivía sobre el hierro caliente. Sobre todo eso, un chorro de aceite y una lluvia de pimentón y orégano. La adoraban, agradecían la magia que hacía con la comida.

Luego de limpiar la cocina prepararon el mate y se fueron al salón.

Moncho agarró su guitarra, y Teresa, con su canasto a cuestas, propuso:

—Pongan la vitrola, así el Moncho también puede bailar.

—¡Que bailen el Moncho y la Rosita! —comenzó a cantar Celide. Y enseguida la siguieron todas.

Moncho, tímido y rígido como una estatua, recibió a Rosa María que estaba emocionada de poder bailar con un hombre, pues siempre lo hacían entre ellas.

Apoyó la palma estirada en la espalda de Rosita, y con la otra tomó su mano, la acomodó. Le marcó un movimiento con la rodilla y otro con los hombros y listo. ¡Se largó el *bailongo*!

La timidez de Moncho quedó perdida en el camino. Parecía un artista de los teatros de París. Las muecas que hacía, cómo movía los pies. Era increíble ver a esa mole humana transformada en un experto bailarín. Las mujeres que espiaban desde los rincones sonreían y los aplaudían. Al ras del piso bailaron, y le sacaron tierra al piso. Rosa María revoleaba sus rulos al compás del Moncho. El dos por cuatro y el firulete del tango, luego la corridita de la milonga, las caras, los gestos. Celide partió a buscar una escoba y comenzó a cantar. Era una espléndida fiesta, hasta que apareció madame Jeanne y se armó el lío. Moncho se escapó rápidamente y las chicas marcharon cada una a su cuarto para prepararse. En un rato las puertas del burdel se abrirían y los clientes comenzarían a llegar.

No parecía ella… las pestañas postizas resaltaban el brillo de sus ojos celestes, los labios carmín, poca ropa. El senador, así le decían, era un cliente fijo de Rosa María, que, como otros, había quedado completamente atrapado en la mirada hechicera de la jovencita.

Su vocabulario abundante y delicado, las palabras pertinentes, las recomendaciones de la señorita Florentina, su maestra de catequesis, todo eso, poco a poco, fue reemplazado por el lunfardo que habitaba entre esas paredes. La vida la obligó a explorarse, a descubrirse, a volver a inventarse, y eso era ella ahora, otra mujer.

Cerró la puerta y caminó hacia el hombre que cuando la veía perdía el control de sí mismo.

—¿Cómo está mi *Pepinillo*? —le dijo, tomando la iniciativa y metiendo la mano en su pantalón.

—Ah, muy bien —se aflojó el hombre.

Rosa María lo ayudó a sentarse en la cama y lo desvistió. Comenzó a acariciarlo, rozando la mano por todo el cuerpo. Cuando el senador gemía, ahí se quedaba. Como ya conocía los puntos débiles del político lo recostó sobre la cama y empezó a tratarlo como a un niño, a lamerle las orejas y a acariciarle los glúteos con ambas manos; el senador enloquecía de placer. Cada tanto dejaba ir un dedito hacia el orificio anal, sin penetrarlo; lo hincaba, apenas presionando. Cuando lo veía agitarse y ponerse impaciente, se detenía para que el placer no se le acabara.

—¿Le gusta, senador? —le preguntaba. Con una mano le frotaba el pene y con la otra le recubría el ano.

El senador le contestó entre gemidos, no podía ni hablar de lo que estaba gozando.

—Bueno, si usted me deja una buena propina, yo le hago un poco más de lo que corresponde. ¿Qué me dice? Ah, y también tengo un bomboncito especial. ¿Quiere probarlo?

El senador asentía con la cabeza. Rosa María siempre lo sorprendía haciéndole conocer placeres nuevos. “Es especial esta chica”, pensaba el hombre.

—Pruebe esto —le dijo, y le puso un bombón en la boca.

El senador le devolvió una sonrisa mientras su boca se inundaba de chocolate.

Rosa María lo contemplaba con atención. El senador tragó y sus pupilas se dilataron de placer. ¡Menos mal! Gracias al bombón de chocolate el hombre se emborrachó más de lo que estaba. Rosa María suspiró y comenzó a pensar en lo que iba a cocinar al día siguiente, mientras su lengua y sus manos trabajaban sin cesar. Acariciaban, lamían. Cada tanto se sentaba arriba del hombre y lo cabalgaba, cuando estaba casi listo se retiraba y le estiraba el placer.

Esa madrugada, el senador bajó las escaleras sosteniéndose de la baranda, y con una sonrisa especial. Detrás, parada y envuelta en su bata carmesí, Rosa María contaba el dinero…

Los bombones funcionaban bien, ¡y cómo!

Capítulo 9

“¿En qué momento me convertí en una prostituta? ¿Cuándo sucedió? Les doy placeres a hombres aburridos de sus mujeres, a pervertidos que sueltan sus verdaderas pasiones entre mis brazos, los engatuso y les saco dinero”, pensaba Rosa María mientras se miraba en el diminuto espejo redondo colgado en la pared.

Habían pasado solo unos meses y sentía que ya no era la niña que había llegado de Salta. Manejaba a los hombres a su antojo. Sabía cómo descubrir el punto débil de cada uno y luego los manipulaba desde allí, desde su bastón de mando. Ya tenía algunos ahorros. Sus prioridades habían cambiado, a la fuerza. En su interior sentía el desconsuelo de haberse convertido en lo que era. Muchas fueron las veces que besó la botella de Celide para dormirse enseguida y no permitirles a sus pensamientos que le recordaran quién era ahora: una mentirosa, una ladrona, una puta. Si la viera su maestra de catequesis. Si la viera su profesor de piano. No era el orgullo de nadie, solo era su propia vergüenza.

Lo único que la mantenía a flote era su amistad con las chicas. Las cuatro se habían vuelto inseparables, eran una sola. Se querían y se cuidaban de todo y con todo. Se divertían con cosas simples. Les habían puesto nombres a los penes de los clientes habituales. También les habían puesto apodos a las nuevas, por supuesto que sin que ellas se enteraran. Y ahora les ponían nombres a las comidas.

—Qué rico. ¿Qué es? —preguntó Celide ingresando a la cocina en bata y con un revoltijo en el pelo que parecía un nido de loras en la cabeza.

—Para usted, mi Reina de la Milonga, hoy comemos “penes asados con bolas dulces al azúcar negra acompañado de tetas blancas” —eran chorizos asados con batatas aplastadas con azúcar y papas hervidas.

Celide se abalanzó sobre los chorizos y, sacando la lengua, simulaba lamerlos, Teresa hacía lo mismo, pero sobre las papas.

—Dejen de manosear la comida, carajo, parecen nenas de siete años —las retaba Rosa María blandiendo la cuchara de madera.

Luego de la comida, cuando se quedaron las cuatro solas, Rosa María le pidió a Celide que hiciera de campana. Buscó los bombones que solo preparaba para ellas, los repartió entre las cuatro, luego se levantó el vestido, metió la mano en la bombacha y sacó una bolsita que le había confeccionado y regalado Teresa para guardar sus cosas. La vació sobre la mesa. Había bastante

dinero.

—¿Y eso? —preguntó Celide tomando los billetes y las monedas.

—¡Shh! Es para escaparnos.

—Pero… —trató de interrumpir Celide.

—Dejen que termine de hablar. Tengo un plan. Nos vamos a ir. Pero necesitamos juntar mucho dinero. Dejen de gastar en pavadas y guarden todo. Tenemos que pensar de qué manera podemos hacer que no nos busquen. Yo averigüé los datos del senador, también de don Luque. Pensemos. Podemos amenazarlos… No sé, pensemos.

Las tres miraban a Rosa María, que estaba desconocida. Esa niña que había llegado desde Salta llorando ahora era toda una tigresa. ¿De dónde había sacado tanto dinero?

—Te volviste loca, mujer —dijo Celide—. Yo ya lo intenté. Es imposible. ¡No, dejá de joder!

—¡No seas pájaro de mal agüero! Yo no tengo ninguna intención de ponerme vieja acá, pensemos —replicó Rosa María—. Ustedes me prometieron que nos íbamos a escapar las cuatro juntas.

—Pero, ¿cómo nos iríamos, adónde…? —preguntó con un hilo de voz Teresa mientras se comía las uñas. Era la primera vez que hablaba en voz baja. Tenía tanto miedo que no le salían las palabras. La pequeña luz de esperanza de poder salir de ese lugar la emocionaba a la vez que la paralizaba.

—Sería algo así —dijo Rosa María y, abriendo grandes los ojos, comenzó a gesticular con ambas manos—: tenemos que juntar mucha plata. Celide, tenés que hablar con Moncho, preguntarle cuánto sale vivir en el conventillo. Una pieza para las cuatro estaría bien. Hasta que podamos buscarnos algún trabajo. Mecha y Teresa pueden coser y cobrar por ese trabajo.

Seguían mudas y con la boca abierta. Rosa María continuó:

—Nos escapamos, nos instalamos en una pieza en el conventillo de los muchachos, pagamos un alquiler y buscamos trabajo enseguida. ¿Se imaginan viviendo juntas, sin tener que estar todas las noches con pitos en la cara?

Teresa empezó a aplaudir.

—¡Shh, callate, *paparula*! —la reprendió Celide.

—Tenemos que buscar la forma de escaparnos y de que no nos molesten. Ese es el punto flojo. Todavía no tengo claro cómo podría ser…

—Ah, qué viva —dijo Mecha.

Se quedaron pensativas, caminaban como detectives y hablaban bajito.

—Andá, Celide, pone la vitrola y bailemos unas milongas para tranquilizarnos —propuso Teresa.

—Ni una palabra a nadie. Nosotras cuatro y nadie más. Pensemos, pensemos cómo hacemos para que no nos busquen —dijo Rosa María.

A partir de esa charla, las cuatro caminaban como si fueran delincuentes a punto de ser

descubiertos. Ante cualquier ruido fuera de lo común se les paraba el corazón. Vivían asustadas. Pero, por otro lado, la ilusión de vivir juntas, fuera del burdel, les mantenía el corazón encendido.

Rosa María seguía perfeccionando sus bombones, no los que compartía con las chicas, sino los que luego de agregarles el ingrediente mágico convidaba a sus clientes. De aspecto no eran muy bonitos, la mayoría de las veces estaban medio derretidos, pero en el paladar descomponían de placer.

Celide estaba impaciente y ansiosa de que Moncho fuera a Las Camelias, tenía que preguntarle lo que le había pedido Rosa María. Hacía dos días que no aparecía. El trabajo nuevo lo tenía atrapado. Apenas él y su sombrero cruzaran la puerta le preguntaría todo. Tal vez cuando se enterara de que se iban a escapar le declararía su amor. Su vida podría cambiar rotundamente. Casarse con el Moncho, tener un montón de Monchitos. Suspiraba mientras pensaba.

Al fin apareció. Tenía el rostro marchito del cansancio.

—Hola, Moncho, qué cara…

—Estoy muy cansado, se me parte la espalda del dolor.

Celide lo observó con ternura, pobrecito.

—Moncho, ¿querés que te sobe la espalda? Tengo una crema para el alivio —le dijo, así nomás, suelta de palabras.

Moncho se sacó el sombrero, se lo puso en el pecho. Sentía las orejas granates y calientes de vergüenza.

—Podría ser… —le contestó, mirando al piso.

—Bueno, vení —le dijo y caminó hacia su cuarto. Una vez adentro lo esperó y cuando el muchacho entró cerró la puerta.

Moncho se sentía tan nervioso que le costaba controlar sus movimientos. Torpemente se acostó boca abajo en la primera de las dos camas que vio.

—Moncho, sacate la camisa, así te puedo poner la crema —le dijo Celide con un temblor en la voz.

—Ah, qué pavo —dijo avergonzado y se sentó sin mirarla. Se sacó la camisa, luego la camiseta y se acostó de nuevo. Enterró el rostro en la almohada, no quería que Celide lo viera completamente colorado y nervioso como un niño.

Celide buscó el frasco con el ungüento, lo untó en su mano y la apoyó en la espalda de Moncho. Temblaba entera. Qué ironía. Estaba tan emocionada que sentía como si tuviera mariposas revoloteando en su estómago.

Cuando Moncho sintió la mano de Celide en su espalda creyó que le daba un ataque al corazón. Se le cortó la respiración. Y como todo en su vida, iba a los extremos. “Ahora o nunca”, pensó. Se dio vuelta, se sentó frente a Celide que tenía las manos embadurnadas, miró esos ojos verdes que lo enloquecían y le preguntó:

—Celide, ¿quiere, *querés*, o te gustaría, *le gustaría* casarte conmigo…? Bueno, si no querés no importa. Yo puedo comprender que no quiera, porque…

—¡Sí, sí, Moncho, quiero! —interrumpió Celide en *idish* antes de que sucediera algo y cambiara el curso de las cosas. Al ver la cara de Moncho se dio cuenta de que no había entendido lo que dijo, así que a los gritos aceptó nuevamente, pero ahora en castellano.

Moncho se inclinó hacia adelante, buscando sus labios para besarlos, Celide quiso acompañar y fue a su encuentro, pero calcularon mal porque las cabezas rebotaron en un duro golpe.

Los dos, tomándose con ambas manos la cabeza, comenzaron a reír.

—¿Te gustaría que lo hagamos ahora? —le preguntó Celide, sin mirarlo a la cara. Pobre Moncho, había esperado tanto tiempo que ahora le correspondía a ella darle el alivio.

—No, prefiero que lo hagamos en nuestra luna de miel —contestó él, aferrando fuerte la mano de Celide. Ambos miraban el piso.

—Vos sabés lo que yo hago acá, ¿no? —preguntó Celide. No podía creer que el Moncho no quisiera tumbarla en la cama y hacerle de todo.

—Sí, pero yo la quiero más allá de todo esto. Mi amor por usted es verdadero, de esos que duran *pa* siempre —contestó; estaba tan nervioso que cada tanto la trataba de vos y después de usted.

Celide se derritió de amor. Giró la cabeza y se encontraron en la mirada. Moncho la recorrió por dentro con sus grandes ojos negros. Celide se acercó y pegó sus labios a los de él. Quietos, en ese instante eterno, se amaron.

—Ay, Moncho, estoy tan nerviosa que me da vergüenza hasta mirarte —dijo Celide.

—Yo también —contestó, y ahora él posó sus labios cálidos sobre los de ella. Se sentía tan placentero, ojalá se pudieran quedar así para siempre.

En uno de esos arranques que no se piensan mucho, Moncho la abrazó con todas sus fuerzas, la recostó sobre la cama y cayó sobre ella.

Celide abrió los ojos grandes, el bastón de mando de Moncho era inmenso y estaba tan duro que se podía clavar en la tierra. Celide se acomodó debajo de él y luego se quedó quieta, la decisión era de Moncho. ¡Ah, ojalá le hiciera el amor en ese momento, tenía tantos deseos de sentirlo en todo su cuerpo! Jamás en la vida había experimentado esa pasión tan intensa.

Moncho se bajó los pantalones y ahí nomás, con delicadeza, la penetró. Celide lo rodeó con los brazos y lo dejó hacer. En menos de un minuto la cuestión ya había terminado. Ambos se quedaron callados, avergonzados y abrazados por un buen rato. Sin hablar, sin mirarse.

—Soy medio bruto, ¿no? —preguntó el Moncho antes de levantarse, aún abrazados.

—Sos lo más lindo que me pasó en la vida, Moncho, te amo —contestó Celide.

En ese momento la puerta se abrió de par en par.

—¡Ay, perdón!, me voy, me iba —dijo Rosa María, y con una sonrisa dibujada en el rostro se fue, cerrando la puerta detrás de ella—. ¡Chicas, chicas, el Moncho y la Celide lo hicieron! ¡Los

vi! —entró gritando en la cocina.

Antes de que pudieran comenzar con el chismerío, detrás de Rosa María aparecieron los dos, tomados de la mano.

—Somos novios —dijo Celide, mirando para abajo toda colorada y pegando los labios.

Moncho estaba escondido debajo de las alas del sombrero.

—¡Al fin, que esto lo tenemos que festejar! —dijo Teresa.

—Shh, despacio, que no se corra el chisme. Nadie tiene que saber. Menos la *madam* —aclaró Celide.

Enseguida comenzó a correr el mate y una botella de brandy que tenía guardada Teresa para combatir el frío. Charlaban, y se callaban cada vez que entraba alguna chica; cuando se iba, seguían. Moncho y Celide nunca más se soltaron las manos y cada tanto se regalaban alguna sonrisa. Parecían dos tortolitos.

Rosa María los observaba, era la sonrisa del amor. ¡Qué tiernos! Sintió que una brisa abrazaba su corazón. El amor, el amor…

Capítulo 10

La primavera florecía en el patio del burdel Las Camelias, el aroma dulzón de los jazmines y la parra de uva chinche fortalecía el alma de las chicas cada año.

Rosa María tenía que tocar la puerta de su pieza cuando quería ingresar porque cuando Moncho tenía unas horas libres se venía para el burdel.

—¡Otra vez le están dando a la *matraca*! Después vengan a la cocina —les gritó desde la puerta Rosa María.

Ingresó, y una vez allí dejó sobre la mesa la caja que traía. Puso agua a calentar en la pava sobre el fuego.

Ya estaba preparando el mate cuando ingresaron Mecha y, detrás, Teresa.

—¡Bueno, bueno! Hoy vamos a probar los bombones de la Rosita —dijo Mecha frotándose las manos.

—¡Shh!, callate, estúpida, hablá despacio. No son para nosotras, son para los clientes —la retó Rosa María.

Sacó tres platos y los puso sobre la mesa, y encima de cada uno de ellos acomodó tres paquetes que sacó del interior de la caja.

Tomó uno de los bombones del primer plato.

—Este bombón es el clásico. Lo vamos a llamar el *besito*. Este lo podemos comer nosotras, tiene solo un poquito de licor —dijo, luego dejó ese bombón y levantó otro del segundo plato—. Luego tenemos este, que tiene un ingrediente que lo hace especial, y lo vamos a llamar *cocoliche*, ¡ojo con este! Y por último —levantó un bombón del tercer plato—, les presento a *pindonga*. Es fatal.

Acababa de decir eso último cuando entró madame Jeanne a la cocina. Las chicas se quedaron paralizadas, como si estuvieran heladas.

—Ah, no me invitaron a la fiesta, ¿eh? —dijo.

Silencio.

—Y estos bombones, ¿no me ibas a invitar, acaso, Rosita? —la intimidó.

—Sí, los estaba separando para llevárselos —mintió.

Madame Jeanne tomó uno de los platos con los bombones. Las miró a todas.

—Me llevo estos —dijo y salió.

—Ay, mi Diosito del cielo, ¿es que esta mujer se ha *llevao* los *pindonga*? —exclamó Mecha,

tomándose los cachetes con ambas manos—. ¿No, Rosita?

—¿Qué pasó? —preguntó Celide, risueña, ingresando a la cocina de la mano de Moncho.

—Es que recién vino la doña *madam* y se llevó los bombones que había *preparao* la Rosita *pa* los clientes, *pa* venderlos —contestó Teresa.

Celide comenzó a reír.

—No seas pavota, es peligroso si se los come todos juntos, sobre todo los más fuertes —dijo Mecha, que estaba un poco asustada.

—¿Le pusiste a todos? —preguntó Celide, muerta de risa.

—No, pero se llevó los peores, los *pindonga* —contestó.

—¡Vamos a quitárselos! —gritó Teresa.

—¡No! ¿Qué le vamos a decir, que están rellenos de un ingrediente mágico? ¡Estás loca! —contestó Rosa María.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar.

Moncho no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Se despidió de Celide con un largo beso delante de todas y se fue.

—¿Qué les pusiste a los bombones, Rosita? ¿Es para tanto? —preguntó Celide al ver que estaban las tres muertas de miedo.

—Sí, Celide, esos bombones tienen opio.

—Ah, ¿y eso es muy peligroso? —siguió preguntando Celide

—Sí, Celide, esos bombones pueden matar a la *madam* Jeanne —contestó Mecha ya un poco fastidiada.

—Eso sería un milagro para nosotras, nos podríamos ir… —aventuró Celide.

Todas la miraron al mismo tiempo. A ninguna se le había ocurrido algo así. Y la verdad es que no era mala idea.

La tarde terminaba y la noche acechaba. Ya estaban listas para comenzar a trabajar, los primeros clientes empezaban a llegar. De madame Jeanne ni noticias. No había bajado, ni siquiera para supervisar todo antes de abrir las puertas como lo hacía cada día.

Estaban casi todas en el salón. Alguien puso la vitrola a funcionar. Y como madame Jeanne no aparecía, Celide buscó a Rosa María para bailar la milonga que estaba a punto de comenzar. Tenían que aparentar que estaba todo bien, como siempre.

Juntas. Manos entrelazadas, casi estaban a la misma altura. Celide le marcaba el paso con los hombros a Rosa María, que la seguía a la perfección. Primer revoleo de pie de Celide, arrancó la música y arrancaron ellas. Giros de cabeza, pies arrastrados, coordinación perfecta, la columna recta. Se fundieron en la danza. Apasionadas, corriditas, volteretas, taconazos, caderas, gestos… Impresionante. Cuando terminó la música y se disponían a recibir a los clientes, un estruendo interrumpió el idilio. Enseguida giraron la cabeza hacia el lugar de donde provenía el ruido y

vieron bajar las escaleras a madame Jeanne; pero no caminando, rodando.

—¡Ay, Diosito! ¡Ay, Diosito! —repetía Rosa María mientras corría a auxiliar a la mujer, que estaba tendida en el piso.

—¡Coños! ¡La matamos, joder! —repetía Teresa agarrándose la cabeza.

—¡Shh! ¡Callate, estúpida! —completó Mecha, pellizcando a su hermana en el brazo.

Rosa María tomó la cabeza de madame Jeanne y la apoyó sobre sus piernas, entonces pudo comprobar que estaba viva, pero completamente drogada. Enseguida miró a todas y, con una sonrisa bien disimulada, aclaró:

—¡Está bien, solo está dolorida! Dice que continúen.

La carcajada fue general. Como nadie dijo nada de los bombones, las otras chicas pensaron que estaba borracha.

—Vamos, ayúdenme, vamos a subirla a su cuarto —dijo Rosa María mirando a las hermanas y a Celide.

Entre las cuatro, y con mucho esfuerzo, llegaron arriba con madame Jeanne. Cada tanto abría los ojos, las miraba y les sonreía, luego se desvanecía nuevamente.

—¿Y si se muere? —preguntó Celide, temerosa. Una cosa era pensarlo y otra muy diferente vivirlo.

—¡Ojalá se muera, vieja de mierda! —contestó Mecha.

—Shh, hoy nos vamos —terminó Rosa María.

—¿Qué? Pues ahora sí te volviste bien loca —dijo Teresa.

—La *madam* tiene para largo. Hoy no se trabaja. ¡Nos vamos! Las chicas no se van a dar cuenta y cuando la vieja reaccione nosotras vamos a estar bien lejos. Celide tenía razón, tal vez esta sea una oportunidad para nosotras.

—Nos van a matar, estás loca —decía Teresa. De solo pensarlo le daba comezón.

—Dale, le pedimos al Moncho que nos deje estar esta noche en su pieza y luego nos acomodamos. ¡Vamos! —insistía Rosa María—. ¿Cuándo vamos a tener una oportunidad como esta?

Acomodaron a madame Jeanne en la cama, luego la taparon y la dejaron como si estuviera dormida.

—No sé, Rosita, nos van a traer de regreso y nos van a golpear —agregó Teresa.

—¡Vamos! Bueno, yo me voy. No me quedo ni un segundo más en este lugar —terminó Rosa María.

Cerraron la puerta y comenzaron a bajar. ¡El Moncho! Parado al pie de la escalera, las esperaba. Las cuatro juntas bajaron y lo abrazaron.

—¡Qué bueno que no te fuiste! —dijo Celide.

El muchacho las miraba, estaban tan raras. “¿Qué les pasaba? Bah, mujeres”, pensó.

—Moncho, te necesitamos, nos vamos. Nos escapamos ahora mismo. Nos tenés que esconder

en tu pieza —dijo Celide alborotada.

Moncho se puso serio. No entendía ni jota de lo que decían, pero qué lindo sonaba tener a Celide en su pieza.

—Sí, vamos —dijo él.

Corrieron a sus cuartos, buscaron apenas una bolsita con artículos personales y, sin levantar la perdiz, salieron de a una. Moncho las esperaba afuera.

—Yo justo me iba a la milonga, tenemos que tocar con los muchachos. Aunque no nos pagan, nos dan una oportunidad; si nos aplauden, nos contrata. Pero las acompaño hasta la pieza y después me voy —dijo Moncho, un poco confundido con la situación, mientras buscaban un coche de alquiler.

—¡Vamos con vos, Moncho, vamos a la milonga! —dijo Rosa María ya impregnada de libertad.

—¡Estás loca de remate, Rosita, y nosotras más por seguirte la corriente, mañana estamos todas presas! —dijo Teresa.

—¡Pero dale, vamos a divertirnos un rato! —agregó Celide, cualquier cosa por estar pegadita a Moncho.

—Si nos descubren nos matan —dijo Mecha—. Ustedes se volvieron locas. Y yo no sé por qué les sigo la corriente.

—¡Claro que se van a enterar apenas despierte la *madam*! Por eso, vamos a divertirnos un rato, después vemos qué hacemos.

—¿Vestidas así? —dijo Mecha.

Se arreglaron un poco ahí nomás, se sacaron la pintura de la cara, se cerraron los escotes y se pusieron a la orden de Moncho que las iba a llevar hasta la milonga.

Subieron al coche tirado por caballos y el Moncho, ancho de pecho y alegre de corazón, le dijo al cochero:

—A la milonga de Ramírez, por favor.

Poco a poco comenzaron a sentir la brisa de la noche acariciar sus mejillas. El miedo mezclado con el placer de estar en libertad, aunque fuera por un rato, las animaba, las hacía felices. Tomadas de la mano, se sonreían. Abrían el rostro hacia el cielo. Pero lejos de ser una travesura de niñas, estaban poniendo sus vidas en peligro.

Llegaron a lo de Ramírez. Moncho pagó al cochero y ayudó a las chicas a bajar, los cinco ingresaron y Moncho enseguida vio a sus amigos en la pequeña tarima donde los conjuntos se las ingeniaban para acomodar sus instrumentos y tocar.

—Muchachos, me vine con las chicas —dijo Moncho, feliz.

Pepe y el Tano lo miraron. Este último detuvo sus ojos en Teresa. Allí quedó prendado para siempre en los ojos de la gallega muerta de miedo, parada con las manos entrecruzadas, bamboleándolas.

—Hola, chicas. Busquen una mesa que después de tocar ya no vamos a conseguir, y guarden lugar para nosotros —agregó Pepe.

Para ellas el sitio era novedoso, los mozos, la gente. Se movían con cuidado, despacio, hasta que encontraron una mesa con sillas vacías y enseguida la ocuparon. Cuando estuvieron sentadas, la perspectiva cambió. Sintieron esa seguridad que da estar en un lugar fijo; ser el observador y no el observado. Miraban todo. De las mujeres que ingresaban, algunas estaban colgadas de los brazos de sus hombres; otras, solas. Ellos, con sombreros, gorras y trajes. Ellas, con vestidos, arreglos en la cabeza, monederitos pequeños en las manos, algunas con guantes.

Moncho se acercó a la mesa y les dijo:

—Escuchen, cuando nosotros comencemos a tocar, ustedes dos se animan a bailar —les propuso a Celide y a Rosa María.

—Sí —contestó Rosa María.

—Ni *endrogada* —dijo Celide.

—Pero, ¿qué les pasa? ¡Che! No me digan que ahora son tímidas —dijo Moncho—. Eso nos ayudaría a nosotros con el grupo. ¡*Delen*, che! Así la próxima vez que nos contratan nos pagan…

—Bueno. Es que me da vergüenza, mirá si nos equivocamos, no practicamos tanto —agregó Celide con la voz temblorosa. Estaba tan emocionada y tan asustada al mismo tiempo. Habían pasado muchas cosas en pocas horas y le costaba asimilarlas.

—¡Bailamos! —terminó Rosa María—. Andá nomás, Moncho.

El muchacho se fue sonriendo. Si las chicas bailaban, contagiaba, todos bailaban y ellos se aseguraban que don Ramírez volviera a contratarlos.

Celide estaba paralizada. Rosa María dirigió la vista hacia la tarima donde estaban los tres muchachos, apilados con sus instrumentos. En ese momento lamentó no haberle metido uno de los bombones en la boca para que se le fuera el miedo. Se escucharon silbidos. Moncho les guiñó el ojo. Probaron los instrumentos por última vez y comenzaron a tocar la “Milonga del *olvidao*”. Era de autoría propia. La letra la había escrito Pepe.

—Vamos, Celide, por el Moncho —dijo Rosa María, y al ver que no se movía la tomó de la mano y la arrastró hasta el centro de lo que sería la pista de baile.

—Por el Moncho —contestó y se acomodó.

Ambas estaban atentas a la señal de los muchachos. La mayoría de los presentes no les prestó mucha atención a las dos jovencitas apostadas al frente del conjunto. Celide abrió la palma de su mano y la pegó en la espalda baja de Rosa María. Cabezas erguidas, preciosas las dos, la columna derecha, los cachetes pegados. Comenzaron a bailar.

El bullicio de las conversaciones se apagó; solo la música, el polvo del piso y ellas.

Bailaron, levantaron las piernas, subieron los codos. Apasionadas, gesticulaban, amor, desamor, fruncían el ceño, sonreían. En ese instante eterno estaban conectadas solo por la música y el baile. Magia pura. Por un momento fueron completamente libres.

Terminó la milonga. Se quedaron tiesas donde estaban. Aplausos, gritos, felicitaciones. Sonrieron y respiraron. ¡Ya había pasado!

Se miraron, ambas tenían los ojos llenos de lágrimas, era como estar transitando un hermoso sueño, de esos que uno espera que algún día se conviertan en realidad.

Mecha y Teresa aplaudían de pie y también lloraban de emoción.

Moncho comenzó a hacerles señas para que fueran a sentarse, pues se habían quedado tomadas de la mano, petrificadas al frente de la tarima de los músicos. Celide fue la que se dio cuenta y ahora ella tironeaba a Rosa María en dirección a donde estaban Mecha y Teresa.

Se sentaron las cuatro a disfrutar de la música del Moncho y sus amigos. Por un momento se olvidaron de todo lo que había pasado, de dónde venían…

Luego de varios tangos, milongas y algunos valses, los muchachos se tomaron un descanso. Se sentaron con las chicas en la mesa.

—¡Cagamos! —dijo Pepe.

—¿Qué pasa? —preguntó Mecha.

—Ahí entran los cogotudos. No entiendo, ¿por qué no se van al Armenonville y vienen a joder acá? Hoy hay trompadas —terminó con el ceño fruncido y los puños apretados.

—Sí, en un rato se arma la trifulca —dijo el Moncho.

—Tranquilos, muchachos, dejemos que pasen, no busquemos nosotros la *roña* —terminó Pepe. Hoy estamos con las chicas. No levantemos la perdiz.

Parecían los dueños del lugar, vestían elegantes trajes negros, zapatos brillantes y sombreros caros. Altaneros y soberbios. Cuando pasaron al lado de su mesa, Rosa María levantó la vista y los contempló.

“¡Qué guapos y qué arreglados!”, pensó. Eran varios, cada uno con un estilo propio. Pero uno, el de los ojos verdes y tez oscura, el pelo negro llovido sobre el rostro, era el único que no llevaba sombrero. ¡Ah!, suspiró. Bajó la mirada, no pudo sostenerla, parecía que el muchacho se la iba a comer con los ojos. Siguieron caminando y se sentaron junto a una mesa, al costado del improvisado escenario de madera, en diagonal a donde estaban ellos.

Cuando Moncho y sus amigos retomaron la música, las chicas se quedaron solas en la mesa.

Tres de los muchachos del grupo se levantaron y se fueron, el resto se quedó bebiendo y fumando, mientras Moncho y sus amigos hacían sonar los instrumentos. Rosa María los observaba de reojo. En realidad observaba solo a uno. Se destacaba del resto. Tenía hombros anchos. Era alto, más alto que todos.

—¿Qué te pasa a vos? Te quedaste con la *cara en la pava* —interrumpió sus pensamientos Celide.

Rosa María sonrió; cuando Celide confundía las palabras era tan gracioso que era imposible tomarla en serio. Por supuesto que no le decían nada porque levantaba temperatura enseguida y se enojaba, ¡y cómo!

—Nada, solo observo.

—Mírennos acá, las cuatro, como si fuéramos las reinas de España, en la milonga y sentadas en una mesa solo para nosotras. Ah, me puedo acostumbrar a esta vida, eh… —decía Teresa.

—Bueno, entonces mirá a aquellos muchachos; esos sí que tienen *biyuya*. Me caso ya mismo con uno de esos, cualquiera, el que me toque —dijo Mecha, y enseguida recibió un coscorrón que le propinó Teresa.

—¡Bueno, che! Es un decir, ¡joder! Me despeinaste, bruta.

Rosa María sonreía ante la ocurrencia de las hermanas, que jamás dejaban de pelearse. Pero su atención estaba puesta en la mesa donde estaba el joven que le había regalado su intensa mirada. De repente, uno de los muchachos trajeados regresó corriendo a la mesa donde estaba el resto y les dijo algo. Se levantaron enseguida, tan agitados que casi tiran la mesa con todo lo que tenía arriba al piso, y salieron corriendo. Luego de unos minutos, los gritos e incluso algunos disparos comenzaron a tapar los sonidos del acordeón y la guitarra. Teresa fue la primera en meterse debajo de la mesa, por puro instinto, luego la siguieron Mecha, Celide y, al final, Rosa María.

Los muchachos seguían tocando, preocupados, con la mirada fija hacia donde estaban las chicas escondidas. El resto de la muchachada comenzaba a agarrarse a las trompadas. Todos contra todos.

—¡Qué los parió, Rosita! ¡Te dije que no teníamos que salir! —decía Celide en cuatro patas, debajo de la mesa, apretujada entre sus amigas

—¡Ahora viene la policía y estamos jodidas! —exclamaba Teresa.

Don Ramírez en persona fue quien, luego de varios gritos y antes de que llegase la policía, disparó varios tiros al aire.

Los muchachos trajeados desaparecieron y la policía comenzó a ingresar por todos lados; algunos corrían, otros se quedaban quietos, asustados, las mujeres gritaban. Y los muchachos seguían tocando…

Uno de los policías las vio y se acercó a la mesa debajo de la cual estaban escondidas, la dio vuelta de una patada, dejándolas al descubierto.

—Ustedes son las putitas del prostíbulo, ¿eh?

Las cuatro quedaron en silencio, agachadas, mirando hacia arriba.

—¡Vamos! ¡Vamos a la comisaría! —les ordenó.

Los muchachos miraban la escena, Moncho largó la guitarra y se dirigió hacia el policía; el Tano y el Pepe lo siguieron al instante. Las chicas estaban pálidas y mudas. El Tano, por las dudas, le puso un puñetazo en la mejilla a uno de los policías, dejándolo en el piso. Enseguida se armó la revuelta y comenzaron a pegarse trompadas entre todos. Las cuatro mujeres caminaron despacio hacia la puerta. Celide se quedó mirando cómo el Moncho se enroscaba a los golpes con otro policía. Salieron. Pero cuando llegaron a la puerta y vieron a don Ismael se quisieron morir. Las estaba esperando con una sonrisa y los brazos en jarra. Todo sueño de libertad

acababa por terminar. Don Ismael las subió al coche y las insultó a los gritos hasta que llegaron al prostíbulo. Eran tantas las amenazas que les había propinado que ya no se acordaban ni de la mitad.

CAPÍTULO 11

Llegaron entregadas, calladas. Ingresaron al burdel Las Ca-melias una detrás de la otra, con la mirada sin brillo, los ojos llenos de lágrimas. El resto de las chicas las espiaba en silencio.

Las enviaron directo y a las cuatro juntas al altillo. Se tuvieron que agachar para entrar y sentarse sobre el piso húmedo y con olor a pis. Lloraban en silencio, no se hablaban. Sintieron cuando la puerta se cerró desde afuera.

—Muchas veces les dije que esto podía *sucedar*, pero no, había que escaparse… —decía Celide.

Rosa María no contestaba, se sentía absolutamente culpable por todo, pues había sido ella quien les había llenado la cabeza para que se fugaran, y cuando tuvieron la oportunidad, también fue ella la que las guió puertas afuera.

—¡Callate, Celide! Acá no hay culpables. Los únicos hijos de mala madre son los que nos tienen acá encerradas —dijo Teresa.

—Sí, al menos lo intentamos y salimos un rato —agregó Mecha, conciliadora.

—Sí, pero yo les dije, les dije, y les avisé. Pero ustedes son tan *cabezonas* —seguía increpando Celide.

Al principio se gritaron y se culparon entre sí. Luego se disculparon, lloraron, y finalmente pudieron hablar con tranquilidad.

Rosa María comenzó a preocuparse y a darle la verdadera importancia al encierro, pero el tiempo real comenzó a pasar cada vez más lento. ¿Un día? ¿Dos? Una hendija pequeña dejaba pasar apenas un rayo de luz que les indicaba cuándo era de día o de noche.

—Perdón, me hice pis, ya no podía aguantar —dijo Mecha angustiada mientras el líquido tibio recorría sus piernas dándole el alivio de haberlo soltado.

El cuerpo les dolía, ya no sentían el hambre ni la sed. Ya no podían conversar entre ellas. No tenían fuerzas para nada.

¿Cuánto tiempo más iban a dejarlas ahí? Tal vez hasta que murieran...

—¿Y ahora, qué nos va a pasar? —preguntó Rosa María.

—Nos van a lastimar, mucho —contestó Celide con un hilo de voz.

Al fin la puerta se abrió. Tapándose los ojos por la luz salieron las cuatro, sucias, esqueléticas,

asustadas.

Madame Jeanne las esperaba en la cocina.

Ingresaron calladas. Se sentaron. El resto de las chicas desapareció en menos de un segundo.

—¡Ingrata! ¡Sos una *calaña*! —comenzó a gritarle madame Jeanne a Rosa María, luego la tomó de los pelos, la tiró al piso y comenzó a patearle el estómago.

—¡Todo te di! Para que me hagas esto.

Celide quiso levantarse para frenarla, pero madame Jeanne la detuvo:

—Ni se te ocurra meterte porque hago realidad tu peor pesadilla.

Siguió golpeando e insultando a Rosa María hasta que la sangre en el rostro y los retorcijones en el piso de la muchacha hicieron que parara.

—Puta, ahora vas a saber lo que es poner la concha en serio, mañana te vas con Las Zorras a Once. ¡Cincuenta borrachos por noche te van a meter la pija, sucia! —le seguía gritando—. Fuiste vos la que les llenaste la cabeza a estas tres estúpidas.

Dicho esto, dio media vuelta y salió de la cocina. Celide la ayudó y entre todas le limpiaron un poco la sangre y la llevaron a la pieza. Suspiraron aliviadas, pensaron que la paliza iba para las cuatro por igual.

Las lágrimas humedecían su almohada. No podía pensar con claridad. Todo era muy confuso. Esa salida, ese lugar. Había una vida afuera del prostíbulo que la llamaba.

Pensaba que había valido la pena irse aunque fuera un rato. Claro que sí, no importaba el dolor que sentía. La sonrisa se le dibujaba en el rostro maltrecho de solo pensar en el muchacho alto de los ojos verdes y la tez oscura; esa imagen era su refugio y lo que le permitía soportar día a día el sufrimiento.

Recibía la comida que sus queridas amigas le daban en la boca. Sentía el alivio cuando le pasaban los ungüentos por las heridas. Las fuerzas, poco a poco, regresaron a su lastimado cuerpo.

Había perdido la noción del tiempo que había transcurrido hasta que un día ingresó Celide y le dijo:

—La *madam* quiere hablar con vos. Dice que ahora mismo.

El miedo invadió a Rosa María. La vieja no había tenido ningún reparo en molerla a golpes, ¿y ahora, qué seguía?

Subió las escaleras despacio y agarrada de la baranda; el dolor físico no le permitía caminar bien, se sentía morir. Golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Pasá!

Ingresó al cuarto, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas adelante.

—¡Sentate, no te voy a hacer nada! —dijo.

—Doña *madam*, yo no quise…

—Callate.

—No quise, usted solita se llevó los bombones… Yo le grité, le avisé pero usted no me escuchó, y no supe qué hacer… Y después solo quisimos ir a bailar con los muchachos a la milonga. Nunca tuvimos intención de escaparnos —mintió.

—De eso quiero hablar con vos. ¿Qué les pusiste? ¿Cómo los hiciste y cómo conseguiste lo que les pusiste?

—Yo… Lo que pasa es que justo usted entró cuando yo les estaba por contar a las chicas sobre los bombones, para luego contarle a usted, pero justo ingresó y se llevó los más fuertes —hablaba casi sin respirar—. Yo los hice con chocolate, leche y le puse… bueno, eso. Usted ya sabe. Me lo trajo don Silvio de la botica a cambio de unas, bueno, chupadas. Pero, justo, ¡ay, doña *madam*, en qué lío me metí! —largó el llanto.

Madame Jeanne la contemplaba, sabía que si volvía a pegarle la mataría.

—Bueno, bueno, no llores. Tal vez tenga una idea para no enviarte al otro burdel. Pero me tenés que contestar ahora mismo.

—Sí, sí.

Madame Jeanne se levantó. Las lágrimas de Rosita la habían excitado mucho. Se paró detrás de la niña. En ese momento se arrepintió de haberla golpeado tanto. Es que no soportaba sentirse estafada. Rosa María le importaba, y mucho. No quería perderla.

—Tenés que ser muy buena conmigo todas las veces que yo quiera —dijo, y comenzó a frotarle los pechos, deteniéndose en la dureza de los pezones.

—Sí —dijo Rosa María con un hilo de voz.

—Cada semana quiero dos cajas de bombones. No me importa de dónde sacás la *papusa* y cómo la pagás. Y si te agarra la policía, yo no sé nada —le susurraba al oído.

—Sí.

—Bueno, ahora desnudate y metete en la cama.

Rosa María suspiró. Como pudo, se sacó la ropa y se metió entre las sábanas.

Madame Jeanne corrió las cortinas para oscurecer la habitación, se quitó el vestido, y solo con las medias se acostó al lado de la muchacha. No quería ver los moretones que ella misma le había hecho a ese cuerpo que tanto deseaba.

Rosa María cerró los ojos y, como siempre, se quedó quieta y blandita. La mujer le besó el cuello, los pechos, y luego bajó lamiendo su vientre hasta llegar al pubis. Rosa María abrió con suavidad las piernas y la mujer le metió la lengua hasta donde pudo. Madame Jeanne volvió a subir y guió la cara de Rosa María hasta sus pechos.

—Chupámelos —le ordenó.

Rosa María comenzó a lamerlos. La mujer se colocó encima de Rosa María, quería sentirla. La

acomodó de tal forma que las dos entrepiernas se confundían. Comenzó a frotarse fuerte, se apretaba contra ella como si quisiera que le saliera un pene de la vagina y penetrarla. Madame Jeanne, gimiendo, agitaba la cadera cada vez más rápido, más fuerte, hasta que tuvo su orgasmo. Entonces se recostó en la cama con los ojos cerrados y empujó a Rosa María hacia un costado.

—Ahora, fuera de aquí. No digas nada de nada. Y concentrate en los bombones. Es la condición para que te quedes.

Celide la estaba esperando al pie de la escalera; apenas la vio, subió a ayudarla. Rosa María sentía dolor en todo el cuerpo pero sobre todo le ardía entre las piernas. La vieja bruta la había raspado tanto…

—Yo…

—No digas nada, te agarró la degenerada. Vamos que te voy a limpiar —dijo Celide—. Ay, Rosita, qué macana que nos mandamos. No te preocupes, yo te voy cuidar —le decía mientras la ayudaba a sentarse en la cama—. Teresa te está preparando un té con unos yuyos que le dio la chica nueva y Mecha se fue a la farmacia a buscarte un calmante.

—Gracias, y perdón, todo esto es culpa mía. No hice las cosas bien. No era la forma de irnos, pero fue lindo, ¿no?

—Sí, no dejo de revivirlo en mi mente. Todo el tiempo estoy pensando en cada minuto que vivimos en lo de Ramírez. Fue tan lindo, solo que, bueno, la paliza que te ligaste me da pena, Rosita.

—No te preocupes, Celide, los dolores un día pasan, pero esas horas están atesoradas en nuestros corazones. Y, ¡qué bien! ¿eh?, tu castellano está saliendo perfecto, creo que ya te recibiste.

—Me recibí de *castellana* —bromeó Celide y siguió curándole los machucones.

Las pocas horas que habían vivido fuera de Las Camelias fueron cruciales para el futuro de Rosa María. Ya estaba decidido, apenas se sintiera mejor se iba. Sí, lejos de la degenerada de madame Jeanne. “Ojalá las chicas me quieran acompañar. Yo me voy. No puedo soportar más esta vida. Y mucho menos después de haber pisado la libertad”, pensaba mientras Celide la ayudaba a acostarse. Luego de que su amiga la tapara y se retirara del cuarto, se llenó el alma de los ojos verdes de ese desconocido y, acunada en ese pensamiento, se durmió.

Madame Jeanne le presentó un cliente nuevo. Era un alto y distinguido oficial de la fuerza policial. Luego seguía el senador que la había pedido a ella exclusivamente y luego dos jóvenes que venían a iniciarse. A pesar del dolor que aún martirizaba su cuerpo y su alma, acomodó su actitud y utilizó los bombones *pindonga* a su favor; eran la llave que le permitiría escaparse. Le tocaba empezar con el policía.

—Ah, sos una de las que iniciaron la *trifulca* en lo de Ramírez.

Rosa María no dijo una palabra. Sonrió y, muy lentamente, empezó a sacarse la ropa mirando al hombre a los ojos.

—Sos de las turritas, ¿eh? —le dijo, tratando de no perder el control. Esa noche había elegido a Rosa María por la recomendación de un amigo.

Ella lo miró y por un momento pensó que le iba costar amansar a semejante pelotudo. Buscó en su busto y sacó algo, se acercó y le dijo al oído.

—¿Listo para disfrutar, mi general?

El hombre se mostró interesado.

Rosa María se puso el bombón medio derretido en la boca y se lo ofreció sugestivamente con la lengua. El policía casi le muerde los labios, pero el bombón se lo comió enterito. Rosa María lo pechó con ambas manos, lo arrojó sobre la cama y comenzó a sacarle su acartonada vestimenta. El hombre lucía embobado, y cuando quería hacer algo Rosa María lo volvía tirar sobre la cama. Le pegaba cachetadas en la cara.

—¿Cómo te llamás, policía? —le preguntó.

—Para vos, Lucio, putita…

Rosa María tomó el bastón de mando de Lucio y lo presionó logrando una enérgica erección. Se agachó, se lo puso entre las tetas y lo miró. Sin palabras, comenzó a acariciarlo y a lamerlo. El hombre quedó entregado al placer. El bombón comenzó a hacer su efecto y Rosa María pudo darle más placer del que había soñado el policía en toda su vida. Y pudo hacerlo tranquila, es más, mientras cabalgaba sobre él, le pegaba en las mejillas y lo pellizcaba. El hombre solo sonreía. Definitivamente, los *pindonga* y el bastón de mando iban de la mano; eran el secreto de su éxito. Y de su tranquilidad.

Cuando terminó, le pidió más dinero y le dio uno de los bombones para que se llevara. El policía, aún medio confundido, aceptó. Le dejó una buena cantidad de billetes. Para ella todo volvía a ser como antes, lamentablemente.

Rosa María se las ingenió para seguir fabricando bombones, con un toquecito extra de felicidad. Hizo un acuerdo con el dueño de la botica por una determinada compra semanal.

Madame Jeanne ahora también las obligaba a bailar juntas con Celide. Eso excitaba mucho a los hombres, igual para ellas no fue mayor problema porque bailar les gustaba.

Los días en Las Camelias retomaron sus rutinas, pero en el corazón de Rosa María esos ojos verdes habían dejado una huella, representaban la libertad, eran un símbolo de esperanza, de ilusión… Y esas horas afuera del burdel eran el incentivo para irse. Irse, solo quería irse y no regresar nunca.

Capítulo 12

Rosa María dedicó cada minuto de sus pensamientos a idear un plan para fugarse. Al primero que le contó fue a Moncho. Le pidió que la ayudara a convencer a las chicas y que consiguiera la colaboración de Pepe y el Tano. Moncho, encantado con la idea de tener a Celide solo para él, se comprometió a ayudarlas.

La idea era escapar y comenzar, juntas, una nueva vida. Pero tenían que lograr que madame Jeanne no las buscara, y que ella fuera la intermediaria para que nadie las rastreara. No era nada fácil. La primera parte del plan, referida a cómo se iban a escabullir, estaba lista, pero la segunda parte no, esa era la más complicada. Consistía en saber de qué manera se iban a mantener afuera, sin que las regresaran a Las Camelias.

Cada noche, mientras entregaba su cuerpo al que le tocaba, pensaba, pensaba… Hasta que la luz se prendió. Y la idea se materializó.

Le contó su idea a Moncho, y cuando tuvo su aprobación conversó con las chicas. Asustadas, pero ya hartas de vivir allí y alentadas por los muchachos, decidieron que sí, se iban a fugar.

Pusieron fecha. A partir de ese momento todo fue un suplicio. Tenían que seguir con lo planeado sin que nadie sospechara. Estaban tan nerviosas. Sabían que si fracasaban madame Jeanne no las iba a perdonar. Pasarían derecho al burdel Las Zorras, en Once, si es que seguían vivas.

—Es muy pronto —dijo Teresa, aterrorizada.

—No aguanto más —contestó Rosa María—. Esta vez vamos a lograrlo.

—Sí, ¡vamos a lograrlo! Y no estamos solas, los muchachos están con nosotras —agregó Celide. Muertas de miedo pero con el coraje que impulsa el alma, no estaban dispuestas a negociar la libertad.

Y ese día llegó.

—Hice dos docenas de *pindonga,* tienen que alcanzar. ¿Pusiste las gotitas en la copa de la *madam*?

—Ya ronca como un burro. Abajo está don Ismael, se está yendo. No sospechó nada —dijo Celide.

—El Tano tiene nuestra pieza lista. Pepe nos viene a buscar. Moncho no puede porque trabaja doble turno. Despachen a todos rápido, así cuando se vaya el último nos vamos detrás de él. ¿La carta? ¿Quién tiene la carta? —decía Rosa María; le temblaba la voz de los nervios que tenía.

—Acá —dijo Mecha mostrando un papel.

La noche sonaba rara. El sol ya estaba por asomar sus primeros rayos.

—¿Están seguras de esto? —dijo Teresa.

—¡Claro que no! Pero dijimos que lo haríamos, ¿te arrepentiste? —dijo Celide.

—¡No, no! —contestó Teresa.

—¡Vamos!

—¡Vamos!

Se fue el último cliente, salieron sigilosamente y sin ser vistas por nadie, esperaron afuera. Solas, sin equipaje, nada más que ellas y sus miedos, sus esperanzas y sus vidas.

A los pocos minutos apareció Pepe, era la hora justa, la pactada. Subieron al mateo alquilado temblando enteras; las cuatro volvieron a mirar la puerta cerrada detrás de ellas. El Tano las esperaba en el barrio de La Boca, su nuevo hogar.

—¿Dejaste la carta? —preguntó Rosa María.

—Sí, la puse. Ah, ¡no! ¡Tenemos que volver! ¡Dejé los documentos en la mesa! —exclamó Celide.

—Tengo un amigo anarquista que hace documentos para que no nos deporten, seguro que él nos puede ayudar, nos vamos, no regresamos —dijo Pepe.

—¡Sos *paparula*, eh! Todo lo que hicimos para ubicar y robar nuestros documentos y vos te los dejaste ahí —decía Rosa María resoplando como un venado.

Todo les producía miedo, hasta el ruido de las ruedas sobre el empedrado. Se sobresaltaban ante cualquier cosa. Estaban al borde de un ataque al corazón segundo a segundo. No podían controlar el temblor de sus cuerpos.

Cuando madame Jeanne despertó víctima de un penetrante dolor de cabeza, se sentó en la cama y lo primero que vio fue la carta sobre la mesita al costado.

La abrió despacio…

Doña madam, nos vamos. No queremos seguir viviendo en este lugar y creemos que a usted tampoco le conviene tenernos. La propuesta es simple: usted nos ayuda a que no nos traigan de regreso y a cambio la dejamos con vida. Hoy pudimos matarla, pero no lo hicimos, solo la drogamos. Por favor, doña, sin su ayuda nos vemos en un rato. Esperamos que recapacite… De todas maneras, si regresamos tenemos todo planeado: primero la matamos a usted, le clavamos el cuchillo tantas veces hasta que sus tripas salgan para afuera, y luego nos matamos nosotras, no vamos a seguir viviendo en Las Camelias. ¿Qué le parece? A don Ismael y a don Luque no les va a importar mucho que usted se muera, van a poner a otra en su lugar y listo. ¡Piénselo!

Bueno, esperamos no verla nunca más, por el bien de todas. Usted es una mujer muy inteligente y sabrá cómo arreglar el asunto con los judíos de la Sociedad. La saludamos muy agradecidas y esperamos que todo siga bien para todas. Hasta nunca, y recuerde: la que vuelve la mata, y se dará cuenta de que tampoco estamos solas en esto. Nosotras también hicimos nuestros contactos, y muy importantes. Si nos pasa algo, tenemos alguien que con mucho placer le va a meter el cuchillo justo en el centro de su corazón, va a disfrutar viendo cómo se va de esta vida. Piénselo.

Rosa María, Celide, Mecha y Teresa

Madame Jeanne arrugó el papel y lanzó un grito que sonó como un alarido. Se quedó pensando. Al rato se levantó, caminó hasta la cristalera, sacó una copa y se sirvió de una de las botellas, sin mirar qué era. Bebió varios sorbos y caminó hasta su escritorio, se sentó en su sillón. Volvió a leer la carta. En su interior siempre supo que Rosa María era especial. Era obvio que era ella la que había convencido a las otras chicas para escapar. Rompió la carta en mil pedazos. Bebió el resto del líquido que quedaba en la copa y luego la estrelló contra la puerta.

—¡Esto no va a quedar así, infelices! —gritó en *idish*.

SEGUNDA PARTE

Mi ideal más querido es el de una sociedad libre y democrática en la que todos podamos vivir en armonía y con iguales posibilidades.

NELSON MANDELA

CAPÍTULO 13

El traqueteo de las ruedas sobre el empedrado, el relinchar de los caballos, la ciudad que amanecía con todos sus sonidos, sus olores; y ellas, allí, amontonadas en el coche de alquiler que las trasladaría a donde comenzarían una nueva vida.

Habían llegado a Buenos Aires hacía tiempo. Pusieron un pie en esta tierra siendo muy jovencitas y llenas de ilusiones. Trajeron con su aliento su cultura, su idioma y sus costumbres. De la peor manera les arrancaron todo. El tiempo pasa y la revancha llega; era el momento de recuperar la libertad. Un derecho natural, la libertad humana.

Celide sabía que nunca volvería a ver a su familia. Ya había aprendido a hablar bastante bien el castellano. Había dejado de lado sus creencias, casi las había olvidado. Ya no le suplicaba a *Yahvé*, ni recordaba pasajes de la Torá. En Las Camelias no solo había perdido su virginidad, su dignidad, su libertad, también había perdido su fe.

Teresa siempre había sido como la hermana mayor de Mercedes, a pesar de que eran mellizas. Responsable, hacendosa, al desembarcar en Las Camelias sintió que estaban en el mismísimo infierno.

Para las tres el regalo del cielo fue la llegada de Rosa María. Las revolucionó, les llenó la cabeza de ilusiones y las animó a recuperar sus vidas.

Allí estaban, mudas, muertas de miedo, tomadas de la mano, ansiosas por llegar.

—¿Lo lograremos? —preguntó Rosa María, que ahora dudaba y estaba asustada. Todo el ímpetu que había puesto para escapar se había transformado en dudas y más dudas.

—Claro que lo *lograramos* —respondió Celide.

—Ya estamos hasta las verijas, Rosita, ahora hay que seguir adelante, no dudar —completó Teresa.

Doblaron en la siguiente esquina y vieron al flaco parado en la mitad de la calle, con los brazos en alto, haciendo señas; era el Tano. Suspiraron. Los caballos frenaron y el coche se detuvo. Pepe, que se había mantenido en silencio durante todo el trayecto, saltó y fue el primero en ayudar a bajar a las muchachas.

—¡Rápido, rápido! —repetía Teresa—, entremos ahora, ¡que nadie nos vea!

Rosa María detuvo su mirada en la casa vecina, había unos cinco o seis muchachitos, tendrían entre seis y diez años. Los más grandes, con las manos en los bolsillos y la gorra incrustada hasta las orejas, las observaban. Los más pequeños se pavoneaban pateando una latita entre ellos.

—¡Vamos, Rosita! —le gritó Celide.

—Es por aquí —guiaba el Tano. Ingresaron a un pasillo angosto y largo con puertas alrededor —. Es arriba, la quince.

—Quince, me gusta el número —dijo Rosa María.

—¿Dónde, dónde? —preguntaba Teresa con ansiedad y mirando para todos lados.

—¡Es ahí!, la quince —contestó, señalando la puerta verde, arriba—. Por aquí —les indicó la precaria escalera de lata.

Subieron. Hacía tanto ruido y se movía tanto que parecía que se iba a desmoronar en cada pisada. Llegaron al cuarto: un mínimo balconcito de madera y la puerta pintada de verde, con un número quince escrito en color negro. Estaba completamente vacío. Rosa María se dirigió hacia la única ventana que había y la abrió con cuidado. Parecía que todo se iba a desarmar en cualquier momento. Se quedaron paradas en el centro de la habitación y se largaron a reír. Ese era el primer día de sus nuevas vidas. Y ese lugar era su nuevo hogar. Los muchachos también rieron. ¡Lo habían logrado! ¡Se habían escapado!

—¡Somos libres! —comenzó a gritar Celide mientras daba pequeños saltitos. Luego todas hicieron lo mismo.

—¡Despacio, che!, que van a pasar *pa* abajo —dijo Moncho, que había llegado hacía un ratito. Los siete apenas si entraban en el diminuto cuarto con paredes de chapa y madera.

—¿Y ahora qué hacemos?—preguntó Rosa María.

—¡Vamos, salgamos, vamos a tomar un café con algo rico! Si madame Jeanne nos denuncia estamos fritas, pero mientras tanto, ¡a disfrutar! —dijo Mecha.

—*Ma*, bueno, yo invito esta vez —dijo el Tano—. Y va por todas las que nos van a cocinar, ¿eh?

—Sí, ¡vamos! —agregó Moncho.

—¿Y si nos ven? —preguntó Teresa.

—No nos vamos a alejar mucho —la tranquilizó el Tano.

Otra vez bajaron la escalera, de a una. Luego los muchachos.

Cuando llegaron abajo, caminaron unos pasos hacia la puerta y el aire les refrescó la cara. Observaron a su alrededor. Rosa María tomó la iniciativa con una sonrisa en el rostro. Abrió los brazos y los acomodó en jarra.

—¡Vamos! —dijo.

Enseguida se acercó Mecha, luego Teresa y finalmente Celide.

Las cuatro caminaban tomadas del brazo. Los tres muchachos las miraban felices, un poco avergonzados por lo atolondradas que eran. Pero en el medio del pecho sentían el orgullo de haberlas ayudado. Ellas cantaban: “Concha sucia, concha sucia, concha sucia… te viniste con la concha sin lavar… despeinada, despeinada, despeinada, te viniste con el pelo sin peinar”. Se reían. Eran las dueñas de sus propias vidas. ¿Qué más?

Rosa María prestaba atención a todo, las casas de chapas, las fondas, las mujeres, los niños. No había lujos. Su corazón se detuvo justo cuando sus ojos se llenaron con el río.

—Mírala a esta —dijo Celide y le pegó un codazo a Teresa—. ¡Claro! Si esta llegó en tren. No conocías, ¿no?

—No, no conocía. Es muy lindo —contestó Rosa María sin poder apartar los ojos del río.

Teresa hizo una mueca y siguieron caminando.

Pasearon por La Boca del Riachuelo, su gente, los genoveses apostados como propios, múltiples nacionalidades, olor a trabajo, mucho ruido. Finalmente ingresaron a un *sucucho* y, amontonados, bebieron café con bizcochos.

—No vamos a regresar más, nunca más, a ese lugar —dijo Rosa María invitando a hacer una promesa.

—No, nunca más. Yo prefiero morirme antes que volver —agregó Celide.

—Sí, nosotras también. Si nos llevan, pues nos matamos todas juntas —dijo Teresa.

—¿Por qué hablás en mi nombre? ¿Siempre igual vos? ¿Y si yo no quiero morirme? ¡Joder! —replicó Mecha enojada con su hermana—. Pero sí, nos matamos todas juntas.

Rieron todos hasta las lágrimas.

—Nosotros las vamos a proteger —dijo el Tano mirando a Teresa. Ah, cómo le gustaba esa gallega. Teresa, ruborizada, bajó la vista.

La pieza número quince olía a encierro y a tufo, y estaba totalmente vacía. Las cuatro mujeres imaginaban cómo iban a convertir en un castillo ese inmundo cuarto.

La primera noche durmieron en el piso. La mañana siguiente las sorprendió con el cuerpo dolorido, pero una enorme sonrisa iluminaba sus rostros.

Ese día prefirieron no salir. Madame Jeanne las estaría buscando por todos lados… o no. No lo sabían. Pero se iban a cuidar un tiempo. Si las estaban buscando, también existía la posibilidad de que nunca las encontraran.

Sentadas en el piso, contaron el dinero que tenían y comenzaron a hacer planes. De repente, el ruido de las escaleras las estremeció. Se tomaron de las manos, alguien estaba subiendo.

—Somos nosotros, les trajimos algunas cosas —dijo Moncho.

Suspiraron y volvieron a respirar.

Rosa María se levantó y les abrió la puerta. Moncho, de espaldas, ingresó haciendo una maniobra con Pepe, traían una mesa. El Tano, detrás, llevaba una silla y un balde lleno de cosas.

—Shh, no hagan tanto ruido —decía Teresa, aterrorizada.

—No estés preocupada, Teresa, acá nadie las va a venir a buscar —la tranquilizó Pepe.

—Yo ya corrí la bolilla de que había chicas nuevas y que eran costureras. Así que mañana

nomás capaz que ya tienen clientes, bueno, eh, para la costura —dijo Moncho, mientras dejaba la mesa en el piso y corría a perderse en los brazos de Celide.

—Tenemos que ir a conocer la pieza de ustedes —dijo Celide.

—No creo que quieran, hay un olor a pata que te mata apenas te parás en la puerta —dijo Pepe.

—Sí, sobre todo de este, que no se baña nunca —agregó Moncho señalando al Tano—, se aplasta el pelo con aceite y parece recién *bañao*, el sucio. Ahora, le pasás cerca y ¡*mamma mía*!

En el balde, el Tano traía un jarro enlozado, una bombilla, yerba y dos cucharas.

—Bueno, vamos a organizar qué tenemos que comprar, siempre que nos quede para el alquiler el mes próximo; si no conseguimos trabajo estamos perdidas —decía Rosa María con ímpetu.

—Tenemos que comprar dos colchones. Las camas acá no entran. Y vos, Moncho, nos podrías hacer un lugar para guardar los bártulos, como una caja de madera, ¿no? —dijo Celide.

—Dos colchones, la mesa y nosotras no entramos —aseguró Mecha.

—Cuando nos levantamos, apoyamos los colchones contra la pared y listo, nos queda lugar —aclaró Rosa María.

En ese mismo momento los sonidos de un acordeón los hicieron dejar de hablar.

—¿Y eso? —preguntó Teresa.

—Ah, es mi tío que a esta hora llega de trabajar y se pone a tocar —dijo el Tano—. Ese es mi acordeón —agregó.

Se quedaron escuchando unos minutos.

—Bueno —dijo Rosa María espabilando a todos—, tenemos que comprar un calentador a kerosene para calentar agua y cocinar.

—Sí, unos platos, un jarro, una olla… —agregaba Teresa con el dedo índice apoyado en la barbilla.

—Telas para sábanas, ropa para nosotras, comida, almohadas, yo no puedo dormir sin almohadas; sillas, cortinas… Ah, joder, que no vamos a llegar con todo… —agregó Mecha.

—De a poco, Mecha, de a poco —le dijo Rosa María, abrazándola.

—Nosotros las vamos a ayudar, tenemos unos pesos —agregó Pepe.

Los siete, sentados en el piso, amontonados en ese cuartucho, sonreían.

Rosa María, mientras unas gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, repasó los últimos meses de su vida, desde aquel maldito día cuando descubrió a su padre con el tío Alberto. Tantas cosas habían pasado. Tantas. Miraba a Celide, sus ojos, su sonrisa. A Teresa, Mecha, los muchachos. Su vida ya no era la misma. Ella ya no era la misma. Y ellos eran su familia.

—¡Vamos, muchachos, tenemos que darles de comer algo a estas señoritas! —dijo el Tano mirando a Teresa.

Los muchachos salieron a comprar algo para comer.

Las chicas se quedaron sentadas donde estaban, se tomaron de las manos y fue Celide la que

comenzó a hablar.

—¡Nunca, nunca más nos van a separar! ¡Juntas para siempre! ¡Siempre para juntas! —dijo.

Mecha la miró, frunció el ceño y luego se largó a reír.

—¡Una para todas, todas para una! —agregó Rosa María mientras se mataba de la risa.

—¿Y eso qué es? ¿Por qué se ríen? —preguntó Celide.

—No importa, estamos juntas para siempre —terminó Rosa María—. Y hablando de todo, deberíamos rezar, convertirnos un poco más en religiosas. Yo creo que los muchachos son una bendición en nuestras vidas. ¿No? No les digo que vayamos a misa siempre, pero qué les parece si conseguimos una imagen de la Virgencita y el Sagrado Corazón y lo ponemos por aquí y le rezamos una vez al día.

Las hermanas enseguida asintieron, ellas rezaban siempre antes de dormirse, apenas se levantaban, y conversaban con los santos como si fueran amigos imaginarios, pero Celide… no. Era todo un desafío para ella. Había dejado de rezar hacía tiempo.

Rosa María cerró los ojos y dijo:

—Dios mío, bueno, nuestro. Te pido, te pedimos que nos protejas, no permitas que regresemos nunca más a ese lugar. Que nunca más nos separemos… Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre… —rezaba Rosa María y las tres lo repetían.

Cuando ya iban por el Ave María, el ruido de la escalera casi las mata de un susto, hasta que se dieron cuenta de que eran los muchachos que estaban subiendo. Parecía una estampida el estruendo que hacía. Llegaron con las manos llenas, trajeron pan, queso, leche y ginebra. Comieron, hablaron y rieron. Ese día los muchachos tenían franco, así que se quedaron en la pieza número quince. Abrieron la pequeña puerta que también oficiaba de ventana y balcón para que corriera un poco el aire. Conversaron hasta que casi se hizo el otro día.

¿Cuántas veces se puede empezar una nueva vida? Y, todas las veces que uno quiera, ¿no?

Capítulo 14

¿Tanto tiempo había pasado? Parecía, pero no. No era el tiempo, eran los sucesos.

Don Zoilo, cuántas preguntas sin respuestas. La duda acerca de la verdadera intención del tío Alberto al mandarla con don Ismael, ¿lo habría hecho a propósito? No, eso no podía ser. A pesar del descubrimiento de lo que había entre ellos, ella sabía que el cariño de don Alberto siempre había sido genuino, esas cosas se sienten en el corazón. Rosa María pensaba, sentada en la escalera del conventillo donde vivían en el barrio de La Boca.

Se sentía extraña, disfrutaba del aroma de la libertad, la posibilidad de elección, el poder de decidir lo que uno quiere a cada minuto. Pero al mismo tiempo añoraba el abrazo familiar y la comodidad y tranquilidad de dejar que otros decidieran lo mejor para uno. Generalmente es lo que hacen los padres. ¡Uf!, cuántas emociones encontradas. Lo que sí sabía con seguridad era que, luego de todo lo que había vivido, solo había un camino a seguir, y era hacia adelante. No había vuelta atrás. Había crecido mucho en poco tiempo. Ahora era una mujer que se daba permiso para conocerse, para inventarse. Sí, y la verdad es que el sabor de la libertad tiene esa cosa adictiva que, cuando llega, no se la puede dejar jamás. ¿Cómo sería su vida a partir de ahora? No lo sabía. No importaba. Lo único que sí importaba, y mucho, era que madame Jeanne no las encontrara.

La minúscula habitación enseguida tuvo olor a hogar. Con tela y cartón adornaron las paredes. Compraron dos colchones, dormían de a dos, Rosa María con Teresa, y Celide con Mecha. Cada mañana, cuando se levantaban, juntaban los colchones para liberar espacio. Tenían dos sillas que también compartían. Compraron el calentador a kerosene para cocinar en la pieza y no tener que bajar al patio. El cuarto de baño les quedaba lejos, tenían que bajar la escalera y caminar hasta el final del pasillo. Pero ninguna lo vio con pereza.

Rosa María nunca más volvió a preparar los bombones *pindonga*. Ya no cocinaba como antes. En esa casa no había ni lugar ni ollas, y cuidaban tanto el dinero que se alimentaban con lo indispensable. No hablaron más del burdel Las Camelias, era como si quisieran borrar esa etapa de sus vidas. Cada noche rezaban para que no las buscaran, para que no las encontraran.

Con un suspiro profundo, se levantó del escalón en el que estaba sentada y bajó por la ruidosa escalera, tomada de la baranda. No se acostumbraba a lo empinada que era, cada vez que bajaba creía que se caería en cualquier momento.

El empedrado de la calle le marcaba el paso. Le gustaba caminar y contemplar el lugar, le

parecía pintoresco, interesante, tan distinto de su Salta natal. Macetas con flores en algunos diminutos y empobrecidos balcones, la ropa colgada en sogas que cruzaban los pasillos de ancho a ancho. Niños pavoneándose en la puerta. Algún tango pendenciero que sonaba desde el fondo de un conventillo. El aroma de las fondas, el que se desprende de las frituras en grasa. El humo de las fundiciones que completaba el panorama, el ruido del trabajo. Pasó frente a un almacén, le llamó la atención la pequeña mesa en la vereda, que ocupaba casi toda la puerta del diminuto y precario lugar. Alrededor de ella había cinco hombres sentados, bebiendo. Todos se callaron cuando Rosa María los esquivó y siguió caminando.

—*Ma, che belle signora* —dijo alguien, y luego sonaron las risas. Ella también sonrió.

Sus pies se detuvieron y su mirada se fundió en el río. Inspiró profundo, llenó sus pulmones con aire, aire de libertad. Exhaló sus miedos, sus inseguridades. Una pequeña lágrima comenzó a correr sobre su mejilla.

Un agradable estremecimiento recorrió su cuerpo y terminó con una sonrisa en el rostro. Le gustaba estar ahí, con esas personas bullangueras, trabajadoras; le gustaba perderse en el infinito del río. Caminó hasta donde empezaba el barro. Ese lugar le regalaba esperanza, ganas de seguir adelante sin saber lo que el destino le tenía preparado.

Luego de un rato se dio cuenta de que debía volver, las chicas se iban a preocupar. Con especial interés por los diversos aromas, emprendió el regreso. Se detuvo en cada canasto con frutas. ¡Qué rico! Las admiraba y seguía caminando. Pasó por otro lugar que llamó su atención. Un señor regordete, envuelto en una sábana blanca que oficiaba de delantal, la llamó:

—¡Eh! *Ma*, ¿qué le pasa a *usté*? ¿Quiere comprar pollo a la canaleta?

Rosa María desvió la mirada y vio el pollo rebozado, nadando en la burbujeante grasa. Tragó saliva. ¡Qué bien olía!

—¡No, no! Gracias, no tengo dinero.

El hombre se le acercó.

—Me llamo Tulio. ¿Y *usté*? Nunca la vi por aquí…

Rosa María sintió miedo, ¿acaso era una espía de madame Jeanne?

Tulio percibió la aprensión de la muchacha y enseguida buscó un pedazo de papel, con una pinza sacó una pata de pollo de la olla y se la ofreció.

—¡Cuidado que quema! —le dijo.

—No tengo cómo pagarla, don Tulio.

—Es un regalo —le dijo, y luego desapareció, dejando a Rosa María con el bollo de papel y la pata de pollo frita en las manos.

No entendió muy bien lo que había pasado, pero pensó cuán generoso era ese hombre. Luego llevó con ambas manos la pata hasta la nariz y se llenó de ese aroma.

—¡Muchas gracias, don Tulio! —exclamó, y siguió caminando.

“¡Qué rico! ¡Qué rico!”, pensaba mientras saboreaba la carne de pollo frito en su boca, el

sabor le acariciaba todo el cuerpo. El paseo realmente la había reconfortado.

El Tano les había dicho que para el invierno tendrían que conseguir otra pieza, pues en épocas de bajas temperaturas la chapa era difícil de tolerar. También les contó que en esa zona solían producirse inundaciones y que por eso era mejor vivir en el piso de arriba.

Habían logrado desarrollar una gran amistad con los muchachos. Moncho y Celide seguían actuando como dos tortolitos. Esos amores… Pepe seguía ocultando su amor por Mecha, y el Tano, luego de regalarle muchas canciones con su acordeón, al final y con la ayuda de Rosa María le declaró su amor a Teresa.

Ahora tenían que conseguir empleo; Teresa y Mecha ya habían recibido de los vecinos algunos trabajitos como costureras: cambios de cierre, remiendos y ruedos. Pero eso no iba a alcanzar para pagar el alquiler de la pieza y vivir.

Celide quería que Moncho la ayudara a presentar la solicitud donde trabajaba él, en los Talleres Vasena. Allí empleaban a mujeres y niños también, pero Moncho no quería porque el trabajo era muy pesado. “No es trabajo para una mujer”, repetía.

Mecha y Teresa habían ido personalmente a visitar los talleres de costura de las casas de moda más importantes. Pero volvieron desanimadas al ver tanto lujo. La tienda Gath & Chaves directamente era un palacio. Pasaron por la fachada y no se atrevieron a ingresar.

—¿Quién nos va a contratar a nosotras? Fuimos a las casas de moda, pero son mansiones... A mí me daba vergüenza entrar con este vestido harapiento. ¡Y qué lujo! Con uno de esos vestidos saco tela *pa* las cuatro —decía Teresa.

—¡Hasta fuimos a una guantería! Me encantaría trabajar en esa guantería. Pero es como dice Teresa, deben contratar gente como ellos.

—¡Pero que son brutas, eh! La gente como ellos compra esas cosas, no las fabrica ni las vende —dijo Rosa María.

—Capaz que tenés razón, Rosita. Tal vez algún día nos llamen —dijo Teresa—, pero mientras tanto a coser que hay que comer.

Estaban expectantes y ansiosas, soñaban con trabajar en alguno de esos talleres y dejar de renegar con las agujas en la diminuta pieza.

Rosa María y Celide también salieron a buscar trabajo. Ambas se pusieron pañuelos en la cabeza, pues tenían que pasar desapercibidas, por las dudas. Caminaron hacia el centro. Rosa María se detenía a cada paso que daban, todo le parecía maravilloso. Los edificios eran tan majestuosos. “Tanta riqueza y tanta pobreza junta”, pensaba. Pero qué lindo sería estar del otro lado, del lado de los ricos. Pasaron por una cafetería muy diferente a las de su barrio. ¡Cuánta paquetería! Celide caminaba y protestaba en *idish*, todo le caía mal. Las calles, los autos, los

mateos, las bocinas, las bicicletas. Protestó durante todo el trayecto.

Dejaron sus nombres en varios almacenes y en un diario. Pasaron por una sombrerería, Celide quedó prendada de ese negocio. Amaba los sombreros. Incluso llegó a rogarle al encargado para que la contratara. Por supuesto que no la iban a llamar. La situación se puso tan pesada que el encargado amenazó con buscar a la policía si no se retiraban enseguida. Celide, asustada, se sacó rápidamente el sombrero que se había probado; lo había tomado de uno de los maniquíes.

Luego de varias y cansadoras recorridas, por fin Rosa María consiguió trabajo en un bar, el Café del Griego, en la esquina de Suárez y Necochea. Era zona de cafetines, había muchos en pocas cuadras, allí se concentraban las noches tangueras del barrio. Don Nicolás, el dueño, era un griego gordo, con cabello negro y ensortijado, largos y espesos bigotes y que vivía toqueteándose. En su chaleco resaltaba la gruesa cadena de su reloj de bolsillo, que era de oro. Más de uno alguna vez tuvo la intención de tironearla y salir corriendo, pero el hombre con su mirada ya metía miedo.

Al principio, Rosa María dudó en aceptar el empleo, tenía temor; las cuatro siempre tenían miedo, miraban para todos lados cuando salían a caminar, les costaba aflojarse. El fantasma del burdel las perseguía como una sombra. Pero desafiando los temores y apostando a su nueva vida, finalmente accedió.

Estaba a prueba, era moza, solo servía las mesas. El “café a la griega” se despachaba como pan caliente. Era fuerte y bien espeso. Famoso por la zona. Y cuando llegaba la noche siempre había algún bandoneón detrás de una voz que hipnotizaba a los presentes.

Lo cierto es que Rosa María había sido elegida por su belleza, no por sus aptitudes como camarera, así que los primeros días le costó un poco aprender y, como era tan educada y respetuosa, se la pasaba pidiendo permiso y perdón.

Pasaron las primeras noches y ya se sintió un poco más tranquila. Trataba de mantener oculto el rostro cuando alguien que le resultaba peligroso la miraba. Pero estaba decidida a seguir adelante. Lo único que no le gustaba era el turno de la noche, pero don Nicolás la había contratado para la noche justamente por su belleza; era un atractivo para los clientes.

—Esta noche el viejo contrató a un tal Arolas, dicen que es muy bueno con el tango. ¿Por qué no vienen? —les dijo a todos, mientras compartían un mate en el jarro enlozado, sentados en la escalera de dos en dos.

—Mañana tengo que madrugar —dijo Teresa—. Tengo que entregar un vestido a la tardecita.

—Dale, Teresa, de paso nos bailamos unos tanguitos —agregó Celide mirando a Moncho.

—Yo voy —dijo Mecha.

—Bueno, vamos…

—Algún día nos puede contratar a nosotros el gordo ese —dijo Pepe.

—Bueno, vení y esta noche te lo presento y vos le ofrecés una actuación gratis para que los conozcan —propuso Rosa María.

—*Pa*, que sos inteligente Rosita, ¿eh? —exclamó Moncho.

—*Ma*, sí, nosotros vamos, tocamos y por ahí tenemos suerte —dijo el Tano.

—Sí, vamos todos. Vamos a *distraerlos* mucho —agregó Celide.

—Celide, estudiá bien las palabras si las vas a usar. ¡Se dice disfrutar! —la retó Rosa María.

Todos se largaron a reír y Celide se puso colorada de la bronca, pero no dijo nada, se quedó calladita para que no la cargaran y le dijeran, como tantas otras veces, que era una calentona. Eso la enojaba más. No paraba de estudiar castellano y, como se sentía bastante segura, ahora quería ampliar su vocabulario. Pero no le pegaba nunca, la pobre, y era motivo de risa de Rosa María que, por supuesto, seguía siendo su instructora.

Esa noche, Rosa María llegó a su trabajo y lo primero que hizo fue reservar la mesa que estaba cerca de la tarima, que era pequeña y estaba pegada a la pared. Allí se iban a sentar sus amigos, así podían disfrutar bien del espectáculo.

El lugar olía a tabaco, alcohol y café. Los clientes iban llegando, conversaban animadamente y Rosa María se acercaba a la mesa, los atendía y les sugería el café del Griego, o la ginebra. Cada tanto miraba el reloj de la pared, pasaba el tiempo y las chicas y los muchachos aún no habían llegado. Bigote, como le decían a su patrón, estaba ansioso y ya la estaba intimando para que sacara la reserva de la mesa. El lugar estaba llegando a su límite de capacidad.

—¡Ahí están! —dijo—. ¡Al fin! —ya no podía guardar la mesa más tiempo. Se sintió tan feliz de verlos ahí. Las chicas con las manos cruzadas sobre sus faldas, mirando para todos lados, parecían tres gansas perdidas. Celide con su ridículo sombrero; amaba los sombreros, pero ese amor muchas veces la llevaba a ponerse cada canasta en la cabeza que Moncho la miraba raro, pero jamás le decía nada. Ese sombrero se lo había reconstruido Teresa hacía tiempo. Lo adoraba.

Se amontonaron alrededor de la mesa.

Al fin el Griego presentó a los cantores. Y se largó el tango. En esa velada por primera vez el autor presentaba “Una noche de garufa”; la música inundó los sentidos de todos los presentes. Aplausos. Otro tango, hasta que llegó la milonga. Rosa María no pudo contenerse, corrió a buscar a Celide, y frente al diminuto palco le tomó el brazo y sola se lo colocó en la cintura. Con su uniforme de camarera, irguió la cintura, miró hacia arriba, levantó los codos y, acompañadas por los músicos, la orden. Empezaron a danzar, serias, sensuales, apasionadas, risueñas, graciosas. Perfectas. Silencio. Todos quedaron admirados de esas dos mujeres bailando al frente del palquito. El Griego se tocaba el bigote sin parar. “¿Y esto?”, se preguntaba.

Cuando sonó el último ¡chan!, el lugar estalló en aplausos y vítores. Rosa María sonrió. Celide salió corriendo a buscar refugio en los brazos de Moncho, que la esperaba orgulloso. Con el pecho inflado, mientras la abrazaba, pensaba: “Es mía, solo mía”.

Esa noche bailaron y bailaron, Moncho con Celide, el Tano con Teresa y Pepe con Mecha. Antes de que terminara la velada, los muchachos acompañaron a las chicas porque al día

siguiente tenían que madrugar. Felices, se despidieron de Rosa María y se fueron, no sin antes hablar con el Griego, que les prometió escucharlos un día de semana, a la hora de la siesta.

En el Café del Griego ya no quedaba nadie. Por suerte esa noche no hubo *trifulca*. Rosa María estaba terminando de limpiar las mesas cuando vio por el rabillo del ojo que un hombre se le acercaba. Se sobresaltó, había pensado que estaba sola.

—No se asuste, solo quería felicitarla. Usted es la mejor bailarina que mis ojos pudieran ver —dijo el caballero mientras se sacaba el sombrero y despejaba su cara.

Era un hombre joven e impactó con su atractivo a Rosa María, que se quedó mirándolo, embobada. Esos ojos, ¡era él! ¡El mismo! ¡Sí!, eran los mismos ojos verdes de aquella noche, en lo de Ramírez…

—Me llamo Juan —le dijo con una sonrisa magnética.

—¡Vamos, Juancho! —se escucharon los gritos que venían de la calle.

Rosa María pudo ver el auto lleno de muchachos que esperaban por él. Detuvo el movimiento, dejó el trapo sobre la mesa, se acomodó el delantal y le dijo:

—Me llamo Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino.

Juan la miró a los ojos y volvió a sonreír. Dirigió la vista hacia la calle y, ante la insistencia de sus amigos, se dispuso a irse.

—Adiós, Rosa María —se despidió.

Se dio vuelta, se calzó el sombrero y caminó al trasluz de los primeros rayos del sol.

Rosa María se quedó mirándolo, boquiabierta. El brillo tenue de la mañana dibujaba la figura perfecta. Alto, con hombros anchos que se balanceaban al caminar.

Juan, antes de subirse al auto que lo esperaba afuera, se dio vuelta y la miró; con una sonrisa atesoró la imagen de Rosa María parada, con la boca abierta y el trapo en la mano, inmóvil. ¡Qué linda era!

Luego de varias explosiones del motor, el auto se puso en movimiento, dejando una estela de humo y ruido.

Ese sonido la sacó de la fascinación en la que había quedado y se activó; terminó de limpiar, se quitó el uniforme, lo colgó, se despidió de sus compañeros y salió dispuesta a regresar a su casa.

Caminaba despacio, con el cansancio de una larga y emotiva noche sobre su espalda. El barrio comenzaba a desperezarse. Tenía esa capacidad de extraer lo lindo de todo, podía ver la sonrisa en la pobreza. Inspiró el aroma de la levadura del pan recién horneado.

“Juan”, pensaba, se llamaba Juan, ya era algo. Lo había visto dos veces. Ah, pero era todo un señorito. Decidió ir por el camino más largo y disfrutar de la vista de un pedazo del río. Le gustaba la extensión que le ofrecía la vista del Riachuelo. No le molestaban los ruidos, ni el hollín que denunciaba la zona de trabajo. ¡Ah, esos ojos! El descubrimiento de estar pensando en un muchacho la incomodó un poco. Era la primera vez que su mente se detenía a pensar en un

hombre, y también era la primera vez que sentía cosquillas en el estómago. Era una sensación rara, opuesta a la que había sentido con cada uno de los hombres con los que había tenido que intimar en Las Camelias. Trató de borrar de su mente esos recuerdos y se concentró en la sensación que experimentaba. Ahora era diferente. Le gustaba… Solo pensar en él la hacía sentirse rara y con una sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

Juan, Juan.

Capítulo 15

¡Felicitaciones! Doctor Juan Laureano Domingo Achával Figueroa, flamante abogado —dijo Aldo.

Juan se puso de pie con la copa en la mano.

—¡Muchas gracias, amigos! Estoy listo para ponerme a trabajar con nuestras leyes. ¡Hay tanto para cambiar! —dijo, dirigiéndose a todos sus compañeros.

—Sí, pero me parece que luego del título viene el casamiento también, ¿no? —agregó Peter en su castellano adaptado.

—Mmm, veremos. Primero lo primero —contestó Juan.

—No te hagas el olvidado. La pobre Carmencita te está esperando desde que pasamos la primera comunión —agregó Rubén.

—Bueno, si no querés, yo te la puedo cuidar muy bien —terminó Jorge.

Allí, alrededor de una mesa en la confitería París, festejaban la graduación del último abogado del grupo.

—Muchachos, esta noche hay milonga en el Armenonville. ¿Vamos? —propuso Rubén.

—¡Vamos! Pero, ojo, no digan nada a las chicas. Se ponen raras cuando se enteran de que andamos por esos lugares —agregó Aldo.

—¡Sí! Vamos. Anoche te quedaste prendado con la *chinita* en lo del Griego, ¿eh? Te tuvimos que arrancar —dijo Jorge mirando a Juan con picardía.

—¿La vieron bailar? No lo podía creer. Qué compañera para un buen tango —dijo Juan haciendo ademanes de baile con sus brazos.

—Bueno, yo cuando las vi a las dos juntas pensé “qué compañera para una buena *revolcada*” —bromeó Aldo.

Rieron todos.

—Tengo que bailar con esa mujer —dijo Juan.

—Por ahí tienes suerte y la encontramos en el Armenonville. Es una de *esas* —aseguró Aldo.

—No, ¿no te diste cuenta de que era la moza? —intervino Rubén—. ¡Una moza! Eso te faltaba, nomás…

—¡Bueno, no es para tanto, solo quiero bailar unos tangos con ella! No siempre hay buenas bailarinas.

—Y para un bailarín como usted —bromeó Aldo.

A Juan le gustaba mucho bailar el tango, y lo hacía muy bien. Pero no siempre encontraba una buena compañera que le pudiera seguir el compás. No les dijo nada a sus amigos, pero esa mujercita era la misma que había visto en lo de Ramírez. Esos ojos celestes, brillantes, no los olvidaría jamás. Había quedado hechizado. No parecían ojos humanos, el iris era transparente y eso los hacía más raros aún. Su voz, cuando le dijo todos los nombres que tenía, era suave pero intensa.

—Sí, sí, creo que la voy a ir a buscar, quiero sacarme las ganas de bailar unos tangos con esa mocita.

—Mmm… ¿bailar solamente? —preguntó Rubén.

—Sí, Rubén, solo bailar.

Juan fue el primero que se retiró de la confitería. Subió a su flamante automóvil, regalo de su padre por su título de abogado, y se dirigió a la mansión donde vivía con su familia en Barrio Norte.

Don Juan padre, quien había heredado el nombre a su único hijo varón, se había casado con Christelle De Lorme, una francesa de nacimiento que por las circunstancias de la vida terminó contrayendo matrimonio en Buenos Aires. La mujer pasaba la mayor parte de sus días recorriendo París junto a sus dos hijas, Nathalie y Agnes, sus amigas y parientes, con la excusa de que las muchachas tenían que estudiar francés y arte en el viejo mundo.

Juan hijo creció bajo el cuidado de sirvientas de buena voluntad, y con la exigencia intelectual solicitada permanentemente por su padre. Sus costumbres cotidianas estaban enmarcadas por la cultura europea, mientras que sus gustos personales se reprimían en silencio en algún recóndito lugar de su alma.

Doña Christelle, antes de viajar a París sin aviso de regreso, le dejó muy en claro que luego de recibirse tenía que comenzar a organizar su casamiento con Carmencita.

Carmen Zúñiga Buitrago era la única hija de una de las familias más ricas y poderosas de Buenos Aires, y desde pequeña soñaba con Juan. Su único deseo era convertirse en su esposa algún día.

Juan hijo trabajaba con su padre, le ayudaba a administrar las estancias que tenían en distintas zonas de la provincia de Buenos Aires y Santa Fe, y a organizar los embarques de ganado y cereales que hacían frecuentemente. Ahora que tenía el título de abogado iba a reclamar la jefatura que le habían prometido hacía unos años en la empresa Figueroa & Bourne Company. La incorporación de su padre a los frigoríficos del señor Bourne —padre de su amigo Peter— había contribuido con las exportaciones de carne a Inglaterra.

La amistad y los negocios crecieron junto a Juan y Peter. Juan quería dedicarse a los aspectos legales del frigorífico, y Peter aún dilapidaba la fortuna de su padre, sin definir sus estudios. Su tiempo lo repartía entre sus amigos y las carreras de caballos. Las apuestas eran su debilidad.

A pesar de los coletazos de la Primera Guerra Mundial, ellos seguían con los negocios de los

cereales y la carne sin mayores complicaciones.

Los días sin las mujeres de la familia en la mansión de los Achával Figueroa eran realmente maravillosos. Antes de salir, a Juan le gustaba tomar su mate tranquilo y en lo posible caminando y disfrutando de los jardines de la casa. Cuando estaba doña Christelle, los mates permanecían escondidos, fuera de su vista, porque ella enseguida los hacía tirar. “Esa costumbre tan sucia que tienen los argentinos”, decía siempre que veía uno.

Juan llegó a la residencia, ingresó por la parte trasera, luego de guardar su auto. Su padre ya descansaba, era tarde. Pasó por la cocina a beber un poco de agua. Sonrió al recordar a Rosa María. ¡Qué mujercita!, no podía sacarla de su cabeza, y lo único que sabía era su nombre.

Al día siguiente se levantó temprano. Con el mate en la mano y una bola de fraile esponjosa en la otra, Juan evocaba a Rosa María bailando. ¡Qué belleza! ¡Qué elegancia! ¡Qué mujer! ¿De dónde había salido? Tenía unas facciones especiales, fuera de lo común. Pensaba en esos rulos escondidos en el recogido de su peinado, se imaginaba desenredándolos con los dedos. Ah, qué agraciada era… Pero, ¿qué le estaba pasando? Justo a él, hombre de tantas mujeres. Esa moza de ojos raros y exquisita bailarina lo había dejado estúpido. No era común en él. Muchas mujeres pasaron por su vida sin dejar rastro alguno.

Viajó en su auto hasta el frigorífico. Mientras se dirigía hacia las oficinas divisó a Florentina, la secretaria de su padre, que por lo visto ya lo estaba esperando.

Las leyes escritas eran muy distintas a las costumbres laborales. Juan ya lo sabía, se pasaba todo el tiempo litigando, pero no en los tribunales sino en los pasillos del frigorífico. Ahora los empleados querían cobertura para los accidentes. Esos pobres infelices pretendían que, ante cualquier desgracia, si se cortaban o se lastimaban, la empresa se hiciera cargo de su vida, de sus gastos, de su familia. Qué confundidos estaban.

Entró a su oficina con los papeles que su padre le había dejado con su secretaria. Pidió café y se encerró, dejando a doña Florentina del lado de afuera con la nariz pegada a la puerta. Era tan metida y tan charlatana que si la dejaba pasar le robaría fácilmente una hora de su trabajo. Se dejó caer en el sillón, puso los papeles sobre el escritorio y llevando sus brazos detrás de su cabeza suspiró, Rosa María…

El resto del día estuvo bastante entretenido, asistiendo a reuniones, leyendo informes. A Juan le gustaba trabajar. Le gustaba ser abogado. Se sentía a gusto desempeñando esa tarea en el frigorífico. Como ese negocio no era la principal fuente de ingresos de la familia, don Juan iba cada vez menos al establecimiento y confiaba en que su hijo cuidaría sus intereses allí. Eso lo hacía sentirse orgulloso, y trabajaba con ahínco prestando atención a todos los detalles de su gestión.

Sin darse cuenta se le pasó el día y, cuando ya comenzaba a anochecer, regresó al Barrio Norte. Llegó a la mansión, subió a higienizarse y cambiarse para la cena. Cuando bajó, su padre ya lo estaba esperando.

—¿Cómo amaneció, doctor? ¿Cómo fue su primer día de trabajo como abogado? —le preguntó don Juan apenas lo vio aparecer.

—Buenas noches, padre. Amanecí hace un largo día... ¿Y usted cómo está?

—Un poco cansado. Me gusta mucho el campo, pero el viaje me deja la columna deshecha.

—No debería viajar tanto, padre, yo podría ir…

—No, hijo, usted hágase cargo del frigorífico y concéntrese en eso. Se vienen tiempos turbulentos y tenemos que estar preparados.

Juan observó a su padre. Se lo veía cansado.

—¿Es por las huelgas, en el campo también hacen huelgas?

—No es solo eso, y me parece que esto recién está empezando. Usted póngase firme en el frigorífico, yo me ocupo del resto de nuestros negocios.

—¡Sí, padre, por supuesto! Y gracias por su confianza —dijo Juan con orgullo.

Terminaron de cenar y se sentaron en la galería que daba a uno de los jardines internos de la mansión. Allí compartieron, en silencio, una copa de jerez.

Juan no podía dejar de pensar en Rosa María y todos sus apellidos. ¿Quién era? Podría ser criolla, ¿o sería española? Pero esos ojos claros, intensos, raptores. ¿Quién era esa mujer, de dónde había salido?

Su padre lo miraba; sabía de los gustos “pobres” de su hijo, pero se hacía el desentendido. “Es que el tango los está enloqueciendo a todos. Seguro es una etapa y después se les pasará. Es la juventud”, pensaba don Juan, añorando esa época cuando él era joven.

Luego de un rato, Juan se despidió de su padre y se dirigió, cruzando el jardín, hacia donde estaban los automóviles.

Fue directo al Café del Griego, allá en los barrios bajos, donde la gente sabía divertirse de verdad. Pero en este caso no iba a buscar diversión, iba a buscar a la mujer que había ocupado su mente todo el tiempo, que lo había dejado sin paz.

Se sentó a una mesa, solo, lejos de la tarima donde cantaban. La esperó. Vino otra camarera y Juan le dijo:

—Quiero que me atienda ella —la señaló.

La mujercita lo miró, hizo un movimiento de hombros y gritó:

—Vení, Rosita, este te quiere a vos.

Rosa María, al otro lado del salón, se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la mesa. El ambiente estaba cargado por el humo de los cigarros y le impedía distinguir quién era el solitario caballero sentado allí. Cuando estuvo a pasos de llegar lo reconoció y sintió que el corazón se le detenía, era él. El dueño de sus sueños de la noche anterior.

—¿Cómo está, Rosita? —le preguntó Juan.

—Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino me llamo —dijo con un hilo de voz, parada a un costado de la mesa. No lo podía creer, había regresado. Y estaba allí ¡hablándole!

Juan sonrió, ¡qué hermosa era! En ese momento percibió que su tonada era rara, tal vez fuera paraguaya, pensó.

—¿Me sirve un café?, por favor.

—Enseguida —dijo, y se dirigió casi corriendo hacia el mostrador.

En el trayecto respiraba hondo, intentando tranquilizar los latidos de su corazón; jamás se hubiera imaginado encontrarlo allí. ¿Había ido por ella? Sonrió, sí, seguro que sí. Una desconocida e intensa sensación de gozo le subió desde el estómago y tuvo que controlar las ganas de saltar y reírse. Cómo le temblaban las piernas…

Cuando estuvo listo el café, acarició la taza y se dirigió hacia donde estaba el muchacho. En el momento en que iba a apoyarla sobre la mesa se encontró en sus ojos. No pudo evitarlo, se distrajo unos segundos y la taza de café se le soltó de las manos y cayó justo encima de las piernas de Juan. El muchacho hizo un gesto con la cara debido a la quemazón, pero se aguantó el dolor y no dijo nada.

—Perdón, perdón, por favor, ya traigo algo para limpiar —salió apuradísima hacia la cocina, con los gritos de don Nicolás de fondo, al Griego no se le pasaba nada.

—¡Chica bruta! Si el cliente se queja estás en la calle y *paga* café —dijo en su idioma cruzado.

Juan escuchó cómo reprendía a Rosa María, se levantó enseguida y fue a conversar con el Griego; era duro el viejo bigotudo. Le explicó que había sido él quien había golpeado el brazo de la camarera y ofreció pagarle los dos cafés. Eso enseguida conformó a don Nicolás, que siguió controlando su negocio, y Juan pudo volver a su mesa.

Al poco tiempo, Rosa María regresó con otro café, muerta de vergüenza, colorada como un tomate, estado que le resaltaba todavía más sus ojos celestes.

—Perdón, señor. Aquí tiene —dijo.

—No se preocupe, Rosa María. Ya hablé con el dueño. Está todo bien. ¿La puedo invitar a pasear luego de que termine de trabajar? —dijo casi sin respiro.

Rosa María se quedó mirándolo fijo, no sabía qué decir. Se dio media vuelta y se alejó.

“¡Qué estúpida! ¡Qué estúpida que soy! ¡Claro que quiero salir a pasear con él! ¡Hasta el cielo me voy con él! ¿Ahora qué hago?”, pensaba y caminaba en círculos pequeños en la parte de atrás del bar. Cuando al fin se decidió, salió a decirle que sí pero… ¡no estaba más!

—Tomá, Rosita, el *cogotudo* dejó esto para vos —le dijo su compañera y le entregó una tarjeta pequeña.

“La espero a la salida”, decía.

Dio vuelta la tarjeta y del otro lado podía leerse: “Juan Laureano Domingo Achával Figueroa, abogado”. Suspiró. “Y además es abogado”, pensó.

No tuvo tranquilidad hasta la hora de salida. Menos mal que esa noche no actuaba nadie, si no se iría a cualquier hora. Se acomodó el cabello cuarenta veces. Lo dejó caer enrulado sobre su espalda. Se sacó el uniforme y se dio cuenta de que había venido con el vestido azul, viejo. ¿Por

qué no se había puesto el color lavanda que le había hecho Teresa? Qué tonta… Salió, temblaba. Es que era tan lindo, tan alto, tan morocho, tan amable, tan seductor, tan abogado… Ah, suspiraba. “Cuando les cuente a las chicas, ¡un abogado!”, sonreía.

Miró hacia ambos lados de la calle, pero nada. Lentamente comenzó a caminar.

—Buenas noches —le dijo una voz ronca que salió de la oscuridad. Rosa María, aterrada, pegó un salto—: No se asuste, venga. Tengo mi auto por aquí.

“¿Y encima tiene auto?”, no lo podía creer. ¿Estaba bien que se fuera así nomás con un desconocido…? No, no estaba bien. Pero en realidad últimamente todo en su vida estaba patas para arriba, así que, con las emociones encontradas, caminó callada a su lado.

Juan le abrió la puerta del auto. Rosa María no podía dejar de admirar esa máquina con ruedas. La oscuridad no le permitía ver los detalles. ¿Era un sueño? Ah, si fuera así ojalá que no despertara, por un rato al menos. Juan cerró la puerta y caminó hacia el otro lado. Allí sentada, sintió vértigo. Nunca en su vida había subido a un automóvil.

—Es la primera vez que me subo a uno de estos —dijo con la voz temblorosa.

Juan le sonrió.

—Me lo regaló mi padre cuando me recibí de abogado. Pero lo pidió el año pasado, por el envío y todas esas cosas.

—Ah —asintió, aunque no entendió bien a qué se refería.

—Los traen de Europa.

—Ah.

—Desarmados en cajas, claro.

—Ah.

—¿Vamos a dar un paseo?

—Bueno.

Juan manejó un rato hasta que quedaron frente al río. El lugar se veía hermoso, la superficie lisa e inmaculada del agua reflejaba la luna y las estrellas.

—Es muy lindo este lugar —dijo Rosa María. Temblaba como una hoja. No lo podía controlar.

—Está temblando, ¿tiene frío?

—No, no hace frío.

—Sí, claro. Me gusta venir aquí a contemplar el agua y el cielo —Juan giró un poco sobre su asiento, la miró y le preguntó—: ¿De dónde es usted? Su tonada me confunde.

Rosa María se sonrojó, menos mal que estaba oscuro y no se veía mucho.

—De Salta —dijo.

—¿Salta?

—Sí.

—¿Y cómo llegó hasta aquí?

—Es que… falleció mi papá… mis padres… y vine a lo de mi abuela… que también falleció… y mi tío, mi tío que se llamaba… también falleció. Pero…

—Está bien —le dijo Juan, posando un dedo sobre los labios de Rosa María—, cuando usted quiera me cuenta, pero la verdad.

—Bueno.

Se quedaron en silencio.

—Usted me enloqueció el día que la vi milongueando.

—¿A usted también le gusta bailar? —preguntó.

—Mucho. Y me gustaría bailar con usted.

—Ah, qué lindo, podríamos bailar, la próxima vez que don Nicolás traiga un conjunto. Bueno, si usted quiere.

—Claro que quiero. Pero tengo otra propuesta para hacerle.

Ella lo miró, seria.

—Mañana a la noche en el Armenonville.

—¿El Armenonville? —dijo Rosa María, abriendo los ojos. A ese lugar iban los pitucos.

—Sí, si usted quiere, por supuesto.

—¡Claro que quiero! Pero… no voy a poder. Tengo que trabajar.

—Deje ese trabajo, Rosa María. No es digno de usted.

Rosa María enderezó la columna, lo miró con seriedad.

—Cualquier trabajo es digno, el trabajo dignifica, señor.

—Sí, sí, claro, perdón. Solo que yo tengo muchas influencias y podría conseguirle otro trabajo que me permitiera salir a bailar con usted a la noche.

Rosa María sonrió. Lo que dijo sonaba tan lindo, tan cariñoso.

—Mire, yo tengo que trabajar. No es fácil conseguir un empleo y lo necesito.

—¿La puedo ayudar?

—Sí, bueno no, en realidad no puede. Porque yo no quiero que usted pueda —dijo, y se calló. ¡Pero qué estaba diciendo! Incoherencias, es que Juan la ponía tan nerviosa…

—Pienso que ese trabajo de noche debe ser muy sacrificado. Tal vez la puedo ayudar a conseguir un trabajo de día.

A Rosa María se le iluminaron los ojos, ansiaba trabajar de día y dormir de noche. Tal vez era una oportunidad.

—Está bien, acepto. Igual ya estaba un poco cansada de don Nicolás —dijo agregando una excusa.

—Muchas gracias por aceptar mi invitación. Me comprometo a ocuparme de conseguirle un trabajo de día.

Juan le tomó la mano y la besó suavemente. Rosa María casi se desmaya. Sentir la humedad y la calidez de sus labios en su piel la puso muy nerviosa.

—Tranquila. Solo quiero robarle un beso y la llevo a su casa.

—No, digo sí. No, bueno, al beso, digo sí. No, no, perdón. Uf. Sí, estoy un poco nerviosa. Es que nunca…

Juan le tapó la boca con la mano, luego se acercó despacio y posó sus labios sobre los de ella por unos segundos.

—Con esto puedo aguantar hasta mañana —dijo.

Rosa María estaba convulsionada, el cuerpo exaltado, el pecho a punto de explotar. El reflejo le regalaba el contorno de Juan. De frente ancha, su rostro viril concluía en un mentón puntiagudo. La nuez de Adán prominente.

Juan volvió a su lugar en el asiento y comenzó con toda la ceremonia para arrancar el auto.

De regreso Rosa María pensaba que definitivamente era uno de los niños bien, o los *cogotudos*, o los *pitucos*, como les decía el Tano.

—Déjeme en el bar —dijo.

—La llevo a su casa, es tarde.

—Vivo en un conventillo, en La Boca —dijo, y miró hacia abajo sintiendo mucha vergüenza. Ya estaba dicho, listo. Ya lo sabía, era una mujercita del bajo.

—Y yo en una mansión, en Barrio Norte —le contestó con una sonrisa.

¿Qué tenía esa jovencita que lo volvía loco? Había salido con las francesas más distinguidas de París, entre muchas otras… Pero Rosa María, ¿por qué le sorprendía el color de sus ojos? Recorría con la vista su tez morena, su cabello era suave, enrulado y color miel. Su rostro lánguido, como sus brazos largos, esbeltos. Quería recorrerlos con sus labios. ¿Sería que lo que le atraía era lo distinta que era a todas? No era una mujerzuela orillera, tampoco una extranjera, era… especial. Única, y la quería solo para él.

Cruzaron sus miradas y esa fue la primera de muchas risas que iban a compartir. Rosa María le indicó dónde vivía.

—Rosa María, mañana la busco a las ocho.

Ella le sonrió y, sin contestar nada, se bajó del auto y entró corriendo al conventillo.

No podía respirar de lo emocionada que estaba, subió la escalera haciendo tanto ruido que parecía un terremoto. Ingresó a la oscura pieza número quince y despertó a sus amigas.

—¿Qué te pasa, Rosita? —protestó Teresa—. En un rato me tengo que ir a trabajar.

Se sentó y comenzó a narrarles como un loro todo lo que había pasado, desde el comienzo. Mecha la miraba embobada, pero Celide se acariciaba el mentón y la observaba con desconfianza. Teresa escuchaba atentamente.

—Ese *cogotudo* lo único que quiere es divertirse con vos. Las mujeres bien no fornican ni bailan tango. Por eso los hombres nos buscan a nosotras —dijo Celide.

Rosa María la miró, seria.

—Celide, nosotras ya no somos prostitutas.

—Sí, perdón. Pero por vos te lo digo. No te ilusiones con ese *cajetilla*. Les gustamos nosotras pero después para llevar a pasear por Palermo o Recoleta se cuelgan del brazo a las otras rígidas y aburridas que luego las convierten en esposas millonarias. No a nosotras. ¡Ojo, Rosita!

—¡Celide! Pusiste todas las palabras correctas y en su lugar, felicitaciones —cambió de tema Rosa María, no le gustaba mucho lo que le decía.

Celide sonrió, pero todas se quedaron en silencio.

Las chicas volvieron a dormirse y Rosa María se quedó despierta, en la penumbra. Repasaba cada palabra, cada gesto. Lástima que con la oscuridad no había podido verlo bien. Se preguntaba cómo era su nariz, cómo serían sus manos… El sueño comenzó a conquistarla. Después de tanto tiempo, por fin había recobrado ese sentir que la hacía sonreír. Ese mandato del alma que le relajaba los músculos y le abrazaba el corazón. Esa fue una de las primeras noches en las que se sintió verdaderamente feliz, su pensamiento estaba lleno de Juan. ¡Ay, Juan!

CAPÍTULO 16

Habían pasado unas pocas horas y ya las chicas comenza-ron a levantarse, lo hacían cada día apenas el sol les regalaba su luz. Rosa María, que apenas había pegado un ojo, se levantó con ellas. Estaba exultante.

—Me tienen que hacer un vestido nuevo para esta noche. Me viene a buscar en su auto para ir al Armenonville.

—Pues te cogió fiebre, mujer, es que no llegamos esta noche ni que tuviéramos dos máquinas de coser —le dijo Teresa a los gritos y manotazos—. Y no me gusta ese *estirao*, te va a *rompé* el corazón, Rosita. Y que nosotras ya estamos todas rotas, ojo, ¿eh?

—A mí tampoco me gusta, me hace como una cosa acá en la panza, que algo malo te va a pasar —agregó Celide.

—¡Pará, Celide! No me *lechuziés* así —protestó Rosa María.

—Vamos, vamos, por ahí conseguimos uno barato. ¡Vamos a la calle de las tiendas! —propuso Mecha que estaba feliz con el cuento de hadas de su amiga. Cada noche soñaba que un *cogotudo* de esos se enamoraba perdidamente de ella, le pedía casamiento y la llevaba a vivir a su mansión.

Discutieron un poco y luego decidieron ir por el vestido. Celide se fue a buscar a los muchachos y de ahí se iban juntos a los Talleres Vasena. Finalmente había logrado ingresar a la metalúrgica; era un trabajo duro, pero a Celide le sobraban las fuerzas y la actitud. Teresa y Mecha acomodaron todo para ponerse a trabajar sobre la diminuta mesa apenas regresaran.

Salieron las tres, tomadas del brazo, con todos los ahorros que tenían, incluidos los de Celide. Caminaron hasta el centro, vieron vidrieras, entraron a todas las tiendas. Se detuvieron en la casa Dupuy, ingresaron y recorrieron cada una de las secciones, Teresa no podía cerrar la boca del asombro. Miraban todo, tocaban todo. Pero el dinero que tenían era escaso y no les alcanzaba para nada. Luego de dar vueltas y vueltas, el vendedor de una pequeña tienda que ya las había atendido tres veces les mostró un vestido que tenía unos hilos sueltos y se los dejó más barato. Con el dinero que sobró, compraron hilos y medias. Luego de eso, se quedaron sin un centavo.

Mecha y Teresa trabajaron el resto del día sobre Rosita y su vestido.

Cuando Celide llegó del trabajo, primero puso el grito en el cielo por sus ahorros, pero luego de despotricar un rato se le pasó y ya no le importó. Empezó a darle instrucciones a Rosita para bailar el tango con un caballero. Cómo debía seguir a un hombre, nunca tomarlo por la cintura.

—¿Te acordás cuando bailaste con el Moncho? Bueno, así —terminó.

—Le voy a decir que tengo amigas para sus amigos. ¿Qué les parece? —decía Rosa María, rodeada de sus queridas amigas que le daban instrucciones, le acomodaban el vestido, la adornaban.

—No, ni se te ocurra, nosotras estamos bien con los muchachos. Esos *cogotudos* no nos quieren a nosotras, ya te lo dije —aclaró Celide.

—¡Pues no hables por mí, mujer! Yo sí quiero un *cogotudo* que me saque a bailar y todas esas cosas! —exclamó Mecha.

—Yo lo tengo al Tano, que bien feliz soy con él —terminó Teresa.

—Yo sí, ¡yo quiero uno de esos! —reiteró Mecha—. No me importa si es *fierito,* o narigón. Ah, eso sí, que tenga *biyuya* y si tiene auto, mejor.

—Siempre la misma interesada —dijo su hermana.

—Yo no puedo imaginar un amor más grande que el mío y el Moncho, así que ustedes conquisten a los *cogotudos* con autos grandes y nos llevan a Teresa y a mí con los muchachos —agregó Celide, mientras ponía yerba en el jarrito enlozado para cebar unos mates.

—¡Esperá, Celide! No prendas el calentador que me va a quedar un olor a kerosene tremendo, y no tenemos ni una gota de perfume.

—Ufa, bueno.

El vestido era sencillo; sin embargo, dejaba su belleza al descubierto. Llevaba el cabello recogido en un arreglo en el que había trabajado Mecha. Tenían un solo par de guantes y tacones y los compartían las cuatro. A Rosa María le apretaban un poco, así no le quedaban tan grandes a Celide que tenía los pies pequeños. Pero, bueno, a los fines de bailar tango era mejor, así el tacón no se le escapaba volando en algún firulete.

Se despidió de las chicas, bajó la escalera con cuidado para no enganchar el vestido. Llegó al piso, se puso los tacones que traía en la mano y luego los guantes. Se sintió rara, apretada en el vestido y el peinado, pero cuando empezó a caminar sobre el empedrado, una sensación de poder comenzó a subir desde su estómago; la confianza y la seguridad se apoderaron de su espíritu, se sintió una reina. Llegó a la esquina y, bajo la luz del farol, esperó.

Juan la vio; en realidad lo que veía era el suave contorno de su silueta, un efecto de la tenue luz del farol sobre su cabeza.

El joven detuvo el automóvil justo frente a ella. Se bajó, la miró detenidamente, ahora de cerca, le ofreció su brazo y la invitó a subir.

—Por Dios, si la belleza fuera pecado yo estaría frito en el infierno —dijo.

Rosa María sonrió, se sonrojó. “Y yo estaría frita a su lado”, pensó.

—No es para tanto —dijo, dejando caer los ojos.

El auto comenzó a moverse. Rosa María sonreía sola, miraba para afuera del coche, necesita que todo el mundo la viera ahí arriba, al lado de Juan. Se acodó en la puerta. Pero enseguida se

dio cuenta de que eso no correspondía, al ver que Juan esbozaba una risita, ingresó el codo de nuevo.

Llegaron. Accedieron por la entrada de los autos. Bajaron y enseguida Juan le ofreció su brazo. Cruzaron el jardín apenas iluminado y con cada inhalación el aroma de las flores la reconfortaba, la inspiraba. Juan le mostró todo el lugar. En la terraza funcionaba el restaurante, los mozos lucían impecables, vestidos de blanco, con bandejas humeantes que no pasaron desapercibidas para Rosa María, que venía comiendo arroz y huevo duro. ¡Cómo deseaba que la invitara a cenar! Se le hacía agua la boca de suponer lo que había debajo de esas inmensas tapas de plata. Pero no, el hambre no era una preocupación para Juan, así que bajaron al salón de baile, donde las arañas con caireles de cristal y los espejos inmensos eran la estrella del ambiente. Las paredes estaban empapeladas y a los costados podían verse grandes cortinados de terciopelo rojo… "¿Qué habrá detrás?", se preguntaba Rosa María.

—¡Juan! —se sintió a coro.

Juan giró la cabeza y vio a sus amigos apostados en una mesa con algunas amigas.

—Vamos, Rosa María, vamos, allá están mis amigos —la tomó de la mano y la guió casi corriendo.

—¡Hola, muchachos! —les dijo.

Aldo frunció el ceño y lo miró fijo.

—Anoche nos plantaste como una estaca, fuimos a buscarte —dijo con picardía.

—Esta es Rosa María. ¿Se acuerdan de ella? —dijo Juan con entusiasmo y le presentó a cada uno de sus amigos. Rosa María saludaba y sonreía.

—¿Y ellas? Disculpen, señoritas, tengo una memoria tan frágil que no recuerdo sus nombres —dijo Juan, refiriéndose a las tres mujeres que compartían la mesa con sus amigos, que obviamente no eran sus novias. Aldo salió enseguida a salvar el bochorno y presentó a las mujeres. Rosa María las saludó con entusiasmo, a pesar del desprecio con el que lo hicieron ellas.

¿Por qué no eran sus novias? Pues porque esas mujeres se expresaban libremente, se movían libremente. Decían malas palabras, bebían alcohol y fumaban. Las damas de sociedad no hablaban así. Pero no le importaba. Solo quería disfrutar de ese lugar tan fascinante y de Juan a su lado.

Apenas se habilitó el baile, Juan se sacó las ganas de portar en sus brazos a Rosa María hacia el centro de la pista.

La tomó por la cintura. La miró a los ojos. Se perdieron en la mirada. Juan apoyó su mejilla en la cabeza de Rosa María, era más alto que ella, a pesar de los tacos de la joven.

—Sígame, Rosa María —le dijo al oído, sin saber que ese roce y esas palabras suaves acariciando su oreja casi le producen un infarto emocional.

Comenzaron con el primer compás. Ella, esbelta, sensual. Mecha le había achicado el vestido

en la cintura, acentuándola. Cuando revoleaba las caderas el vestido también bailaba al compás, robándose todas las miradas, las de ellos y las de ellas. Juntos eran perfectos.

Cuando la música dejó de sonar se dieron cuenta de que estaban solos en la pista. Enseguida, Juan tomó a Rosa María de la mano y luego hizo una reverencia a todo el público que aplaudía y chiflaba.

—¡Juan, encontraste la pareja de baile perfecta para vos! —le dijo Peter.

Bailaron toda la noche. Bueno, no toda. En uno de los cortes, Rosa María se quedó dura, fría, muda.

—¿Se siente bien? —preguntó Juan.

—Estoy un poco mareada, ¿le importa si nos sentamos? —le contestó, mientras se escondía detrás de Juan. Es que acababa de ver al senador bailando justo detrás de ellos.

Cuando estaban llegando a la mesa, Rosa María sentía cómo ese sueño perfecto llegaba a su fin. Al ver al senador, recordó todo lo vivido, la mujer que había sido, y tuvo la certeza de que nunca iba a poder ser libre. El sueño llegaba a su fin.

Pero no solo con ese pensamiento la noche perfecta llegaba a su fin, una serie de gritos y corridas la sacó de sus pensamientos.

—¡Juancho! ¡Vamos! ¡Aldo se agarró a trompadas con un anarquista! —le gritó Jorge, tomándolo del brazo y arrastrándolo hacia la salida.

Juan salió a las apuradas, dejando sola a Rosa María. Ella miraba alrededor asustada, y solo atinó a caminar hacia la mesa donde habían estado. Allí quedaban las mujeres. Cuando estaba por sentarse, sintió un brazo fuerte que la tomaba y la arrastraba. ¡Era Juan!, se tranquilizó, por un momento pensó que era el senador.

—¡Venga, Rosa María, se armó la *trifulca*, no la voy a dejar sola!—le dijo.

Rosa María corrió detrás de Juan. Lograron salir, esquivando trompadas, y llegaron hasta el auto. Justo al lado de ellos pasó el coche de Peter.

—¡Vamos, vamos! —le gritó Aldo colgado de la puerta.

Cuando estuvieron en la calle, desde el auto de Juan, Rosa María vio cómo el coche que iba adelante se abalanzaba sobre un grupo de muchachos que iban corriendo por la calle.

—¡Anarquistas! ¡Vengan, maricones! —gritaba Aldo exasperado—: ¿Quieren jugar al maestro de escuela? ¡Les voy a dar, infelices! Se les van a ir las ganas de estar calentando las cabezas de los obreros.

—¡Las armas no! —gritó Juan desde su auto, mientras manejaba, intentando evadir los disturbios de la calle, y veía a sus amigos enloquecer empuñando armas y cachiporras.

Cuando estuvieron a la altura de los hombres que corrían por la calle, dejaron el auto y los persiguieron. Jorge lanzó una piedra que golpeó en la espalda a uno de ellos y lo derribó sobre la calzada. Aldo logró alcanzar a otro.

Juan frenó y bajó del auto corriendo, Rosa María se quedó petrificada. En un segundo todo se

había vuelto tan feo, tan confuso. Volvió a sentir la angustia en el medio del pecho que le dificultaba la respiración.

—¡Déjenlos, no vale la pena! —decía Juan a los muchachos, que no paraban de patear y pegarles con las cachiporras a los dos hombres tirados en el piso, mientras los apuntaban con sus armas.

—¡Anarquistas, vagos, sucios! —seguía gritando Aldo.

—¡Vamos, carajo! Dejalo, ya está muerto —insistía Juan y lo tironeaba del saco—. Jorge, ¡basta por favor! ¿No ves que ya no se mueve?

Los hombres quedaron inertes, derribados sobre el empedrado. Juan, sin decir una palabra más, caminó hacia su auto, se subió y aceleró. Rosa María lo miraba, atónita.

Condujo sin hablar hasta el barrio de La Boca para llevar a Rosa María a su casa. Estaba enojado. Aldo, siempre el mismo. Siempre metido en problemas, ¿es que no podía dejarlo para otro día? Justo ese día.

Llegaron a la misma esquina donde la había buscado hacía un rato. Rosa María se apeó rápidamente, sin decir palabra. Juan también se bajó y caminó unos pasos a su lado.

—¡Perdone el lío! Lo lamento mucho, de verdad. Mañana… ¿la puedo pasar a buscar? —le preguntó.

Ella, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, no pudo contestarle. Caminó cansinamente, deseando llegar, por fin, a la habitación quince.

Capítulo 17

Se despertó temprano, la sensación de miedo e impotencia producida por el incidente de la noche anterior aún la habitaba, pero no quería contarles nada a las chicas. Se enrolló debajo de la sábana y se hizo la dormida, no tenía ganas de salir de ahí abajo. Lo que había pasado era horrible, esos muchachos abatidos tranquilamente podrían haber sido el Tano, o el Pepe o el Moncho. ¿Y el senador? ¿Y si justo la veía y la llamaba cuando ella estaba bailando con Juan? El solo hecho de pensarlo le daba escalofríos.

—Tengo un mate calentito para la niña escondida —cantaba sin rima Mecha.

—Gracias —le dijo destapándose la cabeza.

—Tomate este mate que va a levantarte hasta el techo —le dijo Mecha extendiéndole el humeante jarrito enlozado que oficiaba de mate.

—Desembuchá todo. ¿Cómo te fue con los *cogotudos*? —le preguntó Teresa, sin quitar la vista de su trabajo.

—Bien, bailé un montón, por supuesto que se armó *trifulca* y me vine.

—Mmm, me parece que no te fue tan bien, conociéndote estarías saltando hasta el techo —dijo Celide mirando de reojo a su amiga mientras terminaba de ponerse el pañuelo en la cabeza para ir al trabajo.

—Estoy cansada y las *trifulcas* me descomponen. Cómo le gusta pelearse a esta gente —dijo excusándose—. Ahora tengo que buscar trabajo —agregó, cambiando de tema. Había decidido no contarles que había visto al senador. No tenía sentido asustarlas.

Mecha se dio cuenta enseguida de que algo había pasado, pero no insistió. Seguro ya les iba a contar…

—Mujer, te dije que no te *vayás* corriendo detrás de ese *cogotudo*. Ahora estás bien jodida, sin trabajo. ¿Qué? Te lo avisé, ¿eh? —le dijo Teresa—. ¿Le contamos? —les preguntó con una sonrisa a las chicas.

—¿Contarme qué? ¿Qué pasó? —preguntó Rosa María.

—Bueno, es que nos avisaron que ingresamos al taller de costura de la tienda. Pues mañana empezamos. ¿No es una buena noticia, eh, Rosita? ¡No más agujas, ahora máquinas de coser, joder! —decía Teresa y hacía maniobras de pedaleo con las piernas.

—¡Qué lindo! Ahí sí que van a coser telas de las finas y vestidos de los elegantes en serio, esos de los *figurines* —dijo feliz Rosa María. Esa era realmente una buena noticia.

—¿Y el *cogotudo* tiene amigos, eh, Rosita? ¿Viste alguno para mí? —le preguntó Mecha en voz baja para que no escuchara Teresa, si no ponía el grito en el cielo.

—Sí, Mechita, tiene amigos, pero la verdad es que no son como Juan, son todos medios *bobalicones*. Anoche se agarraron a trompadas ellos y nos arruinaron la milonga a nosotros.

—¿Y el Armenonville? ¿Cómo es por dentro? —seguía preguntando con los ojos brillosos.

—Ah, nunca vi algo así. Eso sí que es lujo. Vieras las arañas colgadas del techo, y los mozos, impecables.

—¿Y qué pasó que te dejó con la cara tristona?

—Los amigos de Juan agarraron a patadas a unos muchachos y los golpearon feo. Me quedé impresionada. No me gustó —confesó.

—¡Mujer! Eso pasa siempre, los *cogotudos* con los *corajudos*. Ya sabemos. Se agarran a trompadas en los burdeles, en las fondas, estos infelices siempre están buscando roña, siempre se las traen, ¿eh? —interrumpía Teresa.

—Siempre la misma celosa, vos porque ya te enamoraste del Tano, pero si nosotras podemos coger a uno de esos hombrecillos bien ricos, y con grandes mansiones, vale —decía Mecha—. Contame más del Armenonville.

—Sí, es tan lindo, Mecha. ¡Ahí también se come! Me dio hambre cuando vi a esos mozos pasar a mi lado, vestidos de blanco con grandes bandejas de plata.

—¿Por qué no le dijiste que te invitara a comer? —le preguntó Mecha.

—¡No! Qué vergüenza, se iba a dar cuenta de que estaba muerta de hambre.

—¡Dejen de *chamuyar* y a ver si me ayudan! —gritó Teresa desde la mesa.

Luego de contarles a las chicas se sintió mejor. Es que todo venía como cruzado, la *trifulca*, el senador. Su gran noche soñada había quedado empañada por malos recuerdos. Pero no solo eso, por más que ella quisiera disimularlo, o no ponerle atención, lo que habían hecho con los pobres muchachos estaba mal, muy mal. Se sacó la camisa de dormir y se puso un vestido. Iba a acompañar a las chicas al taller. Tenían que presentarse para que les explicaran todo y comenzarían a trabajar al día siguiente.

Salieron las tres y decidieron ir caminando, tenían tiempo y además se ahorraban la plata del transporte.

Finalmente llegaron y, al ingresar por la puerta principal, enseguida las guiaron a otro lugar, dentro del mismo edificio. El establecimiento era grande y elegante. Las tres tenían los ojos abiertos, casi no parpadeaban, no se querían perder nada. Pasaron por el sector de las cortadoras. Allí podían verse grandes mesas de madera rodeadas de mujeres uniformadas que trabajaban de pie. Siguieron por otra sección donde el sonido de las máquinas de coser endulzó los oídos de Teresa. Llegaron a la oficina de personal. Allí les entregaron los uniformes y les dieron todas las instrucciones para comenzar a trabajar al día siguiente. ¡Qué felicidad! La que sería jefa de las chicas tenía cara de pocos amigos, pero qué importaba si ellas estaban felices de poder trabajar

en ese lugar. Se despidieron hasta del guardia que estaba parado en la puerta de ingreso.

Cuando regresaban al barrio, Rosa María les pidió pasar por el bar para disculparse con el Griego y renunciar como correspondía, iba a buscar un trabajo que no fuera de noche.

Luego del incidente no había vuelto a ver a Juan. Lo esperó en la esquina, pero no apareció. Pasaron tres días y no tenía noticias. Nada. Bueno, tal vez era mejor así. Definitivamente pertenecían a mundos diferentes, pero Rosa María no podía dejar de pensar en él.

Era viernes y las chicas estaban todas emperifolladas para ir a la milonga de La Marina, pues tocaban los muchachos. ¡Y les iban a pagar!

—¡Vamos, Rosita! Ese *cogotudo* ya se olvidó de vos. Estas dos van con el Moncho y el Tano y vos venís conmigo, si no seguro que se aparece el Pepe y no me lo puedo sacar de encima —decía Mecha.

Rosa María no tenía muchas ganas de ir, en esa misma cuadra estaba el Café del Griego donde había conocido a Juan, y un burdel regenteado por una mujer muy al estilo de madame Jeanne, que le recordaba su doloroso pasado.

Las chicas insistieron y, como Rosa María no aceptaba, la obligaron a vestirse para salir todos juntos.

Esa noche le tocaba usar los tacos a Celide. Para Rosa María era mejor, se puso sus zapatos de diario, iba a estar cómoda.

Llegaron, Moncho se encargó de ubicar a las chicas en una mesa cerca de donde ellos iban a tocar.

Rosa María buscaba en todos los rostros y, luego de un rato, al comprobar que no conocían a absolutamente nadie más que a los tres que estaban en la tarima listos para empezar a tocar, se relajó. Al rato comenzó la música, y con el pie debajo de la mesa siguiendo el ritmo del dos por cuatro intentaba controlar las lágrimas que asomaban al costado de sus ojos haciendo propia la letra del tango. Esa noche Pepe cantaba por primera vez un tango de su autoría: “No dejes morir mi amor”. Era totalmente obvio que esa letra era para Mecha, pero igual tocaba el alma de cualquier amor no correspondido.

Celide y Teresa *pirueteaban* delante de sus amados, bailando cada tango que ellos tocaban. Mecha se quedó acompañando a Rosa María, con cara de *bodrio* y aburrida.

—¿Baila, señorita? —le susurró una voz al oído.

Antes de girar la cabeza, Rosa María ya estaba sonriendo, esa voz era inconfundible, era la de Juan. Por un instante temió que fuera producto de su imaginación, o que estuviera soñando despierta. Disimulando, por las dudas que detrás no hubiera nadie, se dio vuelta lentamente. ¡Era Juan! ¡Era él! Sin pensar se puso de pie, le rodeó el cuello con ambos brazos y sus lágrimas

saltaron sin control.

—Yo también la extrañé mucho —le dijo Juan, abrazándola.

Cuando Rosa María se dio cuenta de que estaba haciendo un papelón llorando abrazada a Juan, enseguida se secó los ojos, se alejó unos pasos y vio que no estaba solo. ¡Pero qué le había pasado! ¿Acaso se había vuelto loca? ¡Qué vergüenza!

—Buenas noches, Aldo —le dijo, extendiéndole la mano y disimulando el exabrupto.

—Buenas noches, Rosa María. ¿No me presenta a su amiga? —le dijo sin despegar los ojos de Mecha.

Mecha, que estaba atenta a todos los sucesos, enseguida sonrió. Aldo era realmente *pintón*.

—Sí, claro, Mecha, bueno… Mercedes, te presento a Aldo, un amigo de Juan.

Mecha quedó encantada con Aldo.

Rosa María dirigió la vista hacia abajo y recordó que esa noche tenía los zapatos viejos; sintió tanta vergüenza que se sentó enseguida, rogando que Juan no los viera. Trató de esconderlos debajo de su vestido.

Cuando los muchachos que estaban tocando en la tarima vieron que en su mesa se sentaban los dos *cajetillas* tuvieron que concentrarse para no errar los acordes. El Tano bramaba, Pepe se los quería comer vivos al ver cómo Aldo coqueteaba con su chica. En cambio, Teresa y Celide, mientras bailaban, *chismorreaban* de lo lindo.

Juan, con mucho tino, mirando fijamente a los ojos de Rosa María, le propuso:

—¿Por qué no vamos a otro lugar?

Rosa María entendió enseguida, apenas los muchachos terminaran de tocar se iban a agarrar a trompadas, y Aldo era bravo.

—Sí. ¡Vamos, Mecha! Avisale a Teresa.

Mecha estaba en una nube, no podía dejar de admirar a Aldo. Claro que iba a ir con ellos. Le avisó a Teresa, Celide le hizo mil recomendaciones y le pidió que no fueran, pero para cuando terminó de hablar las dos ya estaban sentadas en el auto de Juan. Rosa María tenía una misión, que Juan no viera sus zapatos. ¡Qué papelón!

Fueron a otro de los bares en la misma zona. Mecha no podía ocultar su sonrisa.

—¡Vamos a bailar! —invitó Juan a Rosa María.

—Ay, no. Es que me duele un poco la cabeza —mintió con los zapatos escondidos debajo de la mesa.

Aldo y Mecha se fueron a bailar y quedaron los dos solos.

—¿Puedo hacer algo para calmar su dolor de cabeza? ¿Quiere que veamos a un doctor? —le preguntó Juan.

Rosa María, mientras simulaba su dolor de cabeza, miraba para todos lados, tenía miedo de que alguien la reconociera. Luego de comprobar que no había nadie conocido se quedó un poco más tranquila.

—Ya me siento mejor, Juan, pero no tengo ánimo para bailar, ¿no le molesta?

—No, por favor. Solo quiero que usted se sienta bien.

—Gracias.

—Rosa María, ¿usted sabe que yo no conozco Salta?

—Ah, es muy lindo y muy diferente a este lugar. Cuando practicaba mis clases de piano me gustaba repasar de memoria las partituras y, mientras tanto, observar los cerros. Tan inmensos, tan coloridos —ese segundo de recuerdo transformó la expresión de Rosa María. Juan pudo ver su frescura y también la tristeza en sus ojos.

—¿Usted toca el piano? —preguntó con asombro.

Ella lo miró y sonrió.

—Sí, toco el piano, hablo inglés, me gusta leer… y soy cristiana.

Juan se quedó boquiabierto, realmente esta mujercita era una caja de sorpresas. Cuanto más la conocía, más lo atraía; era tan sencilla, tan simple y al mismo tiempo tan completa.

—Cuénteme de su vida en Salta.

Rosa María sintió cómo instantáneamente sus ojos se llenaron de lágrimas. Juan sacó un pañuelo y secó los bordes de sus ojos. Luego se lo extendió. Rosa María lo tomó y lo apoyó sobre su nariz. El perfume la embriagó. Lo miró. Se miraron.

—En Salta quedó mi niñez. Ahora estoy aquí, y esta es mi vida…

—Perdón, Rosa María, no quise molestarla. No quiero que por mi culpa se ponga mal. Me siento un miserable.

—No, no me siento mal.

Juan la observaba, definitivamente su vida era un gran misterio, y también era evidente que no quería hablar del tema. ¿Qué era lo que lo atraía hacia ella como un imán? Tal vez la curiosidad…

—¿Ya se siente mejor? —le preguntó Juan.

—Sí, muchas gracias.

Luego del momento de zozobra, al poco tiempo ya charlaban como si estuvieran dentro de una burbuja, fuera del tiempo. Eran solo ellos dos, aislados del mundo, hasta que el sonido de los disparos al aire les anunció que había *trifulca*.

Juan le dijo a Aldo que debían irse rápidamente, temía que su amigo se prendiera y comenzara a repartir trompadas. Aldo estaba tan embobado con Mecha que salió corriendo, tironeando de la mano de la muchacha, hacia el auto. Se subieron los cuatro y Juan condujo hasta la esquina del conventillo. Allí se despidieron, Juan, de Rosa María, y Aldo, de Mecha.

Las amigas caminaron la media cuadra que las separaba del conventillo sin mirar hacia atrás, pero en silencio para escuchar el ruido del auto cuando arrancara.

—Hasta mañana, Mercedes —le dijo Rosa María con voz ronca y burlona.

Mecha hizo un gesto con la cabeza y le contestó con voz impostada:

—Hasta mañana, Rosa María.

Se rieron y se tomaron del brazo, Mecha comenzó a cantar:

—"Pata sucia, pata sucia, pata sucia, te viniste con los zapatos sin cambiar..." ¿Te creés que no me di cuenta de que no bailaste porque tenías los zapatos viejos?

—Sí, es verdad, pero gracias a eso pudimos conversar, bueno, hasta que se armó.

Al pie de la escalera se toparon con Celide abrazada al Moncho. Parecían una trenza.

—¡Cuidado que ahí vienen las *cogotudas*! —dijo Celide.

—Ah, no nos carguen, que nosotras vinimos en auto con motor, no tirado por caballos, y ustedes a patita… —dijo Mecha mientras se sacaba los zapatos para subir la escalera.

Moncho siguió con la cabeza perdida en los pechos de Celide, las chicas subían a la pieza.

—Me gusta Aldo, es tan… —decía Mecha.

—Como vos, mujer, es tan gritón y calentón como vos, son tal para cual —le decía en voz baja mientras se sacaban la ropa y se ponían la camisa de dormir. Se metieron bajo las sábanas las dos juntas para seguir conversando. Teresa roncaba de lo lindo en el otro colchón.

—¿Vos creés que estos dos nos quieren de verdad? —preguntaba Rosa María.

—¡Claro que no! Estos nos quieren *joder* y luego nos van a revolear.

—¿Vos creés? Yo veo en los ojos de Juan… bueno, tal vez tengas razón. Pero Aldo te gusta, ¿eh?

—Claro que me gusta, me encanta, ¿acaso no viste lo que es? Pintón como pocos, *trajeao* hasta los dientes. Limpito y *perfumao*.

—Sí, Juan también. Ah, pero yo creo que…

—¡A ver si se callan, joder! —gritó Teresa desde el otro colchón.

Se quedaron en silencio, enrolladas en sus pensamientos. Mecha se dio vuelta y le dijo al oído:

—No sé, Rosita. No creo que la cosa vaya en serio y mucho menos que nos propongan matrimonio, seguro que ellos ya tienen alguna novia *estirada*. Pero te aseguro que con nosotras se divierten.

A la mañana siguiente, bien temprano, Mecha, Teresa y Celide salieron a sus respectivos trabajos. Rosa María se quedó sola en la pieza y se puso a ordenar. Levantó los dos colchones y los apiló al costado de la pared. Limpió el calentador y le llenó la base con el kerosene que quedaba. "Tenemos que comprar más", pensó. Sacudió la mesa, la silla y luego salió hasta la puerta de la habitación, al pie de la escalera. Juan le daba una luz especial a su vida. Le gustaba compartir tiempo con él, pero las palabras de Moncho y Mecha la perturbaban. ¿Sería que solo quería diversión? Y, ¿por qué otro motivo se hubiera fijado en ella, una arrabalera del barrio bajo? Sacudió la cabeza, como si con ello pudiera espantar sus pensamientos. Se enfocó en el

recuerdo de sus ojos, de su rostro, pensó en sus manos que eran grandes y anchas. Sonrió. Y se dispuso a continuar con la limpieza.

A Teresa y Celide no les alcanzaban las palabras para aconsejarles que dejaran a esos dos, que no los vieran más, que los olvidaran. Estaban convencidas de que iban a sufrir mucho, de que esos muchachos solo las estaban usando para divertirse.

Desde que Mecha había empezado a *noviar* con el *estirado*, Pepe ya no acompañaba a los muchachos a visitar a las chicas, lloraba su desamor en las letras de sus tangos. Las cosas comenzaban a cambiar. Ya no hacían todo las cuatro juntas, la interferencia del sexo masculino en sus vidas las estaba separando. Por un lado, Teresa y Celide, por el otro, Mecha y Rosa María.

A ninguna le gustaba esa sensación de división entre ellas, pero no hacían nada para cambiarlo.

Rosa María sonrió al recordar que Juan y Aldo las pasarían a buscar el sábado para ir al Palais de Glace.

Teresa, un poco a escondidas de Celide, las ayudó con los vestidos, incluso pidió unos tacos prestados a una vecina. Estuvieron durante tres horas emperifollándose.

Cuando Juan y Aldo pasaron por ellas quedaron impactados por la belleza de las mujeres; estaban realmente deslumbrantes.

Bajaron del auto, y Rosa María entró colgada del brazo de Juan. Sus ojos dejaron de parpadear y su boca quedó abierta cuando vio el techo abovedado y la cúpula de vidrio; el piso era de madera brillante.

Los cuatro se sentaron a una mesa, con otros amigos, y pidieron champaña. Juan, excusándose con Rosa María, se levantó de la silla para responder al saludo de los jóvenes que en breve estarían a cargo de la música, luego regresó a su lado.

La noche transcurrió maravillosa. Juan y Rosa María se envolvían en el baile. Sus cuerpos hablaban, se comunicaban con la letra de cada canción. Admirados por todos, no se perdieron una sola pieza.

Juan le apoyaba el hombro para indicarle el próximo movimiento y sentía la plasticidad de Rosa María. La tenía, pero no la tenía. Lo volvía loco ese juego. Mientras la abrazaba para bailar, la sentía cerca, propia, y cuando sus miradas se cruzaban sentía que aún tenía que conquistarla, enamorarla. Definitivamente esa mujercita se estaba convirtiendo en una fascinante obsesión en su vida. Cuando estaba con ella no necesitaba nada más. Se sentía completo.

—Usted me enloquece, Rosa María —le dijo al oído, mientras caminaban hacia la mesa en el descanso.

Rosa María lo miró y, con una caída de ojos digna de una estrella, le sonrió.

Juan tuvo el impulso de besarla. Un impulso arrebatador, molesto. Pero se contuvo. Pidió otra botella de champaña.

Rosa María se sintió incómoda al darse cuenta de que Aldo y Mecha se tuteaban sin respeto entre ellos y con el resto. Tenía el impulso de corregirlos, de decirles que así no era. Pero no lo hizo…

—¿Se siente bien? —le preguntó Juan.

Ella le contestó con una sonrisa. Tomó la copa y la llevó hasta su boca. Juan la contemplaba. Rosa María instintivamente olfateó el líquido antes de beber, se detuvo un segundo y luego, con suavidad, pegó el cristal a sus labios. Juan sintió la tensión de la instantánea erección en su entrepierna. Con disimulo, pasó su mano para acomodar la situación. Se estaba enamorando de esa mujer. Lo volvía loco, le estimulaba todos los sentidos.

Conversaron y se rieron de las ocurrencias de Aldo. Bailaron, bebieron. Esa noche no hubo incidentes.

Antes de bajar del auto, Juan la tomó del brazo.

—No voy a preguntar si no quiere contestarme, solo quisiera saber si usted tiene novio.

A Rosa María le gustó tanto la pregunta que enseguida le contestó.

—Por supuesto que no, ¿cómo se imagina?

—Entonces, ¿la vengo a buscar mañana después de almuerzo?

Le contestó con una sonrisa y se fue.

Justo detrás de ella venía Mecha, corriendo para alcanzarla. Juntas del brazo y cuchicheando, caminaron los metros que les faltaban para llegar al conventillo. Cuando se estaban sacando los zapatos para subir la escalera se les apareció Moncho.

—Las estaba esperando —dijo.

—¿A nosotras? —preguntó Rosa María con los zapatos en la mano.

—A vos, Rosa —le dijo. Cuando Moncho le decía Rosa y no Rosita se las traía…

—¿Qué pasa, Moncho? ¿Le ocurre algo a Celide? —preguntó Rosa María, preocupada.

—No, a Celide no le pasa nada. A ustedes dos ¿qué les pasa? Andan *encajetadas* con esos *estirados*. Vos empezaste, Rosa, y ahora ya te la llevaste a la Mecha *pal* otro *lao*. Yo las quiero como hermanas, son la familia que soñé toda la vida. No voy a quedarme a ver cómo pasan las dos *finaditas* frente a mis ojos. Estos sinvergüenzas no se van a casar con ustedes, no sean *paparulas*. ¿Vos creés que vas a ir al teatro con su familia? No te quiero *ofendé*, Rosa, pero yo no puedo soportar ver a esos acá. ¿Y si te la llevás a la Celide? ¿Y si la Celide se *encajeta* con alguno de esos *bacanes*? Yo me degüello ahí nomás.

Rosa María lo escuchaba; un paso atrás, Mecha. Nunca se imaginó que Moncho la estuviera esperando para decirle todo eso.

—No, Moncho, no te preocupes. Yo creo que no son malas personas. Y quedate tranquilo porque Celide te ama con todo su corazón. No tiene ojos para nadie más que para vos.

—Ay, Rosa, no te confundás tanto, ellos son nuestros verdugos, ellos son los que se golpean el pecho diciéndose dueños de la patria, nosotros somos los que la hacemos a esa patria. Ellos son los que nos obligan a trabajar hasta morir, ¿por qué pensás que va a ser distinto? Nosotros luchamos por nuestros derechos, que nos cuestan y mucho; es más, hasta ahora no logramos más que palazos en la cabeza, ¿y vos pensás que uno de esos te va a querer, te va a convertir en su esposa? No seas *paparula*, Rosita. Estos tienen aire en la *cucuza* —decía Moncho señalando con un dedo su cabeza.

—Ya lo sé, Moncho —Rosa María no encontraba qué más decirle. En el fondo tenía razón. Lo abrazó y, sin decir nada más, comenzó a subir por la escalera. Detrás iba Mecha, que había escuchado todo pero no había emitido palabra.

En silencio se acostaron juntas en el colchón. Ninguna de las dos dijo nada. La carroza se acababa de convertir en calabaza. Tal vez Moncho tuviera razón… Tal vez…

Rosa María no pudo pegar un ojo, las palabras de Moncho seguían rebotando en su mente, igual que los ronquidos de Mecha.

Era domingo, almorzaron arroz con huevo duro, las cosas estaban difíciles.

—Moncho y yo nos vamos a comer sandía, ¿quieren venir? —dijo Celide.

—¡Sí, nosotros con el Tano también vamos!

—¿Me traen? Voy a dormir la siesta —dijo Mecha.

A todos les gustaba ir los domingos a caminar y ver los tablones con las rodajas de sandías frescas, rojas, exquisitas.

—Yo le prometí a la Clotilde que le iba a leer las cartas que le llegaron de su familia —mintió Rosa María—. Celide, no te olvides de juntar las cáscaras de las sandías así hacemos dulce —agregó para disimular. No quería decir que otra vez se iba a encontrar con Juan.

Juan pasó a buscar a Rosa María por la esquina de siempre y, luego de recorrer varias calles, estacionó el auto. Se bajó primero, le abrió la puerta a la muchacha y le ofreció su brazo para caminar hasta la Confitería del Molino.

Recordó el magro almuerzo que hacía menos de una hora había compartido con Celide, sentadas en la misma silla y usando la misma cuchara. ¡Si la vieran ahora, ahí, ingresando a ese lugar de ensueño! Lo primero que la impactó fue el aroma dulzón de los pasteles y las masas. Inspiró, se llenó los pulmones de esa gloria. La decoración era suntuosa, gruesas columnas recubiertas de mármol y bajorrelieves de bronce. Las mesas de mármol con detalles de bronce y madera y las butacas de cuero. La luz a través de los vitrales generaba una mística lumínica que incitaba a la conversación, la degustación y el placer.

—Por aquí —les indicó un camarero, y los guió a una mesa que ya estaba reservaba para ellos.

Apenas se acomodaron, el mismísimo dueño, don Cayetano, seguido por varios camareros, se acercó a la mesa. Luego de saludar a Juan, los mozos depositaron las tazas de té con su plato y cucharita, un plato para masas de té frente a cada uno, con un tenedor a la izquierda con los dientes para arriba, y un cuchillo a la derecha con el filo hacia adentro. Rosa María seguía cada detalle con solícita atención. Azucarera con pinzas para servir los terrones, jarrita con leche caliente, jarrita con leche fría. Las servilletas dobladas en cuatro y luego el desfile de bandejas con bizcochuelos, hojaldres, merengues, *marron glacé*, crema imperial con almendras y el recomendado, *panettone* de castañas con pasas y frutas confitadas.

—Nos tomamos el atrevimiento de preparar el té de siempre —dijo, y enseguida hizo una seña para que lo sirvieran.

—Muchas gracias, don Cayetano —dijo Juan.

—De nada, hijo, me saluda a su padre de parte mía.

Juan, mirando la expresión de Rosa María, se dio cuenta de la admiración que sentía por el lugar. Sonrió al ver que no apartaba la vista de las bandejas repletas de ricuras.

Tomó una rodaja del *panettone* de castañas que lucía flamante bajo una lluvia de azúcar impalpable y lo posó sobre los labios de Rosa María. Ella instintivamente cerró los ojos, se llenó del aroma del *panettone* y se concentró en no morderle los dedos a Juan, tal como le había enseñado su padre: una mujer debe dar mordiscos pequeños. ¡Qué rico! Saboreó lo más que pudo en su boca bajo la mirada embobada de Juan.

—Es té de la India —le dijo mientras observaba divertido cómo Rosa María se controlaba para no comerse todo en un solo minuto.

—Es exquisito. ¡Muchas gracias por invitarme a este hermoso lugar! ¡Es tan rico!, perdón, tan lindo.

Juan estaba extasiado de verla saborear cada colación, cada sorbo de té. Era una viva expresión de su sentir. La amaba, sí que la amaba…

—Rosa María, necesito descubrirla, necesito saber más de usted.

Ella levantó la mirada. Sus ojos celestes brillaban, se veían como transparentes, felinos.

—Estoy tan llena —fue lo único que salió de su boca.

Juan sonrió.

—Estoy descompuesta. Creo que voy a vomitar —dijo con seriedad tapándose la boca.

—El *toilette* es por allá —le indicó—. La acompaño.

Rosa María no pudo aguantar, se levantó y, casi corriendo, se dirigió hacia el lugar indicado, mientras Juan la seguía. Abrió la puerta y desapareció adentro. Juan se quedó parado del lado de afuera y pudo escuchar el sonido de las arcadas y los gritos de las mujeres que salieron espantadas. Sin dudarlo, entró y la vio parada en el medio del *hall* del baño, con el charco de vómito al costado. Sacó su pañuelo, lo embebió en agua y la ayudó a limpiarse. Mientras ingresaba el personal de limpieza, ellos salían.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —repetía Rosa María, que caminaba al lado de Juan con la cabeza inclinada hacia abajo.

—No se preocupe, a todos les pasa… alguna vez.

Se sentaron nuevamente.

—Puedo pedir un té digestivo.

—No, gracias, ya estoy mejor. Perdón, es que todo estaba tan rico, creo que comí de más.

—Me encanta verla comer, Rosa María.

—Creo que deberíamos irnos —dijo ella, avergonzada.

—Sí —contestó Juan con desgano, al final no había podido conversar nada con ella. Quería saber más. ¿Quién era realmente? Sus ojos le contaban una historia étnica que era diferente de la que contaba su rostro o el color de su piel. El cabello rizado lo volvía loco. Quería perderse en él. ¿Cuál era realmente su historia? A pesar de no saber casi nada de esa mujercita, se había enamorado. Rosa María se estaba convirtiendo en la razón de su existir.

CAPÍTULO 18

Rosa María estaba sentada en la silla, y con un cuchillo sacaba la cáscara verde de la sandía, dejando solo la parte blanca. Luego Celide la lavaba bien en una palangana con agua y Teresa la cortaba en trocitos pequeños.

—¿Estás segura de que alcanza el kerosene para cocinarlas? —preguntó Mecha, que solo observaba.

—Abrí la puerta que nos vamos a morir acá —dijo Teresa.

—Sí, alcanza. ¿Trajiste azúcar? —preguntó Rosa María.

—Pues claro.

Puso los trocitos pequeños de la parte blanca de la sandía, agregó azúcar, agua, clavo de olor y una ramita de canela. Lo tapó y lo puso a hervir.

—Dulce de sandía en marcha, por favor, te hago responsable Celide, que Moncho no se lo coma todo de una vez, ¿eh?

—¡Ah, pero, che!, bueno —terminó aceptando.

—Vamos para abajo, acá hace mucho calor —propuso Mecha.

Bajaron las cuatro y se sentaron de dos en dos en la escalera, ya casi llegando al piso.

—¿Viste que la echaron a la prima de la Polaca? —contaba Teresa—. Se quedó sin trabajo y no pudo pagar más, la pobrecita. ¿A dónde habrá ido a parar, sola con sus tres hijos?

—Me contó Pedro que le dijo su hermana que la ubicaron como sirvienta en una casa de unos *del centro* y a los chicos los llevaron al Patronato; al menos allí tienen comida y una cama —detalló Celide—. Ahí vivió Moncho.

—Pobre mujer, separada de sus hijos, qué triste vida —dijo Rosa María.

Se quedaron calladas por un momento.

Rosa María pensaba, ¿será que el destino existe y te va marcando el camino mientras uno cree que es uno mismo, o tal vez la suerte? ¿Cuál será el secreto de la vida? ¿Qué le deparaba a ella con Juan? ¿Y si debía dejar de verlo y salvarse de algo? O tal vez verlo y ser feliz. ¿Cómo saber qué hacer?

El dulce de sandía quedó exquisito. Esa noche cenaron mate cocido con pan y dulce.

Rosa María estaba preocupada, los días pasaban y ella, la que sabía leer de corrido, hablar otros idiomas, no conseguía trabajo. Se seguía presentando en todos lados, pero nada se concretaba. Aun así seguía rechazando la propuesta de trabajo que Juan le había hecho. No

quería deberle ese favor y necesitaba demostrarle que ella podía conseguir algo por su cuenta. Aunque en su interior sabía que no lo aceptaba por sus amigos. ¿Qué iban a decir o a pensar si ella trabajaba en la empresa de Juan?

Rosa María y Juan siguieron encontrándose con frecuencia. Aprovechaban cada momento que podían para conversar, para pasear, para tomar el té, para bailar el tango. Siempre había una excusa para estar juntos.

Juan trataba por todos los medios de saber más sobre ella, de estar cerca, de besarla, de abrazarla, pero era tan escurridiza que pocas veces lograba algo.

Volvieron a la Confitería del Molino. Apenas tomaron asiento le trajeron un imperial ruso del tamaño de una torta. Rosa María sonrió.

—¿Todo eso es para mí? —preguntó.

—Bueno, había pensado para los dos, pero si usted tiene mucho apetito…

No pudo controlar el bochorno que sintió, se puso colorada y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Perdón, Rosa María, no quise ofenderla, solo que, bueno, no sé qué decirle. Es que soy tan tonto. Yo solo quería proponerle que sea mi novia. Por eso pedí esta torta especial que tanto le gusta.

Rosa María se quedó tiesa, levantó la vista y sus ojos se encontraron. Se quedaron prendados en las miradas. No hacían falta las palabras.

Juan tomó sus manos.

—¿Puedo tutearte? Ya no quiero sentirte lejos —dijo él.

—Sí —respondió, aún perpleja por lo que había escuchado.

—Rosa María, ¿querés ser mi novia?

—Y, ¿qué sería ser novios?

Juan la miró con cariño.

—Sería poder abrazarte y poder besarte, por ejemplo ahora, dentro de un rato, después, siempre —sonrió—. ¿Y, aceptás ser mi novia?

—Sí —dijo Rosa María. Tenía tantas cosas para decir, para preguntar, para comentar, pero solo le salió un sí.

Juan le besó suave y lentamente la mano. Rosa María no pudo sostener la mirada, se puso nerviosa, su estómago era un festín de mariposas.

—Te amo, Rosa María, quienquiera que seas —dijo Juan.

Rosa María levantó la mirada, sus ojos estaban enrojecidos de la emoción.

—Ojalá, Juan, ojalá que me ames quienquiera que yo sea…

Cuando Juan estacionó el auto para dejarla en la esquina de su casa, acercó su cara a la de ella. Rosa María pudo sentir la cercanía de su aliento. Recibió los labios carnosos de Juan relajando los suyos, dejó que la besaran, que la envolvieran. Se fundieron en un beso intenso, húmedo. Tomados de la mano, ambos sintieron cómo el otro temblaba.

—¿Por qué no te puedo decir Rosita como todos? Si ya nos tuteamos, ya somos novios.

—Porque me gusta tanto cuando me llamás Rosa María, es como si fuera yo realmente. Rosita no me gusta. Pero, bueno, todos me dicen así…

En realidad no podía contarle que lo que no le gustaba era lo que implicaba el nombre Rosita en su vida.

—Quiero ayudarte. ¿Por qué no aceptás el trabajo en el frigorífico? Yo puedo arreglar todo enseguida para que empieces mañana mismo —Juan seguía insistiendo con ese tema, le ofrecía ayuda desde el mismo día que la conoció, pero Rosa María era bien terca, nunca aceptaba nada. Solo las invitaciones a salir.

—Me da mucho miedo, mala espina como le dicen. No lo sé, tengo que seguir pensándolo.

—Ya hace tiempo que lo estás pensando. Podés probar un tiempo. No conseguiste otro trabajo, ¿o sí?

—No, nada.

—Vamos, mi amor, aceptá mi ayuda, por favor —dijo, y la abrazó y la besó con dulzura, un beso largo y cálido.

—Dejame que yo trabaje por mi lado, que siga con mi vida. Mirá si las chicas tienen razón y vos mañana me dejás y yo quedo sola y sin nada. Al menos ahora tengo una vida, seguro voy a tener un trabajo. Con las chicas nos queremos mudar de la pieza.

—Sos orgullosa.

—No, solo prevengo. Cuando nos casemos entonces trabajo con vos.

Se hizo un silencio. Juan sabía que eso estaba lejos y que esa palabra, casamiento, para ellos implicaría más de un problema.

—Yo te amo, sos la mujer de mi vida, nada ni nadie me va a prohibir que formemos una familia, Rosa María —le tomó el rostro con las manos y la besó—. Ya sabés que si querés podés trabajar en la administración del frigorífico —insistía—, ganarías tu dinero.

—Nunca me dijiste que el trabajo era en la administración.

—¿Y dónde pensaste que sería? Claro que es en la administración, Rosa María —le contestó Juan con firmeza.

—Eso sí es interesante, lo voy a pensar —dijo revoleando los ojos y moviendo el dedo índice —. Bueno, acepto, pero con una condición: que Celide también pueda trabajar conmigo, las dos. El trabajo que hace en la metalúrgica no es para una mujer…

—Bueno, las dos. ¿Ella sabe escribir a máquina?

—No, pero le puedo enseñar, es muy inteligente. Habla dos idiomas.

—¡Sos pícara, eh! —le dijo y la besó nuevamente.

—Me tengo que ir, Juan. Es tarde —le dijo y se bajó del auto.

Al día siguiente, cuando Rosa María le contó a Celide la noticia del trabajo en el frigorífico, ella se puso muy feliz, pero triste al mismo tiempo. Moncho no iba a aceptarlo.

—Yo voy a hablar con él, Celide, va a tener que comprender. Es un buen trabajo, nos van a pagar bien y no vas a tener que seguir lastimando tu espalda en el taller de los Vasena.

Celide la escuchaba, estaba más que encantada con la idea, pero el Moncho… Estuvo de acuerdo con que Rosita conversara con él. Tal vez aflojara.

Rosa María aguardó a que Moncho regresara del trabajo, lo esperó debajo de la escalera. Cuando llegó se le colgó del brazo y lo invitó a pasear.

—¿Y a vos qué te pasa ahora? —le preguntó Moncho sorprendido.

—Tenemos que hablar, Moncho, y yo sé que vos vas a comprender bien lo que te quiero decir.

—¡Ah, qué lo parió! Ya me preocupaste, Rosita.

—Lo que pasa es que conseguí un trabajo para mí y para Celide en la administración de un frigorífico, es un trabajo muy lindo para una mujer y nos pagarían muy bien. Celide está encantada con la idea pero le preocupa mucho que vos no puedas comprender que ella te ama con todo su corazón pero que le encantaría hacer un trabajo más femenino.

—¡Sabía! ¡Lo sabía! Ya te la pasaste *pal* otro lado, ahora conoce a uno de esos *cogotudos perfumaos* y yo quedo fuera.

—¡No, Moncho! No seas pavote, Celide te ama más que a su propia vida, si vos la querés, tenés que acompañarla en esta decisión y confiar en ella y en su amor. Es por el bien de los dos.

Moncho se quedó en silencio, estaba colorado de la bronca.

—Vos sos la que le mete estas cosas en la cabeza.

—Ah, Moncho jodido, soy yo. ¿Te olvidás de dónde venimos y gracias a quién estamos acá? Sos un desagradecido, un egoísta y un montón de cosas más —le gritó Rosa María, se descolgó de su brazo y pegó media vuelta para regresar a la pieza número quince.

Moncho se quedó parado, no esperaba esa reacción de Rosa María.

—¡Rosita, Rosita! Esperá —gritó, y se puso a correr hasta alcanzarla—. Perdón, Rosita, soy un bruto. Quiero lo mejor para Celide, y si ese trabajo la hace feliz, bueno, que lo acepte.

Cuando regresaron, Celide, impaciente, ya se había comido las uñas de todos los dedos. Pero apenas los vio subir juntos y conversando se dio cuenta de que todo había salido bien.

Enseguida se pusieron manos a la obra. Dibujaron en un papel el teclado de la máquina de escribir y comenzaron a estudiarlo de memoria y a practicar un rato cada una. Teresa y Mecha se turnaban para tomarles la lección. Empezaban de arriba con la mano derecha hacia la izquierda,

comenzando con el meñique; igual con la mano izquierda hacia la derecha y empezando con el menique; cuando ambas manos se juntaban, bajaban al renglón siguiente. Con el pulgar, la barra espaciadora. Y con la mano izquierda se corría el carro. No era tan complicado. Las chicas les dictaban palabras y ellas tenían que escribir con los dedos ordenados y sin mirar sobre las teclas dibujadas en el papel.

Llegó el gran día. Estaban tan ansiosas que se presentaron en el frigorífico veinte minutos antes de la hora acordada. Rosa María estaba expectante. El lugar era más grande que lo que se había imaginado cuando lo vio por primera vez desde afuera.

Tuvieron una primera reunión con la jefa de personal que les hizo múltiples preguntas, anotó todo en dos fichas diferentes. Celide estaba pálida, Rosa María la observaba de reojo, en cualquier momento caía redonda al piso. Habían aprendido el teclado tan de memoria que cuando les tomaron la prueba de la máquina de escribir se quedaron todos perplejos. Ambas escribían rápido y con la mirada fija en los ojos del interlocutor. Terminaron con todos los papeles y no las hicieron esperar. Como venían recomendadas por parte de la patronal, fueron admitidas enseguida, les entregaron los uniformes y les mostraron la oficina en la que iban a trabajar. Era la oficina de Facturación.

Al día siguiente, todas se levantaron antes de que asomara el sol y cada una se puso su uniforme. Teresa había tenido que tomar un poco en la cintura el de Rosa María porque le quedaba grande. Se sentaron de a dos en las sillas y bajo la tenue luz del mechero bebieron café. Teresa había comprado una perfumina; no podían salir a trabajar con olor a kerosene en la ropa.

—Bueno, a trabajar las cuatro. Que la Virgencita nos proteja, nos dé el techo que queremos. Que San Antonio nos conserve los novios y que Dios nos tenga paciencia —dijo Teresa antes de salir—. ¡Vamos! No vale que lleguen tarde el primer día de trabajo. ¡Caminen, marmotas!

Bajaron descalzas y se pusieron los zapatos, agarradas de la baranda de hierro de la escalera, se abrazaron y se despidieron con un beso en cada mejilla. Dos al taller de costura y dos al frigorífico.

Llegaron y otra vez se admiraron de la inmensidad del establecimiento, no era lo mismo verlo desde lejos que caminarlo.

Eran todas mujeres, eso era un alivio. Enseguida se acercó una de las compañeras a recibirlas, el resto las miraba de reojo, sin levantar la cabeza.

—Hola, me llamo Justina.

Rosa María y Celide le extendieron la mano para saludarla. Estaban tan contentas con semejante trabajo que no podían dejar de sonreír.

Justina les contó que estaba casada, su marido también trabajaba en el frigorífico, pero en la

faena, y tenían dos pequeños de siete y nueve años. Hablaba en castellano, pero su entonación la declaraba extranjera de origen.

Les indicó la tarea, les dijo el nombre de cada una de las compañeras, aunque ninguna se les acercó. También les comentó que una de ellas, Leonor, pertenecía al gremio. Les advirtió que no recibieran folletos de ella y que no aceptaran las invitaciones; no era bien visto por los patrones. Menos por el jefe de la sección; era un inglés bien bravo.

Cuando terminaron con su turno, y luego de agradecer a Justina y saludarla con un beso, salieron del establecimiento. No sentían el cansancio de haber trabajado todo el día, pero todavía les quedaba el viaje de regreso.

Rosa María, luego de cambiarse, salió a encontrarse con Juan. Mientras lo esperaba pensaba que realmente eran de mundos muy diferentes. El frigorífico donde ella había empezado a trabajar era uno de los negocios de su padre. Era inmenso, parecía un pueblo. Ella vivía en un conventillo. ¿Y si la dejaba? ¿Y si le rompía el corazón?

Cuando lo vio aparecer, todas las dudas se esfumaron y con un saltito se metió en el auto.

—¿Qué tal ese primer día? —preguntó Juan.

—Muy bien —dijo—. Muchas gracias. Y de parte de Celide también.

Juan sonrió.

—¿Creés en el amor para siempre? ¿Y si algún día dejás de amarme?

—Rosa María, yo te amo desde antes de conocerte. Solo tenías que llegar a mi vida, y ya lo hiciste.

—Tu madre, ¿cómo era que se llamaba?

—Se llama Christelle. ¿Por qué?

—Porque cuando se entere de lo nuestro le va a dar un *patatús.*

—Seguro, es tan… francesa… Y otra cosa, no pienses que a mis hermanas les vas a caer bien, tienen la cabeza muy torcida, las pobres.

Juan hablaba de sus hermanas con una rudeza que asombró a Rosa María.

—¿Y tu padre?

—Y, no va a ser fácil, Rosa María, pero no es imposible. Ellos van a tener que comprender que estamos enamorados.

Ahí estaba ella, en los brazos de un oligarca millonario que le declaraba su amor en los parques de Palermo.

El verano terminaba, las cuatro mantenían sus trabajos y habían juntado algo de dinero; ahora querían mudarse a un lugar más grande. Una vecina les contó de una pequeña casita que estaba desocupada, justo a la vuelta del conventillo. Por suerte, la alquilaba el mismo regente.

Estuvieron de acuerdo en que Rosa María conversara con él y le preguntara las condiciones, los papeles necesarios y el valor del alquiler. A pesar de que no le caía en gracia el regente, puso la mejor sonrisa y fue a buscarlo. Luego de regatear el precio y pactar las condiciones, acordaron encontrarse con él, el domingo, en la puerta de la casa.

Estaban felices. Lo habían logrado.

Caminaron juntas, tomadas de la mano y, cuando doblaron en la esquina, lo vieron. El regente ya estaba allí, esperándolas.

—¡Esa es! —señaló el hombre.

La casa era de ladrillos de verdad, la puerta de ingreso era de madera, y a la izquierda había una ventana grande con postigos. Levantaron la vista y vieron el pequeño balconcito, con otra puerta-ventana pequeña.

—Esto es mucho *pa* nosotras —dijo Teresa con la voz entrecortada por el miedo.

Mecha le pegó una patada en el tobillo para que se callara. Tenían que mostrar seguridad para que se las alquilara.

—Está bien, es lo que *necesitáramos* —dijo Celide, haciéndose la importante. A Rosa María se le escapó una risita que, por supuesto, contagió a Mecha, y enseguida Celide se dio cuenta de que había pronunciado mal alguna palabra y se enojó.

—¿Podemos verla por dentro? —dijo Rosa María haciendo un gran esfuerzo para no reírse a carcajadas.

Entraron. Tenía dos habitaciones de igual tamaño, una puerta que daba a un pequeño patio, y arriba un cuarto con balcón. Eso era todo.

Se cruzaban miradas, se sonreían, se hacían caras. Mecha subía la escalera imitando a una reina. Estaban fascinadas con la casa.

El regente aceptó alquilárselas, exigiéndoles el pago por adelantado y la presentación de las constancias de trabajo de las cuatro.

Cuando terminaron de arreglar las condiciones y quedaron solas, no lo podían creer. Habían cerrado el trato ellas mismas y ahora tenían una casa donde vivir.

—¡Vamos! Tenemos que contarles a los muchachos, tenemos que celebrar —decía Celide.

Esa noche se juntaron los siete en la pieza de las chicas. Había que festejar la nueva casa. Después de bastante tiempo volvían a estar todos juntos.

Amontonados en el piso y a la luz de las velas, porque se habían quedado sin kerosene y con tanta emoción se habían olvidado de ir a comprar.

—¡Felicitaciones! Casa nueva —dijo Pepe.

—¡Sí! Ya está, ahora tenemos que conseguir muebles, cocina, camas… ¡Uf, cuántas cosas! —dijo Rosa María.

—De a poco, que tengan una casa es algo increíble —agregó Pepe.

—¿Y cómo sigue el trabajo nuevo? —lanzó la pregunta Moncho, serio. No podía evitar

sentirse celoso.

—Bien, al menos hasta ahora —contestó Rosa María.

—Y yo, ¡feliz! Siento como si no estuviera trabajando, cada día es como si hubiera estado de paseo. Y, claro, estos trabajos son bien descansados, ¿no, Rosita? —decía Celide.

Moncho se acercó y la abrazó. Después de todo, verle esa sonrisa a su amada lo alegraba a él también.

El Tano escuchaba, mientras untaba una pomada en los pies de Teresa; la máquina de coser le producía calambres. Mecha puso la pava arriba del calentador para preparar mate. Pepe la espiaba, hacía tiempo que no la veía. ¡Cómo le gustaba! Los muchachos le habían contado que ya no la veían con el *cogotudo*, pero no sabían los detalles.

—¡Joder, estas dos ahora se nos vuelven unas *estiradas*! —dijo Teresa.

—No lo vi a Juan ni una vez. Me cuesta creer que él sea el dueño de todo eso. Es tan grande. Nosotras en la administración somos un montón, y hay muchas secciones —contaba Rosa María, mientras chupaba la bombilla del mate hasta hacerla bramar.

—¿Viste la flaca esa estirada del pelo lacio? No la aguanto, dice que yo soy una inmigrante y que los inmigrantes de cualquier país no podemos tomar mate, que el mate es de ellos. No entendí qué "ellos", qué sé yo —decía Celide.

—Sí, ya sé cuál es, se cree la dueña de todo, es una estúpida —dijo Rosa María—. Es la misma que nos dijo que teníamos prohibido ir a las juntadas que se hacían en la hora del almuerzo.

—Mmm, primeros días y ya empezaron a *chamuyar* —agregó Mecha.

—Son unos sinvergüenzas, los otros días escuché que algunos compañeros estaban pidiendo por la reducción de horas de trabajo y ni siquiera los atendió ese tal suegro tuyo —dijo el Tano.

—Eso, y los domingos —agregó el Moncho.

—¡Bueno! ¡Yo no tengo nada que ver! Tendrían que estar contentos de que tenemos un trabajo, ¿no? —dijo Rosa María.

—No me gustan esos *bacanes*, tengan cuidado —cerró el tema el Tano.

—Sí, Tano, tranquilo. ¿Qué tal si nos ayudan con la mudanza el domingo, nos hacemos una comilona y nos bailamos unos tangos? —dijo Rosa María—. Lugar tenemos.

—Sí, claro que nos van a ayudar, ¿no? —dijo Mecha—. ¡Eh, che, soltá el mate!

Siguieron conversando y planeando la mudanza.

Afuera, la noche caía sobre los techos de toda Buenos Aires, en La Boca al igual que en Núñez, Avellaneda o Barrio Norte. Pero debajo de cada techo se narraba una historia diferente, única, propia de cada protagonista.

Les llevó una semana juntar los papeles y el dinero y tuvieron que posponer la mudanza. Fueron a reunirse con el regente; la cita era en la entrada de la casa adonde iban a vivir. En ese mismo acto les entregó el contrato firmado, recibió el dinero, les dio la llave y se fue.

Estaban las cuatro paradas en la vereda, con la llave de su futura casa.

—¡Ay, mi Diosito del cielo! Esta mansión solo *pa* nosotras. Me parece que se nos fue la mano, Rosita —suspiraba Teresa.

—¡Yo le dije! Esto es una locura. Nosotras no merecemos esto —decía Celide—. Y si no la podemos pagar…

—¡Yo quiero la habitación del balcón! —agregaba Mecha, mirando para arriba.

Rosa María estaba callada. Le temblaban las piernas. ¿Y si las chicas tenían razón y no llegaban a pagar el alquiler? Ay, en qué lío se habían metido. ¿Por qué no se habían quedado en la pieza número quince?

Rosa María puso la llave en la cerradura, la giró, y cuando accionó la manija la puerta no se abrió. Se miraron. Pechó un poco con el hombro y la puerta cedió. Respiraron aliviadas.

—Bueno, les presento la cocina —decía Mecha.

—¡No! La cocina es el otro cuarto. Acá recibimos a las visitas y luego pasan a la cocina —agregó Teresa un poco más tranquila.

—Sí, tiene razón Teresa, así cuando apenas abrís la puerta no te encontrás con el olor a kerosene del calentador —aclaró Mecha.

—¡Chicas, vengan! —gritó Celide desde el patio.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosa María mientras las tres se chocaban intentando pasar por la única puerta que salía al patio.

—Miren —dijo.

En un rincón, tirada entre otros bártulos, había una pequeña cocina a leña; estaba toda destartalada.

—La agarra el Moncho y la deja nueva —dijo Celide con una sonrisa—. Y tenemos cocina.

—Bueno, chicas, estamos en la milonga, ahora hay que milonguear —dijo Rosa María dando ánimos a todas—. ¡Vamos arriba!

Subieron la escalera, ingresaron al cuarto. Mecha pasó derecho al pequeño balcón que daba a la calle.

—Esto es una mansión —dijo Celide—. Estoy tan feliz.

—¡Es tan lindo! Me parece mentira que nosotras vamos a vivir aquí —exclamó Teresa.

Recorrieron un montón de veces todos los rincones, pensaron dónde poner las camas, qué cortinas confeccionar. Estaban ansiosas y querían ir a buscar a Moncho para que les arreglara la cocina.

Salieron a la calle, las cuatro, entrelazadas con sus brazos, caminaban por el medio de la calle. Felices.

Rosa María comenzó a cantar, luego la siguieron todas:

—Pata sucia, pata sucia, pata sucia, te viniste con las patas sin lavar… Estirada, estirada, estirada, a la mansión nueva te vas a mudar…

Capítulo 19

El tiempo no respetaba las estaciones, el verano había ter-minado dando paso al otoño, pero el calor seguía azotando. La zona obrera no disponía de mucho tiempo para sentirlo y quejarse. Solo el día festivo, con suerte, se podían remojar un poco en el balneario del río.

Rosa María caminaba por las calles del barrio de La Boca. Era su día franco. Se iba a encontrar con Juan. Las macetas aún estaban florecidas; le gustaba sentir el perfume dulzón de las flores entreverado con el aroma fuerte de la grasa frita. Sí, tal vez porque era el aroma de la libertad, el que quedó pegado en su recuerdo aquel primer día que salieron a caminar con las chicas luego de escapar del burdel. Le gustaba su barrio. Le gustaba la gente que lo habitaba; *fortachones*, como les decían. No le hacían cara fea al trabajo. Al contrario. El trabajo los honraba. Ese era el concepto que debía quedar escrito, para que los que vinieran supieran que las cosas perduran gracias al trabajo. Juan jamás podría entender su sentir. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que pasó frente a él y no lo vio. Siguió caminando.

—¡Rosa María! —le gritó cuando se dio cuenta de que no era una broma, no lo había visto.

Rosa María escuchó el gritó y se dio vuelta para ver quién la llamaba.

—¡Ah! Me pasé, qué *paparula* —dijo con una sonrisa y roja de la vergüenza.

Juan ya estaba un poco incómodo. Se sentía sapo de otro pozo, ahí parado, apostado en la puerta de su lujoso vehículo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo impaciente.

—Sí, vamos —contestó Rosa María y rápidamente se subió al auto.

—No quiero que vivas más en este lugar —declaró Juan.

—Este lugar es mi hogar. Me gusta vivir aquí —contestó ella. Se sintió atacada con ese comentario. ¿Qué se creía este?

—Perdón, pero ¿no te gustaría vivir en una casa más grande, en otro barrio? —seguía insistiendo. No le caía en gracia ir a buscarla a ese lugar cada vez que lo hacía.

—¿Me estás por proponer casamiento? —le preguntó Rosa María desafiándolo.

Juan se ruborizó. Y cuando se dio cuenta de que se estaba ruborizando delante de Rosa María se enojó con él mismo y se ruborizó más aún. ¿Cómo le iba a preguntar eso?

—Sí, bueno, todavía estoy acomodando algunos asuntos. ¡Vos sabés cómo son las cosas!

—Sí, porque sé cómo son las cosas, no me molestes más con mi casa, mi barrio; al fin y al cabo es mi vida. Así que si me amás, es con todo, no me podés partir al medio a tu gusto. Nos

acabamos de mudar a nuestra casa y estamos felices.

Juan la miró, y cuando vio que tenía el ceño fruncido se dio cuenta de que no iba por buen camino.

—Tenés razón, perdoname —dijo, y miró al frente mientras continuaba manejando.

—¿Cómo te sentís en el trabajo? —preguntó, cambiando de tema.

—Feliz. Creo que soy buena en lo que hago. Ayer me llamaron para traducir unos textos que estaban escritos en inglés.

Juan sonrió. Esa actitud que tenía Rosa María que le gustaba tanto, era orgullosa, independiente. Pero, claro, eso le jugaba en contra cuando él quería dominar o doblegar alguna situación; si ella no aceptaba, no había vuelta de rosca.

—Sí, me dijeron que las dos son muy buenas en el trabajo. Tu amiga también.

—Celide, se llama, no puedo creer que no te acuerdes de su nombre.

—Bueno, señorita, qué susceptible que estamos hoy, ¿eh?

—Yo me acuerdo del nombre de cada uno de tus amigos.

—Es que el de tu amiga es un nombre difícil.

—¿Cómo se llaman las hermanas?

—Teodora y Marcelina.

—¡Viste! No aceptás mi vida, mi gente…

—¡Era una broma! Teresa y Mercedes.

Rosa María se tranquilizó. ¡Uf, tenía ganas de matarlo…!

Juan estiró la mano, le acarició la mejilla y acomodó su pelo en la espalda.

—¿Tu mamá o tu papá te regalaron esos ojos tan hermosos, tan celestes? Bueno, hoy se ven más transparentes.

—Mi mamá, ella murió cuando yo era chiquita. Casi no la recuerdo.

—Lo lamento. ¿Y tu papá?

—También murió —dijo, y comenzó a acomodarse en el asiento—. ¿A dónde vamos?

—Vamos al río, pero más adelante, donde no hay tanta gente.

—Así no nos ven.

—Así te puedo besar tranquilo.

Rosa María sonrió, pero no se sentía del todo cómoda. Ese día no era el mejor.

Cuando llegaron, bajaron y se sentaron a observar el río.

—Te amo mucho, Rosa María. Quiero tenerte conmigo siempre. No quiero que estés con nadie más que conmigo. Quiero levantarme y verte, respirar tu aroma, besarte siempre…

Rosa María no dijo nada, solo disfrutó de escuchar esas endulzadas palabras.

Juan la estrechó entre sus brazos. Al besarla sintió la instantánea erección. Por primera vez, hundió sus labios en el cuello de Rosa María y comenzó a bajar, besándola. Apasionadamente, con movimientos torpes y algo temblorosos, desprendía los botones del vestido y la seguía

besando. Por fin llegó a sus pechos. Rosa María apretó sus brazos.

—¡Te deseo tanto, mi amor! —le dijo con la voz ronca—: No tengas miedo, jamás te haría daño.

Rosa María bajó los brazos y se dejó acariciar. Sintió miedo, la asaltaban los recuerdos de su cuerpo tantas veces invadido, ultrajado. Pero ahora no, estaba con Juan. ¡Ay, Dios! Si Juan se enterara de todo. Sacudió la cabeza, definitivamente quería estar allí, seguir disfrutando de su amor.

—Te deseo, quiero hacerte mía —repetía—, te siento tan cerca y tan lejos.

Sus labios llegaron hasta el pezón; mientras lo besaba, lo succionaba, con la mano buscó su pelvis. Rosa María inspiró profundamente. Se quedó inmóvil.

—Mi amor, te amo tanto. ¿Me amás?

—Sí, te amo, Juan.

Acarició el pubis por encima de la bombacha, luego se animó a ir más adentro, más profundo, y se introdujo en su vulva. Rosa María cerró las piernas con fuerza. ¡Por Dios! No podía enterarse de que no era virgen. Juan la terminó de recostar e instintivamente se posó sobre ella. Apoyó la cabeza sobre su codo y la perforó con su verde e intensa mirada. Rosa María se desvanecía de miedo y placer. Un placer desconocido. Su cuerpo palpitaba como nunca antes.

Pudo sentir entre sus piernas el bastón de mando de Juan, ¡era enorme y duro! Sintió el impulso de abrazarlo, de abrirse completa, dejarlo pasar y hacer. Pero no podía. ¡No, no!

Juan volvió a introducir la lengua entre sus labios, al mismo tiempo que su pantalón explotaba. Rosa María, temblando de excitación, se acomodó debajo de él para que su pene la rozara. Sentía la inminencia del orgasmo.

—No puedo más. Quiero estar adentro tuyo.

Juan se bajó el pantalón y su miembro se escapó por la ranura del calzón. Sin dejar de besarla, la embestía, rozando el pene por encima de la bombacha, buscando más contacto. Rosa María también se movía, deseaba que Juan la penetrara, enseguida. Nunca había sentido ese deseo. Era tan fuerte, no importaba nada, solo necesitaba que su miembro ingresara a su cuerpo. Mientras le besaba los pezones, los movimientos de Juan comenzaron a hacerse más intensos y, sin saber muy bien cómo, la bombacha se corrió y finalmente la penetró. Ella soltó un pequeño grito, que más que de dolor fue de placer. Enseguida Juan salió de la calidez y la humedad tan deseadas. “No, ¡no te vayas! ¡Por favor! ¡Quedate adentro mío!”, pensaba Rosa María mientras lo seguía con su cadera.

—¡Perdón, mi amor! ¡Perdón! ¡Te hice daño! —decía Juan, tomando la cara de Rosa María entre sus manos.

—No, estoy bien. Estoy bien —contestó ella y luego lo buscó con sus labios.

Juan, tomando su pene henchido, lo frotaba sobre la vulva, pensando que así con el placer ahuyentaba el dolor. Rosa María se meneaba para que el glande no solo la friccionase, lo deseaba

adentro.

No aguantó más y esparció su líquido viscoso sobre las piernas de Rosa María. Enseguida sacó un pañuelo y la limpió con delicadeza. Rosa María aún estaba atravesando un orgasmo, cada roce le producía un infinito placer.

—Mi amor, esta no fue la primera vez que debés haber soñado, te pido perdón y te prometo que la próxima va a valer por las dos.

Rosa María suspiró. ¡Qué manera de salvarse! Juan no se había dado cuenta de que no era virgen.

—Te amo, Juan.

La dejó en la misma esquina de siempre, y Rosa María caminó hasta su casita. Cuando llegó, se paró un instante en la vereda de enfrente para observarla. Pagaban una cantidad enorme de plata por esas minúsculas paredes. Pero como decía Teresa, para ellas era una mansión. Se sintió orgullosa de su casa, de lo que ellas mismas habían logrado. No era poco. Pensó en Juan. Él no podría comprender jamás lo que ella estaba sintiendo en ese momento. Él no conocía las necesidades que ella había transitado para poder disfrutar de esas pequeñas cosas. Y tal vez ni siquiera era su culpa.

Se acomodó la ropa para que no se notara el encuentro que había tenido un rato antes e ingresó. El aroma a café la recibió. Todavía no tenían muebles; la sala, como le decían a la primera pieza ingresando desde la calle, era solo un cuarto vacío. En la cocina estaba la mesa y las cuatro sillas, una para cada una. Allí también estaba el fogón que Moncho había dejado casi nuevo y que funcionaba a leña, y arriba el calentador a kerosene. Una pequeña mesada que habían construido los muchachos con un pedazo de madera vieja, algunos hierros y mucho ingenio. Las cortinas y el mantel fueron obra de Teresa y Mecha; de grandes cuadros rojos y blancos, le daban una luminosidad especial al lugar. Celide era la de las plantas. Se había robado ramitas de cada arbusto que le había gustado y las tenía todas en tarritos. Durante el día, sacaba algunos al sol, luego los llevaba al balcón, y otras veces los ponía como decoración de la escalera; más de una vez algún apurado lo había pateado y volaba el tarrito con tierra y planta.

Estaban Celide y Teresa tironeando un racimo de uvas, las estaban comiendo con pan, tenían la boca tan llena que la saludaron con la mano.

—¿Y Mecha? —preguntó Rosa María.

Luego de tragar, Teresa contestó.

—Está arriba, llorando a moco tendido, se lo dijimos, el *estirado* ese ya le partió el corazón. ¿Querés?, las trajo la Deolinda.

Rosa María dejó de escuchar y subió la escalera corriendo.

—¿Qué pasó?

Mecha levantó la cabeza, aún tenían los colchones en el piso. Rosa María se sentó a su lado y comenzó a acariciarle la espalda.

—¡Ni buenas noches! ¡Nunca más vino! En *cuantito* le presté la *cachufleta* la usó bien y luego no vino más… ¡Pues, ni muchas gracias me dijo! —decía Mecha y al revivir con sus propias palabras los sucesos, más lloraba—. ¡*Desgraciao*, marica y *desconsiderao*!

—No llores, Mechita, que me siento culpable, yo te lo presenté a ese pavo en oferta.

—No, no es tu culpa. Yo sabía que iba a pasar, pero me duele, *coños*; que me duele y cómo. ¡Yo quería dejarlo primero, pero el cabrón me ganó de mano, joder!

—Nunca me simpatizó del todo…

—Ay, Rosita, que no te pase con Juan —imploraba mientras seguía llorando.

Rosa María se quedó callada, no estaba segura de que no le pasaría lo mismo con Juan. Aunque ella en el fondo de su corazón sentía que no, que Juan la amaba de verdad, no estaba segura…

—¡Vení! Vamos a comer uvas que nos trajo la Deolinda. Dejalo a ese pavote. No sabe lo que se pierde.

Rosa María ayudó a Mecha a levantarse, bajaron juntas a la cocina y se unieron al resto.

—¿Tomamos unos mates? —propuso Celide.

—Mates con uva, nos va a agarrar una cagadera… —dijo Teresa.

Mecha prendió el calentador y apoyó un jarro de aluminio lleno de agua para el mate. Durante un instante todas se quedaron calladas. La verdad es que estaban esperando la explosión de Mecha. Ya hacía algunos días que no hablaba de Aldo ni salía.

—Anoche me quedé leyendo unos artículos viejos que me dio la esposa del Bolche, el amigo de los muchachos. Hace algunos años, acá y en otros conventillos se hizo una huelga. La huelga de las escobas. ¿Sabían? —dijo Teresa con intención de cambiar la conversación.

—No, yo no sabía. ¿Cómo fue? —preguntó Celide.

—Todas las mujeres, mientras sus esposos trabajaban y los encargados les subían el precio de las piezas, como ahora, salieron a defender sus hogares en los conventillos. Y las reprimieron, hubo muertos. Incluso dicen que la policía abusó de ellas, de las mujeres empobrecidas de este país. Y con sus hijos… Me acordé de la amiga de ustedes, la del frigorífico, la Justina. Pobres, que se les hace difícil la vida.

—Se te está chiflando la croqueta a vos con esas reuniones que vas y esas cosas que leés. Para poder vivir tranquilas el secreto es trabajar y no protestar —sentenció Mecha.

—¡Claro! Si fuera así vos todavía estarías viviendo con la *madam* y todos los hijos de puta —replicó Teresa—. Y yo no voy a ninguna de esas reuniones. Solo nos invitaron a comer a mí y al Tano, ¡joder! Gente muy buena… y después de todo son sus compañeros de trabajo.

—Bueno, tranquilas —intervino Rosa María.

—Ah, la señorita se despertó. ¿Por qué no contás en qué andás o qué te pasa a vos? ¿Te creés que no nos damos cuenta de que te pasa algo? ¿Eh, Rosita? —dijo Mecha.

—Pobres mujeres, las de la huelga de las escobas. Acá las cosas no son tan fáciles. Yo todavía tengo miedo de cruzarme con la *madam* y que nos lleve de regreso. Son como redes, ¿vieron? Se protegen entre ellos, a costo de nuestras vidas, o de esas pobres mujeres que solo defendían sus hogares —seguía filosofando Teresa, releyendo el papel de diario arrugado y amarillento.

—Sí, Rosita, desembuchá, ¿qué te pasa? —interrumpió Celide.

—Ay Teresa, nosotras estamos saliendo adelante. No pienses más en el pasado. Ojalá Diosito ampare a las pobres mujeres obligadas a hacer lo que no quieren y mande al infierno a los abusadores, a todos los abusadores, no solo a los *cafishios* de los prostíbulos. Y no me pasa nada —agregó Rosa María mientras ponía agua al mate, empuñando un trapo para agarrar el mango del jarro caliente—. También a los explotadores como los patrones de los muchachos. El Vasena es uno —terminó.

—¡Sí! Me preocupan los muchachos. En las reuniones esas que van les amasan la *cucuza* y estos *papanatas* hacen caso a todo. En el taller no está bien visto que vayan a esas reuniones —comentó Celide—. No digo la cena que fuiste vos, Teresa, digo las reuniones que hacen los del sindicato.

—No es que hacen caso, Celide, es que ellos también luchan por sus derechos; *doblaos* del dolor llegan cada noche. Pues pensá un poco, ¿creés que al Moncho no le gustaría casarse con vos? Y tener una casa grande *pa* poder criar los hijos y la plata *pa* educarlos y todo eso. Bueno, estos infelices solo quieren plata *pa* ellos. No pagan lo que les corresponde a los muchachos por *trabajá* catorce horas como burros. ¿Te parece justo? —dijo con convicción Teresa—. Entonces, decime, ¿qué posibilidades tienen de crecer, de tener su casa, de mantener una familia?

Se hizo un silencio incómodo.

—Y vos, no te engañes, Rosita, tené *cuidao* —continuó Teresa—, yo también estoy preocupada porque el Tano es un *quilombero*, está metido con los del gremio, y no sé qué más. Apenas lo descubran en el trabajo le van a *pegá* una patada en el culo. Pero él lo hace por mí, por nuestro futuro, por nuestros hijos. Soñamos despiertos todos los días con nuestra familia. Nuestra casa.

La conversación siguió, al menos Mecha ya no lloraba y no hablaba de Aldo. Seguía enojada, pero el tema era otro.

Rosa María pensaba: Aldo había tirado como un trapo sucio a Mecha. ¿Por qué ese desprecio? Así no se trata a las mujeres. Igual que los pobres muchachos, que cada vez trabajaban más horas. Se dormían en la mesa. No daban más, los pobres. Recordó a su padre, llevando él mismo a caballo agua y comida en las épocas de poner las semillas. Sentía bronca por amar tanto al hombre equivocado. ¿Por qué Juan sería diferente? ¿Era él el hombre de su vida? ¿Y si ahora, que ya habían estado juntos, Juan la descartaba como había hecho Aldo con Mecha?

Mecha miró a Rosa María con dulzura, le alcanzó el mate y le dijo:
—No todos los hombres son iguales, no te preocupés, Rosita. Tal vez vos tengas más suerte…

Capítulo 20

Juan comenzó a distanciarse de sus amigos, que lo único que hacían era reclamarle que dejara de ver a Rosa María. Su tiempo lo distribuía entre su trabajo y ella. Los viajes de negocios de su padre al campo le regalaban la libertad que necesitaba para disfrutar de su vida, de sus gustos y su amor. Por supuesto que las habladurías estaban a flor de piel, pero nunca le importó, y al no estar su madre todo era más simple.

Juan paseaba con Rosa María en su auto.

—Vamos a ir a mi casa. ¿Te gustaría conocerla?

—¿Qué, me vas a presentar a tu padre? Deberías haberme avisado, tendría que haberme hecho un vestido nuevo…

—¡No! Tranquila, te va a dar un soponcio. Mi padre se fue al campo por unos días, por eso te quiero llevar para que conozcas mi casa. Pero si no estás de acuerdo…

Pero claro, qué tonta, cómo podía imaginar que le iba a presentar a su padre así nomás. ¿Cómo no se dio cuenta? Con su pregunta había quedado expuesta como una tonta y le dio vergüenza. Era obvio que la llevaba a la casa, pero para otra cosa. Y lo peor, no sabía cómo iba a decirle que no era pura. ¿Cómo lo iba a tomar Juan? Seguro que él pensaba que una mujer impura no merece ser amada por un hombre de bien.

—Sí, está bien, vamos —contestó Rosa María y cruzó los brazos. Era hora de enfrentar la verdad.

Juan le regaló una sonrisa, tomó su mano y la besó suavemente. Rosa María temblaba entera.

Luego de un rato de paseo en auto, llegaron a un lugar donde las casas estaban muy separadas unas de otras.

—¡Aquí es! —dijo Juan señalando una mansión.

Rosa María se tapó la boca y agrandó los ojos.

—¿Cuántas familias viven aquí? —preguntó.

—Solo la mía —contestó.

Rosa María se ruborizó. Ese comentario de pobre la hizo sentir incómoda.

—¡Claro! ¡Ya sé! Mi casa de Salta también es grande, solo que esta es muy muy grande —dijo con resignación; en vez de arreglarla, metía más la pata.

Juan sacó la mano del volante y le acarició la mejilla.

Rodearon la mansión y luego ingresaron por un costado, el auto viró y recorrió un sendero

rodeado de un hermoso jardín, hasta llegar a un espacio que estaba repleto de autos y coches de todo tipo: para usar tirados con caballos, estilo victoria, *coupé*. ¡Cuánto lujo! ¡Cuánta abundancia!

Juan bajó del auto y ayudó a Rosa María a descender; ella seguía muda y con los ojos como plato.

Caminaron a través del jardín e ingresaron por la parte trasera, donde estaba la servidumbre. ¿Cuántos eran? Rosa María comenzó a saludar a todo el mundo, les daba un beso. Juan la miraba. No le dijo nada, dejó que se presentara con todos sus nombres, y cuando terminó la tomó del brazo y se adentraron en la casa.

—Lo que debe ser limpiar todo esto —decía ella. Juan sonreía—. ¿Cinco personas viven aquí, no? Bueno, cuando están tu madre y tus hermanas.

—Sí.

—¿Cómo hacés para estar en toda la casa?

—¿Qué? —contestó Juan con una pregunta. No entendía a qué se refería.

—No, digo. ¿Cómo hacés para estar en todas las salas que tiene esta casa, en todos los dormitorios? Por ejemplo, en cuál de todas las galerías te sentás a tomar el sol…

Juan seguía sonriendo. Rosa María seguía admirando, no podía entender cómo se hacía para vivir en un lugar tan grande.

Claro, cómo no iba a querer que se mudara, si la casa de ella era tan grande como uno de los cuartos de baño de esa mansión.

Llegaron a la entrada del cuarto de Juan. Él abrió la puerta y con un ademán la invitó a pasar.

—Ah, tu cuarto es más grande que… —se calló.

—Bueno, es cómodo.

Rosa María comenzó a recorrerlo, caminaba despacio y pasaba el dedo índice por cada objeto que tocaba, acariciándolo. Admiró un rato los cortinados que salían desde el techo y llegaban hasta el piso. Y del otro lado ¡un balcón! ¡Qué vista!

Juan se dejó caer de espaldas sobre su inmensa cama con dosel y tules llovidos alrededor.

Rosa María se dio vuelta, lo vio allí y corrió a tirarse sobre él.

Se recostó a su lado y fijó la mirada en el techo.

—¿Qué le pasa a mi reina? —le preguntó con ternura.

—No soy pura —dijo mirando hacia arriba con los ojos llenos de lágrimas.

Juan, que no se esperaba semejante declaración, sintió cómo esas palabras le pegaban justo en el medio del pecho. ¿Quién había estado en el cuerpo de su amada antes que él?

—Nunca me contaste nada de tu vida ¿Algún día lo harás? —dijo.

—Mi vida está llena de espinas hasta el día en que te cruzaste en mi camino. No quiero recordar nada de mi pasado, Juan. Algún día tal vez te cuente, pero ese día no es hoy.

—No importa, mi amor. Estamos juntos, es lo único que interesa —dijo él, haciendo un

esfuerzo para disimular su gran desilusión. La abrazó y comenzó a besarla con suavidad.

—Cuando estés lista me contás todo. Como ya te dije, yo te amo a vos, tu pasado no me interesa —mintió.

Rosa María se sintió un poco más aliviada, pero también se dio cuenta de que la voz de Juan había cambiado, aunque él fingiera que no pasaba nada.

Juan continuaba besándola, pero una sensación desagradable le rondaba los pensamientos. No le gustaba el misterio que la rodeaba, algo feo había en su pasado, tenía que respetarla, pero le costaba. Cómo le costaba. Tampoco estaba seguro de querer saber. ¿Y si no le gustaba lo que ella tenía para contarle? Cerró los ojos, inspiró, y se llenó de su aroma.

—¡Te amo, Rosa María! Con todo mi ser. Nunca he amado a nadie. Sos única en mi vida —le dijo abrazándola con fuerza. Su cercanía lo enloquecía.

—Tengo miedo de perderte, Juan —murmuró Rosa María con un hilo de voz.

—¿Por qué decís eso? Nunca me vas a perder, soy tuyo de cuerpo y alma.

—Pertenecemos a mundos tan distintos, en algún momento…

—Nada, nadie, nunca va a interferir entre nosotros. Te lo prometo.

—Tu familia jamás va a aceptarme en tu vida, Juan.

—No es mi familia la que te tiene que amar, soy yo. Y yo estoy loco por vos —le dijo y comenzó a sacarle la ropa con suavidad, recorriendo con destreza el cuerpo de la jovencita.

La recostó en la cama y, sin pausa, se sacó la ropa hasta quedar completamente desnudo. Rosa María lo espiaba con el rabillo del ojo, era un cuerpo digno de mirar, y de tocar también. La verdad es que se había quedado con esa fea imagen de hombres desnudos, con sus bastones parados y feos. Juan acababa de cambiar eso. Era realmente un hombre hermoso.

La abrazó con fuerza.

Recorrió su cuello con la boca, luego sus pechos, besó cada rincón de su cuerpo hasta que, tembloroso de excitación, se subió sobre ella.

—Rosa María voy a… amarte —le dijo con la voz ronca al oído.

Rosa María no contestó, estaba absorta de placer y con el urgente deseo de que Juan entrara en su cuerpo. La última vez sí que se había quedado con las ganas.

La penetró con suavidad, sintiendo la receptividad y la calidez de su interior. Pero una vez dentro de ella se le cruzó por la cabeza preguntarse quién habría estado ahí antes de él. No pudo soportarlo y comenzó a penetrarla empujando con fuerza; sentía bronca y placer al mismo tiempo. ¿Qué le estaba pasando?

—¡Me hacés daño! —exclamó Rosa María.

—Perdón, mi amor, perdón.

Volvió a buscarle la boca, y el contacto con sus labios lo llevó a sentirla nuevamente, a saber que la amaba con todo su ser. No importaba nada más. No tenía que importar nada más.

La penetraba una y otra vez, ahora con delicadeza, sintiéndola, disfrutándola. Cuando besó sus

pechos pudo sentir cómo Rosa María se estremecía, su cuerpo se movía, se encorvaba en una explosión de placer. Él tampoco pudo aguantar más y se unió a ella; juntos, pegados, unidos, tocaron el cielo con las manos. Se besaron.

La tarde se convirtió en noche, escolta de los espíritus inquietos de los amantes libres regalándose su amor. Una y otra vez…

Aún era temprano. Juan la invitó al Armenonville, con eso completaba la mejor noche de su vida.

—Pero no puedo ir así vestida, tendría que ir a cambiarme —replicó ella.

—¡Vení! —le dijo.

Se levantó en calzones como estaba, la tomó de la mano y, mirando a ambos lados del pasillo, salió haciéndole señas de silencio. La llevó hasta otro cuarto. Rosa María no podía creer que algo así pudiera existir. Era el cuarto de una de las hermanas de Juan.

—¡Lo que guste, señorita! Y lleve algo para las chicas —le dijo apoyado en la puerta, disfrutando de la cara de sorpresa de Rosa María.

—¡Qué lindo todo! ¡No! ¿Qué va a decir tu hermana?

—Rosa María, mi hermana no sabe lo que tiene. Y ahora cuando llegue de Francia renueva todo.

Rosa María miraba: vestidos, tocados, zapatos, arreglos para el cabello. ¡Tantas cosas! Pero no podía, cómo iba a llevarse cosas que no eran de ella. ¡No! Pensó en las caras de las chicas… Bueno, tal vez algo. Empezó a mirar, para Teresa, para Mecha, para Celide, para ella. Sonreía. Cada tanto miraba a Juan, allí parado, con el torso desnudo, fibroso, que se le marcaba en cada movimiento. ¡Qué bello era! Esa costumbre de pasarse la mano por el cabello y estirar la cabeza para atrás la seducía hasta morir de placer.

Cuando terminó tenía cuatro valijas llenas de zapatos, vestidos, sombreros, collares, perfumes, maquillaje, mantillas y guantes sin estrenar. Y dos enormes cajas de cartón decoradas y sostenidas con cintas de raso con sombreros adentro. Celide iba a ponerse muy contenta.

—Me parece que exageré —dijo avergonzada.

—No, mi amor, tomalo como un regalo.

Le devolvió una sonrisa y comenzó a vestirse. De los tres vestidos que había separado eligió el más sencillo.

Terminó de arreglarse y se quedó observando la imagen que le devolvía el espejo. “Después dicen que la plata no embellece”, pensaba. Los avances de la moda estaban en su cuerpo. Las mujeres ya comenzaban a cortarse el cabello, pero ella amaba sus rulos largos, así que los disimuló en un recogido. Se arregló el sombrero francés; el vestido, del que ni siquiera pudo

reconocer la tela, caía como agua sobre su cuerpo, ¡y dejaba sus tobillos al descubierto! Tacones y una carterita de encaje. Sentía la mirada de Juan en su espalda, comenzó a mover las caderas y a observarlo a través del hombro. ¡Qué atractivo se veía, apostado sobre la puerta de madera, con esos calzones blancos hasta arriba de las rodillas! Él no pudo resistirse y empezó a acariciarla por encima del vestido.

—¡Despacio! ¡Me está despeinando, señor! —le dijo con mirada sugerente y corriéndolo para atrás con el dedo.

Juan la miraba. Estaba elegante. Caminaba sobre esos tacones y sus caderas se marcaban a cada paso. Sus tobillos eran tan finos.

Rosa María percibió cómo el calzoncillo de Juan se abultaba y le encantó. Seductoramente caminó hacia él, se puso de espaldas, movió las caderas frotándose contra él y luego se dirigió hacia la puerta…

—¡No! —exclamó Juan, la levantó en brazos y la llevó hasta la cama.

—No vamos a llegar a la milonga —le dijo ella con mirada picarona.

Juan la besó apasionadamente. Se levantaron y terminaron de cambiarse.

Salieron despacio y sin hacer ruido con las valijas. Las cargaron en los asientos de atrás y partieron hacia el Armenonville.

Mientras el auto recorría las empedradas calles de Buenos Aires, Rosa María estaba envuelta en un halo embriagador, la ropa estaba perfumada, y además se había puesto un perfume que sabía dulzón. ¿Puede un perfume o un vestido hacerte sentir dueña del mundo? Sí, puede. Así se sentía Rosa María, que cada tanto cerraba los ojos para sentirse. Disfrutaba del roce de la tela en su cuerpo. Pasaba la nariz por su muñeca y se llenaba los pulmones con el exquisito perfume francés. Juan la miraba de reojo; estaba sentada derechita, apenas se movía. La columna firme como si el vestido se fuera a romper con cualquier vestigio de descanso. Rio. Se veía tan bella, tan ella. La amaba. Cómo la amaba.

Llegaron al Armenonville, no tenían reserva y era tarde, pero como Juan era cliente asiduo de la casa enseguida los ubicaron en una mesa para dos; cenaron allí. Rosa María se tuvo que controlar para comer despacio. Los aromas de la comida, del vino. Se detenía con cada sabor. Lo degustaba, lo disfrutaba. Juan se divertía viendo cómo llevaba el tenedor hasta su boca, suave, despacio, y luego cerraba los ojos y movía los labios pegados, carnosos... ¡Qué mujer intensa! La placidez se acabó cuando el mozo pasó con la botella de vino por encima de su cartera, casi lo mata.

Luego de la cena pasaron al salón de baile. Antes de que la orquesta empezara a tocar, ya estaban en posición, listos para largar.

Juan inspiró, la inspiró. Pegada a su cuerpo la sentía, la gozaba. Cuando la música comenzó, Rosa María sintió cómo Juan la apretaba aún más, y sus pezones se erizaron al sentir el contacto, embriagada con su perfume. Le cruzó la rodilla entre las piernas lo que le daba el vestido, y

comenzó el baile. Las personas de alrededor se quedaron atónitas al verlos; no solo eran lindos, esbeltos, elegantes… cómo bailaban. Cuando llegó el turno de la milonga, Juan la hacía volar por el aire; eran dignos de admiración las caras, los gestos y hasta algunos besos. Él la seducía, ella lo rechazaba, el público aplaudía, ellos se gozaban, se divertían. Se amaban. Se perdían en sus miradas girando al compás de la milonga.

Llegaron a la puerta de la casa de Rosa María a la madrugada, luego de discutir varios minutos porque ella no quería que la dejara frente a la casita. Al final tuvo que aceptar, era imposible que transportara ella sola las cuatro valijas de cuero.

Las chicas estaban durmiendo. Arrastró las valijas y las dejó en la sala al costado de la puerta, y en puntas de pie, con los brazos extendidos para no chocar con la pared, ingresó a la cocina y encendió la vela. Corrió las valijas del paso, apagó la vela a la mitad de la escalera para no despertar a sus amigas y luego se acostó como estaba. Le dolían los pies, el cuerpo. Esa, definitivamente y sin discusión, había sido la noche más feliz de toda su vida. Ojalá no se hubiera terminado. Aún sentía el cosquilleo entre las piernas al pensar en Juan. Lo amaba, lo deseaba. Quería compartir su vida con él. Inhaló y se llenó del delicioso aroma del perfume, ese perfume que la transportaba a un lugar de confort, de tranquilidad, de lujos. Se durmió con una sonrisa.

CAPÍTULO 21

Sentados bajo la pérgola, disfrutaban de la caída del sol en el horizonte. Las sirvientas de la mansión iban y venían con bandejas llenas de manjares. A Jorge le gustaban el whisky y los pastelitos de membrillo que preparaba Ramona, la criada que llevaba más tiempo en la mansión, que era casi una madre para Juan. Aldo y Rubén, en cambio, tomaban vino y disfrutaban de los salames y quesos que cada año traían del campo de los Achával Figueroa; eran sus preferidos. Y Peter había descubierto un nuevo aliado en el brandy, menos el mate, el resto todo. Juan picoteaba un poco de cada cosa y bebía vino, uno especial que había traído su madre de su anterior viaje a Francia.

—¿Cuándo llega tu padre de viaje? —preguntó Aldo.

—La semana próxima —contestó Juan.

—Se te acaba la fiesta con la milonguera, ¿eh? —dijo Peter.

—Se llama Rosa María —contestó Juan.

—¿Qué vas a hacer? Esa historia se te está metiendo en la sangre y vos sabés que en algún momento se tiene que acabar. Lo tuyo con Carmencita es cuestión de tiempo. Apenas llegue tu madre de París te pone el anillo de casamiento en el dedo —dijo Jorge mientras prendía un puro y estiraba las piernas.

—No sé. Rosa María me gusta mucho… Creo que me estoy enamorando.

—¡No! Le estás errando fiero, amigo. Eso no es posible. Juancho, no te confundas. Ella también pertenece a ese grupo de anarquistas que nos está embarrando la patria —exclamó Aldo con euforia.

—¿Por eso dejaste plantada a Mercedes? ¿Porque suponés que es anarquista? ¿Te parece de caballero lo que hiciste? —lo increpó—. Ella puede ser anarquista, pero antes es una mujer y merece tu respeto, ¿no crees? —dijo Juan.

—Bah, no son más que unas pobres infelices. Yo no me iba a aguantar el sermón de esos sucios inmigrantes amigos de ella. Me los quería presentar. ¿Qué te pasa a vos, decime…? La trajiste a tu casa, la metiste en el frigorífico, te *faroleas* por todos lados con ella. Tu padre te va a matar y ni hablar cuando se entere doña Christelle —completó Aldo. Sabía muy bien que Rosa María perdería completamente frente a la madre de Juan. Jamás iba a aceptarla. Nunca.

—Bueno, son cosas mías después de todo —terminó Juan.

—Hablando de verdad, Juancho, tené cuidado. Te estás metiendo demasiado. En algún

momento se te va a pasar la calentura y te vas a querer morir —dijo Peter—. No es más que una mujer y pertenece a un mundo muy distinto al tuyo. Quieras o no, eso pesa.

—Y bueno, ¿qué más sabés de esa mujer? ¿Qué hace acá si es salteña? ¿A qué vino? A vivir con esos anarquistas. No te enojes, Juancho, la realidad es la realidad, que vos estés enamorado es otra cosa. Y es nuestro deber como amigos abrirte los ojos —dijo Rubén.

Juan no quería pelear con sus amigos, no era buen momento. Aunque no le gustaba nada lo que decían, algo de razón tenían. Él no sabía nada de Rosa María, casi nada.

—¡Vos viste lo que pasó con los anarquistas, esos comunistas de mierda que se vienen con toda la misma mierda de los bolcheviques! Metieron al socialista en el Congreso. ¡Cómo pudimos dejar que eso sucediera! ¡Dejate de joder, Juancho! Todos rumorean que te estás revolcando en La Boca, nosotros lo hacemos en el Armenonville. ¡Nos deshonrás, carajo! —decía Aldo gesticulando.

—Bueno, bueno, tampoco es para tanto —dijo Peter, tratando de aminorar las cosas, la conversación estaba tomando calor y eso no era bueno—. Después de todo vos también la estuviste poniendo en La Boca hasta hace unos días, ¿o no? —agregó, dirigiéndose a Aldo.

Juan se quedó callado. Estaba tan involucrado en su relación con Rosa María que para él ya era algo cotidiano. Pero no se había dado cuenta de que para el resto no era así y que no lo iban a aceptar.

—¡Qué lo parió, estás enamorado! —gritó Aldo, a quien le costaba comunicarse con calma; todo era explosivo en él.

—No —mintió Juan.

—Mejor que sea así. Y si no, consultalo con la almohada. Se vienen tiempos revueltos con estos sucios y vagos —terminó Jorge.

Pero sí, estaba enamorado. Por más que les mintiera a los muchachos, tenía a Rosa María metida en la sangre, en el aire que respiraba. Sus ojos, el encanto de su sonrisa, lo transportaban a un mundo lleno de emociones simples, reales. Era tan hermosa. Era suave, dulce, pero a la vez tenía una gran firmeza en sus convicciones. Sonrió al recordarla. Estaba decidido a sacarla de ese barrio tan humilde. Quería transformar su realidad. Incluso pensó en comprarle una casita para que viviera, sola, claro. Pero no, con lo cabezona que era no iba a aceptar nada de eso. Al escuchar a sus amigos, ya no le resultaba tan fácil defender su amor por Rosa María.

—¿Es verdad lo que dijo Roberto? Me dijo que la policía apoya y valora nuestra colaboración para mantener el orden social —intervino Rubén con orgullo y cambiando de tema.

—Pero claro, cómo no nos van a apoyar si estamos limpiando la mugre que ellos mismos no sacan de las calles. No pierdan de vista que Yrigoyen ganó las elecciones gracias al voto de esos *mugrosos* —contestó Jorge—. Supongo que por eso desde el gobierno no hacen nada, o sea, quieren negociar. Con esta gente no se puede negociar. Les das la mano y te agarran el brazo entero.

—Sí, tenemos que estar atentos, intervenir. El padre de Roberto tuvo que soportar una huelga porque la semana pasada suspendió a diez obreros por revoltosos. ¿Pueden creer que están pidiendo que los vuelvan a tomar? Son unos descarados estos infelices. Uno les da trabajo y así te pagan —decía Rubén—. Los tienen bien fichados, llegaron hace poco de Rusia. Tienen la cabeza quemada con las ideas comunistas.

—Sí, Roberto me pasó el dato. Tengo toda la información y la fecha de la reunión que están organizando. Así que vamos a ir a hacerles una visita —terminó Aldo.

—¡Me siento tan orgulloso de trabajar para nuestra patria! Tenemos que conseguir armas oficiales, así no tenemos problemas —dijo Jorge—. ¿Y vos, Juancho, cómo están esas cuestiones en la familia de ustedes?

—No lo sé, mi padre tuvo que viajar justamente por eso. Había algunos disturbios en el campo. En el frigorífico estamos empezando a revisar las demandas. Hasta ahora no les contestamos porque vemos el ritmo que van tomando las cosas. Pero sí, es verdad. Es como si toda la masa obrera se estuviera poniendo de acuerdo en contra nuestra —contestó Juan.

—¡Eso es, y vos haciéndote el novio con una de ellos! ¡Es grave! Pensalo, por favor —remató Peter.

Juan estaba comenzando a sentir lo difícil que iba a ser seguir adelante con Rosa María. Nadie veía en ella lo maravillosa que era.

Las cuatro valijas y los finos estuches de los sombreros en el centro de la habitación, las cuatro mujeres paradas alrededor con la mirada fija en ellas.

—Dale, *desembuchá* —dijo Teresa.

—Dale, ¿qué tenés adentro de esas valijas? —preguntó Mecha.

Rosa María tomó una al azar. Bueno, en realidad no se acordaba de lo que había adentro de cada una. Las miraba de reojo, se agachó para abrirla y cuando estaba por levantar la tapa las miró nuevamente, sonrió y la destapó.

—¡Ay! ¡Mi Dios del cielo! ¡Pues que te robaste una tienda! —gritó Teresa agarrándose la cabeza con las dos manos.

—¡Ah! ¡Pero qué lindos! —dijo Mecha metiendo las dos manos entre las telas, hurgando.

—Seguro que ahora la policía golpea la puerta. ¡¿Qué le decimos, que fue un accidente, que no quisiste hacerlo?! —gritaba Celide.

—Pero no, no robé nada. Son de las hermanas de Juan.

—¿Se los robaste a esas estiradas? —dijo Mecha—. ¡Bien hecho!

—No, me las regaló.

—Pero, cómo, ¿fuiste a su casa? —preguntó Celide—. ¿Conociste a sus hermanas?

—Sí y no, y lo hicimos…

—¿Lo hicieron? ¿Y qué dijo de que no eras pura? ¿Le contaste? —le preguntó Teresa—. ¿Y qué te dijo? ¿Y cómo fue?

—Sí, sin mayor información, no le gustó mucho —contestó Rosa María a Teresa.

—¿Y…? ¿A vos te gustó? —curioseó Teresa con cara de picarona, ya más distendida.

—¡Me encantó! Estoy tan enamorada. Pero tengo miedo. Es verdad que somos de mundos muy distintos.

Teresa unió las palmas de las manos y miró hacia el techo.

—¡Ay, Jesús del cielo! Que no pase ninguna tragedia. Esto no está bien… Este es un *estirao,* Rosita. Y ahora que le prestaste la *cachufleta,* sonaste —dijo Mecha.

Mientras Rosa seguía contando los detalles de la casa de Juan, las cuatro, al mismo tiempo, abrieron todas las valijas. Había ropa regada por todo el piso. Se ponían los vestidos. Mecha y Teresa acariciaban las telas con gestos exagerados. Eran todas importadas.

—Me pruebo este —decía Mecha mientras se sacaba el vestido ahí mismo.

—Ah, yo me pongo este, miren la caída que tiene —completaba Celide que ya estaba en bombacha y enagua.

El cuarto era un solo revoltijo, se probaron todo. Habían pensado poner en el dormitorio una soga de pared a pared para colgar los vestidos allí, y debajo, todos los zapatos. Pondrían unos clavos en la pared con una maderita para los sombreros, los accesorios, los perfumes, los polvos. Era tanto lo que tenían que se sentían abrumadas.

—¡Te trajiste todo, Rosita! —decía Mecha, eufórica—. Las dejaste desnudas.

—No, ni se imaginan la cantidad de cosas que tienen. Esto no es nada.

—¡Qué barbaridad! Ellas tienen tanto y nosotras apenas con un par de tacones para compartir —decía Teresa mirando todos los vestidos—. Mejor me voy a preparar el mate.

Acomodaron los vestidos en una silla para luego subirlos al cuarto y pusieron las cuatro valijas como butacas. Celide vació una de las cajas de los sombreros y la colocó al medio, oficiando de mesita. Mecha trajo uno de los repasadores bordados por ella misma y lo puso de mantelito. Listo, tenían la sala decorada.

Teresa regresó con el jarro enlozado y la bombilla adentro y la jarra de aluminio con agua caliente. La puso en el piso, se sentó en una de las lujosas valijas y se dispuso a cebar mates. Por supuesto, ataviada con uno de los vestidos. Parecía una gallina renga por cómo se movía para no ensuciarlo.

Mecha caminaba por la sala probándose todos los tacones.

—Ayer pasó de todo, el Moncho anda desanimado. Lo suspendieron en el taller —contaba Celide mientras chupaba la bombilla del mate hasta hacer ruido.

—¡No! ¿Por qué? Pobre Moncho, con lo trabajador que es. ¿Qué pasó? —preguntaba Rosa María.

—Al Tano también —dijo Teresa—. Es que estos dos pavos andan de junta con algunos del sindicato y los tienen marcados. Si serán pelotudos. Ahora se han *quedao* sin trabajo los tres, el Pepe también porque es amigo de los otros dos pajarones.

—¿Así nomás…? —preguntó Rosa María.

—No, no tan así nomás. El Moncho me contó que los *buchonearon*, le dijeron al hijo de Vasena que se habían reunido todos en la casa del Bolche a escuchar a un anarquista recién llegado de afuera, no me acuerdo de dónde —respondió Celide.

—Ah. Es terrible. Espero que los reincorporen enseguida, pobres —contestó Rosa María—. Y vos, Mechita, ¿cómo estás…? Nunca más hablamos de lo que te pasó con Aldo —agregó para cambiar de tema.

—¡No quiero hablar nunca más de ese cabrón! Ya me anduvo revoloteando de nuevo y lo saqué *carpiendo*. ¡Qué se cree!

Se quedaron calladas; Mecha se enojaba en serio cuando el asunto involucraba a Aldo. Había pasado del amor al odio en poco tiempo. Nunca contó con detalles lo que había sucedido, pero parecía grave.

—En el taller suspendieron a la Dora. También solo a ella se le ocurre entregarle un folleto de la FORA a la encargada. Pero como es tan buena cortadora los de Gath & Chaves ya le confirmaron una entrevista.

—¿Qué es la FORA? —preguntó Rosa María, que ahora llevaba un sombrero color lavanda con cintas de raso haciendo juego—. En la administración también la nombran, pasame un mate y limpiale la bombilla, que esta chancha la pintó toda —terminó.

—Es la Federación Obrera Regional Argentina o algo parecido. Es una organización que agrupa a los trabajadores y su lucha por los derechos a una vida laboral digna. También estuvo presente en “la huelga de las escobas”, ¿se acuerdan?, la de los inquilinos de acá y de varios barrios más en estas mismas condiciones. Aunque a pesar de esa huelga seguimos igual, mirá la fortuna que pagamos por nuestro palacete. La Federación, me contó el Tano, que está en varias provincias, es muy importante —comentó Teresa—. Pero a los muchachos los suspendieron porque suponen que al ser amigos del Bolche comparten la ideología anarquista, según me explicó el Tano. Su líder es un tal Lenin que dice que hay que distribuir la tierra entre todos, que las fábricas las controlen los obreros y algo más que no me acuerdo.

Rosa María levantó la vista.

—Ya me di cuenta de que hay una gran diferencia entre los trabajadores y las patronales. En la administración, los otros días, nos dejaron unos folletos escondidos y eran de esos de la FORA. Yo los tiré enseguida. Lo único que faltaría es que pierda el trabajo. Y la verdad es que me confunde un poco todo esto. Eso que te dijo el Tano es más complejo. Lo leí cuando estudiaba Filosofía en Salta —dijo Rosa María.

—Me parece que vos los tiraste porque estás enganchada con la patronal —agregó

irónicamente Mecha.

—No seas pavota, no tiene que ver con eso. ¿Y qué va a pasar ahora con los muchachos? —preguntó Rosa María.

—Pues no lo sé, estos son como los gallos *e* riña, los tocás y empiezan a cacarear hasta que caen muertos. ¡Jesús de la Cruz nos salve! —dijo Teresa.

—Tengamos fe. Y esta noche recemos por los muchachos —propuso Rosa María.

—Tendríamos que ir a la santería. Tendríamos que comprar a San Cayetano, San Antonio y alguna Virgen. Ya que no vamos a misa, los tenemos aquí…

—San Cayetano para el trabajo, San Antonio para que nos cuide los novios y la Virgen de los Milagros, por ahí un milagro a ver si los muchachos se pueden acomodar con los trabajos. ¿Viste que el amigo del Pepe, el Ramón, se va al interior? Dice que está contento. Le dan casa allá. Trabaja en el campo, ¡qué lindo! Me iría con el Moncho y tendríamos nuestros siete hijitos. Yo tendría mi jardín, mis flores, hasta papa tendría.

—¿Al interior? —preguntó Rosa María tomando asiento en la valija nuevamente—. No sabía que querían irse.

—Lo que pasa, Rosita, es que acá como están las cosas no tenemos ningún tipo de futuro. Nosotros con el Moncho queremos tener muchos hijos. Y no llegamos a comer nosotros, ¿cómo vamos a alimentar a los críos? Otro amigo del Moncho se fue a Santa Fe, también dijo que es muy lindo. Que a pesar de que hay que trabajar mucho también hay posibilidades, porque los patrones te emplean en el campo y te dan una casa y todo eso.

—¡Sí! Le voy a decir al Tano, yo también quisiera irme. Cada noche me acuesto con dolor en los brazos de todo lo que hago durante el día para apenas llegar a pagar nuestra mansión —agregó Teresa—. Y muchas veces sueño que todo esto es un sueño y que todavía estamos en el burdel.

—¡Yo también sueño con la sucia de doña *madam*! Me entristece pensar que algún día nos vamos a separar —dijo Rosa María.

—Vos con ese *cogotudo* vas a terminar sufriendo y te vamos a llevar con nosotros al campo y vas a ser la tía más solterona y más llorona —dijo Celide.

—¡Qué mala! Mejor yo me voy a casar con el *estirado* de Juan y las voy a emplear en alguno de nuestros campos. Y voy a jugar con mis sobrinitos mientras ustedes me *plumerean* la *cachufleta* —dijo mientras le revoleaba uno de los zapatones viejos de Teresa que habían quedado allí.

Siempre les pasaba lo mismo, se ponían a conversar y el tiempo les pasaba por el costado. Los golpes en la puerta las regresaron a la realidad.

—¿Quién será? ¡Ay! ¡La policía! —dijo Celide y salió corriendo para la cocina—, seguro te denunciaron, Rosita, y ahora vienen por los vestidos.

—Pero si son los muchachos. ¡Cómo se nos pasó la hora, joder! —dijo Teresa luego de abrir

la puerta.

El Tano la vio y pegó un silbido.

—¿Me parece a mí o ustedes ya vienen preparados para salir de juerga? —dijo Teresa con las manos en jarra, actitud que no coincidía para nada con su vestimenta y sus pies descalzos, al ver que estaban los tres con sus instrumentos al hombro.

El Tano la miró con tanto amor que el resto se sintió un poco incómodo.

—¡Permiso, mi doña reina! —dijo estirando la trucha con un pico para Teresa. Luego caminó detrás de los muchachos y cerró la puerta con la tranca.

Pepe venía como invitado para ver si podían sacar de la tristeza a Mecha. Por supuesto que ella no sabía nada. Todo era cosa de Celide y Teresa.

—¿Qué hacen vestidas así? ¿De dónde sacaron esos vestidos de *estiradas*? Parecen unas gallaretas cagadas a escobazos —dijo Moncho, que ya estaba celoso.

—Los hicimos nosotras —dijo enseguida Teresa antes de que a nadie se le ocurriera contar la verdad.

—¡Eso! —confirmó Mecha.

Los muchachos se miraron con desconfianza. Estas andaban en algo… Pero qué elegantes se las veía.

—Y ustedes, ¿por qué están con los instrumentos? —preguntó Celide con los brazos cruzados y los ojos fijos en Moncho.

—Esta noche tocamos, como mañana no trabajamos... El dueño de La Marina nos contrató. Las vinimos a buscar para que nos acompañen.

—¿Qué? ¿Vos, Pepe, también andás metido en eso de las huelgas? —le preguntó Rosa María.

—Sí, Rosita, los ferroviarios estamos iguales. Aunque a mí me suspendieron por estos dos pajarones.

—Bueno, están tan lindas que yo propongo que vengan con nosotros —dijo Tano.

—Ah, claro, pero nosotras mañana tenemos que trabajar —protestó Celide.

—¡Vamos con los muchachos un rato! No sean viejas solteronas —propuso Teresa, nos venimos temprano y listo.

Sin muchos preámbulos y vestidas como recién salidas de un figurín de moda francesa, se fueron con los muchachos acarreando los instrumentos.

Ingresaron directo al patio donde estaba la tarima y las mesas con las sillas bajo una gran ramada, caminaron por la tierra como si fuera una alfombra roja. Disfrutaron de las miradas de todos, las críticas, los cuchicheos. Se sentaron a la mesa y siguieron gozando de las miradas, sobre todo las de las mujeres. Bebieron, comieron y bailaron hasta que los pies y la hora les pidieron regresar. Los muchachos tenían que quedarse hasta que terminara, así que Moncho les indicó el camino. Por suerte, esa noche estuvo todo tranquilo.

Caminaron unas cuadras como les había indicado Moncho, doblaron a la derecha, allí ya se

ubicaban para llegar a su casa. Bajo la luz de la luna y los eventuales faroles se paralizaron del susto cuando un auto dobló a toda velocidad, y detrás de él otro vehículo más. Las cuatro, instintivamente, se apoyaron contra la pared para pasar desapercibidas. Los dos autos iban cargados de hombres con trajes bien oscuros y pudieron ver las armas en las manos de los que iban trepados fuera del auto.

"Juan", pensó Rosa María, pero se quedó callada. Cuando los vehículos se perdieron en la oscuridad, continuaron caminando despacio, y cuando doblaron en la siguiente esquina vieron unos bultos en el medio de la calle. Se acercaron sigilosamente, sin decir una palabra. Llevaban los zapatos en la mano. ¡Eran tres hombres totalmente ensangrentados!

—¡Están muertos! ¡Por Dios del cielo! ¿Qué hacemos? —decía Mecha entrando en pánico.

Rosa María se acercó un poco más, y sí, parecían muertos. ¡Un horror!

—¡Nada! ¡Vamos! Nosotras no estamos en condiciones de denunciar a nadie ni de exponernos ante nada —dijo Teresa haciendo reaccionar a sus amigas.

Estaban asustadas, aterradas. Caminaron y luego corrieron en silencio. Llegaron a la casita, ingresaron y cerraron la puerta, le cruzaron la tranca y fueron a la cocina. Encendieron el mechero.

—¿Qué fue eso? —preguntó Celide, y largó el llanto que tenía contenido.

—Los mataron los que pasaron en el auto, los *cogotudos*, ¿no viste cómo escapaban con las escopetas en las manos? —dijo Teresa, ofuscada.

—¡Por Dios! Pobres muchachos —agregó Mecha llorando.

Rosa María estaba en silencio, era Juan, ella lo había reconocido. A pesar de la oscuridad, pudo ver que era Juan. Estaba segura. ¿Pero qué habían hecho? Se sentía confundida, triste. Su Juan no era ningún asesino, seguro que los amigos lo habían obligado.

Prendió el calentador y puso el jarro con agua encima.

—Tengo mucho miedo de que algún día les pase algo a los muchachos. ¡Esos *cogotudos* son unos animales! No les importa nada. Los matan como si fueran perros —decía Teresa.

—¿Y si eran conocidos? —decía Celide—. ¿Y si alguno estaba con vida y por culpa nuestra ahora está muerto?

—No podemos hacer nada, si nos descubren podemos terminar en el burdel de nuevo. ¡Nunca más vuelvo a ese lugar! —dijo Mecha.

Prepararon té, no podían tranquilizarse. Estaban tan impresionadas como asustadas.

—Tengo miedo por los muchachos, mirá si esos infelices se iban a La Marina —dijo Celide.

—¡No! Dejaron a los muertos en la calle, seguro que están corriendo a esconderse esos maricones. ¿No viste la velocidad a la que iban…?

Más tranquilas, y en absoluto silencio, se sacaron los vestidos, los collares y los zapatos.

Rosa María comenzó a subir la escalera. Algo se había derrumbado dentro de ella. Y ese derrumbe producía dolor al caer.

Se acostó en uno de los colchones que tenían en el piso.

Luego de un rato percibió que Celide se acostaba a su lado. Sintió el calor de su amiga y también su llanto silencioso. No tenían derecho de acabar con la vida de las personas así nomás, jugando a ser dioses. Se sentía tan molesta, tan confundida, tan aturdida.

Capítulo 22

La residencia de los Achával Figueroa estaba a puro vapor. Don Juan padre había regresado de su viaje. Lo primero que hizo fue ordenar a la servidumbre que acomodara en el almacén de la mansión todo lo que había traído del campo, también pidió que le prepararan un baño y luego la cena para compartir con su hijo.

Cuando don Juan se presentó en la mesa, su hijo ya lo estaba esperando. Juan hijo no había podido conciliar el sueño la noche anterior. La imagen de Rosa María pegada a la pared, junto a sus amigas, vestidas de esa forma, a esa hora… no le gustaba para nada.

Se levantó a saludar a su padre.

—¿Cómo le fue? —preguntó Juan para iniciar la conversación.

—Bien, hijo, no como me hubiera gustado, cansador el viaje.

—Cuénteme —contestó.

—Después, ahora vamos a hablar del tema ¿Me va a contar de la chica esa que lo tiene embobado? —dijo sin preámbulos.

Juan sonrió y luego se sonrojó. Era el momento.

—Sí, padre. Quería hablar con usted del asunto, es…

—Mire, hijo. Usted puede hacer lo que quiera, vaya, baile tango, fornique con todas las inmigrantes que le guste. Pero a la hora dispuesta, acá lo estará esperando Carmencita para ser su esposa —lo interrumpió con firmeza.

—Justamente, padre, yo no estoy enamorado de Carmencita.

—No me interesa lo que usted piense, Juancito, solo haga lo que yo le indico. Como siempre.

Juan lo miró, no era la charla que esperaba con su padre.

—Pero, padre, es que yo estoy enamorado de… Rosa María.

—El amor no existe, hijo. ¡Déjese de joder! Ya se va a aburrir de esa chica y va a volver a casa a retomar sus cosas. Es solo cuestión de tiempo. Lo que no me gusta es que me dijeron que lo han visto por todos lados con esa mujerzuela. Imagínese que se entere Carmencita. No haga cagadas, hombre —añadió.

A Juan no le salían las palabras. Todo lo que tenía pensado decirle se había esfumado por el aire. No podía contradecir a su padre a pesar de que se salía de la vaina por hacerlo.

Comieron en silencio.

—Todo termina un día. Que ese día llegue pronto. Hasta mañana, hijo, que descanse —

completó, y se fue dejando a Juan con el tenedor en la mano y la palabra en la boca.

Se quedó sentado a la mesa, solo. ¿Por qué sentía que debía obedecer a su padre? Tantas veces quiso contestarle, darle su opinión, decirle que no estaba de acuerdo, pero no podía. Las palabras quedaban encalladas en su garganta y no salían. La idea de contradecirlo le producía dolor de estómago. Pero la idea de dejar a Rosa María era intolerable. Definitivamente las cosas venían cruzadas, muy cruzadas.

Se levantó de la mesa y caminó hacia la galería a fumar. Otra vez la misma imagen de Rosa María pegada a la pared. Otra vez la pregunta: ¿Qué hacía en ese lugar, a esa hora y vestida así? No le gustaba lo que sentía. “Las señoritas de bien, pobres o ricas, no salen a esas horas solas”, pensaba y pensaba. Pegó un puñetazo en la columna que sostenía parte de la galería, golpe que le dejó los nudillos rojos y doloridos. Ver a Rosa María en esa circunstancia y la conversación con su padre lo habían puesto de muy mal humor.

Al día siguiente se levantó temprano. En realidad no había dormido casi nada. Su padre lo estaba esperando para, luego del desayuno, ir juntos al frigorífico. Definitivamente lo estaba poniendo bajo su propia vigilancia.

Desayunaron en silencio. Ingresó una de las sirvientas para avisarles que el auto y el chofer familiar los estaban esperando.

Juan aún tenía el gusto amargo en la boca. Ya lo había decidido, esa mañana estaba dispuesto a romper las reglas, iría a buscar a Rosa María a la administración. Tenía que saber qué hacía a esas horas en la calle y vestida de esa manera. La noticia de que no era una mujer pura, sumada a lo que había visto la noche anterior, le estaba carcomiendo el corazón.

Miraba a su padre de reojo. Su rostro terso, los bigotes prolijos. Impecable. Rara vez sonreía. ¿Habría estado enamorado alguna vez? ¿Por qué le había dicho que el amor no existe?

—Padre, ¿usted no extraña a mamá? Están tanto tiempo separados —dijo.

Don Juan lo miró con extrañeza.

—Claro que la extraño. Pero a ella la hace feliz ir con nuestras hijas a París, y alguien se tiene que ocupar de los negocios.

—¿Usted se casó enamorado de mamá?

—Ay, hijo. Ya sé por dónde viene todo esto. Tranquilo, ya se le va a pasar eso que usted cree que es amor y todo va a comenzar a tener sentido. Olvídese de esa… chica.

Siguieron el resto del camino en silencio. Cuando estaban llegando al frigorífico vieron a un grupo de huelguistas parados en la puerta de ingreso.

—¡Míralos, ácratas sucios, en vez estar trabajando andan calentando la cabeza de los obreros! Habría que pasarles por arriba con el auto. ¡Infelices! —dijo don Juan bien enojado.

El chofer pegó la vuelta e ingresaron a las oficinas por la parte trasera. Don Juan se fue enseguida detrás de su secretaria, que ya lo estaba esperando en la puerta.

Juan dejó sus cosas en el escritorio y luego se fue directo a donde funcionaba la sección administrativa. Se quedó parado en la puerta. Nunca la había visto en su trabajo. Allí estaba. A pesar de su uniforme lucía distinta al resto. No pudo borrar la sonrisa de su rostro. Rosa María producía eso en su vida, sonrisas.

Ella giró la cabeza como si supiera que la estaban mirando. Lo vio. Enseguida se puso roja como un tomate y miró hacia abajo.

Rosa María se quedó temblorosa. Le llevó un tiempo volver a tranquilizarse. Al rato le entregaron un sobre cerrado. En su interior había una nota de Juan. Le avisaba que esa noche la esperaba en la esquina.

No pudo concentrarse en el trabajo, el cual le gustaba, y mucho. Las ideas rebotaban en su mente. Juan, la noche anterior, los muchachos muertos en la calle. Era demasiado. Sentía que esos pensamientos iban a explotar en su cabeza, ojalá las cosas fueran distintas, pero no.

Todos hablaban de los muertos de la noche anterior. Era el tema del día. La prensa escrita contaba una historia distinta en cada diario; los periódicos oficiales afirmaban que los muertos habían sido encontrados luego de una discusión entre ellos en una tanguería. La prensa anarquista decía que habían sido brutalmente asesinados por matones contratados por los dueños de las fábricas afectadas por las huelgas.

En los pasillos del frigorífico también se comentaba sobre el asunto. Rosa María, luego del día intenso de trabajo, llegó a su casa con Celide y, sin explicarles nada a sus amigas y sin levantar sospechas, fue a encontrarse con Juan.

Apenas vio que el auto doblaba se sintió incómoda, miró para todos lados controlando que nadie la viera subir. Antes no le pasaba eso. Pero ahora las cosas estaban muy raras.

—¡Vamos, vamos! Salgamos de aquí —dijo apenas cerró la puerta del auto.

Juan aceleró en silencio. No le gustaba escuchar eso de los labios de Rosa María, pero él también quería salir del barrio de La Boca lo antes posible.

—¿Dónde estuviste anoche y la noche anterior? —le preguntó sin mucho preámbulo.

—Con las chicas. ¿Y vos? —contestó rápidamente.

Los dos estaban hambrientos de respuestas que calmaran sus sospechas. Respuestas que relajaran sus vísceras, que conformaran sus pensamientos.

—¡Te vi, Rosa María! Parecían maniquíes de tienda pegados a la pared.

—¡Yo también te vi! Y después vi a esos pobres muchachos muertos en la calle. ¿Pero qué les pasa a ustedes? —le dijo con la voz ronca de la bronca.

—No pensarás que yo tengo algo que ver con esas muertes. ¡Por Dios, Rosa María! Me conocés bien.

Rosa María suspiró, el alma le regresó al cuerpo.

—¿No fueron vos y tus amigos? Pero yo te vi, igual que me viste vos a mí. No fuiste vos el que los mató, pero sí fueron ustedes...

—¡No, no fuimos nosotros! También vimos a los hombres tirados —mintió—. Me preocupé mucho cuando te vi. Seguro que esos hombres eran peligrosos, si te pasa algo, me muero, Rosa María. Por eso te hice venir hasta aquí, no quiero que nunca más, jamás, salgas sola de noche si no es conmigo. Y quiero que te mudes de esa casa. No me gusta tu amistad con esos, bueno, con esas personas. Puedo alquilar una casa en el centro solo para vos y contratar algunas sirvientas que te atiendan.

Rosa María sintió el proceso en el cual la sangre comenzaba a bramar en sus venas. ¿Pero qué estaba diciendo? ¿Acaso se había vuelto loco?

—¡Estás loco! Esas personas, como bien decís, primero son personas, y segundo, son mi familia. Nunca voy a dejarlos ni a estar separada de ellos. ¿Qué te pasa?

—Rosa María, sos el aire que respiro. Y sos mía, únicamente mía. Me volví loco anoche. No puedo vivir así.

Rosa María cruzó los brazos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Bueno, entonces casate conmigo —dijo.

Juan la tomó de los hombros, la abrazó con todas sus fuerzas, la besó apasionadamente. Nunca contestó.

—¿Viste? Entonces dejame en paz, Juan.

—¡No! Tiempo, necesito tiempo. Pero no ayuda que vos sigas viviendo en este lugar, con esa gente. Si aceptaras mi ayuda —le dijo Juan tratando de ganar tiempo para resolver el embrollo en el que estaba metido—. Si dejaras de vivir como una inmigrante anarquista, tal vez eso ayudaría a nuestra relación.

—Juan, yo soy esto. Viva donde viva, haga lo que haga. Y si me amaras de verdad no te importaría nada.

—No es tan fácil, Rosa María.

—Para mí sí, facilísimo —terminó Rosa María y le pidió que la llevara de regreso.

Al llegar a la esquina acostumbrada, Juan le tomó el rostro con las manos:

—Rosa María, te amo. Y te prometo que vamos a envejecer juntos.

Ella no lo miró, sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Se bajó del auto y caminó. Todo había terminado. Era el fin…

Juan se había vuelto loco, cómo le iba a pedir que dejara a sus amigos sabiendo que ella los consideraba como su propia familia. Después de todo, las chicas tenían razón, ese amor era imposible, era desigual. Nunca se imaginó que el amor tenía que ser entre iguales, ¡qué locura!

Los días pasaron, el asunto de los muertos tirados en la calle quedó en el olvido y fue reemplazado por otras noticias. Con mucha rabia, Rosa María escuchó cómo sus amigos le contaban que nadie había ido preso por esas muertes.

Los muchachos no fueron reincorporados a los Talleres Vasena, se dedicaban a tocar con su grupo, Los Disparatados, en diferentes lugares cada noche para juntar algo de dinero y de esa forma sobrevivir.

Rosa María lloraba en silencio y a escondidas de sus amigas. Al fin había ocurrido lo que todos temían. Juan le rompió el corazón. Tenía esperanzas de que fuera a buscarla, o le mandara algún mensaje… pero nada. Claro, Juan no la amaba de verdad. Un amor verdadero lucha contra todo y todos. ¡Qué contradictoria era la vida! Volvió a sentir la angustia correr por sus venas, inundando todo su ser, su sentir. Juan terminó siendo como todos los de su clase. Priorizando su bienestar ante el amor. ¡Qué decepción!

CAPÍTULO 23

Cada vez que doña Christelle llegaba de París, le llevaba un tiempo adaptarse a “este polvoriento país”, como lo llamaba algunas veces.

—¡*Qu’il fait chaud*! —decía mientras se abanicaba y daba órdenes a los sirvientes.

El calor la maltrataba. Le costaba soportarlo. Ni hablar de la humedad. Volvía loco a todo el mundo con sus órdenes y con su mal humor.

Las sirvientas ya habían escondido los mates y decorado todas las salas y comedores con flores naturales.

Cuando llegaban las mujeres, la mansión de los Achával Figueroa se llenaba de sonidos y colores. Comenzaban las reuniones para tomar el té, jugar a las cartas, organizar salidas al teatro, a las tiendas o simplemente conversar.

Al poco tiempo de arribar, doña Christelle se encargó de que los periódicos y las revistas más importantes anunciaran en la sección de sociales la llegada de ella y de sus hijas Nathalie y Agnes a Buenos Aires. También repitió el aviso en el que felicitaban a Juan por su flamante título de abogado; ella también quería recibir los saludos, después de todo era la madre, le contestó al periodista cuando le preguntó las razones por las que repetía el aviso.

A Juan siempre le fastidiaban los meses que su madre y sus hermanas pasaban en la casa. Cuando ellas estaban todo se ponía patas para arriba. Con el pasar de los años se había acostumbrado a estar tranquilo con su padre.

Por supuesto que ni se le ocurrió hablar de Rosa María con su madre, que estaba empecinada, a toda costa, en traer a Carmencita Sánchez Buitrago, ponerles a ambos un anillo de casamiento y regresar a Francia.

Doña Christelle, fiel a sus mandatos, comenzó a organizar reuniones. La primera sería el sábado al mediodía y les pidió a todos que estuvieran presentes. Declaró que tenía que hacer anuncios importantes.

Juan intentaba por todos los medios de esquivar el encuentro con su madre, pero… no siempre lo lograba.

—Mi querido hijo, suspiro de cada porteña, pero solo reservado para una —le dijo su madre apenas lo vio ingresar al comedor.

—Madre, buen día —dijo Juan. No sentía esos amores especiales que sienten los hijos por las madres. Le dolía que fuera así pero no podía evitarlo. Es que su madre era tan superficial, no

recordaba la última vez que lo había abrazado y besado. Se la pasaba criticando a su amado Buenos Aires, nada le gustaba, y siempre estaba preparando el equipaje para regresar a Francia, pensaba Juan tratando de eludir todo lo que venía de ella.

—No se vaya, hijo. No olvide que el sábado tiene que estar presente en el almuerzo. Voy a invitar a los Sánchez Buitrago con toda la familia. Me dijo su padre que no ha visitado a Carmencita ni una sola vez. ¡Y eso que se lo dije mil veces!

—¿Por qué habría de visitarla? Es amiga suya y de las chicas, no mía —le dijo con sarcasmo.

—¡Porque va a ser su esposa! ¡Qué descaro! Y porque toda la fortuna de los Sánchez Buitrago se asociaría a la nuestra. ¿Le parece poco?

Juan tuvo el impulso de contestar, pero se detuvo. Justo ingresaba su padre y no quería iniciar una discusión. Solo sonrió.

—Querida, Juancito va a estar feliz de asistir a la fiesta que usted está organizando —dijo Juan padre y luego besó en la frente a doña Christelle.

Juan pidió un poco de café y se excusó por trabajo, desapareció de la casa. Sus amigos lo esperaban en La París, allá fue.

Durante todo el camino se sintió enojado, con su madre, con su familia, con la situación, con todo. No había vuelto a ver a Rosa María y eso lo ponía todo peor. Lo exasperaba que ella no dejara todo por él. Que lo cuestionara con asuntos que eran de hombres, que no se conversan con las mujeres. No veía una salida y eso lo tenía muy amargado.

Apenas cruzó la puerta de La París divisó a Aldo sentado a una mesa. Se arrimó y se sentó a su lado. Aldo le comentó que Jorge todavía no había llegado y que Rubén estaba en el baño. Mientras esperaban surgió el tema obligado.

—Tenés que olvidarte de esa mujer, Juan. Solo va a traer desgracia a tu vida —comenzó Aldo.

—¡Vos no comprendés! ¡Estoy enamorado de ella! Y mi madre está a punto de organizar mi compromiso con Carmencita.

Se agregó Rubén a la mesa.

—Todos estuvimos hablando del asunto, Juancho, esa mujer no es para vos. En esta tiene razón tu padre. Estás dejando de lado cosas más importantes y, lo peor de todo, te estás exponiendo en esos lugares llenos de piojos y mugre.

Juan confirmó que estaba solo con su amor por Rosa María.

—Ni siquiera sabés nada de ella —agregó Aldo.

—Además las otras noches que estuvimos por el barrio, cazando a esos tres bolches, vos estabas distraído —dijo Rubén.

—¡Sí! ¡Dejate de joder, querés! Por una concha vas a perder todo lo que tenés —dijo Aldo.

—Vamos a investigarlas, vamos a averiguar quiénes son estas mujeres misteriosas, de qué barco se bajaron. Yo tengo algunos soplones que por unos pesos me van a averiguar todo —completó Rubén—. Así de una buena vez te sacás la venda de los ojos y te dejás de joder con

este asunto que nos afecta a todos.

Juan se quedó callado, era verdad que lo carcomía la curiosidad, era verdad que todo estaba patas para arriba en su vida desde que conoció a Rosa María. Y era verdad que la situación afectaba a todos.

Sus amigos le habían dejado bien en claro que no apoyaban esa relación y prácticamente lo estaban intimando a que la terminara lo antes posible, al igual que su padre. ¿Qué iba a hacer?

Se fueron sumando otros amigos a la mesa, que ya quedaba chica.

La conversación viró hacia otros temas y comenzaron a discutir acerca del problema que los acechaba, motivo principal de la reunión: las huelgas, los sindicatos, los gremios que crecían cada vez más.

—Tenemos el apoyo que nos prometieron, y con ese dinero compraremos las armas, que por supuesto son oficiales. Hoy las vamos a buscar a la comisaría —dijo Algo remitiendo al tema que les competía.

—Muchachos, ya tengo el dato de dónde se reúnen esta noche, tenemos que caerles de sorpresa —dijo Jorge, levantando su mano con un papel escrito. Aquí también está el nombre del alemán que va a dar el discurso, Wilckens. Llegó hace unos meses, se va mudando constantemente a diferentes casas donde lo esconden. Escribe en un diario anarquista, no me acuerdo el nombre pero tengo la dirección —leyó el papel y continuó—. No podemos fallar, a este mal nacido lo sigue un montón de gente.

—¡Bien, Jorge! Esta noche los vamos a sorprender. De todas formas voy a avisar al comisario para que esté al tanto, después ellos los meten presos a estos sinvergüenzas —dijo otro de los participantes de la charla.

—¡Eh, Juan!, ¿estás escuchando? ¡Carajo! Ves que tenemos razón cuando te decimos que esa mujer te va a hacer perder la cabeza —exclamó Rubén.

—Esta noche tenemos que montar guardia, hasta que no estén todos no podemos atacar, ya les avisé a los Figueroa y se suman los Moreno —agregó Aldo.

—Sí, tenemos que actuar nosotros, me lo repitió el general cuando arreglamos el asunto de las armas. El gobierno sigue con esa idea de arbitrar y, claro, ellos ganaron las elecciones gracias al voto de las clases pobres. Pero no se dan cuenta de que este problema tenemos que arrancarlo de raíz. Es como la mala hierba, nos están invadiendo —decía Jorge.

—Lo que pasa es que la no intervención del gobierno nos deja desprotegidos, y estos infelices siguen creciendo como hormigas. Va a llegar un momento en que nos va a pasar lo que ya saben… —agregó otro del grupo.

—¡Dios y la patria no lo permitan! —exclamó Aldo—. Por eso tenemos que actuar rápido, sacar el problema de raíz. Ayer me confirmaron que ya tienen la fecha de los próximos arribos de los barcos, los van a requisar bien. No los vamos a dejar pisar nuestra tierra…

—En la fábrica de López Billalda, el viejo se enculó tanto con la huelga de los obreros que

directamente echó a patadas a todos los que estaban involucrados. Me contaba el sobrino que al tío lo tuvieron que llevar al médico de la bronca que se había agarrado. Pobre hombre, tener que pasar por eso. Yo le dije que le íbamos a dar una mano también. De todos modos ya estaban contratando gente para cubrir los puestos —contaba Rubén.

—Sí, me enteré. Acá tengo algunas direcciones más que me dio el general, ellos nos van a respaldar. Después de Once vamos a La Boca —decía Aldo.

—¿Cómo llegamos a esto? Por buenos, por darles una mano a estos vagos que no les gusta trabajar… —reflexionaba Ernesto, hijo del dueño de una panificadora.

Siguieron conversando, el humo de los cigarros ya casi no permitía la visibilidad. Se dividieron en cuadrillas, nombraron líderes para cada grupo y programaron no solo las visitas a los lugares de reunión de los anarquistas sino también los encuentros para seguir organizándose entre ellos. Luego acordaron los detalles de la convocatoria para esa noche. Juan apenas participó de la reunión, seguía sin poder concentrarse, se le venía el compromiso con Carmencita, pero moría de amor por Rosa María. Esa era en realidad su propia guerra.

Llegó la noche y todos asistieron a la cita. Los autos negros estaban estacionados en hilera. Aldo se había encargado de pasar a buscar las armas que le habían facilitado en la comisaría; él mismo las repartió entre los muchachos. Repasaron las direcciones que debían visitar, los nombres y las características físicas de los líderes que debían atacar, y luego de un ¡Viva la patria!, salieron montados en los vehículos, con armas en las manos y euforia en los corazones. Los autos fueron directo hacia la zona sur.

Juan manejaba su coche y llevaba a los muchachos que Aldo había designado. Apenas llegaron a la zona en cuestión, les resultó muy sencillo identificar el lugar: había mucha gente amontonada en la puerta y ocupaban parte de la vereda. Frenaron en la mitad de la calle, un auto detrás de otro, se bajaron y comenzaron a disparar, en principio como habían quedado, hacia arriba. Ingresaron tumbando las mesas, pateando las sillas, pisoteando a los caídos en el piso, sin distinguir si eran mujeres, hombres o niños. A los que se resistían, ahora sí, les disparaban. Enseguida se escuchó el silbato de la policía, que estaba llegando. En menos de una hora el lugar había quedado limpio. La policía se encargó de llevarse a los presos y a los muertos.

Ya de camino hacia el siguiente destino, Juan iba inmerso en sus pensamientos cuando uno de los acompañantes le indicó dónde era la próxima reunión. ¡La casa de Rosa María! Instantáneamente clavó los frenos y obligó a los autos que venían detrás a frenar también. Se bajó y se dirigió directamente al auto de Aldo.

—¡Paren, no podemos ir ahí! ¡Aldo, vos sabés bien quién vive ahí! —gritó.

—¡Claro que sé bien! Los amigos de tu putita son los que están organizando la reunión y ya

consiguieron el apoyo de la FORA. ¿Te vas a quedar de brazos cruzados? ¿Vas a dejar que tu metejón nos lleve a todos a la ruina? —exclamaba Aldo.

—¡Bajen del auto, ahora! —les ordenó Juan.

Todos se bajaron, sin entender bien lo que estaba sucediendo. Juan caminaba de un extremo al otro del auto, agarrándose la cabeza. Sentía que todo se mezclaba en su mente.

—¡Pará, Juancho, estás loco! Esa puta te engualichó —gritaba Aldo—. Y para tu conocimiento, ahí se juntan los comunistas revolucionarios.

Juan sintió el impulso de bajarle los dientes de una trompada, pero se contuvo. Dio media vuelta y se subió a su coche. No escuchó más nada. Se marchó, dejando a sus amigos parados, con las armas en la mano.

Aldo reubicó a los que llevaba Juan en otros vehículos y siguieron hacia el objetivo.

Juan manejó unos minutos, detuvo el auto, estaba muy nervioso. Iban a atacar la casa de Rosa María. Tenía que impedirlo, pero ¿cómo? ¿No podía? ¿No quería? Pegó varios puñetazos sobre el volante, luego lo abrazó. Las lágrimas le nublaron la vista. Lloró como un niño, como un cobarde o tal vez como un hombre enamorado.

Desde aquel día que discutieron no habían vuelto a verse. Juan no la buscó más. Ella no aceptó su ayuda y él no podía ofrecerle lo que ella quería. Pero tampoco había podido olvidarla. Y ahora iban a atacar su casa ¡qué locura! Todo era una locura.

Rosa María estaba intranquila. La casa se estaba llenando de gente. No le gustaba para nada la idea de que los muchachos hicieran la reunión ahí. Pero no tenían otro lugar que no estuviera fichado en la comisaría.

—¡Celide! ¿Por qué dejaste que los muchachos se reunieran en casa? Mirá si pasa algo. Podemos perder nuestro trabajo si se enteran de esto —le seguía reprochando.

—Ya te dije por qué. Igual no puedo dejar al Moncho solo, sabés cómo es, pasa de la timidez a la brutalidad en menos de un minuto y me da mucho miedo. Y este asunto lo tiene tan enojado. La suspensión de los obreros de la fundición y la detención del Bolche y su hijo. ¡Tiene trece años! Decime qué hizo ese chico para estar preso. Me extraña, Rosa María, que no te involucres, nosotras fuimos esclavas de gente como esa y vos ahora que estás noviando con ese compadrito ya no te involucrás más con nuestros asuntos. Te aviso que pertenecés a esta clase, no a la de los *cogotudos*, ellos te van a pegar una patada en el culo cuando ya no les sirvas —dijo enojada Celide—. El Moncho me dijo que a nosotros nos toca vivir en esta época, nosotros somos los transformistas, los que tenemos que dar vuelta las cosas, y que los anarquistas no somos violentos, Rosita, solo perseguimos la solidaridad social, el respeto…

—Ah, pero si estás hecha una sabionda. ¡Ya sé lo que significa ser anarquista, Celide! Y estoy

de acuerdo en algunas cosas, pero con la violencia no estoy de acuerdo, ¡nunca! Y hasta ahora los que vamos muriendo de a uno somos nosotros. Los pobres. Yo solo quiero resguardar nuestras vidas.

—Ah, me cansaste, Rosita. Si no querés estar, te podés ir y volvés cuando todo termine, esta también es nuestra casa y las chicas están de acuerdo en que hoy nos juntemos aquí. La biblioteca, el teatro, ya no hay lugares que no estén custodiados por esos asesinos.

Rosa María subió al cuarto, se recostó en su colchón y se largó a llorar. Nada estaba bien. Los que estaban abajo eran su familia, luchaban por sus derechos y ella no solo estaba enamorada de Juan, sino que también quería pertenecer al mundo de él. Se odiaba a sí misma por preferir formar parte del mundo de los ricos, por soñar con estar casada con Juan y vivir en esa mansión. Comer cosas ricas todos los días, no solo algunos domingos. Pero su realidad era otra. Estaba asustada. Hacía unos días se había enfrentado a todos defendiendo los derechos de las personas y ahora quería salir corriendo a esconderse en una mansión. Se sentó en la cama, se pegó una cachetada a ver si podía reaccionar. ¿Pero qué le estaba pasando? Despabiló su cara y se dispuso a ir junto a su gente, al fin de cuentas la única familia que tenía, las chicas, estaban abajo. De Juan no había tenido ni noticias… Y como le había enseñado su padre, cada uno debía aceptar lo que tenía. Y lo que tenía ella ahora era una familia, que estaba justamente en la salita de abajo. Celide tenía razón.

Pisaba el primer escalón de la escalera cuando escuchó los gritos. Se quedó petrificada. Apenas pudo reaccionar corrió a su cuarto, se asomó al balcón y lo vio todo. Cuatro autos negros estacionados enfrente de su casa, peleas y gritos abajo. ¡Disparos! Rosa María bajó las escaleras corriendo. El tumulto de gente hacinada en la pequeña sala no le permitía pasar.

—¡Celide, Teresa, Mercedes! —gritaba desesperada al no ver a sus amigas por ningún lado.

Corridas, patadas, empujones, confusión. Todo sucedió en un instante. Rosa María tirada en el piso, pisoteada, se tapó la cabeza con los brazos y esperó…

Moncho corría como un loco por todos lados, buscándola, y al verla la increpó:

—¡Vos fuiste la buchona! ¡Vos le dijiste al *cogotudo* ese de nuestra reunión! ¿Pero qué te pasa, Rosita? ¿Acaso te dio *biyuya*? ¡Te volviste loca! ¡No te das cuenta de que nos quieren matar!

Rosa María lo miraba, confundida. No, ella jamás hubiera hecho algo así, ¿pero qué decía Moncho? Entonces sintió un golpe en la cabeza y luego nada. Nada.

Moncho vio cómo se la llevaban a la rastra y se subían a los autos negros. Corrió desesperado a buscar el arma que tenía escondida adentro del estuche de la guitarra, pero ya era tarde.

—¡Se llevaron a la Rosita! ¡Se la llevaron! —gritaba.

Cuando arrancaron los autos, recién entonces la gente comenzó a calmarse; algunos salieron corriendo, otros se quedaron a ayudar a las dueñas de casa.

Las chicas lloraban sin consuelo en la cocina mientras Pepe retenía al Tano y a Moncho que,

con armas en las manos, querían salir detrás de los autos a buscar a Rosa María.

—Le pegaron un culatazo en la cabeza y la subieron a uno de esos autos. ¡Hijos de puta! Yo los vi —repetía Moncho, desesperado.

—¡La policía! Apaguen los faroles, las velas y cerremos la puerta como si no hubiera nadie —gritaba Teresa al escuchar los silbatos acercándose cada vez más—. ¡Ruso, salí por la tapia que si te agarran no la contás más!

Enseguida el Ruso, con la ayuda de Moncho, se trepó por el techo y desapareció en la oscuridad.

—¡Ruso, avisales a los muchachos! —le dijo Moncho antes de correr a esconderse en la casa.

No muy lejos de ahí y a la vera del río estaba solo uno de los autos negros con las luces apagadas. Bajaron a Rosa María y la tiraron al piso.

—¿Está muerta? —preguntó Aldo.

—No, está desmayada nada más —dijo Jorge.

—¿Para qué la trajimos? —preguntó Rubén.

—Para darles una lección a esos sucios anarquistas. Y para que esta hembra no moleste más a nuestro amigo —decía Aldo parado al costado de Rosa María tendida en el piso, quien empezaba a reaccionar.

—¡Se despertó la puta! Tenemos un mensaje de tu novio, bueno, espero que ya te hayas dado cuenta de que nunca va a ser tu novio. ¿No? —le dijo, y le pegó una patada en el estómago—. Dice Juan que espera que no lo molestes más. Se casa con su novia de toda la vida. Te quiere fuera. ¿Entendiste, puta? —continuaba Aldo.

Rosa María quiso incorporarse y enseguida otra patada en la cara la empujó hacia atrás.

—Agradecé que no te tiramos al río, puta —agregó Rubén y le propinó una patada en la espalda.

—¡Vamos, vamos! —gritó Jorge ya trepado en el auto.

Antes de colgarse del auto en marcha, Rubén le pegó la última patada en la cabeza y dejó a Rosa María en el suelo, desmayada y cubierta por su propia sangre.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Estaba oscuro y ya se habían ido todos. Le dolía cada milímetro del cuerpo. Se llevó una mano a la cabeza y se dio cuenta de que estaba sangrando. Con mucho esfuerzo se sentó. Miró alrededor, pero estaba desorientada. Se puso de pie y muy lentamente comenzó a caminar sin rumbo.

Luego de un rato pasó un cochero que al verla perdida y tan lastimada se ofreció a llevarla hasta su casa.

Abrió la puerta y cayó al piso.

—¡Por el Dios de la Cruz, Mecha, ayudame, Celide, vengan! —gritó Teresa cuando la vio.

Corrieron todas y, al verla ensangrentada y llena de moretones, la llevaron a la cocina, la sentaron en una silla y enseguida pusieron agua a calentar. Trajeron trapos.

—¡Por Dios, Rosita! ¿Qué te hicieron esos hijos de puta? —preguntó Moncho. Se sentía culpable por todo lo que le había dicho; al verla así se dio cuenta de que no había tenido nada que ver en la emboscada.

—Nada, me tiraron del auto y rodé —dijo, y luego se desmayó. Tenía el rostro hinchado, con tajos y moretones.

—¿Y si vamos al hospital? —decía el Tano.

—No, están en todos lados, nos van a encerrar en un calabozo —contestó Pepe—. Pero yo puedo ir a comprar calmantes y lo que haga falta.

—Bueno, entonces la llevamos arriba. ¡Ahora! —terminó Teresa.

Los muchachos la trasladaron a la habitación de arriba. Las chicas la limpiaron, la cambiaron y la ayudaron a acostarse. Celide, sin poder parar de llorar, le preparó un caldo de verduras bien espeso.

—¡Cómo la golpearon, hijos de puta! ¿Pudieron ver a los hijos de puta? —dijo Teresa, que estaba fuera de sí.

—Lo vi al Aldo. Todavía no puedo creer que me dormía soñando con ese cabrón hijo de mala madre —dijo Mecha—. Eran los amigos del *cogotudo*, del Juan ese…

Celide se quedó estupefacta, no esperaba esa respuesta.

—¿Estaba Juan… también?—preguntó.

—No sé. Era un lío de gente. Pero eran varios autos. ¡Cretinos! ¡Maricones!

Rosa María cerró los ojos. No quería abrirlos nunca más. Celide juntó los colchones y las tres se acostaron junto a Rosa María. Abajo los muchachos arreglaban los destrozos.

¿Por qué así? Si solo con hablar ella hubiera entendido. La imagen de los rostros de los amigos de Juan pateándola en el piso la acosaba. Cerraba los ojos, intentando borrarla, pero seguía allí. Estaba tan dolorida que quería dormirse y no despertarse más. Había entendido muy bien el mensaje que le había enviado Juan con los bárbaros de sus amigos. Sí, quería dormirse, para siempre.

Juan, borracho, cayó al piso a mitad de camino, no pudo llegar a su cuarto. En cuanto lo vieron las sirvientas pidieron ayuda para trasladarlo y que no lo viera su madre. Todos la iban a pasar

muy mal si eso sucedía.

Mientras lo llevaban hasta su habitación, Juan en su embriaguez repetía:

—Soy un cobarde, soy un cobarde. No merezco seguir viviendo, no sirvo para nada. ¡Soy un grandísimo cobarde! Perdón, Rosa María…

CAPÍTULO 24

¡Qu'il fait chaud! —decía doña christelle mientras se abanicaba.

—¡Nathalie, Agnes! ¡Vengan pronto! Acaban de llegar Carmencita y doña Eulalia.

Carmen Sánchez Buitrago era una jovencita beneficiada no solo por la belleza, sino también por su buen corazón. Muy querida por todos, desde pequeña adoraba a Juan. Tenía la misma edad que Agnes, la más pequeña de las hermanas Achával Figueroa. Las chicas bajaron corriendo atropellándose e insultándose, como siempre lo hacían. Ambas hermanas lucían la moda europea en todo su esplendor: cabello corto, a la altura de la nuca, la seda de sus vestidos se llovía sobre sus piernas despejando sus tobillos y los zapatos con tacos cuadrados, únicos en todo Buenos Aires.

Las mujeres se acomodaron en los sillones. El aire estaba viciado por el aroma dulzón de los jazmines. Detrás llegaban las sirvientas con los brazos llenos de paquetes que depositaron sobre la mesa. Doña Christelle y sus hijas hicieron entrega de todos los obsequios que les habían traído de París a Carmencita y a su madre.

—¡Ah, pero qué belleza! ¡Cómo las extrañé! —decía Carmencita desenvolviendo un lienzo color humo en cuyo interior había un hermoso vestido.

—¿Viste qué hermoso? En París las mujeres ya usan los vestidos al cuerpo y debajo de la rodilla. Tan elegantes. ¿Viste que tiene broches? Es toda una novedad.

—Sí, muchas gracias. Es espléndido. Lo voy a usar el sábado para la cena. ¡Las extrañé mucho! —repetía Carmencita casi emocionada.

—¡Qué decís! Sabemos que no nos extrañaste a nosotras, extrañaste venir a casa y ver a Juan —replicó Agnes con una sonrisa y feliz de provocar a su amiga Carmencita, que se sonrojó y bajó la vista.

Bebieron limonada y comieron buñuelos de vainilla con canela, los preferidos de Christelle y doña Eulalia. Comenzaron a conversar sobre la cena del sábado, planificando la comida, la lista de invitados, e incluso eligieron los vestidos para la ocasión. A Christelle se le ocurrió contratar a un cuarteto de cuerdas que estaba en Buenos Aires y que había escuchado en su estadía en París; la música en vivo alegraría aún más la velada.

Las horas pasaron y las mujeres seguían con la tertulia.

Cuando Juan ingresó no se dio cuenta de que había visitas. Venía tan inmerso en sus pensamientos que llegó de lleno al centro de la reunión.

—¡Hijo! Mire quién está aquí —le dijo Christelle señalando a Carmencita, que casi se desmaya de los nervios. Estaba colorada como un morrón.

Juan se acercó, pues no le quedaba otra que continuar e ir a saludar. Carmencita lucía como siempre, lo miraba como siempre, sonrojada y con ojos de enamorada. Doña Eulalia, en cambio, lo miró fijamente, sin parpadear.

—Espero que ahora que ya es todo un doctor y que su madre y sus hermanas están de regreso su conducta se resuelva, ¿no? —le advirtió doña Eulalia en un tono algo amenazante.

Juan no pudo responder y, luego de saludar, se excusó y desapareció en sus aposentos con tal de no caer preso en las redes de esas mujeres.

La noche acechaba, Aldo le había dicho que luego de la cena se juntarían en el Armenonville. Había todo un revuelo ya que esa noche regresaba Carlos Gardel para actuar allí. Juan no tenía ganas de ir, pero lo utilizó como excusa para salir de la mansión. Necesitaba saber qué había pasado en la casa de Rosa María. No sabía nada. Buscó alguna noticia en la prensa pero no encontró ningún indicio. La buscó en el frigorífico pero había faltado al trabajo, su amiga también, sin avisar. ¿Estaría enferma? Nunca faltaba, era la primera en llegar, la última en irse.

—¿Va a salir? —le preguntó don Juan padre cuando lo vio cruzar la sala, trajeado.

—Sí, padre, hoy vamos a ver a un tanguero al Armenonville, Carlos Gardel.

—Ah, todavía seguimos por ahí. Sí, sentí hablar de él. Que no se entere su madre que luego me la tengo que aguantar yo. Me alegro que ya se encamine con la Carmencita, hijo. Hasta mañana, y no me deje la herencia en cualquier burdel, ¿eh?

Juan sonrió. No valía la pena aclarar nada.

Buscó su coche y se puso en marcha. Tenía que ir a buscar a Rosa María. Encendió un cigarro y condujo hacia el barrio de La Boca. No iba a esperar, ¿y si finalmente habían atacado su casa? No, Aldo y sus amigos no eran capaces de hacer algo así sabiendo que allí vivía ella.

Dobló en la esquina, la tercera casa. Estacionó y tocó la bocina tres veces; es lo que hacía cuando pasaba por Rosa María.

Mecha lo vio y salió enseguida.

—¡¿Qué hacés aquí, caradura?! ¡No te da vergüenza después de todo lo que le hiciste a la pobre Rosita! Andate antes de que te vean los muchachos porque te van a matar. Aunque me importa un coño que te maten, yo te prefiero muerto, pero ellos después van a ir presos por tu culpa, ¡infeliz! —le gritaba Mecha parada al lado de la puerta.

—¿Qué sucedió? ¿Le pasó algo a Rosa María?

Mecha lo miró un poco confundida. Luego le gritó:

—La golpearon, la avergonzaron. Está en la cama sin poder moverse. Nos destrozaron nuestra

casa, violaron nuestra intimidad. ¿Querés que siga? ¡Cabrón, hijo de mala madre!

Juan exhaló el humo que tenía en la boca y casi se atragantó.

—¿Qué?

—Andate, es mejor que te vayas, no regreses nunca. Y si tenés un poco de dignidad, a tu amigo Aldo matalo, personas como él no merecen vivir.

—Yo no estuve anoche en tu casa… ¡Malditos! —dijo y aceleró.

Llegó furioso al Armenonville. Dejó su auto con el valet y se dirigió primero hacia el restaurante en la planta alta, ya no estaban. Bajó a la pista de baile y entonces los vio, conversando de lo más tranquilos con los músicos. Caminó hasta Aldo. Lo tomó del brazo y lo alejó del grupo.

—¿Qué pasó anoche en la casa de Rosa María? ¿Qué hicieron con ella? ¡Hablá!

—¡Eh! Tanto lío por esas putitas. Acá tenemos de mejor calidad —le dijo sonriendo. No tuvo tiempo de agregar nada. Juan le pegó una trompada y la sangre brotó de su nariz mientras caía de espaldas al piso.

—¡Pará, loco! ¿Qué te pasa? —dijo Aldo.

—¡Tranquilizate, Juancho! —intervino Rubén al ver la cara enardecida de ira de su amigo.

Juan se tomó el puño con la mano y, cuando intentaba irse, Peter lo tomó del brazo y lo llevó a una mesa que estaba más alejada antes de que se armara una pelea.

Enseguida trajeron una botella de whisky. Juan bebió dos vasos seguidos.

—Juan, dejá de jorobar con esa chica —le dijo Peter con seriedad.

—Eso no les da derecho a golpearla —dijo Juan con los ojos inyectados de furia—. ¿Qué tipo de hombre golpea a una mujer? ¿Por qué no me golpean a mí? ¡Maricones!

—¡Ah, bueno! ¿Y no era lo mismo cuando íbamos a tu casa y nos cogíamos a la negrita Perla, todos? La desvirgamos nosotros, ¿o no te acordás? ¿O qué, ahora sos mojigato? ¡Vamos, Juan! ¿Qué te está pasando? —dijo Aldo.

Juan los miró, se levantó furioso, y cuando estaba por propinarle una trompada a Aldo agarró la botella y se fue. Subió a su auto y manejó hasta el lugar al que siempre iba con Rosa María. Estacionó, prendió un cigarro y pegó un puñetazo tan fuerte en el volante que casi lo rompe. ¿Qué diablos le estaba pasando? ¿Por qué no podía dejar a Rosa María? El sábado anunciarían su noviazgo con Carmencita. Sus amigos habían golpeado salvajemente a su amor. Estaba todo mal, muy mal. ¿Qué iba a hacer? Pensaba en Rosa María, sometida a la violencia de esa forma. Se odiaba, se sentía responsable del sufrimiento de ella. Mientras tanto bebía del pico de la botella y lloraba. Lágrimas de impotencia, de dolor, de bronca. Tenía que calmar rápido ese tormento, era insoportable. Acababa de perder a Rosa María para siempre, porque él era un cobarde. ¿Cómo se sale de algo así? Siguió bebiendo hasta perder el conocimiento.

CAPÍTULO 25

El brillo del sol lo despertó. No entendía dónde estaba. Se había quedado dormido en el auto. Se incorporó con dificultad, su cabeza retumbaba. Miró a su alrededor, un perro lo contemplaba. Cuando se encontraron en la mirada, el perro torció la cabeza y largó un aullido. Luego se fue. Se bajó del auto y observó el entorno. Caminó hasta un árbol frondoso, se paró detrás, e intentando ocultarse y mirando al río orinó. Luego estiró su camisa, repasó su cabello y se subió al auto.

Trató de ordenar sus pensamientos. Había pasado la noche allí, de eso no había dudas. Recordó que esa mañana tenían una reunión programada en La París. Se subió al auto, hizo todas las ceremonias correspondientes para hacerlo arrancar y luego salió. Estacionó cerca de la confitería y caminó hasta llegar al lugar.

La reunión ya había comenzado, eran muchos más de los que se imaginaba. Un tumulto de jóvenes trajeados. La mezcla del olor a cigarro, bebidas y perfumes lo invadió y acentuó su dolor de cabeza.

—¡Arrimate, Juancho! —le dijo Ernesto.

—¿Te pasó un tren por encima? —agregó López, un viejo conocido, cuando lo vio de cerca.

—Este gobierno populista que tenemos —discursaba Jorge— nos sigue perjudicando, no avanza, prometió interceder y no hizo nada. No podemos seguir esperando, tenemos que seguir actuando como lo veníamos haciendo. La policía y ahora también los bomberos nos apoyan. Ya no se puede andar por nuestras calles sin chocar con estos sucios que ahora en vez de trabajar hacen huelga, se la pasan haciendo huelga.

—Así es, compatriota. Estos agitadores extranjeros y complots bolcheviques nos están quemando la patria. Ahora, la nueva es que se juntan los sindicatos con los anarquistas para enfrentarnos. Ya ni tienen ideologías propias. ¡Qué van a tener ideales si no saben escribir! ¿Se imaginan nuestra patria en manos de estos pobres infelices analfabetos…? —dijo otro de los integrantes de la charla, que subía de tono cada vez más.

—Yo digo que nosotros tenemos que seguir con nuestra tarea. Silenciosa pero precisa. Tenemos que ir a las bibliotecas obreras, de ahí sacan basura con la que les llenan la cabeza. Tenemos que terminar con los periódicos anarquistas, cada día hay uno nuevo. Debemos enseñarles lo que significa disciplina social, nosotros tenemos que defender nuestras buenas costumbres —decía otro de los participantes.

—Tenemos apoyo para hacerlo, muchachos, dejemos de dormir, sigamos defendiendo nuestra patria. Piensen, ¿qué dirían nuestros Libertadores si vieran en lo que estamos convirtiendo la patria que con tanto sufrimiento ellos pusieron en nuestras manos? ¡Nuestras fronteras están tomadas, usurpadas, ingresan por todos lados y se multiplican como ratas! ¡Tenemos que actuar! Nosotros somos el progreso, nuestras empresas son el futuro. Si los dejamos avanzar van a convertir a nuestra patria en otra Rusia. Tenemos que poner orden, carajo, ¡Patria y orden! Nuestra patria ya está infectada, debemos actuar. ¡Viva la patria! —decía Rubén, parado sobre una silla para que todo el mundo pudiera oírlo.

Juan los escuchaba mientras sentía la puntada en su cabeza; el dolor era cada vez más intenso. Se preguntaba si tenían razón. Su padre se lo había explicado infinidad de veces: "Los obreros siempre le van a pedir más a uno. Porque son vagos. Porque a ellos no les cuesta la patria. Llegan, se bajan de un barco y luego se creen los dueños de todos los derechos, y comienzan a pedir cosas. Y después le quieren quitar a uno todo lo que con tanto sacrificio obtuvo". ¿Tan equivocado había estado? ¿Puede el amor infectar la sangre de uno y llevarlo para cualquier lado? La violencia lo sacaba de sus cabales, siempre. No podía quitarse de la cabeza la certeza de que Rosa María había sido brutalmente golpeada por sus propios amigos. Se sentía mareado, con náuseas.

El resto seguía discursando. La tranquilidad del gobierno ante la creciente oleada de huelgas los había enfurecido más aún. El terror de que el país quedara en manos de los "ácratas insolentes", como les llamaban, los atemorizaba. La revolución y el levantamiento de los obreros venían operando en Europa, un efecto de la posguerra, y el dominio de los comunistas en Rusia los ponía muy nerviosos.

Luego de un tiempo de discusión, cigarros, cafés y algunos licores, llegaron a la conclusión de que debían reunirse con los generales que los apoyaban y dar un paso más. Debían estar coordinados, organizados. Mientras ellos ordenaban las calles, la policía tenía que encerrar a toda persona que por algún motivo rompiera con la tranquilidad de la sociedad, o a toda persona que no pudiera demostrar quién era con sus documentos. Controlar los ingresos de los inmigrantes, deportar a sus países de origen a los que ocasionaban disturbios. Mientras seguían con el trabajo que habían comenzado, romper las huelgas, seguir a los anarquistas, a los maximalistas, comunistas, judíos, y sobre todo a los que venían con la voz caliente de la revolución bolchevique decidiendo el destino de la nación más grande del mundo. Tenían que comenzar a frenar este torrente revolucionario. Sentían en sus manos bramar el poder para salvar a la patria.

Media hora más y los puntos ya estaban claros. Juan siguió bebiendo whisky, uno tras otro. Se levantó, caminó con dificultad hacia donde estaba Aldo sentado, con la mano izquierda lo tomó de la corbata y lo obligó a pararse, y antes de que nadie se diera cuenta, con la mano derecha cerrada, le pegó una piña en el medio del rostro que lo hizo caer para atrás, tropezar con la silla y terminar en el piso con Juan encima. Jorge enseguida sacó a Juan, y el resto asistía a Aldo que

estaba medio desmayado y con la cara ensangrentada.

Salió del lugar completamente borracho y, con la gracia de Dios, llegó hasta su casa sin atropellar a nadie con el auto. Dejó el vehículo cruzado, en el medio de la entrada principal de la mansión. Fue a su cuarto por instinto, y cayó sucio y vestido como estaba sobre la cama.

Al día siguiente se levantó muy temprano, apenas había dormitado. Soñó que se ahogaba y que Rosa María lo salvaba. Fue a la cocina y terminó de completar su mal humor cuando no encontró el mate. Su madre, siempre su madre obligando a todo el mundo a hacer las cosas que ella quería y como ella quería.

—¡Perla! ¿Dónde carajo está el mate?

—Señor Juanito, yo lo escondí, si su madre lo ve me mata. ¡Espere que yo misma se lo preparo con los yuyitos y todo! —decía Perla mientras vaciaba uno de los estantes para buscar el mate que había escondido detrás.

Juan, sin contestar, salió al jardín; tal vez un poco de aire fresco le mejorara el malestar que sentía en todo el cuerpo.

—¡Buen día, hijo! —interrumpió sus pensamientos don Juan padre mientras se acercaba con el mate—. Perla le manda esto.

—Buen día, padre, qué justo. Quería conversar con usted.

—Yo también, por eso vine. ¿Tomamos unos mates debajo de la pérgola? Así no corremos el riesgo de que nos vea su madre y empiece a despotricar contra el mate —le dijo con una sonrisa de complicidad—. Y luego se baña y se viste como un caballero. Parece un mendigo. Hable, hijo, ¿qué tiene para decirme?

—No, padre, usted primero.

—La verdad es que yo le quería agradecer que no me complique las cosas con el casamiento con Carmencita. Doña Eulalia le contó a su marido de sus andanzas por los burdeles. Imagínese cuál fue la reacción de su futuro suegro… La verdad es que ese casamiento nos viene bien a todos. Yo estaba a punto de vender nuestra parte del frigorífico al padre de Peter, no quiero complicar nuestra economía. Pero si usted se casa con Carmencita, su padre tiene intenciones de invertir en la empresa, y así todo quedaría en familia.

Juan escuchaba cómo su destino se iba conformando sin su intención.

—Está bien, padre —fue todo lo que salió de su boca.

—Sí, ahora ya estoy tranquilo. También me contó Peter que se están reuniendo para colaborar con la patria. Estoy tan orgulloso de mi único hijo varón —dijo don Juan—. Cuente con mi apoyo para lo que necesite.

Luego de unos mates, Juan hijo se excusó con su padre y se retiró. Necesitaba un baño, ropa limpia, aclarar su mente y, sobre todo, averiguar cómo estaba Rosa María.

Los días sin ella eran oscuros, tristes. Obsesivamente buscó en los periódicos alguna noticia. Escuchó con atención a Rubén cuando le dijo que solo habían hecho lo que hicieron pensando en

él, en su bienestar. Estaba seguro de que le mintió cuando le dijo que habían averiguado que Rosa María era una de las líderes anarquistas, una revolucionaria. Juan solo escuchaba y luego se refugiaba en el whisky. Estuvo encerrado varios días tratando de encontrarse, de definirse, de tomar una decisión.

Una mañana soleada salió caminando por la parte trasera de la mansión. Buscó un coche de alquiler tirado con caballos; no quería llamar la atención pero necesitaba saber que Rosa María estaba bien. Le indicó al cochero que lo llevara hasta el barrio de La Boca.

Se sintió un poco incómodo arriba del mateo, tal vez porque no estaba acostumbrado; era la primera vez en toda su vida que se subía a un coche de alquiler. Cuando estaban llegando, Juan la descubrió. Se tiró para atrás instintivamente, no quería que lo descubriera en ese papel de espía. Caminaba colgada del brazo de un hombre. ¿Quién era? No era ninguno de esos muchachos que siempre las estaban revoloteando a ella y sus amigas. Sintió que el pecho se le prendía fuego. Los siguió y los vio ingresar a la casa. No pudo continuar, estaba ciego de ira. Le indicó al cochero que regresaran. En apenas unos días lo había olvidado y ya estaba con otro… ¡No podía ser! Claro que podía ser si él mismo lo acababa de ver con sus propios ojos.

Se fue. Enojado, triste, amargado. ¿Y si los hubiera enfrentado? No, hombres como él jamás se rebajarían a tanto. Se bajó del mateo en la esquina de la mansión. Fue derecho a la sala principal, abrió un bargueño, sacó una botella de whisky cerrada y se encerró en su cuarto.

La mansión de los Achával Figueroa estaba iluminada, florecida, perfumada. Los invitados comenzaban a llegar en sus vehículos, otros en coches de alquiler. Doña Christelle y sus dos hijas estaban en su salsa. Juan se quedó en el balcón de su dormitorio hasta casi la hora de la cena, no tenía humor para conversar con nadie.

Peter tocó la puerta de su cuarto y lo animó a integrarse a la fiesta.

—¡Vamos, Juan, Carmencita es un diamante que te eligió a vos entre todos nosotros! Una mujer como ella te va a hacer feliz. Te va a dar una buena familia. ¿Viste cómo están todas las mujeres ahora con la liberación? Fuman, se acortaron los vestidos y vaya a saber Dios qué más —le decía mientras bajaban por la escalera—. Te están esperando los muchachos.

Cuando llegaron a la sala, Aldo se acercó.

—Dejá que el tiempo se lleve las penas, amigo. Todo va a volver a la normalidad, y para que veas que mi cariño es de verdad y para toda la vida, de corazón, te pido disculpas por lo sucedido. Sé que te molestó, estás alejado de mí —dijo Aldo—. Juancho, investigá, fijate, era una prostituta. Solo quería salvarse con vos. No le interesás, le interesa tu dinero, Juan…

—Carmen va a poner paz en tu vida. Se vienen momentos difíciles justo como consecuencia de gente como esa chica. Fuimos bendecidos al nacer de este lado, no lo echemos a perder,

amigo —agregó Rubén.

—Todos nos queríamos casar con Carmencita, linda, millonaria e hija única. Te llevás el premio mayor, Juancho. Cambiá la cara y vamos a festejar —terminó Jorge.

Juan escuchaba. Eran sus amigos de toda la vida. Siempre disfrutó de esa amistad. Pero luego de lo que había pasado con Rosa María las cosas eran diferentes. Sentía como si él mismo hubiera recibido la paliza de parte de sus amigos, en carne propia. Ya no era como antes. La amistad también tiene códigos. Miró a los ojos de cada uno de los muchachos, caminó hacia la puerta y, sin emitir una sola palabra, salió.

En el jardín podían verse mesas con sillones de ratán enfundados en almohadones tejidos al crochet, fanales de colores claros y distintos tamaños impartían una luz tenue pero firme por todos lados. Los aromas de los manjares que servían los criados estimulaban los paladares de los comensales. Saludó a los invitados. Conversó unos minutos con su padre y su madre, y cuando iba por una copa de algo bien fuerte se encontró de frente con Carmencita. No podía negar que era una mujer muy bella.

—¿Cómo está, Carmencita? —le dijo, besando su mano.

—Hola, Juan, muy bien. ¿Y usted?

Juan soltó su mano y supo que jamás se iba a enamorar de Carmencita. Sintió pena, una mujer tan buena, tan pura… ¿Pura? Recordó en ese mismo instante cuando Rosa María le dijo que ella no era pura. Atando cabos, recordó también lo que le acababan de decir los muchachos apenas unos minutos antes, que Rosa María era una prostituta. ¿Rosa María prostituta? ¿Por qué habían dicho eso los muchachos? Después de todo, ella nunca le había contado nada de su vida. Miró a Carmencita, que todavía estaba ahí parada frente a él.

—¡Vamos, Carmencita, la invito a beber algo! —le dijo, y luego le ofreció su brazo para que caminara enlazada junto a él.

Miraba a sus padres, a sus hermanas, a sus futuros suegros. Todos le parecían hipócritas, desconocidos. La soledad abrazaba su alma. Nunca en su vida se había sentido tan mal, tan fuera de todo… Miró al costado y se encontró con la dulce sonrisa de Carmencita. Pobre, ella estaba ahí, siempre, esperando por él. Otra víctima del amor.

Cuando la fiesta terminó, Juan estaba borracho, así que entre su padre y sus amigos lo alejaron con disimulo de sus futuros suegros para que no se dieran cuenta del estado del muchacho.

Cuando todos se fueron, lo llevaron hasta su cuarto y lo dejaron en la cama.

Al otro día, apenas se levantó, buscó refugio en lo único que le daba paz: una botella y una copa.

Capítulo 26

Dicen que el tiempo aclara las cosas. Rosa María se recuperó gracias al inmenso amor y el cuidado de sus amigos, que estuvieron pendientes de ella todo el tiempo. Había borrado a Juan de sus pensamientos. No quería saber nada de él, jamás. Ni ella ni Celide regresaron al frigorífico a trabajar. Así que Juan, ¡fuera! Al final de cuentas todos tenían razón. ¡Ojalá los hubiera escuchado! Juan había mandado a los rufianes de sus amigos en vez de venir él y hablar de frente, como hacen los hombres de bien; era un cobarde, eso era ¡un cretino y un cobarde!

A través del gremio, los muchachos les consiguieron trabajo a Celide y a Rosa María en el puerto. Tenían que coser las bolsas de arpillera en las que se empacaban los granos para exportar. No era como la administración en el frigorífico, pero era un empleo y les pagaban.

Durante la semana, el trabajo ocupaba sus vidas, solo al final del día podían conversar un rato, en el tiempo que les quedaba. Cada noche el ritual se repetía, las hermanas hablaban hasta por los codos, discutían entre ellas y en un momento dado se quedaban dormidas, vencidas por el cansancio, sentadas y acodadas en la mesa. Celide dormía despierta y Rosa María levantaba los platos y ordenaba. Después las despertaba para que se acostaran en los colchones. Y luego volver a empezar.

No hicieron más reuniones en su casa, pero sí concurrían a las que podían y les quedaban cerca. Ya no iban tanto a la milonga. No tenían ni tiempo ni energía.

Los muchachos seguían viviendo en la pieza en el conventillo. Alternaban sus actividades entre las milongas y las reuniones que hacían con sus compañeros para organizar las huelgas y continuar con los reclamos. Otras veces se encargaban de ir a las imprentas a buscar los folletos y las revistas anarquistas y las repartían entre los líderes de cada gremio.

Cuando les sobraba tiempo, y algunos pesos, compraban carne y Rosa María la transformaba en un banquete de lujo.

Era domingo y las cuatro tenían el día libre; no siempre les coincidía, estaban felices. En un rato iban a llegar los muchachos con el acordeón y la guitarra.

—¿Qué estás por cocinar? ¿Querés que te ayude? Qué lindo que podamos comer todos juntos. ¡Joder! ¡Vamos a bailar unas milongas! Ah, estoy tan contenta.

—Pará, Teresa. Respirá, tomá agua. Me estás aturdiendo —dijo Rosa María con una sonrisa.

Es que cuando Teresa empezaba a hablar se olvidaba de parar—. Ayudame a pelar las papas.

—Entonces qué vas a cocinar, no me acuerdo. Porque…

—No te lo dije, Teresa. Vamos a cocinar pollo a la canaleta con papas. ¡Dale, pelá las papas!, que apenas lleguen los muchachos quiero bailar unas milonguitas. Me hace bien bailar, me pone contenta.

—Buen día a las *chitrulitas* —dijo Celide, ingresando a la cocina, refregándose los ojos y arrastrando los pies.

—Buen día, ¿cómo durmieron? Yo dormí *pa* los demonios. Soñé toda la noche que la Teresa se casaba con el Pepe. Y yo le decía: "el Pepe es mío" y ella se reía y se iba del brazo del Pepe. ¡Vos, *robona* de novios! —dijo Mecha ingresando a la cocina totalmente enojada.

—Pará, *chitrula*, no ves que lo soñaste, que no es verdad —la frenó Teresa.

Las cuatro en la cocina: Rosita trozaba el pollo, Teresa pelaba papas, Mecha cebaba mates y Celide batía los huevos.

—Nunca volvimos a hablar de Las Camelias, después de todo es donde nos conocimos —dijo Mecha, que aún estaba impregnada con el sueño que la había dejado bastante perturbada.

—¡Callate! ¡Mirá si te escucha alguien! —dijo Teresa.

—Hace unos días pasé por Once, me dio una pena ver a las chicas confinadas a esa vida… Sentí lo que se siente desde adentro. ¡Hijos de puta! ¡Qué impotencia! —dijo Celide.

—¡Basta! Eso es pasado. Nosotras pudimos irnos. Sé que suena egoísta pero debemos olvidar eso. Tal vez solo estuvimos ahí para poder conocernos… —dijo Rosa María.

—Uf, ya me cambió el humor. ¿Por qué recordaste esa mierda? —exclamó Celide—. Acá nomás, al lado de La Marina, hay otro. Me cruzo de calle en vez de pasar por ahí, me parte el corazón y me da miedo. Me recuerda… bueno, ya saben.

—¡Basta! Pasame un mate, y vos dale con las papas que van a llegar los muchachos y todavía vamos a estar en el *brete*. Las *papirusas* tenemos que estar listas, siempre.

Rosa María estaba pasando por huevo y harina los trozos de pollo mientras la olla de guisa, con la grasa ya derretida, empezaba a bramar arriba de la cocina a leña. Las cuatro parecían tomates recién regados por lo rojas y transpiradas que estaban.

Mantel con flores y los bordes terminados en una prolija vainilla que había hecho a mano Teresa. Servilletas haciendo juego. Plato, vaso de lata y cubiertos para todos. La mesa era una paquetería. El olor a frito llegaba hasta la esquina. Y el calor sofocaba.

Los muchachos trajeron ginebra, vino, la guitarra, el acordeón y una buena cantidad de folletos para que las chicas llevaran a sus trabajos.

—Hola, la Rosa más linda a pesar de las espinas —dijo el Tano, mientras que con la mano trataba de despegar la rabadilla del pollo, ese triángulo dorado y grasoso que lo volvía loco.

—¡Fuera de acá! —gritó Rosa María, pero ya el Tano se retiraba feliz y con un dedo quemado por la grasa caliente, con su presa en la mano.

—Salí, Tano, tenés un chivo entero abajo del brazo —le dijo Mecha, empujándolo con la palma de la mano.

—¡Bueno, che! Hace calor acá.

Faltaba poco para Navidad, todos sentados en la cocina, acomodados entre las sillas y las valijas, pasaban el mate, mientras las chicas terminaban de cocinar.

—¿Cómo van las negociaciones con los de la planta? —preguntó Teresa.

—Muy mal, la vez que pudimos hablar pensamos que era para arreglar lo nuestro, pero no, solo querían saber a qué agrupación pertenecíamos, si a la FORA o al sindicato…

—¿Y qué pasó, qué sindicato? —interrumpió Mecha.

—Bueno, dejen que termine de explicar. El sindicato existe hace muchos años, desde los mil novecientos. Si no me equivoco desde mil novecientos cuatro, cuando fue creado por los anarquistas. Esto siguió hasta hace un par de años, se terminó y se dividió en dos, los anarquistas y el sindicalismo obrero. Entre las dos, el sindicalismo es más flojo. Ellos dicen que los anarquistas son revolucionarios —decía el Tano—. Pero en realidad, yo creo que todos tenemos un fin común, trabajar con dignidad, reformar el sistema, redistribuir la riqueza…

El silencio marcó el respeto a las palabras.

—Cuando estábamos en la planta, esperando para solicitar otra reunión con la patronal, vino uno de los crumiros, ¡me pegué un *julepe*…! Pero no, se acercó porque me conocía, éramos compañeros en el Patronato, era *guacho* como yo. Lo pasamos *fulero* juntos y me dijo: “Negro, hacete a un lado, viene con bravura la cosa”. Yo no le di importancia —dijo Moncho—. Pero…

—¿Qué son los crumiros*?* —interrumpió Celide.

—Son los que rompen las huelgas, los que contratan los patrones para cuidar que no hagamos huelgas o para llevar y traer los camiones con las cargas. Por ahí estos matones también andan con la policía. Entonces uno se pregunta: ¿Y a mí quién me defiende? ¿No? Si hasta la policía está del lado de ellos. Y eso que los Vasena ya no son más los dueños, son los patrones, nomás. Los dueños parece que son ingleses o algo así, no entendí muy bien cuando me contaron —decía Moncho —. Al final, pasa el tiempo y las cosas empeoran. Y nosotros somos los revolucionarios. La lucha también puede ser sin violencia.

—La policía, los bomberos, los crumiros, los oligarcas, todos juntos —agregó el Pepe.

—Si yo *juera* patrón, no sería tan *güevón*, los que trabajamos como burros, con un poco de pasto ya somos felices. ¿O no, muchachos? —continuaba Moncho.

—*Ma* claro que sí. Todos los días trabajamos catorce de las veinticuatro horas que tiene, le pedimos trabajar ocho o diez aunque sea, y que nos reconozcan el domingo. No es mucho. Y para nosotros es un montón —agregó el Tano—. Pero como dice el alemán, no nos dejemos vencer, demos vuelta la cosa, la tierra es de todos.

—Lo que pasa es que como ahora estamos en la época de las vacas flacas no quieren perder ni siquiera lo que les sobra. Quieren enfrentar la crisis a nuestra costa. ¡Desgraciados! —decía

Pepe.

—Y eso que nosotros somos guapos, no le andamos pichuleando los minutos de trabajo, pero esas cosas no las ven —agregó Moncho—. Yo no quiero lo que no es mío, ni tampoco quiero gobernar a nadie, soy medio bruto. Pero lo que sí quiero es justicia social, para el pueblo, para todos.

—Si yo fuera patrona, primero las echo a la mierda a las *copetudas* que se hacen las costureras *franchutas* y no saben ni cómo se corta una buena sisa o un buen escote sin tirones. Y después alivio las horas de trabajo, como dice el Moncho. Cuando tenemos entrega nos hacen trabajar catorce horas o hasta que terminemos, sin parar. Yo pienso que si hiciera ese vestido que hago en el taller y lo vendiera a la mitad de precio que lo venden ellos, tendría cuatro quincenas cubiertas. Pues eso me saca la *cojura* de adentro y los quiero matar a todos a *trompadones* —decía Teresa mientras le iba subiendo la temperatura.

—Yo si fuera la patrona, nos regalaría un vestido por mes a cada una —agregó Mecha sonriendo. La vida para ella pasaba por otro lado.

—¿Y vos, Rosita? —preguntó Celide—. Si fueras la patrona, ¿qué harías con nosotras?

—Sería justa —dijo, comenzando a sacar las últimas presas del pollo que bramaba en la grasa —. Hablaría de frente. No como esos que hace meses se hacen rogar para una simple reunión. No es bueno lo que está pasando, y lamentablemente cada vez es peor. Yo siempre espero que mejore, pero no, es al revés. A veces me pregunto en qué va a terminar todo esto. Si nadie cede… Y como dice Moncho, justicia social. Los extremos nunca son buenos conductores. Pero claro, no todos tienen en cuenta, ni llegan a comprender, que la ideología, hoy, tiene hambre, tiene sed y está cansada.

Acomodaron los platos para comer.

—¡Yo quiero la panza! —dijo Pepe.

—¡Yo el corazón! —gritó Teresa.

—¡Yo el hígado! —pidió Mecha.

El ruido que se escuchó por un buen rato era el de las mandíbulas, las miradas se encontraban y se cruzaban, pero las bocas estaban llenas, no de palabras sino de comida. Era domingo, el día de la familia, como decía el Tano.

Cuando no quedó ni una miga en la mesa, y luego de raspar con pan los jugos, trajeron el postre, que consistía en una copita de licor dulce. Así comenzaron, luego siguieron con todas las botellas que tenían.

Los muchachos tocaron tangos y milongas, las chicas cantaron, inventaron letras y bailaron entre ellas. Cuando se hicieron las cuatro de la tarde estaban todos medio borrachos y las letras de las canciones ya tenían tono de tristeza. Las declaraciones de amor venían con un agregado trágico. Pepe le dijo a Mecha que ella era la razón de su existir, que si ella no le correspondía él se iba a volar la cabeza de un tiro, que su vida solo tenía valor y gusto si ella estaba dentro, si no,

nada.

Rosa María los dejó solos. Las tres parejitas necesitaban un poco de abrazos y besos.

—Me voy a dormir un rato —dijo, y subió la escalera. Teresa fue detrás de ella.

—Rosita, tengo que contarte algo que tengo *atorao* en el *garguero*.

Rosa María la miró. Se sentaron arriba del colchón. Teresa tomó su mano y comenzó a hablar.

—Ay, amiga de mi alma. Ni con la ginebra me salen las palabras.

—¿Qué pasa, Teresa? Me estás asustando.

—Salió en el diario, y todo el mundo lo comenta en el taller. El Juan se va a casar con una estirada, una tal Carmen… algo, no me acuerdo el apellido.

Rosa María disimuló el impacto que le produjo la noticia. No dijo nada. Con lágrimas en los ojos se recostó en su colchón, mirando el techo. Se sintió sofocada y el olor a fritanga que se había concentrado en la parte de arriba le revolvió el estómago. Le pidió a Teresa que la dejara sola.

Se levantó, abrió la ventana y se asomó. Los domingos a esa hora era una de las pocas oportunidades en las que la calle gritaba silencio. Dejó caer la mirada y entonces lo vio. ¡Juan! Parado en la vereda de enfrente con una piedra en la mano, a punto de lanzarla hacia donde estaba ella. ¿Pero qué pretendía hacer? ¿Acaso se había vuelto loco? La piedra salió volando y con tan buena puntería que pegó en el pecho de Rosa María.

Juan se agarró la cabeza con las manos y se dispuso a cruzar la calle. Cuando Rosa María pudo reaccionar, le hizo señas para que se quedara allí. Ella iría a su encuentro. Si lo veían los muchachos, y medio borrachos, lo mataban.

Bajó la escalera sigilosamente y salió sin que se dieran cuenta.

Se encontraron y caminaron en silencio un par de cuadras, hasta donde Juan había dejado el auto.

Rosa María pudo ver lo desaliñado que estaba, tenía la barba de días sin afeitarse y estaba más flaco.

—¿Te hice daño? —le preguntó Juan, extendiendo una mano hacia donde había impactado la piedra. Rosa María le retiró la mano.

—¡Mucho! —contestó. También se dio cuenta de que Juan había bebido. El olor a alcohol le salía por los poros.

—Lo siento, Rosa María, lo siento mucho, todo. Lo que nos pasa, nuestra separación, la situación en la que están todos, las huelgas, las muertes. Lo siento. Mi casamiento… —decía.

Rosa María estaba tiesa, tragaba saliva y se contenía para no llorar, para no abrazarlo, para no pegarle.

—Te aconsejo que te vayas ahora mismo, si te ven mis amigos no van a dudar en matarte.

—No me voy a ir hasta conversar con vos. Así tenga que morir aquí mismo —dijo.

Rosa María miró para todos lados. Lo tomó del brazo, se subieron al automóvil, Juan lo puso

en marcha y arrancó.

—Pensé que me amabas de verdad, Juan. Qué tonta que fui. Pero claro, recién me di cuenta cuando me mandaste el mensaje con tus amigos, los cobardes que les pegan a las mujeres, mirá —le dijo levantándose el cabello, dejando visible una herida que aún no terminaba de cicatrizar —: recuerdo de tu mensaje. Y ya sé de tu casamiento. Todo Buenos Aires sabe de tu casamiento —decía Rosa María con lágrimas en los ojos, sin mirarlo a la cara—. Sé que te casas con esa tal Carmen no sé qué. ¿Pero sabés una cosa? Yo también soy una mujer de sociedad. De la sociedad salteña. Si la vida no me hubiera pegado tan fuerte, hoy estaría en los diarios de Salta anunciando mi casamiento quién sabe con quién, feliz, y no aquí, mendigando un poco de tu amor, humillada, empobrecida…

—¡Mi amor! ¡No llores, mi amor! Lo único que tengo claro es que te amo con todo mi ser —le dijo y la abrazó. Intentó besarla pero Rosa María lo alejó, apestaba a alcohol—. Voy a encontrar la forma de salir de esta situación. Me caso con Carmen y luego me separo. Te busco. O venís a vivir a la mansión y entonces te tengo cerca, siempre.

Rosa María lo contemplaba con el ceño fruncido. Pero, ¿qué estaba diciendo este *paparulo*? ¿Quién se creía? Después de todo lo que había pasado por su culpa.

—¿Vos pensás que yo voy a ir a ser tu amante a tu propia casa? No podés ofenderme de esa manera, Juan. La riqueza no te hace dueño de todo, la pobreza no me hace esclava de nada —dijo.

—¡Perdón, perdón! Es que estoy loco. No sé ni lo que digo.

—Esto es una despedida, Juan.

—Rosa María, Carmencita no significa nada en mi vida. La conozco desde siempre. Es como si me casara con mi hermana. No me dejes, por favor. Te lo suplico, Rosa María, no me dejes.

—Estás borracho, Juan, por eso viniste.

—Vine porque te amo, Rosa María.

—El amor no hace daño, y vos me hacés mucho daño.

—Rosa María, es mucho más complejo de lo que tu mirada como mujer te deja ver. Tal vez vos no entiendas de política. Pero mucha gente, como tus amigos, está destruyendo nuestra patria. La realidad es que es mucho más grave de lo que te imaginás. A nuestro país están llegando los bolches, que son revolucionarios, comunistas, y quieren hacer lo mismo que hicieron en Rusia. ¿Te imaginás un país en manos de pobres y analfabetos? —decía Juan con los conceptos confundidos por el alcohol, tratando de justificar la conducta de sus amigos, su propia conducta.

Rosa María se acomodó en el asiento; tuvo el primer instinto de bajarse, pero se quedó allí. Colorada de la rabia y mirándolo fijamente a los ojos lo increpó:

—Mirá, *señorito*, no me subestimes, sé más de la vida que vos de las leyes. La patria es tanto tuya como mía. ¿O no te das cuenta de que el frigorífico de tu papá, al igual que sus campos,

funciona gracias a los pobres hombres, mujeres y niños que siguen trabajando a sol y sombra incluso cuando les bajaron el sueldo, aun cuando no les reconocen un solo día de descanso? ¡Un solo día, el domingo para compartir con su familia y descansar! ¡¿Acaso no es de ellos la patria?! Tu madre vive más en Europa que en Buenos Aires, tus hermanas estudian en Francia. Se visten con los vestidos que traen de allá, no con los que se confeccionan aquí. Tu padre explota a sus empleados, y brinda con vinos que traen de París. ¿Cuál es la nacionalidad de tu amigo Peter? ¿Y decís que la patria les pertenece? ¡Por Dios! ¿De qué hablás, Juan? —estalló Rosa María—. ¿Acaso tenés idea de quién fue Martín Miguel de Güemes? Él sí podría reclamar la patria como suya. ¡Pero vos y los inmundos de tus amigos no saben lo que es hacer la patria! No tienen idea de nada. Si San Martín viera lo que están haciendo con su patria… se levantaría de su tumba y le pegaría una buena patada en el culo a cada uno.

Juan la observaba, la desconocía. Esa bravura… Incluso pensó que en algún momento le daría un cachetazo. Se quedó callado.

—Si mi padre no hubiera muerto, tal vez yo hubiera aceptado su condición, tal vez no hubiera caído en manos de esos judíos de la Varsovia, malhechores hijos de puta. Tal vez no estaría acá sentada simulando ser algo que no soy, enamorada de un ser despreciable —continuaba.

—¿Viste? Coincidimos, a los judíos tenemos que erradicarlos. Ellos nos tiñen la patria… —interrumpió Juan.

—¡Por favor, Juan! Me refiero a los judíos que secuestran a las niñas y las traen para trabajar de putas y así engordar sus bolsillos, no hablo de los judíos que se matan trabajando para poder poner un plato de comida en su mesa. No todos son iguales. Mirate vos y mirame a mí. Todos sentimos lo mismo, somos de carne y hueso, lloramos y somos felices, si nos lastimamos la sangre es roja, pero no todos tenemos buen corazón y no todos entendemos lo que significa la palabra justo, de justicia. ¿Vos no sos abogado? Justicia para los indefensos, los pobres, los enfermos. Justicia social. No tenés idea de lo que te digo, ¿verdad? —dijo Rosa María, se bajó del auto y comenzó a caminar. Se iba. Lo dejaba ahí, sentado. Lo dejaba para siempre. Dolía. Cómo dolía.

—¡Rosa María! No te vayas, no te enojes —gritó Juan y bajó a buscarla, quería seguir escuchando lo que había comenzado a contar… ¿Qué era eso de la Varsovia? Definitivamente era lo único que le interesaba. Lo único que había quedado en su embriagada mente masculina.

Rosa María no se detuvo, caminó sin darse vuelta. Inspiró el aire, su cuerpo estaba angustiado pero también aliviado. Se había descargado con Juan. ¿Cómo se atrevía a venir a buscarla en ese estado? Su cobardía era inaceptable. ¿Cómo podía pasar por alto la paliza que le habían dado Aldo y sus amigos?

Cuando entró a su casa aún estaba alterada. En silencio, comenzó a subir por la escalera.

—¿Qué pasó? ¿A dónde fuiste? Te buscamos por todos lados… ¿No te habrás ido con el infeliz cogote largo al pedo, eh? —preguntó Celide.

—¡Sí! ¡Mirá cómo está! Se fue con ese compadrito. ¡Joder, Rosita! ¿Cuándo vas a entender que ese bicho solo sirve *pal* zoológico? Mirá cómo estás ahora. ¿Qué te hizo el espantapájaros ese? —decía Mecha.

—¡Tenemos que soltar a los muchachos para que lo busquen, que lo hagan torta frita al *cogotudo* ese! —interrumpió Teresa.

Las tres siguieron conjeturando sobre lo que habría sucedido mientras Rosa María no paraba de llorar. Se interrumpían entre ellas intentando adivinar lo que había pasado. Pero ninguna se avivó de preguntarle nada.

—Seguro que le dijo lo del casamiento, ese maricón —aventuró Teresa.

—No, seguro que le dijo que estaba enamorado de la otra mojigata con la que se casa —interrumpió Mecha.

—¿Por qué no le preparamos un té a la Rosita a ver si se pone mejor? —propuso Celide.

Sin dejar de parlotear, bajaron a preparar el té y dejaron sola a Rosa María. A los cinco minutos subieron corriendo.

—¡Pero mirá si seremos *turulas*! Nos fuimos y la dejamos sola a la pobre —dijo Teresa destapando el rostro de Rosa María.

—No llores, Rosita. ¡Ay!, si lo tuviera aquí mismo. Lo *acogoto* hasta que se le salten los dos ojos de lagarto que tiene —dijo Teresa.

—Yo le agarro los *cojones*, que bien chiquitos los debe tener, y se los exprimo hasta que se desarme del dolor —agregó Mecha.

—Rosita, tenés que olvidarlo y listo. Punto. Así como yo olvidé a mi familia, a la que nunca más voy a volver a ver. Con el tiempo te acostumbrás. Algunas veces te ataca la nostalgia y te deja unos días sin ganas de vivir, pero después arrancás de nuevo y seguís para adelante —le dijo Celide mientras le acariciaba la espalda.

—Permiso… —dijeron a coro los muchachos y se sumaron al dormitorio.

—Matecito *pal* mal de amor —dijo Moncho con un mate en la mano.

—Es que estuvo con el *cogotudo* ese. ¡Vamos a buscarlo, Moncho! ¡Le vamos a enseñar a tratar a las mujeres! —dijo el Tano con la cara roja de la rabia.

—¡Paren, desequilibrados! —dijo Celide—. ¿Qué le pusiste a este mate? —agregaba mientras chupaba la bombilla.

—¡Era *pa* la Rosita! Tiene licor.

Rosa María, rodeada de sus afectos, trataba de calmarse, pues no quería que sus amigos la vieran tan desconsolada; desahuciada, así se sentía.

Admiraba cómo sus amigas queridas aceptaban su condición de pobreza, la transitaban con dignidad, como corresponde. Ser pobre no te hace mejor o peor, siempre sos la misma persona. Pero a ella le costaba, no aceptaba la pobreza. Le costaba mucho e intentaba disimularlo. Incluso muchas veces había justificado a Juan. Ella sabía muy bien que si él le hubiera propuesto

casamiento se hubiera ido sin pensarlo, hubiera compartido su vida con una persona como Juan. Un tipo seco de corazón y de cabeza. ¿Para qué había estudiado tanto si no le servía para nada? No entendía nada de la justicia social, de lo que realmente significaba. Estaba enojada con ella misma, con Juan, con su padre, con don Alberto, con todos.

—Tomá, Rosita —le dijo Moncho ofreciéndole el mate.

Lo recibió y los observó, a cada uno.

—Gracias. Los quiero mucho, son mi familia. Mis hermanos —dijo Rosa María sentada en el colchón, secándose las lágrimas.

—¡Claro que somos tu familia! Me hacés llorar, *paparula* —dijo Teresa, dándole un empujoncito con la mano.

—Bueno, vamos *pa* abajo. Dale, Rosita, bajá y así te inventás algo *pal buche* que las tripas me están ahorcando —propuso Moncho.

—Vamos, mis amigos, les voy a cocinar un *cachivache* —dijo Rosa María. Y para sus adentros le pidió a Dios que la ayudara a aceptar su condición, a olvidar a Juan para siempre y a volver a Salta con sus amigos.

Capítulo 27

El humor de Juan estaba en plena crisis, doña Christelle lo perseguía por todos lados con el asunto del casamiento. Su padre, que estaba preocupado por la situación del país, lo requería permanentemente. Las huelgas se habían convertido en moneda corriente. Ellos también habían tenido que contratar a los rompehuelgas y a algunos matones más para protección personal. Todo parecía estar patas para arriba. Cada vez había más huelguistas que obreros con ganas de trabajar.

Juan, en sus momentos sobrios, había decidido ordenar su vida. Pero para eso necesitaba saber todo sobre Rosa María. ¿Quién era realmente esa mujer? Preguntó a uno y a otro hasta que el jefe de los rompehuelgas lo puso en contacto con un detective. Le encargó que indagara todo sobre Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino. Pensó que tendría que haberlo averiguado hacía mucho tiempo, pero por alguna razón no lo había hecho, tal vez porque no quería enterarse de algunas verdades. Bueno, ahora era el momento.

Esa tarde, el encuentro era en la mansión de la familia de Aldo. Jorge había pasado a buscar a Juan, era la única forma de que asistiera a las reuniones. Eran más de veinte jóvenes, ávidos de justicia, conversando sobre los sucesos más recientes.

—¡Juancho! ¿Cuándo es la fecha de tu casorio? —interrumpió uno del grupo.

Juan levantó la vista.

—El año que viene, hablen con mi madre, seguro que ella también nos acompaña a la luna de miel —contestó, provocando la risa de todos, menos de Aldo que se quedó observándolo; se dio cuenta de que ya estaba ebrio.

La reunión siguió su curso. Uno de los integrantes había conseguido el dato de una imprenta ácrata y comenzaron a organizarse para hacerles una visita en el barrio de Once.

Fue Rubén quien lo llevó a su casa, luego de bajarlo de la silla en la cual estaba parado, discursando incoherencias producto de la borrachera.

Rubén regresó y se unió a los muchachos, terminaron la reunión y salieron. Entraron a la imprenta y destruyeron todo, desde la puerta hasta las máquinas, y antes de irse la incendiaron, con la seguridad de que los bomberos nunca acudirían a apagar ese fuego. Conformes por hacer lo que correspondía, regresaron a sus hogares.

Hacía calor, Juan prefería estar en el frigorífico o con sus amigos; su casa estaba tomada por su

madre, sus hermanas y las amigas. Todo el día era un solo griterío, ya no lo aguantaba. No lo dejaban tomar mate, querían hacerlo participar de todo como si fuera una niña más. Últimamente o estaba en la fábrica o estaba bebiendo hasta caer dormido.

Una tarde de domingo, escapando de su madre, se encerró en su escritorio. Revisó la biblioteca y separó algunos libros, ensayos y escritos que había leído siendo estudiante, entre ellos el *Manifiesto comunista* de Karl Marx, Friedrich Engels, Tolstoi, Malatesta, Bakunin. Releyó *El contrato social* de Jean-Jacques Rousseau. Puso atención a las distintas doctrinas del socialismo. El autoritario y el libertario o anarquista. Las doctrinas de Karl Marx fueron las bases del socialismo autoritario. El resto no reconocía al poder como tirano. La palabra "justicia", pronunciada por Rosa María, le pegaba en el centro del pecho. Él no era un tirano, y sí era un hombre justo. Justicia. Justicia social. Se debían armonizar los derechos de los hombres con los de la comunidad. Tal vez estaba tan inmerso en sus propias teorías que había perdido objetividad. Bueno, eso iba a hacer, volver a repasar todo. Entender. Y, si era necesario, proceder. Todo eso lo iba a hacer por Rosa María. No —se mintió—, lo hacía por él.

El lunes, cuando Juan estaba listo para salir, Perla lo interceptó con un papel que le había enviado el detective, y en el que le decía que lo esperaba esa misma tarde en la confitería El Molino.

Juan recibió el mensaje y salió, las horas más largas de su vida comenzaban a transcurrir.

Llegó una hora antes de la cita con el detective. Cuando se acercó el mozo le pidió café y *marron glacé*; esas castañas confitadas le encantaban, de alguna manera iban a apaciguar la espera.

—Tengo todo lo que me pidió —dijo el detective.

—Escucho.

—La señorita Rosa María es, tal cual me dijo usted, salteña de nacimiento. Su familia era casera de otra familia muy poderosa de la ciudad. Es hija única, perdió a su madre cuando era chica y su padre logró alguna fortuna que se le extinguió en los últimos años. Cuando falleció el padre, ella se vino a Buenos Aires a practicar la prostitución. Estuvo trabajando junto con sus amigas, Mercedes, Teresa y Celide, hasta hace unos meses y luego se escaparon, con varios escándalos encima —decía el detective. Juan ya no lo escuchaba, llegó hasta la palabra "prostitución", ahí quedó.

Cuando el detective recibió su sobre con el dinero, lo saludó, se puso el sombrero y se fue. Juan encendió un cigarro. No podía ser. No *su* Rosa María. ¿Una prostituta de un burdel? No. Su Rosa María puta. ¿Cuántos hombres habían pasado por el cuerpo de su amada? El gusto acre del humo del cigarro le produjo asco. Sintió náuseas. La rabia de pensar en Rosa María sonriendo en

brazos de vaya a saber quién. ¿Cómo pudo engañarlo de esa manera? ¿Y mentirle y decirle que ella pertenecía a la sociedad de Salta? Pegó un puñetazo en la mesa llamando la atención de los otros comensales. Indignado, se puso de pie y salió.

¿Cómo pudo hacerle eso? Al final de cuentas todos tenían razón. Todos sabían, menos él, pensaba mientras conducía hacia su casa.

Al entrar vio a Aldo conversando con Agnes.

—¡Juancho! —le gritó cuando lo vio pasar.

Juan no lo escuchó. Aldo lo siguió.

—¿Qué te pasa? Estás pálido.

Ingresó a su escritorio. Se sentó en el sillón revestido en gobelino, enfrentado al balcón que daba a los jardines de la mansión.

—Era una prostituta. Rosa María era una prostituta.

Aldo se quedó en silencio, mirándolo.

—¿Acaso vos lo sabías? —lo increpó Juan.

—Sí, traté de decírtelo varias veces. ¿Por qué te creés que dejé de ver a Mecha? Todas ellas son putas, Juan. Por eso con los muchachos decidimos, esa noche que casi no cuesta nuestra amistad, alejarla de tu vida como fuera. Lo siento.

—Andate, quiero estar solo —le dijo.

En La Boca, Moncho estaba parado, con varios recortes de diarios en sus manos, y el resto, sentados, expectantes.

—¡Dale, Moncho! Repartí y empezá —dijo Mecha con impaciencia.

—Antes quiero decirles que no me gustó para nada la reunión, ese tipo nuevo me parece que solo quiere embrollar más las cosas —aclaró Moncho.

—No, Moncho, ese es Di Giovanni, sabe mucho —replicó el Tano—, es *estudiao*. Yo lo conozco. ¿Viste toda la gente que había? Siempre es así.

—Puede ser, yo soy un bruto, aprendí a leer un poco en el Patronato. Pero cuando terminó la reunión estábamos todos tan *agitaos* que casi nos agarramos a las trompadas entre nosotros *nomá*.

—Es anarquista de verdad. Tiene razón cuando dice que tenemos que levantarnos, luchar, pelear por nuestros derechos. Tenemos que inventar nosotros nuestras propias leyes —agregó Pepe. Las chicas los miraban en silencio—. No hay que esperar más. Con esa gente no se puede negociar, tenemos que pelear.

—A mí tampoco me gustó Di Giovanni. Es un agitador —sentenció Rosa María.

—¡Ya salió la capitalista! Ese bacán te pudrió la cabeza, Rosita —dijo el Tano.

—No, no es así. Lo que digo es que creo que hay otras formas de acordar con las patronales. No siempre con la violencia. Tiene razón Moncho, nos agitó a todos.

—Sí, claro. ¿Y los pitucos esos que vienen y nos arrasan como soretes en pala? ¿Qué decís, acaso eso no es violencia? —dijo Pepe muy enojado—. Yo soy bruto, pero no tanto, Rosita, ¿eh?

—No te quiero decir que seas bruto, Pepe, lo que digo es que tenemos que luchar, pero no desde el absolutismo. Las leyes sirven para regular la sociedad. Son necesarias. Lo que yo no comparto es la violencia, y perdón si te ofendí, no fue mi intención.

Pepe la miró con desconcierto, no entendía muy bien lo que decía, pero como no quería parecer más burro de lo que se sentía, se quedó rumiando en voz baja.

Era la sensación que tenían los muchachos. Se sentían inferiores. No era fácil dejar que una mujer comprara la yerba para el mate. Encima que no conseguían trabajo, tampoco entendían y se confundían cuando los discursantes de las reuniones comenzaban a citar a sus mentores. Ellos solo querían volver al taller y seguir trabajando, o bien conseguir otro empleo. Pero no podían quedarse afuera de los reclamos. Eso hacían los cobardes, y ellos eran bien machos y trabajadores.

—No digo eso. Fuimos juntos a todas las reuniones. Está bien claro que una cosa es el anarquismo y otra cosa es el sindicalismo. Lo que yo digo es que tenemos que ver bien. A quienes persiguen sin piedad es a los anarquistas. Los anarquistas no reconocen al Estado, al gobierno. Los sindicalistas sí, proponen un orden y yo personalmente creo en eso —agregó Rosa María luego del silencio de Pepe—. Alguien que regule a los trabajadores. A veces creo que pienso como pienso porque soy pobre. Pero también tengo claro que si fuera rica mi trabajo sería atender todo con justicia, solidaridad y ayudando a los más pobres, siempre.

—Este de anoche va a terminar con un tiro en la cabeza antes de que se dé cuenta, así que de acá nadie más va a ninguna charla. Y punto —terminó Teresa—. ¿Y, Moncho, vas a leer la nota?

—Soldado que sirve huye a la guerra —agregó Celide.

Fueron las palabras mágicas para que todos, menos Celide, se unieran en una gran carcajada. No entendía por qué se reían.

—Soldado que huye sirve para otra guerra —aclaró Rosa María.

Moncho repasó en sus manos los recortes de los diarios importantes, repartió y comenzó a leer. Cada semana se juntaban y se ponían al día con los sucesos más importantes. Estaban preocupados, no encontraban la salida. Los tres muchachos estaban empecinados con los Talleres Vasena, no habían encontrado otro trabajo que les diera alivio, así que seguían insistiendo: era una injusticia, ellos no eran ni habían sido líderes políticos.

Circulaba el mate y cada uno leía. Mecha con impaciencia. Moncho deletreando y lento. Pepe en silencio. El Tano concentrado. Teresa a los gritos, y Rosa María, perfecto. Cada recorte contaba una huelga, una muerte, y enseguida confirmaban entre ellos si se trataba de alguien conocido.

Cuando terminaron de leer y comentar, Moncho volvió a ponerse de pie.

—Tenemos un asunto que hablar.

—Estamos *complicaos* —agrego el Tano y bajó la mirada—. No tenemos trabajo, y como el Moncho es habilidoso, nos salvó estos últimos meses. El encargado le pidió que pintara una pieza, que arreglara una pared, una puerta. Pero hasta eso se acabó. Y ahora, el muy infeliz nos quiere echar.

Toda la conversación estaba destinada a poner en tema a las mujeres. Ya no tenían más dinero para pagar la pieza en el conventillo y no tenían a dónde ir a vivir. Les estaban pidiendo ayuda.

—Sabemos que no corresponde, y no les queremos faltar el respeto con este pedido —aclaraba Moncho—, pero quizás ustedes tres se pueden amontonar en una pieza y tal vez quieran que nosotros les alquilemos la otra pieza.

Silencio.

—¿Ustedes nos quieren alquilar una pieza a nosotras? —preguntó Celide.

—Algo así —contestó Moncho.

—Pero, claro que sí. ¿Acaso no fueron ustedes los que nos ayudaron a escapar del infierno en que vivíamos? ¿Cómo no los vamos a ayudar ahora? —dijo Rosa María—: nos acomodamos y les damos una pieza. ¿No, chicas?

—Sí, sí —dijo Teresa, mientras Mecha revoleaba los ojos para todos lados y no decía nada.

Los tres suspiraron al mismo tiempo.

Amontonados en la casa convivían los siete. Muchas veces se fueron a dormir con unos mates y pan. El dinero ya no alcanzaba. Alguna noche, desvelada por el hambre, Rosa María había fantaseado con regresar a Salta. Pero ¿a quién recurriría allá? ¿Se acordarían de ella?

Antes de dormir, rezó como lo hacía cada noche el último tiempo. Las cosas se estaban saliendo de lugar, no había trabajo. Las huelgas ocupaban las calles casi todos los días. Las persecuciones y las matanzas estaban a la orden del día, sobre todo en los barrios obreros. Pidió por los siete, pidió olvidar a Juan y volver a Salta. Era tiempo de que Dios pusiera las cuentas en orden con ella.

CAPÍTULO 28

El mes de diciembre tiene esa particularidad. Para los ricos es un mes de pura fiesta, regalos, encuentros, vacaciones; para los pobres es un mes que ojalá pasara rápido. La plata no alcanzaba, no había para el postre o para el regalo de los niños. Mismo cielo, mismo sol, distintas realidades.

En la mansión de los Achával Figueroa desfilaban las entrevistas con modistas, decoradores, músicos, cocineros y hasta periodistas, porque doña Christelle, cada evento que hacía en su mansión lo publicaba en la prensa del momento. Estaba agotada, la Navidad, y luego el casamiento de su único hijo varón, Juany, como le decía. Le había costado mucho aceptar el nombre Juan; era tan común, tan español. Pero, bueno, se lo tuvo que aguantar porque era el nombre que su esposo había querido para su primogénito.

Juan estaba cada vez más ensimismado y escapaba todo el tiempo de las garras de su madre.

Después de las fiestas, doña Christelle tenía todo planeado, primero se llevaría a cabo el casamiento de su hijo, y luego se irían a la casaquinta con su esposo y sus hijas a pasar el verano, para después regresar a París; sus hijas tenían que continuar con sus estudios.

En el barrio de La Boca, los muchachos ya eran conocidos, Moncho con la guitarra, Tano con el acordeón, y Pepe que, ante la necesidad, se estaba convirtiendo en compositor con la ayuda de Mecha en las letras. Esa noche debutaban en una fonda en El Abasto. Habían practicado infinidad de veces el tango nuevo que iban a presentar, “La gallega”. Era muy obvio que la inspiración de la letra era Mecha.

Fueron todos, tenían entradas gratis y podían pedir algo para tomar. Lo que tenía de especial esa noche era que les iban a pagar por tocar. Teresa les había dejado como nuevas las camisas blancas, pero tuvieron que alquilar los sacos.

Apretados en la mesita, Mecha estaba más nerviosa que los muchachos. ¿Y si se olvidaban la letra? ¿Y si a la gente no le gustaba? Cuando llegó la hora, fue una de las pocas veces que las hermanas no hablaron. Estaban pálidas. El lugar era *pitucón* y estaba repleto de gente. Si les iba bien y los seguían contratando, la paga era buena.

Mecha cantó todo el tango en voz baja. Cuando terminaron, los aplausos le volvieron el alma al cuerpo. Los muchachos estaban tan motivados que Pepe, mientras cantaba, no solo sonreía,

también bailaba. Cuando llegó la tercera pieza musical, un poco más relajados todos, las chicas se unieron al baile.

Regresaron juntos. Pepe estaba tan agrandado que no había forma de hacerlo callar. Contó como diez veces la parte en la que, antes de empezar con el tango, estaba tan nervioso que tenía miedo de que la voz no le saliera. Mecha lo miraba embobada. Tomados de la mano, eran los nuevos tortolitos.

Al otro día temprano las chicas partían a trabajar y los muchachos se encargaban de asear la casa y de ensayar los tangos nuevos. Luego, a la tarde, asistían a las reuniones cada vez más frecuentes. Los directivos de los Talleres Vasena, por medio de sus abogados, no solo les habían aclarado que no habría reincorporaciones, sino que había reducido el cincuenta por ciento de los salarios para poder contratar más gente, la crisis los estaba afectando, y mucho. Los muchachos fueron convocados para la reunión en la que se iba a organizar una huelga importante contra todas las metalúrgicas y otras empresas del rubro.

Rosa María coincidía con Teresa en que era mejor guardarse, no exponerse con las huelgas. Pero los muchachos, cargados de orgullo, de necesidad de cambiar las cosas, de recuperar la dignidad, se unían al resto.

La crisis económica ya atacaba sin distinciones: empresario y proletario. Y, a pesar de todo, el bullicio seguía, el tango triste, el candombe y algún milonguero burlón, un pintor que nadie conocía, seguían poniendo corazón al barrio. Ese mismo corazón que Rosa María habitaba cuando salía a pasear. A desconectarse de su realidad, a soñar.

A Rosa María y Celide les habían reducido las horas porque no había tanto para hacer. Las únicas que seguían trabajando tiempo completo e incluso algunas horas más por día eran Mecha y Teresa; el taller de costura no cesaba. Se ve que la plata para los vestidos nunca se acaba. Bueno, menos mal, porque ellas dos eran el fuerte económico de la casa.

—¡Pero, mujer, dejá de quejarte de todo en la vida! ¡Siempre estás encontrando algo *pa* la queja, es que ya me pudriste! —le decía muy enojada Mecha a Celide, que no paraba de llorar.

—¡Qué insensible que sos! No sabés lo que es llegar a estas fiestas y sentirte sola. Y no saber dónde está tu familia, y si tus padres están vivos o muertos —le contestaba Celide.

—¡Joder, Celide! ¡Me *rajo*! Yo tengo la misma historia que la tuya y no ando lloriqueando por todos los rincones, lo tenés al Moncho comiendo como un pajarraco de tu mano y nos tenés a nosotras. ¡Pero a mí no me tenés más! —dijo, y dejó a Celide en el cuarto llorando tirada sobre el colchón.

—¿Qué le pasa? —preguntó Teresa, que subía en ese momento.

—¡Lo de siempre! ¡Me tiene *patilluda*! Siempre encuentra algo para quejarse, o llorar o lo que sea. Nosotras también tenemos nuestros oscuros en el corazón, pero siempre tenemos que estar alumbrando los de ella. ¡Joder, me cansó! —dijo, y siguió bajando las escaleras.

En la cocina, mientras Rosa María hacía magia con un arroz arriba del calentador, Mecha

buscó una botella de ginebra que tenían los muchachos escondida para ocasiones especiales.

—Cómo estamos… Dale un solo beso a la ginebra o vas a quedar como un trompo —dijo Rosa María.

—¡Es que la Celide me tiene *patilluda*! Siempre tenemos que estar apantallándola a ella, ¿y nosotras? —protestó.

—¿Qué te pasa, Mechita? Vení, ayudame, limpiá las panzas y los cogotes y desembuchá qué te pasa a vos…

—Nada, a mí no me pasa nada, bueno, no, nada… Ayer los rompehuelgas le pegaron al Turco, casi lo matan. Es que tengo miedo —dijo, y paró de hablar porque se atragantó con las lágrimas —. No veo salida. Estoy cansada, trabajamos como burras, con el corazón en la boca y hambre en la panza.

Rosa María apartó el arroz del fuego, le sacó los menudos de pollo de las manos y se sentó frente a ella.

—Mechita, no te preocupes, los muchachos saben lo que hacen. Ellos ya son grandes. Saben cuidarse. Vas a ver que en unos meses, cuando les estén pidiendo autógrafos en la fonda del Tulio, van a dejar de joder con eso de volver al taller. Ahora se sienten un poco menos machos porque nosotras estamos poniendo el pollo en la olla. Pero ya se va a acomodar todo.

—Los contrataron de nuevo en lo de Ramírez.

—Mirá vos, el Pepito que se la tenía guardada, ¿eh? Tanguero de los bravos nos salió, cuando pone voz ronca, ¡*pa*! —dijo Rosa María, robándole una sonrisa a Mecha.

—¡Bueno, bueno! Basta de lloriqueos que así no se logra nada —se dijo a sí misma Mecha y se puso a limpiar los menudos que le faltaban—. ¿Los freímos con ajo y cebolla?

—Mechita, me dijo el Tano que para Nochebuena ellos van a tocar y que nosotras podemos acompañarlos y no nos cobrarían. Y el 25 hacemos la *festichola* acá en casa. Ya compré harina para hacer unos panes y le encargué al de la esquina que me guarde un matambre y las tripas gordas para rellenar —seguía diciendo Rosa María para levantar el ánimo de Mecha.

—¡Ah, qué rico! Ya mismo tengo hambre. Y nosotras nos podemos poner los vestidos esos. Bueno, si no querés porque te trae esos recuerdos que te doblan el pescuezo, no importa —dijo.

—Sí, los vamos a usar. ¡Claro que sí! Vamos a estar todas *a la franchuta*, y de paso los hacemos quedar bien a los muchachos —la interrumpió Rosa María.

Ambas mujercitas siguieron conversando, mientras preparaban la cena que consistía en arroz con especias y un poco de olor a querosene, y los menudos fritos en cebollas, pimientos y ajos. El plato enlozado lucía con un puñado de arroz blanco y al costado los menudos de pollo saltados y unas hojas de las plantitas de Celide, puestas de tal manera que adornaban el plato de los pobres.

—¡La que faltaba, ahora nos comemos las plantas! —dijo Moncho.

Comieron todo lo que había sobre la mesa. Nadie dijo si quería más. No había más.

Rosa María entendió el desánimo de Mecha. Todas estaban desalentadas, pero no decían nada. Levantó la mirada, ahí estaban todos. ¿Cómo habrán sido las Navidades en sus vidas anteriores? El recuerdo llegó sin espera. Su última Navidad en Salta la habían festejado en el campo. Una lágrima rodó por su mejilla al recordar lo amada que era. Cómo había cambiado todo en su vida. Cómo un suceso podía modificarle la vida a una persona para siempre. Sacudió la cabeza. No era bueno recordar, y menos en víspera de Navidad.

Rosa María y Celide se ocuparon de dejar todo listo para la celebración; las gallegas tenían tanto trabajo que se iban al amanecer y volvían cuando el sol ya estaba descansando hacía un buen rato.

La Boca estaba de fiesta. Sin tacos ni sedas, con horas extras y olor a humo, con el piso inundado y los piringundines de la calle Necochea a todo vapor, la Navidad llegaba. Rosa María había ido ella misma al pie del puente transbordador donde estaban los puestos de venta de sandía a buscar las cáscaras para preparar su postre especial de Navidad. La magia del río la hipnotizaba, le gustaba ver a los boteros, los barcos. Con la bolsa chorreando, pasó a comprar azúcar y a pedir algunos merengues rotos en la panadería de don Fermín; siempre se los regalaban, y de paso se llevaba los budines que le había dejado para el horno. El panadero era muy bueno con ella. Además, los sábados Rosa María le enseñaba a leer a su esposa.

Mientras acomodaba los bastoncitos de zanahoria, todos del mismo tamaño, sobre el matambre abierto y desgrasado, pensaba en Juan. ¿Ya se habría casado? Dejó caer las hojas de acelga. ¿Sería feliz? Cortó los morrones en tiras y los acomodó. ¿Se acordaría de ella? Le espolvoreó sabores con las especias. Ojalá sea infeliz. Absorta en sus pensamientos sintió olor a quemado. Se dio vuelta: la cebolla frita en grasa para sus empanadas se estaba quemando. Tomó un trapo viejo y apartó la sartén del fuego. Enseguida comenzó a mezclarlas con una cuchara de madera. Dejó el matambre y volvió al relleno de las empanadas. Agregó la carne, la cucharada de sal gruesa y doró. ¿Cómo será la Carmencita esa? Agregó comino y luego una buena cantidad de azúcar. Las pasas de uva, las aceitunas, el huevo duro y listo. Apenas regresara Celide las armarían.

Tenía mucho calor, la transpiración que le caía en el rostro le ingresó a los ojos y le produjo tal irritación que tuvo que alejarse y lavarse con un poco de agua. ¿Por qué le había mentido así? ¿Acaso podía una persona amar y dejar de amar? No, el amor queda pegado en el corazón para siempre. Terminó de enrollar el matambre, lo enlazó bien con hilo y lo puso a hervir. Todavía tenía que preparar el dulce de sandía. Por suerte ya tenía listos los budines de naranja que había horneado en la panadería de don Fermín.

Moncho y Celide entraron despotricando contra el intenso calor. Él venía con un paquete grande en las manos, haciendo esfuerzos y piruetas para que no se le cayera.

—¿Qué es eso? —preguntó Rosa María, secándose la transpiración de la frente con el brazo.

—Regalo de Navidad —contestó Moncho.

—No quiere decir qué trae ahí el muy cabezón…

Estaban las cuatro encerradas, no querían que los muchachos las vieran hasta que estuvieran listas. De cada prenda que tomaba Teresa, les contaba el nombre de la tela. Con vestidos que no habían comprado, con tacos que ni siquiera eran de sus tallas, con joyas en los cuellos, perfumadas y empolvadas, se sintieron vivas, felices. Bajaron la escalera una detrás de la otra, con la mirada altanera y bamboleando las piernas para que las telas hicieran lucir sus caderas.

Cuando Pepe las vio se paró enfrentando la escalera y con una mirada picaresca les silbó:

—Demasiadas flores para este jardín —les dijo.

Mercedes se puso nerviosa y, como siempre cuando se ponía nerviosa, empezó a hablar.

—¡Callate! ¡No seas *mequetrefe*! A todas las andarás piropeando en la calle. Si te veo alguna vez, te arranco todos los pelos que tenés, de a uno por uno. Y después sigo con…

—¡Pará, Mechita! Te estoy piropeando a vos, vení que te doy unos besos —la interrumpió Pepe.

—Salí de acá —contestaba Mecha en los brazos de Pepe, ruborizada y feliz.

Lo más barato para ir hasta la milonga era alquilar un coche entre todos y así llevar también los instrumentos.

Los caballos piafaban y el mayoral se agarraba la cabeza; no quería llevarlos, eran muchos. Demoraron una eternidad en acomodarse. No entraban ellos siete más los instrumentos. Hasta que lo lograron; Celide y Teresa iban sentadas en las rodillas de Rosa María y Mecha, finalmente salieron.

La fiesta comenzó cuando los muchachos empezaron a tocar. La noche estaba tibia, serena. Un mozo les acercó unos sándwiches de milanesa con papas fritas, una botella de vino y soda. Y les dijo que era invitación de la casa.

El ambiente era familiar y festivo. Todos cantaban y bailaban, y cuando dieron las doce en punto se abrazaron y se saludaron y también corrieron unas lágrimas.

Mecha, con algunas copas encima, terminó cantando abrazada a Pepe. Celide criticó los vestidos de todas las mujeres que pudo. Luego siguió con los hombres y al final el lugar. Que la mesa, que la silla. Hasta Moncho en un determinado momento la dejó sola. Estaba insoportable. Rosa María disfrutó de la música, bailó milonga con Celide primero y luego con Moncho. Brindaron muchas veces, depositando esperanzas en el trabajo y en el amor. Ya hacia el final, incluso improvisaron letras de tangos con tonos navideños. Cuando se fueron todos, incluyéndolos a ellos, estaba amaneciendo.

A las pocas horas, Rosa María fue la primera en bajar a acondicionar todo para el almuerzo de Navidad. Mientras preparaba lo que faltaba, recordaba las navidades en su casa, con Dominga, con su padre, con don Alberto, que siempre estaba presente. Los preparativos, los regalos que tenían para ella. Se le hizo agua la boca cuando recordó las grandes bandejas repletas de exquisiteces que preparaba Dominga. No podía quejarse de no haber recibido amor. Sonrió con

lágrimas en los ojos. ¿Y Juan? ¡Basta! Juan no. Enseguida lo sacó de su mente.

Preparó la mesa con el único mantel que tenían. Juntó toda la vajilla enlozada y la acomodó. Le puso kerosene al calentador en el patio y encima la olla de guisa con grasa para freír las empanadas. Adentro no se podía más del calor. Cortó en rodajas el matambre relleno que había hecho la tarde anterior. Después de todo, tenía que estar agradecida. Sus amigos eran una familia, eran sus hermanos, hermanos de la vida. Imaginó a Mecha casada con Pepe y con hijos. ¡Uf, Dios, cómo hablarían esos niños! Serían sus sobrinos del corazón. Y a Celide, protestando o llorando por los rincones, con Moncho detrás, tratando de conformarla. A Teresa con el Tano, a los gritos siempre. O discutiendo o a los besos apasionados. Cómo los quería. Ella iba a ser la tía solterona.

Se levantaron todos con una tremenda resaca. Con la cabeza entre las manos fueron bajando las escaleras.

El Tano levantó el paquete y, con la ayuda de Moncho, lo pusieron sobre la mesa. Pepe se acercó y entre los tres lo abrieron lentamente. Un aroma especial comenzó a salir cuando empezaron a despedazar los papeles que lo envolvían. Las chicas se miraban. Cuando terminaron de tironear el papel, apareció un hermoso lechón asado. Casi se mueren de la emoción. Teresa y Mecha, tomadas de la mano, se pusieron a saltar como si hubieran recibido un vestido de encaje francés con zapatos, sombrero y cartera haciendo juego. Rosa María se tapó la boca con las manos y abrió los ojos como dos huevos fritos. Desde que había llegado de Salta, nunca más había comido lechón, y, por primera vez, a Celide no la escucharon criticar, solo alabar.

El Tano les contó que se lo había mandado su amigo del campo, y que lo habían llevado al horno de la panadería y le habían hecho jurar a don Fermín que no diría nada. Lo mejor de esa Navidad fue el cerdo asado.

En la pequeña cocina comieron, cantaron y bailaron hasta que no dieron más. Brindaron por la amistad y por la familia. La borrachera les acrecentó la emoción, así que antes de dormir terminaron todos llorando.

En la mansión de los Achával Figueroa, luego de la cena de Nochebuena Juan estaba impaciente, los muchachos ya lo estaban esperando para ir a tanguear y la familia de Carmencita estaba muy entretenida conversando, lejos de pensar en irse.

Cuando al fin se retiraron los invitados, los amigos salieron de prisa. La noche ya casi terminaba. Se fueron derecho a la zona donde podían bailar un buen tango y beber con tranquilidad. Llegaron a lo de Ramírez. Apenas bajaron del auto, Peter vio a Rosa María bailando con Celide. Sabía muy bien que si la veía vestida así, y bailando como bailaba, Juan no se iba a poder resistir.

—¡No, esto parece un cementerio! ¡Vamos al Armenonville! Nunca falla.

Pero Juan también la había visto. Qué linda estaba, qué hermosa era… ¿Por qué no salió corriendo a buscarla para decirle todo lo que la amaba? ¿Es que un hombre puede dejar un amor solo por el orgullo? Y al final de todo, ¿qué es el orgullo? Se hizo el distraído y se fueron. Nadie mencionó a Rosa María.

Llegaron al Armenonville, bebieron champaña y se encontraron con antiguas amigas del lugar. Bailaron y siguieron bebiendo. Los ánimos comenzaron a caldearse cuando Aldo estuvo cerca de agarrar a trompadas a un mozo porque había tardado mucho en traer el pedido, en ese momento Peter lo separó y lo sentó nuevamente a la mesa. Juan aprovechó el momento de confusión y se fue del otro lado de las cortinas rojas con la mujer con la que había estado bailando. Bastante ebrio, intentaba preguntarle cómo era ser prostituta. Cuando ya estaban ambos desnudos sobre la cama, Juan se acomodó sobre ella y comenzó a penetrarla con fuerza. Mientras lo hacía, pensaba en las veces que le habrían hecho eso a Rosa María, entonces más se excitaba y la rabia lo invadía. La dio vuelta y la puso de espaldas, no quería verle la cara. La penetró por detrás, la chica se quejó, y él le pegó un chirlo en las nalgas. Estaba tan borracho, tan excitado y tan enojado que cuando otra vez el rostro de Rosa María invadió su mente se derramó y una lágrima rodó por su mejilla.

—¡Perdón! —le dijo luego de terminar—. Estoy muy borracho, mejor me voy —se vistió, pagó y se fue.

Al día siguiente la cabeza le estallaba. Y más aún cuando su padre lo hizo llamar más temprano porque iban a almorzar a la quinta de la familia de Carmencita.

Fueron en dos autos. Agnes lo acompañó a Juan en el suyo.

—Vamos, hermano, ya no sos el mismo, ¿qué te anda pasando? —le preguntó Agnes.

—Si viniste para interrogarme, te bajo del auto. Me explota la cabeza, hermana —contestó.

—Sé todo lo de la chica de La Boca. No entiendo por qué te casás con Carmencita.

Por un momento, Juan dejó de atender el camino y la miró.

—¿Qué sabés? —le preguntó.

—Todo, que estás tan enamorado que no podés vivir sin ella. Y yo sé de eso… Y que te vas a casar solo porque nuestros padres así lo quieren.

Juan no podía salir del asombro.

—¿Y quién te contó eso? —preguntó.

—Carmencita.

—¡¿Qué?!

—Como lo oís. Tu flamante futura esposa me contó de tu… digamos… novia.

Juan detuvo el auto.

—¿Cómo que Carmencita? No juegues conmigo, Agnes, por favor —le suplicó.

—No juego, ella lo sabe todo, por eso quería hablar con vos. No te cases si no estás enamorado. Papá tendrá que solucionar sus problemas pero no a tu costa. Pobrecito, mi hermanito, vení con nosotras a Francia, a París. Allá todo es diferente, hasta mamá está más tranquila.

Juan miró por primera vez con cariño a su hermana menor, lo conmovieron sus palabras.

—Tranquila, Agnes, eso fue en el pasado, estoy muy contento con Carmencita, eso que te contaron son cosas de hombres —mintió.

Agnes se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¡Ah, menos mal! Yo le dije a Carmencita que no se preocupara, que todo iba a salir bien. Por un momento pensé que estabas enamorado de esa prostituta.

Juan respiró. Todo tomaba su curso normal. Seguro que Carmencita le había pedido a Agnes que averiguara; las mujeres siempre hacían lo mismo. Pero, ¿quién le había contado a Carmencita de Rosa María?

Llegaron a la quinta y, luego de disfrutar de un exquisito asado de vaca, cerdo y cordero, acompañado por excelentes vinos de selección y manjares de todo tipo, Juan se alejó un poco de la mesa y se fue a caminar.

—¡Juan! —lo llamó Carmencita poniéndose colorada. Desde que era chiquita, cada vez que interactuaba con Juan sus cachetes hervían. No lo podía controlar.

—¡Carmencita! No la había visto —contestó.

—¿Quiere que nos sentemos un momento en esos sillones? —le propuso.

Juan asintió con la cabeza, caminaron juntos y se acomodaron en un hermoso juego de jardín.

—Me gusta pasar tiempo en este lugar —dijo Carmencita para comenzar una conversación.

—Es muy tranquilo y agradable.

—Sí, lástima que es un lugar para estar en verano, en invierno uno se congela aquí —dijo con una sonrisa.

Juan se sentó y la miró. Tenía que hacerse cargo de ese casamiento y de Carmencita. Iba a convivir con ella el resto de su vida.

—¿Está contenta con nuestro casamiento? —preguntó.

—Yo sí, pero… ¿y usted? Siempre fui yo la que corrió detrás de usted, y usted se escondía.

Juan sonrió.

—Sí, es que los hombres somos medios bobos, recién cuando crecemos podemos distinguir la belleza real —dijo con cortesía.

—Ah. Entonces sí estoy contenta. Toda mi vida esperé este momento —dijo mientras se ruborizaba y sus ojos negros brillaban.

—Vamos a formar una linda familia, Carmencita. No tengo dudas.

—Yo lo voy a amar como siempre lo hice, Juan. Lo voy a hacer muy feliz. Y usted va a llegar a amarme, estoy segura. Siempre es así —dijo mirando el piso.

—Yo la quiero mucho, Carmencita —le dijo mientras tomaba su mano y la besaba sobresaltando de emoción a la muchacha.

Aun en ese momento, con sueño, medio desvelado y conversando con la que próximamente sería su esposa, tenía la imagen de Rosa María en la cabeza. En algunos momentos la adoraba, la extrañaba… En otros, la odiaba, la detestaba.

—Carmencita, usted quédese tranquila y no escuche las pavadas que le traen a la mano para llenarle la cabeza —le dijo.

Carmencita sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de Juan. Estaba tan enamorada de él. Toda la vida lo había amado desesperadamente. Un beso de Juan sería un regalo divino. Pero parecía que ese no iba a ser el día. Se tomó de su brazo. Se quedó quieta.

Juan le acarició la cabeza, la besó en la frente y luego la separó para levantarse.

—Vamos. Seguro que nos están buscando. No demos motivos para el palabrerío —dijo y le extendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Caminaron juntos, Carmencita se colgó de su brazo, y cuando estaban llegando se escucharon fuertes y claros los vítores: “¡Viva los novios!”.

—¿Le gustó mi regalo? —le preguntó Juan al oído.

—¡Ah, hermoso! No lo traje hoy porque lo quiero estrenar para nuestra fiesta de compromiso —sonrió—. ¿Le gustó el mío?

—Sí, mucho —dijo.

Comilona y muchas bebidas, regalos para todos. Los Achával Figueroa, pipudos y llenos de paquetes, regresaron a la mansión bien entrada la tarde.

Juan quería estar solo. Le dolía la cabeza y estaba fastidiado, pero no quería que su madre se diera cuenta porque se iba a poner muy pesada con todo. Así que cuando llegaron se excusó y avisó a la familia que no iba a bajar a cenar. Se despidió hasta el día siguiente.

Fue la Navidad que pasó más desapercibida y la más triste de toda su vida. Mirando el techo, otra vez una lágrima decoró su mejilla. “Soy un marica, últimamente me la paso llorando”, pensó.

CAPÍTULO 29

El calor agobiaba en todos lados, en las casas, en las fábricas, en el gobierno. La situación era tensa. Muy tensa.

Moncho ingresó a la casa corriendo, transpirado y colorado.

—¡Vamos! ¡Dice el Tano que vamos todos! Están todos reunidos en la Verdi, todos. Vinieron los de la Federación.

A Rosa María le comenzó a latir el corazón. Fuerte.

—¡No! —gritó Celide—, seguro va a caer la policía o los matones, no, Moncho, quedate, por favor.

—¡Dale, Pepe! Vamos —Moncho estaba tan eufórico que no escuchó la súplica de Celide.

Salieron los dos casi corriendo. Rosa María y Celide los siguieron a paso lento.

—Vamos por enfrente y espiamos. Tengo miedo de que les caiga la *yuta* —decía Celide. Temblaba entera. Ellas sabían muy bien de lo que eran capaces de hacer la policía y los parapoliciales con tal de romper la reunión y encarcelar a los líderes.

El gentío en la puerta del teatro las asustó, pero haciendo un esfuerzo llegaron a escuchar algunas palabras.

—Yo estoy dispuesto, como ya les dije, a ser un buen militante socialista, a velar por ustedes, haciendo todos los sacrificios materiales y morales que se necesiten para que triunfen nuestros ideales obreros. Nuestra lucha por la clase obrera y por el socialismo es una guerra diaria, sin descanso, que requiere de mi consagración absoluta. Ahora vamos a escuchar a los de la Federación, ellos tienen un balance de la huelga general pasada. ¡Tenemos que seguir con la lucha!

Rosa María sentía cómo su corazón se exaltaba. Quería decirle que tenía razón, quería agregarle que ella también se consagraría para defender los derechos humanos. Pero el pellizco de Celide la volvió a la realidad y se dejó arrastrar. Salieron de allí.

Cuando las chicas llegaron del taller les contaron todo. Teresa puso el grito en el cielo cuando supo que el Tano estaba en primera fila.

—¡Voy a buscarlo! —dijo Teresa.

—¡No, no lo hagas! Él estaba contento. Confiemos en que no les va a pasar nada a ninguno y esperemos a ver qué noticias traen. ¿Tomamos unos mates? —agregó Rosa María.

Ya era tarde cuando llegaron los muchachos. Estaban eufóricos.

Los Talleres Vasena habían acordado una reunión para escuchar las peticiones de sus empleados con el único fin de que levantaran la huelga. Moncho estaba feliz. Era como el regalo de Navidad que estaba esperando y que había llegado, un poco más tarde, pero llegó.

—Estoy tan… —no le salían las palabras—: mañana, mañana nos reciben los directivos de los Talleres. Tanto tiempo esperamos esto. ¡Pepe! ¡Tano! ¡Mañana nos esperan los muchachos en Avellaneda! —decía Moncho, mientras se secaba la transpiración que le chorreaba por las sienes.

—No te hagas ilusiones, vamos y vemos —contestó el Tano, escéptico.

El Tano estaba casi seguro de que no había arreglo. En la reunión, los muchachos le habían advertido que fueran con cuidado, había rumores que afirmaban que, a diferencia de acordar, la idea era atacarlos, deportarlos o matarlos. La existencia de los "guardias blancos", como los llamaban, aclaraba todo. Eran los encargados de custodiar y asegurarse de que el trabajo se realizara de acuerdo al pedido de la patronal, debían custodiar los traslados de las materias primas, de los productos terminados, y también garantizar que no se acercaran los huelguistas.

Moncho, en cambio, tenía una mirada optimista sobre todo. Esa cualidad lo mantenía al lado de Celide; ella necesitaba percibir las cosas desde ese punto, por eso adoraba a su novio. Y Pepe pensaba como el Tano. Estaban seguros de que era una emboscada.

Esa tardecita, cuando todos llegaban a la casa, las chicas prepararon la comida y los muchachos pusieron la mesa entre las dos puertas, la que daba a la calle y la que daba al pequeño patio. Así, si había alguna brisa dando vuelta, circularía por ahí y los refrescaría un poco. El calor no cesaba. Enero solo se calmaba con una zambullida en el balneario del río.

—¿Vamos el domingo a darnos un chapuzón? —propuso Teresa mientras ayudaba con las papas.

—¡Ni loca, yo no tengo traje de baño! —contestó Celide.

—¡Bah!, vamos así con los vestidos y nos metemos. Una vez adentro nos quedamos en bombacha y corpiño y nos mojamos bien la cabeza. Podemos estar así abajo un buen rato… ¡Ah, se me hace agua la boca! —dijo Teresa.

—¡Sí, vamos! —agregó Rosa María, que estaba colorada y transpirada, renegando con el calentador a kerosene; no tenían más leña para cocinar.

Cenaron, charlaron y los muchachos no dijeron nada acerca de la reunión que tenían al día siguiente en los Talleres Vasena. Solo comentaron que se estaba organizando una huelga general de todos los gremios juntos.

Esa noche no durmieron, la esperanza de recuperar el trabajo, de recuperar la dignidad de parar la olla a fin de mes los tenía inquietos.

Al día siguiente, muy temprano, las chicas y los muchachos se cruzaron en la cocina.

—¿Qué hacen ustedes tan temprano? —preguntó Mecha, a quien no se le pasaba nada.

—Nada —contestó Moncho, y comenzó a sentir las orejas hirviendo y luego las mejillas. No sabía mentir. Celide enseguida se dio cuenta de que ocultaba algo.

—Vamos, Moncho. ¿En qué andan? ¿Por qué se levantaron tan temprano? Si a esta hora desde acá se sienten los ronquidos y los pedos de ustedes.

—Es que nosotros tenemos una reunión ahora. Eso, una reunión en la que vamos a definir si nos invitan a cantar al Armenonville. Pero, claro, a las señoritas tan desconfiadas y metidas no se les pude dar una sorpresa. ¡Uf!, siempre igual ustedes —contestó Pepe, tratando de arreglar el asunto.

—¡Sí, dale! Pues me la creo y todo. ¡Desembuchá ahora, Pepe, o te meto el dedo en la nariz! —le dijo Mecha a su novio. Era quisquilloso y el dedo en la nariz lo descomponía, se desmoronaba como una montaña de arena.

—¡No, no, por favor! —decía Pepe tapándose la cara con las dos manos mientras Mecha trababa de introducirle el dedo en la nariz.

—Bueno, basta, che —dijo el Tano—. Vamos a una reunión a los Talleres. Hoy nos reciben los directores.

Silencio.

—Ay, muchachos. ¡Ojo! No todo es como parece. ¿Vieron lo que está pasando? Tengan mucho cuidado, no confíen en esos infelices —dijo Rosa María con tristeza—. Mirá lo que les hicieron a los ferroviarios, a último momento les dieron vuelta la cara. Los están persiguiendo como ratas. Lo peor de todo es que ya no distinguen, matan a cualquiera, encierran al que se les cruza. La sobrina de una amiga de la hija del Tulio está detenida y jamás fue a una de las reuniones, no tiene nada que ver, pero estaba charlando con unos compañeros justo en el frente de la casa de la Paraguaya. El sobrino del amigo del hermano de don Fermín murió por una bala perdida. ¿Por qué mejor no se quedan, se toman unos mates y cuando se resuelva van…?

—¡No, Rosita! Eso hacen los cobardes. Nosotros vamos a estar allí con nuestros compañeros. No organizamos ninguna huelga, nada de eso, solo vamos a presentarnos porque nos van a recibir. No sé por qué están tan preocupadas —dijo el Tano.

—Y, por todo lo que pasa, *turulo* —dijo Celide—. Nosotras vamos al trabajo con miedo, hace dos días entraron y sacaron a tres de nuestras compañeras, se las llevó la policía. Nunca más nos dijeron nada ni se habló del tema. ¿Qué te parece?

—Sí, y por lo que nos pagan... —completó Rosa María.

Teresa les hizo miles de recomendaciones. Les imploró que ante cualquier disturbio se escaparan. Se despidieron con fuertes abrazos.

Ninguno de los tres habló durante todo el camino.

Cuando estaban llegando vieron que algo raro pasaba. Había mucha gente aglomerada en la puerta. No era precisamente lo que tenían en mente los muchachos. Se arrimaron con desánimo y preguntaron.

—¿Qué pasa? —quiso saber Moncho.

—Las puertas están cerradas y parece que no nos van a recibir nada —contestó uno de los

jóvenes que estaba allí apostado.

El panorama era poco alentador. Otro de los muchachos le comentó a Moncho que no solo no los iban a recibir, además había unos matones en la puerta para que no ingresaran.

El calor no ayudaba, el clima de intolerancia crecía. Los obreros estaban apretados en la entrada, reclamando por la reunión que les habían prometido. Nada. Nadie salía y nadie entraba. Ni siquiera les comunicaban lo que tenían pensado hacer.

Se quedaron emplazados allí mientras se sumaban más personas. Cuando llegó la hora de la salida del primer turno, algunos pechaban para salir, y los que estaban afuera pechaban para entrar. Se armó tal revuelo que los muchachos se perdieron de vista entre ellos. Los mentados "guardias blancos" que había contratado la patronal comenzaron a reprimir a los que querían entrar. Los obreros no se dieron cuenta de dónde habían salido, en qué momento aparecieron, pero de repente eran un montón de hombres con cachiporras y armas, abriéndose paso en la multitud. Ya no se distinguían los que querían salir de los que querían entrar. La situación era confusa y estaba todo muy revuelto. A los matones pronto se les sumó la policía. Los golpes, las patadas, los culatazos y hasta disparos empezaron a dispersar a los manifestantes. Pepe comenzó a buscar a los muchachos y no los vio, sintió un golpe fuerte en la cabeza y quedó tirado en el piso.

El Tano pudo escapar apenas se armó el revuelo, y nunca más vio a sus amigos. Cuando Moncho giró la cabeza vio cómo Pepe caía al piso, corrió a ayudarlo, tropezó y quedó tirado sobre él. Con su cuerpo, intentó cubrirle la cabeza como pudo, todos pasaban por encima de ellos y de todos los que estaban tirados en la calle. En un momento sintió una patada en las costillas. Se dio vuelta y vio a un policía, con ese casco redondo en la cabeza que le daba una apariencia seria y ridícula al mismo tiempo.

—¡¿Qué hacés, infeliz, no ves que estoy en el piso?! —le gritó mientras Pepe comenzaba a reaccionar. Los levantaron a los dos, los pusieron junto a otros veinte que ya habían detenido y separado y los llevaron a la comisaría.

El Tano esperó un rato en la vereda, pero sus amigos no regresaban. Volvió al establecimiento, espió desde la esquina, y ya no quedaba nada, solo los destrozos. Cuando estaba por regresar se cruzó con uno de los muchachos conocidos.

—¿Qué pasó? No encuentro a Pepe ni a Moncho.

—Están presos, se llevaron a unos treinta más o menos —le dijo.

El Tano salió corriendo para su casa, tenía que decirles a las chicas, ver qué hacer...

Llegó a la casa descamisado, transpirado y asustado. En cuanto entró vio a las cuatro listas para comenzar a hacer rodar el mate. Se apoyó en el quicio de la puerta, estaba exhausto, había corrido con un loco. Juntó fuerzas y soltó:

—¡Moncho y el Pepe están presos!

—¡No puede ser! Pero, claro, no va a poder ser si son más pelotudos que ustedes mismos.

¿Qué hacemos ahora? ¡Vamos a buscarlos! Tenemos que sacarlos de ahí ¡Ay, Dios del cielo, qué *pelonfai* que son estos dos! —decía Mecha a los gritos.

—Vamos —dijo Teresa ya en la puerta.

Salieron los cinco, atropellándose.

—Vos no podés ir, te van a dejar del otro lado, te quedás acá tranquilito —le aclaró Rosa María al Tano—. Nosotras nos encargamos.

El Tano se quedó mirándolas con una sensación de impotencia total. Las vio salir a las cuatro caminando, que ocupaban el ancho de toda la calle. Serias, puños cerrados y ceños fruncidos.

Recorrieron varias comisarías hasta que dieron con ellos. Pidieron hablar con el jefe; las atendió un cabo en la oficina del jefe. Hablaban todas al mismo tiempo, hasta que Celide rompió en llanto, las gallegas insultaban a todos y Rosa María trataba de explicar por qué estaban allí. Terminaron las cuatro en otro calabozo por desacato a la autoridad.

Rosa María no lo podía creer. Encerradas, los muchachos también y el Tano esperando en la casa. ¿Qué iban a hacer? ¿Cómo saldrían de ahí? Con las barbaridades que le había dicho Teresa al oficial no las iban a dejar salir nunca más.

Fue una noche muy larga. Celide se tapaba los oídos cuando escuchaba cómo torturaban a los hombres y las mujeres en el cuarto vecino. Muertas de miedo y rezando para que no les tocara a sus muchachos pasar por esa tremenda e inolvidable experiencia transcurrieron otra vez el dolor, la incertidumbre, la desesperanza.

Los abogados de la Federación Obrera presionaron con todo tipo de artimañas para que los detenidos fueran puestos en libertad. No salieron todos, los más *pesados*, como les decían a los líderes, quedaron presos. Fueron liberados veinticinco.

Se encontraron los siete parados en la vereda, sucios y muy enojados. Se abrazaron.

—¿Qué hacen ustedes acá? —preguntó Moncho.

—Vinimos a buscarlos y nos dejaron *encalabozadas* toda la noche —dijo Celide.

Rosa María no la corrigió, solo sonrió. Se sentía agotada. Tenían que esperar un ratito más para firmar unos papeles y luego se podían ir.

Se separó de sus amigos e ingresó, se detuvo un instante para escuchar cómo hablaba el abogado de la Federación. Quedó atrapada de sus palabras, de su sed de justicia. Enseguida se puso a disposición para ayudar en lo que fuera necesario. Sí, estaba lista para involucrarse. Toda la noche con olor a pis, los gritos desesperados de fondo más los últimos sucesos habían cambiado sus prioridades.

Luego de intercambiar nombres y direcciones con el abogado salió del lugar.

Todo empeoró a partir de ese momento. El listado de los presos salió publicado y todos se quedaron sin trabajo, Teresa y Mecha no pudieron regresar a sus labores en el taller, a Rosa María y a Celide las esperaban con la noticia de que el trabajo había mermado tanto que ya no las necesitaban.

Esa fue una de las pocas noches en las que estuvieron sentados los siete alrededor de la mesa sin hablar. ¿Y ahora? ¿Cómo seguían? Había que pagar el alquiler. Comer, vivir. Eran jóvenes, fuertes y con actitud, pero no tenían trabajo. ¿Qué es lo que habían hecho mal?, se preguntaban en silencio.

Rosa María suspiró, se acomodó en la silla y levantó la cabeza.

—Hermanos, ustedes son hermanos para mí. Son lo único que tengo. Hemos pasado por cosas impensadas. Si miramos hacia atrás no entenderíamos cómo hoy aún estamos en pie. Por eso les pido que sigamos. Ya hemos perdido mucho. Creo que ya no tenemos más para perder. Vamos por nuestros trabajos. No nos pueden pisotear, echar a patadas, tirar a la basura como si fuéramos desechos. Somos personas, tenemos derechos. ¡Mañana mismo vamos a la Federación y nos unimos a los obreros! ¡Tenemos que recuperar nuestros trabajos! Pero antes nuestra dignidad —decía con euforia Rosa María—. No sé por qué ser comunista te puede costar la vida, solo sé que quiero trabajar y que se me trate con justicia. Nada más. Si Lenin era un loco o un sabio, se lo dejamos a Dios. Nosotros no tenemos tiempo de predicar filosofía de vida, necesitamos vivir. No nos vamos a quedar aquí como unos tontos, escondidos. Se acabó. Yo me equivoqué varias veces, pero ahora no, siento la certeza aquí —se golpeaba el pecho— de que tenemos que salir, acompañar y luchar por una vida mejor. Anarquismo, comunismo, yo solo quiero leyes dignas y trabajo para todos. Y creo que eso lo podemos conseguir si logramos concientizar a la comunidad de que se debe trabajar firmemente en la justicia social. Justicia para la sociedad. Dignidad humana, igualdad de género, trabajos justos.

Todos se quedaron mirándola con la boca abierta. Ella misma se sentía extraordinariamente rara. ¿Pero qué estaba diciendo? ¿De dónde salían esas palabras? Brotaban de su boca como si su corazón se las dictara.

—¡Vamos, Rosita! Así me gusta. ¡Esa es la Rosita que yo conocí, joder! —acompañó Mecha, que ya estaba vociferando parada al lado de ella.

—Creo que estoy entendiendo. Al principio no me daba cuenta. Pero ahora sí. Los *bacanes* nos necesitan. Ellos creen que por haber nacido en lugares diferentes, por haber tenido acceso a la educación, son superiores a nosotros. Creen que por tener mucho dinero tienen el derecho de no trabajar. Y también creen que el trabajo debemos hacerlo los pobres sin estudios, seamos hombres, mujeres o niños, bajo las condiciones que ellos quieren. ¿Entienden? Lo mismo pasaba en el burdel, nos obligaban a prostituirnos. A veces tengo la sensación de que Buenos Aires es como un país en sí mismo. Nosotros, o yo, que vengo de una provincia tan diferente… —se quedó pensativa unos segundos—, pero bueno, eso no importa ahora.

Todos seguían mudos, escuchando. Moncho pensaba: “¿De dónde sacó tantas palabras y conocimientos esta mujer?”. Al él le llevaba media hora poder hilvanar una oración completa y con sentido.

—¡*Pa*, Rosita! Me dejaste mudo *nomá* —exclamó Moncho—. Cuando la Celide me dijo que

eras estudiada no le creí. Pensé que eras agrandada *nomá*.

—Tiene razón la Rosita, nosotros para ellos somos como burros de carga. El problema es que no sabemos hacer otra cosa, solo la voluntad nos acompaña —agregó Pepe.

—Pero es que con la voluntad todo el resto aparece, la voluntad es la madre de… —pensó un momento— bueno, de todas las palabras —agregó el Tano—. Mi tío siempre me dijo que sin voluntad no hay nada, ni vida.

—¿Qué, vas a convertirte en una de esas mujeres que fuman, toman ginebra y salen con los hombres a decir palabras? Ay, Rosita —Teresa aún estaba impactada por las palabras que había escuchado.

—No, Teresa, voy a trabajar con los de la Federación. La FORA es una agrupación muy grande, está en todo el país y creo que en Uruguay también. El abogado me dijo que puedo ayudar mucho. Él pertenece a la Federación de los socialistas. Es como si tuviera varios brazos, ¿entienden?

—¿Y qué vas a hacer, Rosita? Yo también quiero estar ahí —dijo Mecha.

—No lo sé, pero estamos todos desocupados, vamos, ayudemos. Tal vez sea una puerta para conseguir algo de dinero para vivir. No lo sé… la verdad es que no lo sé, hermanos. Ojalá pudiera volver el tiempo para atrás y estar en mi casa, en Salta; solo que los sumaría a todos ustedes.

Esas últimas palabras de Rosa María bajaron la tensión en el rostro de todos. Sonrieron.

—¿Y por qué no nos vamos? Al campo, o a Salta… —decía Teresa entusiasmada.

—Porque lo que está pasando aquí está pasando en todo el país. La situación del trabajo está fulera en todos lados —agregó el Tano—. Ya estuve averiguando.

Suspiraron.

—Tenemos que fraccionar la comida y yo ya tengo la plata para pagar el alquiler. Disponemos de un mes para resolver nuestras vidas. ¡Un mes! —terminó Rosa María—. O en febrero estamos todos en la calle.

Se organizaron con entusiasmo, hambre y miedo. Tomaron mates y repasaron la estrategia. Todos apoyarían a los muchachos; si recuperaban los trabajos en los Talleres, ellas podrían comprar una máquina de coser y trabajar desde la casa. Dentro de toda la tragedia, si todo salía como ellos habían planeado, estarían muy bien.

Al día siguiente y *con la fresca*, como decía Pepe, salieron los siete, ellas con sus vestidos grises y largos, y ellos con saco y gorras a pesar del calor. Tuvieron que implorarle a Celide para que se sacara el pituco sombrero francés que insistía en ponerse.

Se reunieron con los otros obreros de diversos gremios. Participaron en las reuniones, colaboraron en la confección y distribución de folletos.

Rosa María se comprometía cada minuto más con la causa. Cuando veía a las madres, con sus hijos pegados a sus faldas, reclamando por los derechos de los trabajadores se le partía el

corazón. O cuando los niños de diez, once o doce años caminaban a su lado, en la calle, pidiendo por la baja de horas de trabajo, cuando en realidad tendrían que estar estudiando y disfrutando de su niñez. Cada vez eran más y más obreros los que estaban en la misma situación. ¿Y el presidente que había ganado las elecciones gracias a muchos de los trabajadores que hoy salían a reclamar sus derechos? El silencio del gobierno era desalentador.

Los sindicatos y las federaciones anarquistas ya no discutían sus diferencias, unían sus fuerzas para reclamar por los obreros. Todo se les escapaba de las manos, a todos.

CAPÍTULO 30

Luego de conversar un largo rato en la sobremesa, don Juan padre y su futuro consuegro llegaron a la conclusión de que lo mejor sería llevar a las dos familias a veranear a Mar del Plata y luego regresar directamente a la quinta a pasar el verano.

—Buenos Aires está tomada por los obreros —dijo don Juan—. Es más seguro no estar. Esto en cualquier momento estalla. Mi hijo insistió en quedarse a supervisar nuestros negocios y me parece bien, pero nosotros deberíamos irnos. En las calles solo hay huelguistas, ya no se puede ni transitar.

Siguieron conversando y ultimando detalles para el viaje. Juan hijo se sintió aliviado de no tener que compartir las vacaciones familiares. Un poco de descanso le venía muy bien. Las mujeres lo correteaban por todos lados para organizar la gran fiesta de compromiso. Para terminar el asunto les había dicho que sí, que organizaran la fiesta para mediados de enero, en Mar del Plata, antes de instalarse en la quinta. Juan seguía el camino marcado por su madre. Todos la obedecían sin reparos cuando estaba; eso era mejor que tener que aguantarla despotricando en francés.

Su madre y sus hermanas hicieron transpirar a la servidumbre, dieciocho valijas de las grandes, llenas de ropa, más las cajas de los sombreros, zapatos y carteras. Una mudanza, eso era.

Cuando la mansión quedó vacía, el mate fue nuevamente su compañero.

No había dejado de pensar en Rosa María ni un segundo. La había buscado en cada milonga. Comenzó a leer la prensa anarquista, para ver si podía enterarse de algo. Se había anotado en una libreta los nombres de los amigos de ella para no olvidarlos. Hasta que recordaba que tenía un pasado como prostituta. Entonces le salía el macho de su interior y se le nublaba la vista. Pasaba del amor al odio en un segundo. Su mente perversa lo aturdía: visualizaba a Rosa María desnuda, abrazada a cualquiera, siendo penetrada por otro hombre, riendo. Esas imágenes lo volvían loco e impulsivamente tiraba lo que tenía en su mano. Y ahí, su amiga, gran amiga, la bebida, el trago de lo que fuera, lo que hubiera en el bargueño. Bebía, y luego de la tercera copa por fin aparecía el descanso, la paz.

Peter acababa de llegar, habían acordado juntarse allí para completar las listas de empleados que

tenían autorización para ingresar al frigorífico. Además debían tomar nota de los agitadores; los que habían despedido tenían prohibido ingresar al establecimiento. Luego se juntarían con el resto de los muchachos en la confitería La Victoria.

Últimamente cuando Juan estaba sobrio preguntaba y cuestionaba todo lo que se decía. Cuando llegó el momento de repasar la lista, obligó a Peter a detenerse en cada legajo y analizar cada caso en particular. Terminada la tarea, Juan propuso reintegrar a cinco. Peter puso el grito en el cielo y dejó en suspenso la decisión hasta que sus padres regresaran de sus descansos de verano.

—¿Por qué querés devolverles el trabajo, estás loco?

—Porque no hay pruebas suficientes de que son agitadores.

—¡Claro que sí! Los vieron conversando con los que organizaron la última huelga.

—Peter, eso no es prueba suficiente para dejar a un hombre sin trabajo.

—¡No te entiendo! Mejor vamos, nos esperan los muchachos…

Llegaron a la confitería en el momento en que la reunión estaba comenzando. Aldo dijo algunas palabras para iniciar y luego cada uno habló y puso sobre la mesa la lista con nombres, con direcciones de imprentas y diarios, otros aportaron información con direcciones y horarios de las reuniones pactadas.

Jorge tenía una lista propia y otra que le había dado su padre; le había encargado especialmente que se hicieran cargo de sus asuntos. Eran los nombres de tres comunistas que habían llegado hacía unos meses; adjuntó sus direcciones y los antecedentes que se tenía de ellos. Uno de esos hombres había viajado a Santa Fe. Tenían que cazar a los otros dos antes de que desaparecieran sin dejar rastro. Tenían esa particularidad, un día estaban en un lugar y luego desaparecían. Eran muy peligrosos.

—¡Sí! ¡Tenemos que terminar con esta *calaña* de sucios comunistas y vagos agitadores de mierda! —gritaba Aldo.

—¡Viva la patria! —dijo Rubén con entusiasmo.

—Nosotros hacemos la patria. ¡Tenemos que limpiar las calles y los barrios de esta mugre, tenemos que mandárselos de vuelta a los europeos! Y que ellos nos manden si quieren a los abogados, arquitectos, no a estos animales. Que se queden ellos con sus pobres. ¡Comunistas, bolcheviques, marxistas, todos son zurdos comunistas, fuera!

Juan solo escuchaba. Había estado releyendo ávidamente las teorías de Marx. Y estaba seguro de que no correspondía confundir o mezclar el marxismo con el bolchevismo. Los bolches dejaban atrás o pasaban por alto varias premisas importantes del socialismo de Marx.

Les propuso a los muchachos revisar detalladamente las listas. En realidad lo que pretendía era

profundizar un poco más y determinar si realmente se trataba de agitadores o eran simples trabajadores luchando por su trabajo.

Cuando escuchó esa propuesta, Aldo estuvo a punto de lanzarle la copa de whisky que tenía en la mano. Jorge y Rubén se quedaron callados, definitivamente algo le pasaba a Juan. Ya no era el de siempre.

—Bueno, como quieran. Pensé que tal vez un poco más de detalle nos vendría bien. Para conocer… —aclaró Juan cuando se dio cuenta de que todos en la confitería lo miraban con extrañeza. Le quedó claro que no había lugar para la discusión o el debate. El fundamentalismo dominaba. Las cosas eran así. Punto.

Fumaron, bebieron y acordaron un itinerario. Luego salieron en sus elegantes autos negros, uno detrás del otro, a la zona baja. Habían dividido el lugar en “puntos de ataque”, así los llamaban.

A Juan, Aldo y Peter les tocó ir a desarmar una reunión en una de las sedes de la FORA en la que estaban organizando la gran huelga.

Cuando llegaron al emplazamiento se dieron cuenta de que ellos eran tres y en la reunión había presentes más de cincuenta personas. Así que se bajaron del automóvil y comenzaron a disparar al cielo para ahuyentarlos. La multitud se dispersó rápidamente, corriendo, intentando escapar de los tiros. Antes de que la reunión estuviera completamente diluida, Juan aceleró y se alejó del lugar.

Apenas habían circulado unos metros se les cruzó una mujer, aferrando una escoba, con gesto amenazante. Aldo enseguida saltó del auto y comenzó a perseguirla empuñando su Colt, mientras la desgraciada mujer intentaba pegarle escobazos y lo maldecía en algún idioma inentendible.

Juan, a los gritos, le pedía que subiera, así podían proseguir su camino, pero Aldo estaba muy entretenido. Le arrancó la escoba de las manos y la rompió con violencia. La mujer se quedó paralizada. Aldo, con la mirada enardecida, se acercó un poco más, le apuntó a la cabeza y disparó. La mujer cayó hacia atrás y quedó tirada con los brazos abiertos en cruz, la escoba rota a su lado y un hueco en la frente.

—¡Vamos, vamos! —gritó Algo mientras se trepaba al auto.

—¡Vos estás loco! ¡¿Qué te pasa?! ¡La mataste! —exclamó Juan rojo de ira.

—Pero ¿no viste lo que hizo la puta esa? —gritó Aldo.

Cuando llegaron a la zona del centro, Juan detuvo el auto con una violenta frenada.

—¡Se bajan, los dos! —bramó. Tenía los ojos inyectados de furia. Se agachó y buscó su arma debajo del asiento. Les apuntó.

Aldo miró a Peter y le hizo una seña. Se bajaron. Juan aceleró y se perdió de vista a la vuelta de la esquina.

—Se volvió loco. Eso pasa porque se ha criado sin padres que le inculcaran la moral. Su

madre solo tiene ojos para París y sus dos hijas, y su padre no estuvo presente jamás. ¡Pobre infeliz! —dijo Aldo para justificar el bochorno de quedarse los dos ahí, parados en el medio de la calle.

Llegó a la mansión. Buscó una copa y una botella y se dirigió hasta una de las pérgolas del jardín. Allí se sentó, apoyó la espalda sobre el almohadón pegado al respaldar del sillón de hierro y tomó aire profundamente.

Pensaba, fumaba. No podía deshacerse de la imagen de esa desgraciada mujer muerta sobre los adoquines. ¿Qué sería de su familia? Los recientes hechos lo atormentaban. Definitivamente Aldo no tenía escrúpulos. Tantos años de amistad y hoy lo sentía como un desconocido. No se mata así a una persona. Estaba loco, loco de remate. Sentía un gusto amargo subir por su estómago y terminar en su boca. Le sobrevino una ineludible arcada. Esa mujer tirada en el piso. Muerta. Muerta. ¡Por Dios!

Era como si finalmente un gran velo negro que durante mucho tiempo había cubierto sus ojos hubiera caído y entonces ahora sí podía ver el horizonte.

Algunas ideas iban tomando forma en su cabeza. El capitalismo fue necesario para el crecimiento del país, las industrias, el desarrollo. Pero claro, eso aumentó de golpe la clase trabajadora. Y ahí estaba la cuestión. No pudieron acordar cómo seguir, se les había ido de las manos a todos. Los trabajadores, la mayoría, se fortalecieron, se sublevaron. Es lo que estaba pasando, pero ¿qué hacer? Era el momento de acordar, no de salir a matar —pensaba Juan—. Esa era un poco la propuesta del gobierno. Aunque ya era tarde, la guerra entre clases había estallado. Los muchachos no entendían que estaban generando una guerra, ellos insistían en que estaban limpiando su patria.

Había tomado una decisión. Sabía que las consecuencias no iban a agradarle ni a su familia ni a su entorno. Él no era un asesino, no era un tirano. Era un individuo que a partir de ese momento iba a seguir sus propios instintos, como un verdadero hombre de bien.

CAPÍTULO 31

Era muy temprano cuando Moncho se levantó y agitó a todos en la casa.

—¡Vamos! Hoy es el día —decía.

Mientras se alistaban, Teresa preparó mate cocido y lo repartió entre todos.

—Nosotras vamos con ustedes —aclaró Rosa María.

Salieron juntos, pasaron a buscar al Turco y otros compañeros. Se juntaban en Cochabamba y La Rioja para prohibir el paso de los convoyes que venían de Pepirí y Santo Domingo con la materia prima para los Talleres Vasena. Con esta medida pretendían conseguir la tan esperada reunión con la patronal. Querían, al menos, negociar la propuesta que tenían en sus manos. Conversar. Estaban abiertos a las formas, habían sido pacientes.

Esta vez no podía fallar. Lo que había empezado como suspensiones luego fueron represiones y ya hacía más de un mes que estaban de huelga. Los últimos intentos de llegar a un arreglo fueron desestimados por la misma patronal. Algo tenía que pasar. Algunos de los puntos iban a arreglar. Incluso se comentaba que reducirían las horas de trabajo de once a nueve. Era algo.

—Que las chicas se regresen —dijo el Tano—. Me parece que acá va a haber *trifulca* de la fuerte.

Teresa lo miró, colorada, transpirada y con una sonrisa.

—Juntos para siempre —le dijo.

Siguieron en silencio. Se fueron encontrando con otros trabajadores en el camino. El ambiente se sentía raro. O la tensión de la espera de los mismos trabajadores lo ponía raro.

Sin comer, y apenas con un poco de mate cocido en la panza, estaban allí con todo el resto. Expectantes. Asustados, exasperados.

Cuando aparecieron los convoyes con la materia prima, venían rodeados de policías a caballo, bomberos y crumiros, como llamaban a los rompehuelgas. Los obreros se quedaron sorprendidos, no se esperaban tanto despliegue.

Enseguida el Tano se dio cuenta de que no iban a poder contra todos ellos, pero ya era tarde. Otra vez habían fracasado, otra vez los estaban esperando. Los policías empezaron a disparar. Los obreros reaccionaron y comenzaron a correr, a tirar piedras, a defenderse como podían. Todo era una gran confusión, los caballos pisoteaban a los caídos. Las balas silbaban sin dirección, al que le tocaba le tocaba. Rosa María estaba con Celide, buscaron dónde guarecerse, se agacharon y se taparon la cabeza. Permanecieron quietas. Mecha y Teresa se quedaron con los muchachos,

un poco más alejados. Rosa María se levantó para ver, y lo que vio le paralizó el corazón. Pepe caía al piso, con el cuello cortado por un sablazo en manos de un policía a caballo. Desesperadamente comenzó a buscar con la vista a Mecha y a Teresa. Pero entonces sintió un golpe seco en la cabeza y todo fue oscuridad.

El tiempo pasaba y el disturbio no cesaba, los gritos eran desgarradores. Rosa María despertó del desmayo y se puso de pie lentamente. Aún había gente. Vio a Mecha correr hacia donde estaba Pepe, tirado en el piso, boca arriba, con un charco de sangre debajo de la cabeza. Se inclinó sobre él y apoyó su cabeza en el pecho llorando a los gritos. Rosa María se acercó corriendo, quiso levantarla y sacarla de ese lugar. No podían hacer nada, Pepe ya no estaba en este mundo

—¡Vamos, Mecha! ¡Van a volver! ¡Busquemos al resto! —exclamaba Rosa María mientras la tironeaba del brazo.

—¡No, no lo voy a dejar acá solo! —decía Mecha.

No la pudo convencer, así que entre las dos y con la ayuda de unos niños que estaban por allí acarrearon a Pepe durante unas cuadras. Se alejaron del lugar.

Rosa María estaba desolada, le temblaban las piernas, no había vuelto a ver a nadie. ¿Dónde estaban todos? ¿Qué había pasado? Tenía la ropa llena de sangre. Era una pesadilla.

Unos compañeros de la FORA anarquista le ofrecieron ayuda y usaron la bandera roja para trasladar a Pepe a la casa de un buen hombre que quedaba cerca, y luego salieron para colaborar con el resto. También estaban los de la FORA socialista. Pudo ver al abogado con el que había conversado. Enseguida le hizo señas y cuando estuvo cerca le preguntó si había visto a alguno de sus amigos. No los encontraban. Mientras buscaban, ayudaban a trasladar a los heridos y los muertos hasta un lugar en común, para que las familias luego pudieran identificarlos. No querían dejarlos a merced de la policía.

Rosa María sentía que las piernas se le aflojaban cada vez más. La sangre ya se endurecía en sus prendas. Una guerra, eso era.

—¡Rosita!

Se dio vuelta y los vio. Allí estaban Celide, Teresa, el Tano y Moncho. ¡Ah, el alma le volvió al cuerpo! Rosa María les contó lo sucedido y les indicó dónde estaba Mecha y los restos de Pepe.

Una vez allí, reforzaron la bandera que les servía de camilla. Los seis rodearon el cuerpo de Pepe, Moncho le tapó el rostro con su sombrero, y luego lo levantaron, tomando los extremos de la tela. Así lo llevaron hasta la casa.

Estaban tan embroncados que no se soportaban a sí mismos. Con el alma entumecida de dolor, limpiaron el cuerpo de Pepe, le pusieron su mejor pantalón y un saco y le taparon el cuello con un pañuelo. Mecha tenía la mirada perdida. No podía creer que su Pepe estuviera muerto. Lo tocaba, le hablaba. Su vida se iba con él. Sus ilusiones, su familia, todo. Todo.

—Estoy cagada por un elefante. Pobre mi Pepito, ahora que estábamos juntos. Teníamos tantos planes. ¡Hijos de puta! ¡Hijos de PUTA! Me destruyeron la vida. El Pepe no era más que un pobre trabajador. ¿Qué se creen? ¡Los quiero matar a todos! —gritaba Mecha. No tenía consuelo.

Desconsuelo, eso sentían. La muerte les había tocado la puerta a ellos. Los vecinos empezaron a llegar apenas se enteraron de la noticia. Les trajeron comida y luego les avisaron que podían llevar a Pepe al centro socialista en la calle Loria. Allí iban a velar a algunos de los muertos, y los otros en la calle Alcorta. También les dijeron que la misma agrupación obrera les iba a proveer un ataúd.

En un carro viejo y tirado por un caballo llevaron a Pepe, con Mecha sentada a su lado, pues no pudieron desprenderla. Al costado caminaban los cinco, tomados de la vieja y ruidosa madera del carro. Con la mirada fija en el piso. Algunos vecinos se unieron a la procesión.

Rosa María sostenía la mano de Mecha. Nunca en su vida imaginó que terminaría velando a un amigo en un salón vecinal, rodeada de gente que no conocía; es más, ni siquiera hablaban en el mismo idioma. Miraba los rostros de los presentes. ¿Qué veía? Resignación, humillación. Una mujer joven, llorando, con dos niños sentados en sus rodillas. ¿Lloraría de la bronca tal vez? Sola en este, su nuevo mundo. ¿Y ahora qué? ¿Por qué las personas se tomaban tan en serio el rumbo del dinero y no así el rumbo de la humanidad? ¿Cómo no podían dialogar, conversar, acordar? ¿Cómo podía esa mujer ser una amenaza a la democracia? Tan cegados estaban todos que no podían detener la guerra que los estaba masacrando.

Moncho se acercó y le ofreció un jarro de lata que contenía agua fresca. Bebió y siguió acariciando la mano de Mecha que seguía llorando a su amado Pepe.

Capítulo 32

En otro extremo de la ciudad y bajo el mismo y caluroso sol, Juan tomaba mate y ojeaba los periódicos mientras esperaba a Rubén.

Su amigo llegó antes de lo acordado.

—¡Vamos, Juancho! Todo está que revienta. Hace un rato se armó quilombo en los Talleres Vasena.

—¿Qué pasó? Hablá despacio.

—Tenemos que ir ahora. Me avisó Aldo, nos esperan en la comisaría de siempre. Tenemos que darles una mano. La policía no pudo con todos, hubo muertos. ¡Qué los parió! Estos insurrectos se multiplican a la orilla del río como ratas. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Más muertos? —preguntó Juan.

—Mientras más muertos, más rápido van a aprender la lección —decía Rubén—. ¡Dale, vamos a enseñarles a esos haraganes!

—Pero no me estás diciendo qué pasó realmente.

—Quisieron frenar la producción de los Talleres Vasena, ¿podés creer semejante atrevimiento? Gracias a Dios que estaban preparados y se pudieron defender, si no hubiera sido una masacre. ¡Vamos!

Juan tuvo el instinto de decirle que no. Pero luego pensó que si iba podía enterarse de lo que pasaba realmente y de alguna forma tal vez colaborar.

Salieron en el auto de Rubén. Se juntaban en la comisaría, les habían anunciado que al fin el jefe de la Segunda División del Ejército, el general Dellepiane, les daba vía libre para actuar, era una bendición.

Caos en Buenos Aires, ¿guerra?, sí, entre civiles de diferentes estratos sociales. ¡Qué ironía!

Llegaron a la comisaría, estaban todos reunidos en la parte trasera. Juan se detuvo a escuchar a uno de los sargentos, un hombre fornido y retacón que apenas lo vio se le acercó y se le colgó del hombro como un chimpancé.

—¡Pase, niño! Atrás están todos. ¡No sea temeroso!

Juan se asomó y vio a dos hombres sentados en una silla, ambos con las manos atadas por detrás y con pañuelos que les tapaban los ojos. Del otro lado, algo apartados, dos oficiales cuchicheaban. Juan miró al sargento.

—¿Quiénes son estos? —preguntó.

—Ah, estos son dos cabecillas rusos. Los detuvimos recién. Casi se nos escapan. El resto está trabajando, todavía luchando con esta mierda.

Juan asintió con la cabeza y siguió caminando. “Cabecillas rusos”, pensó. Regresó sobre sus pasos.

Qué mal estaba todo. Qué mal seguía todo.

Llegó a donde estaban reunidos los muchachos, había caras nuevas que Juan no reconocía. Todos llevaban sus brazaletes bicolor, estaban armados con palos, carabinas, hasta cachiporras tenían, y en algunas cinturas, enganchadas en los finos cintos de cuero, podían verse algunas Colt.

Se los notaba excitados. Los oficiales gritaban “¡Viva la patria!” y todos replicaban lo mismo.

—¡Que viva para siempre la Guardia Blanca! —gritó el sargento, endulzado hasta los dientes con la plata de los ricos.

—¡Viva!

¿De qué patria estaban hablando? ¿Acaso Belgrano, San Martín y todos los soldados que lucharon incansablemente para regalarnos una patria estarían de acuerdo con lo que estaba pasando? ¿Acaso matar a los hombres es igual que matar las ideas? ¿Alguno de los muchachos que estaban allí, listos para salir a la cacería del ruso, del cabecilla, del ácrata, del comunista, del bolchevique, tenía alguna idea de por qué hacía lo que hacía? ¿Acaso alguno sabía lo que significaba cada una de esas palabras?

Se fueron a los Talleres Vasena gritando “¡Viva la patria!”.

Juan se hizo el distraído y logró que no lo incluyeran en ninguno de los grupos de ataque. Cuando pudo, y sin que nadie se diera cuenta, se escabulló y regresó a su casa en un coche de alquiler. Buscó su auto y salió de nuevo. Se detuvo frente a la humilde casa de la secretaria de su padre. Esa mujer había estado presente en su vida desde que él nació. Silenciosa, aplicada y soltera, era absolutamente incondicional con la familia. Tocó la puerta y luego ingresó. Allí estuvo un buen rato. Luego regresó a la mansión, se sacó el traje, se vistió con pantalón y camisa y le pidió a su chofer —Cirilo— que lo llevara. Sacó el papel que tenía en el bolsillo y le leyó las dos direcciones. La primera era “La Casa del Pueblo Socialista”, en la calle Loria 1341. La segunda dirección era otro sindicato, en la calle Alcorta 3483.

—Vamos primero a la calle Loria —dijo.

Estaba caminando la historia, pero del otro lado. La secretaria de su padre le había contado todo lo que había sucedido y lo que podía pasar si no frenaban los enfrentamientos.

Se dio cuenta de que era el lugar porque había gente hasta en la vereda. Se bajó del auto. Se acercó a escuchar. No era lo mismo escuchar lo que había pasado que estar ahí. El corazón le latía fuerte. ¡Por Dios! Lo que veían sus ojos era devastador. Jamás en su vida había estado en un lugar como ese. ¡Por Dios! “Pobre gente”, pensaba. Tuvo el instinto de recogerlos a todos, de llevarlos a su casa, de reconfortarlos. No podía seguir allí, viendo cómo las personas velaban a

sus seres queridos, eran muchos, muchos… Caminó hacia la puerta y se tropezó con un niño. Lo tomó de los hombros para que no se cayera. De lo que Juan no se dio cuenta es de que justo detrás de él, sentada en el piso, con la espalda contra la pared y la cabeza entre las rodillas rodeadas por sus brazos estaba Rosa María. Como si fuera el llamado de un ángel, Rosa María levantó la cabeza y vio a un hombre que se alejaba. “¡Juan!”, pensó. Pero no, vestido así y caminando en este lugar, no podía ser… Volvió a hundir la cabeza en las rodillas.

CAPÍTULO 33

Rosa María tenía los ojos irritados por tanto llorar, la nariz colorada y el corazón roto. Veía a Moncho y al Tano sentados en el suelo, justo frente a ella. El Tano tenía la gorra en la mano, el brazo apoyado en la rodilla y la cabeza inclinada hacia el piso. A su lado, Moncho yacía con la espalda pegada a la pared, las piernas extendidas en el piso y la mirada perdida. El sombrero que usaba siempre se lo había dejado a Pepe. Desazón, eso contaba su cara. Tenía los ojos hinchados de contener las lágrimas. "Los hombres no lloran", le habían enseñado en el Patronato de la Infancia cuando era pequeño. ¡Qué desesperanza!

El diputado socialista Mario Bravo y los cronistas de los diarios *La Vanguardia* y *Mundo Argentino* se encargaron de verificar y contar cómo había sido la masacre.

Decenas de sindicatos de las dos FORA repudiaron el ataque y declararon huelgas para concurrir al entierro de los muertos, al día siguiente, en el Cementerio del Oeste.

Durante el resto de la mañana Rosa María, Celide y Teresa se quedaron acompañando a Mecha, que no se despegó un segundo del ataúd de Pepe. El Tano salía y entraba. Estaban todos transpirados, pero con sus sacos y gorras en la mano, mostrando respeto a los muertos, a las viudas, a los hijos, a las madres, a las novias.

—¿Qué está pasando? —preguntó Rosa María a Moncho.

—No sé, Rosita, todavía no puedo aceptar que el Pepe esté *encajonao* ahí. Me duele acá, mucho —decía, haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas, y se tocaba el corazón—. Cómo se fue a descuidar, era un hermano *pa* mí, Rosita.

El Tano se acercó y le dijo algo en el oído a Moncho, luego volvió a salir.

—¿Qué te dijo?

—Que parece que no termina la cosa. El gobierno les pidió a los de los Talleres Vasena que negocien con nosotros. Esta noche hay otra reunión y parece que van a… —se atragantó con sus lágrimas—. ¿Te parece que a Pepe lo puede emocionar?

Rosa María lo abrazó y comenzó a acariciarle la cabeza. Era un grandote, de cabello negro y ojos saltones. Moncho se desarmó en el abrazo de Rosa María y comenzó a hacer unos sonidos muy raros. Parecía un burro.

—Llorá, Moncho, llorá a tu amigo, tu hermano. Llorá que hace bien.

Moncho liberó su llanto en el hombro de Rosa María, no podía parar, parecía que se iba a descomponer. Lloró, lloró y lloró.

Cuando se sintió mejor, tuvo tanta vergüenza ante Rosa María y toda la gente que enseguida bajó la mirada.

—Rosita, qué papelón —dijo.

—¿Cómo papelón? Ahora que te desahogaste te vas a sentir mejor. Hay que llorar, Moncho.

—Te lo pido por favor, no le digas a la Celide que lloré como un cachorro *abandonao,* ¿eh?

La muchedumbre, el calor, las volutas de humo de los cigarrillos, el aroma dulzón de algunas flores comenzaron a convulsionar el estómago vacío de Rosa María. Les avisó a las chicas que salía un momento, caminó hasta la calle. Se llenó los pulmones de aire.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. ¿Por qué lloraba? ¡Uf!, por todo. Por Pepe, por Mecha que otra vez tenía el corazón roto en mil pedazos. Por el destino que estaba ensañado con ellos. Por desear estar en el lugar de Pepe, cerrar los ojos y desaparecer para siempre.

Juan caminó sin consuelo. Las imágenes de las mujeres con pañuelos en la cabeza, los rostros pálidos por el hambre, lo perseguían. Sentía bronca, impotencia. Culpa. Esas personas, pobres, pobres… ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Tantas veces había acompañado a su padre al frigorífico, había visto a los trabajadores cargar las reses en sus espaldas. Había visto a las mujeres envueltas en uniformes especiales, desmenuzando las vísceras de las vacas, y nunca experimentó lo que sentía ahora. En su cabeza retumbaban las palabras de su padre: “¡Nunca les des la mano a estos, te agarran el brazo entero y te chupan toda la sangre de tu cuerpo!”.

No podía quedarse con los brazos cruzados. En cuanto llegó a la mansión, le pidió a Perla que le preparara canastos con comida y bebidas también.

Eran más de las dos de la mañana cuando subió a su auto, acompañado por Perla y Cirilo, su chofer, con todos los canastos, mientras el resto de los sirvientes lo contemplaban. Fueron derecho a los velorios. Primero al de la calle Loria, donde Perla entregó los alimentos.

—Esto es terrible, señorito Juan —le dijo la mujer al subir al automóvil.

Luego se dirigieron a la calle Alcorta y allí bajaron ambos. Juan quería involucrarse, sentir. Sentir lo ayudaba a entender, a comprender.

Vio a una mujer mayor, sentada en un banquito sin respaldar, vestida con ropas oscuras y un pañuelo en la cabeza. Miraba el piso. Juan tomó su mano y puso sobre ella el pan fresco con una abundante rodaja de queso. El contacto con la mano de la anciana lo llenó de gratitud. La mujer levantó la vista. Sus ojos claros le agradecieron, su rostro siguió terso y seco.

Regresó a su casa a las cinco de la mañana.

—Yo sabía que *usté* no era como su padre, señorito Juan. Ya le traigo un té —le dijo Perla.

CAPÍTULO 34

La información llegó, y de buena fuente, mientras los muer-tos eran velados por sus seres queridos, afuera seguía la incertidumbre. El Tano le contó a Moncho que los términos de la reunión de la noche anterior también habían fracasado. Los rumores hablaban de que los iban a emboscar en alguna parte.

En el velorio, las personas comenzaron a moverse, los que estaban sentados en el piso se levantaban y acomodaban sus columnas doloridas. Los niños lloraban y sus madres los consolaban. Empezaron a desenrollar las banderas rojas. Se pusieron los sacos, se acomodaron los crespones. Rosa María se puso de pie, una corriente gélida subió por su cuerpo y, a pesar del calor, le produjo escalofríos. Todo llegaba a su final, Pepe se iba a descansar en paz al cementerio. Ya no estaba, ya no lo verían más, solo iba a estar presente en el recuerdo de sus amigos, en el corazón de Mecha, en la letra de sus canciones. Caminó hacia donde se encontraban las chicas. Mecha estaba desconsolada, acunada en los brazos de su hermana.

Se organizaron para salir con el cortejo hacia el cementerio. Cada vez más personas se acercaban a acompañar a quienes habían perdido a sus seres queridos, los gremios, los sindicatos, los dirigentes. Eran una multitud.

El Tano estaba armado hasta los dientes y marchaba delante del cortejo junto a otros compañeros; habían organizado una “autodefensa obrera”. Si los rumores se confirmaban, al menos se defenderían.

Buenos Aires estaba de luto, las calles vacías, silenciosas. Los negocios cerrados. Algunos espiones por las ventanas veían pasar la multitud de obreros escoltando a sus muertos hasta el cementerio. La cantidad de personas era incontable. La masa obrera, la que sostenía la industria, la que hacía crecer una nación, estaba llevando a sus muertos. Muertos por reclamar un poco de dignidad, por no aceptar las reglas impuestas, a pesar del costo humano. Muertos por querer trabajar ocho horas en vez de once, por desear descansar los domingos. Muertos por reclamar sus derechos en pleno ejercicio de la democracia.

Rosa María sostenía a Mecha del brazo mientras caminaban detrás del féretro de Pepe, Moncho cargaba a su amigo junto a otros muchachos, y Teresa y Celide caminaban al costado del ataúd; con una mano sobre la madera y la otra con el puño cerrado en alto, repetían en sílabas:

—¡A-se-si-nos! ¡A-se-si-nos! ¡A-se-si-nos!

El todo se hacía uno. Desde arriba se veía una multitud humana, pincelada por las banderas rojas y los ataúdes.

Cuando llegaron a la altura de Yatay, frente a la iglesia, algunos manifestantes comenzaron a blasfemar en contra de Dios. Rosa María recordaba las palabras de su maestra de catequesis, la señorita Florentina: “Dios está siempre con vos”. ¿Y ahora, dónde estaba Dios? No le gustaron los insultos que escuchaba, pero los entendía. Las palabras seguían golpeando su mente: “Dios te pone a prueba, Dios te pide sacrificios… Dios, Dios”.

—¡Por favor, Dios, ten piedad de mí! —dijo en voz alta justo frente a la iglesia.

El Tano se dio cuenta de que algo raro pasaba. Se fue enseguida donde estaban las muchachas. Tenía que protegerlas. Un silencio aterrador duró unos segundos antes de que sonaran los primeros disparos. No sabían de dónde provenían, hasta que se dieron cuenta de que los que les disparaban estaban escondidos adentro de la iglesia. Era una emboscada. ¿A un cortejo fúnebre? Sí.

Dejaron el ataúd en el piso y lo usaron de barricada. Las personas, aturdidas, comenzaron a correr para buscar lugares donde guarecerse. “¡Por Dios, es una guerra! ¡¿Qué les pasa a estas personas?!”, pensaba Rosa María, tirada en el piso, cubriéndose la cabeza con ambos brazos. La iglesia se convirtió en un campo de batalla.

Empezaron a salir policías, bomberos, rompehuelgas o cosacos de todos lados, empuñando sus sables, cachiporras y armas, a puro grito, como si estuvieran arreando ganado.

—¡Por aquí! —les dijo un hombre y les ayudó a arrastrar el ataúd adonde iba el cuerpo de Pepe.

Cruzaron a la vereda de enfrente y esperaron tirados en el piso. Escucharon una voz que los incitaba a seguir caminando. Algunos pudieron avanzar, otros quedaron derribados en el lugar, junto a sus muertos.

Caminaron atentos, aterrorizados. La guerra había estallado, una guerra que ya existía… hacía tiempo. Una guerra de clases que nadie asumía, que nadie quería, de la que nadie hablaba. Una guerra que solo afectaba a los pobres.

Cuando los disparos cesaron, el panorama era desolador: cuerpos ensangrentados tirados en el piso, gritos desgarradores. Como pudieron, rearmaron la procesión y siguieron.

Ingresaron al cementerio y, antes de continuar, el dirigente Luis Bernard, de una de las tantas agrupaciones FORA que acompañaba, iba a decir unas palabras alusivas a la tragedia que estaban viviendo y como despedida a los muertos.

Rosa María y Celide se quedaron donde estaban, había demasiada gente, demasiado dolor; permanecían tomadas de la mano dispuestas a escuchar. Mecha, Teresa y los muchachos se acercaron un poco y quedaron bien al frente del dirigente, apretados entre otras personas.

Cuando comenzó el discurso se escucharon dos disparos; comenzaron a mirarse entre todos. Algunos se tiraban al piso, otros corrían. Entonces, desde las tumbas, y desde el ingreso del

cementerio, aparecieron policías, matones, bomberos; todos armados, comenzaron a disparar a la multitud, los obreros caían como peras maduras de la planta. Rosa María corrió con Celide. Un muchacho las golpeó en la cabeza y les gritó:

—¡Al piso!

Siguieron gateando entre los sepulcros.

Apenas Rosa María levantó la cabeza vio, a la altura de sus ojos, un par de zapatos negros. Cerró los ojos apretando fuerte. “Llegó el fin”, pensó.

CAPÍTULO 35

¡Vamos a terminar con esto! ¡Hoy mismo! —dijo Jorge.

Seguían conversando mientras repartían las armas en la comisaría. Apenas se enteraron de que los obreros se habían organizado y unido con todos los gremios, sindicatos y anarquistas para acompañar en un gran acto a los muertos y sus familias hasta el cementerio organizaron una emboscada. La idea era dejar que la policía y los bomberos los sorprendieran en la cuadra de la iglesia y, si quedaban algunos, que seguro eran los más rebeldes, los terminaban en el cementerio.

—Esa lacra humana no puede quedar enterrada en nuestros cementerios. Van a infectar nuestra tierra —conversaban entre ellos.

Era una gran oportunidad para limpiarlos a todos, para erradicar la revolución de las calles.

Aunque hacía calor, pues ya era el mediodía, no dejaron sus sacos negros, ni sus camisas blancas ni sus sombreros. Cargaron las armas a los autos y se repartieron entre ellos las que llevarían a mano.

—¡Vamos, que nuestra patria nos necesita! —gritaba Rubén mientras dividía los grupos de acuerdo a la lista que tenía en la mano. Los policías estaban mezclados con los civiles.

—¡Vamos a terminar con esto! ¡Vamos a educar a estos huelguistas de mierda! ¡Vivan Dios y la patria! ¡Viva el orden! —gritó otro que ya estaba colgado de la parte de afuera de uno de los autos, apuntando con el fusil hacia el cielo—. ¡Muerte al insurrecto!

Salieron los vehículos, uno detrás del otro, derecho al Cementerio del Oeste. Algunas cuadras antes de llegar vieron la multitud que se había congregado. Parecía un hormiguero de personas pululando. Se quedaron impresionados por la cantidad de *pobrerío*, como le decían.

Juan iba en silencio, consciente de que en esa multitud estaban Rosa María y sus amigos. A ellos les tocaba esperar en el cementerio con otro grupo de policías. Cuando llegaron, estacionaron los vehículos en la zona de atrás. Se organizaron con los policías que ya estaban allí y con los que llevaban ellos en el auto. Se escabulleron entre las tumbas.

Juan se apartó de su grupo y, con el arma en la mano, comenzó a caminar hacia donde se encontraba la multitud reunida. Estaba llegando cuando sintió el tiroteo y el griterío. Se asomó y lo que vio por primera vez en su vida le paralizó el corazón. Eran ráfagas de tiros que iban matando a las personas; caían una al lado de la otra. Era una masacre. Levantó los brazos para gritar:

—¡Basta! —pero la voz nunca salió de su garganta.

Caminó unos pasos y sus ojos se cruzaron con los de Teresa, que estaba al lado de Mecha. Ambas levantaron los brazos al cielo, y luego, más hermanas que nunca, juntas, cayeron sobre el piso. Juan extendió el brazo como si quisiera agarrarlas. "¡Rosa María!", pensó. Comenzó a correr como un loco. Tiró el arma. Los disparos seguían, los gritos desgarradores, todo era un caos. Caminó perdido entre los sepulcros. ¿Estaba llorando? Casi se tropezó con un bulto y cuando bajó la mirada:

—¡Rosa María! —dijo al verla junto a Celide, ambas en cuatro patas.

Rosa María se puso de pie, con los ojos inyectados de furia. Lo miró despectivamente y comenzó a empujarlo con todas sus fuerzas con ambas manos, haciéndolo retroceder varios pasos.

—¡Fuera de mi camino, basura, asesino, cobarde! —le dijo, luego ayudó a ponerse de pie a Celide. Detrás de Juan apareció Aldo apuntándolas con un fusil. Rosa María sacó un revólver del bolsillo de su vestido. Era el que había encontrado al lado del Pepe cuando lo mataron; desde ese momento lo tenía con ella, nunca se lo había dado a los muchachos. La mano le temblaba, el cuerpo entero le temblaba, apuntó, cerró los ojos y disparó.

Cuando volvió a abrir los ojos vio a Aldo y a Juan tendidos en el piso, tomó de la mano a Celide, comenzaron a correr y se perdieron entre las lápidas. Corrían. Rosa María sentía su cuerpo sucumbir. No sabía para qué lado ir. Estaba completamente desorientada. ¿Había matado a Juan? Todo se había salido de control. Seguían corriendo, buscando la salida, hasta que encontraron un camino despoblado. Dejaron de correr. Tironeando de la mano traía a Celide, que parecía muerta en vida. ¿Y los otros? Tenían que encontrarlos. Continuaron transitando por ese camino. Rosa María miró a un costado y vio un pasillo angosto. Fueron hacia allí, daba a una calle, salieron. Caminaron sin rumbo. Solo sabía que tenían que salir de ahí. Las chicas estaban con los muchachos, seguro estaban a salvo.

Deambularon como sonámbulas por la calle más de dos horas. Un hombre asomado a la ventana de su casa las vio, salió con su esposa y las metieron adentro de la propiedad.

Les dieron agua. Rosa María abrazó a Celide y lloraron juntas hasta que se quedaron sin lágrimas. El buen señor les dijo dónde estaban y les prometió que cuando la situación se apaciguara un poco las acompañarían hasta su casa.

Después de unas horas quisieron irse, tenían que encontrar al resto. Se despidieron y se fueron caminando, de la mano, pegadas a la pared con la mirada fija en el suelo. Las calles estaban vacías, amenazantes. ¿Y dónde estaban los políticos, los gobernadores, los senadores? ¿Dónde estaban mientras el pueblo se mataba entre sí?

Llegaron a su casa casi de noche, Celide se acostó en la cama de Moncho y empezó a rezar, y Rosa María caminaba por toda la planta baja, ya era casi de noche y no llegaba nadie. La impaciencia empezó a carcomerla. Los peores pensamientos invadían su mente. "¡Ya van a

llegar! —pensaba—. ¡Ya van a llegar! Mejor pongo la pava para esperarlos con unos mates.” Las horas seguían pasando.

Sentada en el segundo escalón vio cómo los primeros rayos del sol comenzaron a iluminar la oscuridad. Se puso de pie, y un fuerte mareo la volvió para atrás. Se levantó despacio. Caminó tomándose de las paredes y atravesó el umbral. La recibió el empedrado tibio de la calle vacía. ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué no había nadie en la calle? ¿Y ahora qué hacía?

Juan despertó sin saber dónde estaba. Una desagradable sensación de confusión lo embargaba. Sintió humedad en las manos. ¡Sangre! Entonces recordó todo. ¡Rosa María le había disparado! Sí, su Rosa María le había disparado sin reparos. Observó a su alrededor. A su lado estaba Aldo, tirado boca abajo. Lo dio vuelta.

—¡Dios! ¡Está muerto! ¡Está muerto! —repetía.

A los pocos minutos unos muchachos aparecieron por el sendero y apenas los vieron corrieron a socorrerlos.

Los sacaron y los subieron al auto. Juan tenía un balazo en el brazo izquierdo y había perdido mucha sangre. Estaba un poco mareado. Lo último que sintió fue el ruido del motor.

Cuando abrió los ojos estaba en su cama. Se sobresaltó. Enseguida ingresaron Rubén y Jorge.

—Tranquilo, amigo, vos la sacaste barata. Estás bien, fuera de peligro. Estás un poco débil, nada más.

Juan miró para todos lados.

—¿Y Aldo?

—Aldo está muerto. Lo acribillaron estos mugrientos. Después de que comas algo te llevamos al velorio. Estamos destruidos. Tendríamos que haberlos matado a todos —dijo Rubén—. Les dimos a varios, pero eran tantos.

—¡Rosa María! —dijo, sentándose de golpe en la cama.

—¿Cómo? —preguntó Jorge.

—No, nada —respondió. La escena volvió a su mente: Rosa María había matado a Aldo.

Durante el velorio todos sus amigos estaban fumando afuera y comentaban con tristeza los últimos acontecimientos. El odio hacia la clase obrera —*el pobrerío*— se acrecentaba a cada minuto. Todas las conversaciones alrededor del féretro de Aldo aludían a la venganza, a cómo los iban a emboscar y matar. Rubén comentó que un soplón le había dicho que ya se estaban reuniendo todos para salir a caminar por las calles con sus banderas rojas y negras; paro general.

Juan no comentó nada acerca de su enfrentamiento con Rosa María, solo dijo que uno de los obreros era el asesino. Repasó el momento cuando tuvo que contar la misma versión a la policía. Se cuidó de decirlo todo igual, solo que en vez de nombrar a Rosa María dijo que había sido un

anarquista.

—Estaba parado frente a mí con un arma, disparó y primero le dio a Aldo y luego a mí. No recuerdo nada más —mentía Juan. Él sabía perfectamente que lo que realmente había pasado era que Aldo estaba apuntando a las dos muchachas y Rosa María había disparado, defendiendo sus vidas.

—Mañana nos esperan Domecq García y O'Connor en el Centro Naval de Florida y Córdoba. Ellos nos van a dar apoyo. Están muy contentos con el trabajo que venimos realizando. Después de los acontecimientos en el cementerio nos felicitaron por nuestro aporte. Se supone que el gobierno era el intermediario, pero parece que sigue durmiendo —decía uno de los muchachos —. Nos van a dar apoyo y vamos a formalizar nuestra Liga Patriótica. Me siento tan afortunado.

—¡Vamos a romperles la cabeza a estos agitadores y revolucionarios anarquistas! —dijo Jorge —. Vamos a sus casas, vamos a matar a sus esposas y a sus madres —arengaba eufóricamente a la muchachada—. ¡Vamos a vengar la muerte de nuestro gran amigo y héroe Aldo! Su muerte es una gran pérdida para la sociedad, personas como él son las que hacen la patria.

Juan sentía que le faltaba el aire, salió del velorio. Pidió que lo llevaran a la mansión. Las sirvientas se pusieron a disposición para cocinarle, para acompañarlo, para prepararle el baño. Sacó corriendo a todo el mundo, pidió una botella de whisky y un vaso y se encerró en su cuarto.

El proletariado salía nuevamente a las calles con sus banderas, con su grito de piedad, con indignación; la sociedad lo acompañaba cerrando sus puertas, ni siquiera había transporte. Solo los contrincantes. La guerra continuaba.

Cerca del mediodía, alguien golpeó la puerta. Rosa María corrió a atender. Era el Turco, uno de los amigos de los muchachos. Estaba pálido.

—Menos mal que viniste, no sé nada de los muchachos. Estoy… —se largó a llorar.

—Entremos, Rosita. Es todo un lío ahí afuera. Tengo más malas noticias —dijo el Turco agarrando de un brazo a Rosita y ayudándola a sentarse en una silla en la cocina.

—¿Viste a los muchachos, a las chicas? No tengo noticias de ellos desde ayer, no sé dónde están.

El Turco la miraba en silencio. ¿Cómo hacía para darle semejante noticia?

—Rosita, no sé cómo decirte esto. Ellos… están todos muertos.

—¿Los muchachos? Y las chicas, ¿dónde están? Voy con ellas. Me necesitan, pobrecitas, deben estar desesperadas.

—Todos, Rosita —dijo el Turco con los ojos llenos de lágrimas.

—Llevame con ellos —le suplicó.

—No, ya no están aquí, no pudimos encontrar los cuerpos, son muchos los muertos y algunos

los pusieron en fosas comunes. Son un centenar de muertos, Rosita. Es de manicomio lo que está pasando. Y la verdad es que vine para acá para pedirte que no salgas. Hoy atropellaron a dos chicos de quince años. Son asesinos, Rosita. Nosotros nos encargamos de todo. El comité ejecutivo del Partido Socialista y todas las centrales obreras nos están brindando apoyo. Se salió de control todo. Hay una guerra ahí afuera —decía el Turco de corrido—. ¡Por favor, no salgan!

Rosa María ya no prestaba atención. Solo habían sobrevivido Celide y ella, estaban todos muertos. ¡Todos muertos! Se desplomó en el piso.

Antes de irse, el Turco les pidió, les rogó, que no salieran. Cuando Rosa María se recuperó, quería unirse a los compañeros en la calle, quería gritar, quería justicia para su gente.

—Nadie abrió sus puertas hoy, no salgan. La semana próxima nos vamos a organizar bien. Ahora está todo muy mal. El gobierno ha mandado a reprimir nuestros reclamos —dijo, y mirándola fijamente a los ojos aclaró—: para seguir vivas se tienen que quedar aquí encerradas.

El Turco se fue. Sentadas una frente a la otra se tomaron de las manos.

—Ojalá todo esto no estuviera pasando —gimió Rosa María.

La noticia de que la policía iba a reprimir la huelga llegó en la voz del mismo general al velorio de Aldo.

Estuvieron muy conformes con la noticia, y en víspera de lo que se venía salieron del velorio por unos tragos y con el único fin de organizarse para ir a reprimir con la policía.

—¡Brindo por esta valiente muchachada! ¡Nuestro querido Aldo se fue con honores! ¡Dejó su vida defendiendo su patria! ¡Viva la patria! ¡Viva la Guardia Blanca! ¡Viva la Liga Patriótica! Gracias a Dios por esta juventud, sana, culta y de buenas familias —decía el Almirante con la copa en alto—. Con la instrucción que les dio Domecq García y todo nuestro apoyo vamos a terminar de limpiar nuestras calles, nuestras empresas, nuestra querida patria.

Eufóricamente pusieron sus autos y armas a disposición de la policía. Se organizaron con ellos y luego salieron detrás de los camiones llenos de oficiales y bomberos, escoltados por la policía montada. Con armas, poder y permiso, la guerra continuaba.

CAPÍTULO 36

¡Vamos, Celide! Ayudame, no puedo sola. Estoy tan triste como vos —dijo Rosa María sacando el cobertor de la cama de Moncho.

Celide quedó al descubierto totalmente transpirada.

La miró, se puso de pie, se abrazaron y lloraron juntas. No tenían consuelo, no tenían esperanzas.

—¿Qué vamos a hacer, Rosita? No soporto la idea de no escuchar a Teresa y Mecha pelearse. Que los muchachos no estén más. Me parece una broma. No voy a poder vivir sin mi Moncho. No quiero vivir más.

—Sí, a mí me pasa lo mismo, ya no tengo ganas de vivir.

—Cada vez que levantamos la cabeza nos cae el castigo del cielo otra vez. ¿Qué vamos a hacer las dos solas? Ojalá todo esto fuera un sueño. No puedo hacerme la idea de que Moncho no va a regresar, me duele acá, mucho —decía Celide y se tocaba el pecho.

Se sentaron alrededor de la mesa.

—¿Por qué nos pasa todo esto? Tantas veces le dije al Moncho que no me gustaba nada, que no importaba que no tuviera trabajo, que yo iba a trabajar para los dos, que no siguiera encaprichado con la metalúrgica —Celide lloraba y lloraba, hablaba y lloraba.

—Mechita y Teresita, ¿por qué nos dejaron solas, por qué no nos llevaron con ustedes? —repetía Rosa María.

No había consuelo para las dos niñas, ni esperanzas. Convertidas en piltrafas humanas, deambulaban por la casa, llorando. Rosa María sentía el dolor en el cuerpo, se le cortaba la palabra, le temblaban las piernas. Estaba transitando esa línea tan frágil donde es uno el que decide no volverse loco, mantenerse de este lado, el lado de la conciencia. La presencia de Celide era lo único que la motivaba para no sucumbir a la locura. Y entonces Celide abrió la boca.

—¿Por qué no nos matamos las dos? ¿Para qué vivir, Rosita? Otra vez empezar de nuevo. Yo estoy toda rota. No tengo más arreglo. La familia que éramos ya no existe. Otra vez empezar, sin trabajo, sin casa… Se me corta la respiración cuando pienso que no voy a volver a ver al Moncho. Que no vamos a poder tener los Monchitos que soñábamos. No, Rosita, no quiero seguir. ¿Buscar trabajo? Ya viste lo que está pasando afuera.

—Sí, Celide, yo también estoy cansada. No puedo más… No quiero más. Creo que Dios nos abandonó. Me arrepiento de todos los domingos que perdí ahí rezando en la iglesia. Es mentira que Dios no te abandona. Somos la prueba viviente de que Dios sí te abandona. La Virgen y

todos se pueden ir bien al carajo.

—Tenemos que buscar la forma para matarnos y no darnos cuenta.

—Con veneno.

—¿Y si falla… y quedamos más *turulas* de lo que somos? O peor, muere una y la otra queda viva.

—¡Ay, no! Tenemos que planearlo bien, los muchachos y las chicas del otro lado nos van a tirar la mano para alcanzarnos y nos van a llevar con ellos.

—También nos podemos ahorcar…

—O nos metemos un balazo en la cabeza, eso no falla.

—O podemos ahogarnos en el río.

—Esto de la muerte me dio hambre, ¿a vos no? —dijo Rosa María.

—¡Sí!, a mí también. ¿Y si comemos algo y después seguimos…?

—Dale, como la última cena.

—Como la última cena.

Sacaron todos los ahorros que tenían y fueron a la fonda de Tulio. No se quedaron a comer ahí. Estaban todos muy asustados, el mismo Tulio envolvió las presas de pollo y las mandó de regreso a su casa. Hacía solo una hora habían destrozado una sede de la FORA y habían dejado varios muertos más.

Regresaron a la casa enseguida, cerraron todo y pusieron la tranca. Prendieron solo el mechero de la cocina. Comieron desaforadamente. La idea de quitarse la vida las había tranquilizado bastante. Habían encontrado una solución a tanta desgracia. La certeza de que no estarían más para enfrentar todos los problemas que se les venían sobre la cabeza las relajó.

—Estoy *pipuda* —dijo Celide, y a los dos minutos corrió al patio a vomitar.

—Yo también, tengo ganas de… —dijo y no pudo seguir hablando.

Las dos vomitaban en el patio.

Cuando volvieron a entrar se miraban con desconfianza.

—¿Pusiste algo en la comida? —preguntó Rosa María.

—No seas *paparula*. ¿De dónde voy a sacar veneno?

—Me siento muy mal de la panza.

—Yo también. Tal vez sean los nervios.

—¿Nos habrá envenenado don Tulio?

—No creo…

—Tomemos un té y luego nos matamos. Así nos morimos bien, sin estar descompuestas.

Tomaron el té y poco menos de una hora después lo estaban vomitando en el patio.

Se tomaron de la mano y se acostaron en el colchón de Moncho.

—¡Qué olor tienen estas sábanas! —exclamó Rosa María frunciendo la nariz.

Celide aplastó su nariz para inspirar todo ese olor junto.

—Es el olor de mi Moncho —dijo, y trató de ahogarse con la almohada; entre llanto y asfixia casi lo logra.

—Celide, te vas a matar, salí de ahí —le dijo Rosa María tironeándola del brazo.

Se quedaron dormidas, abrazadas, transpiradas y con el deseo de no volver a abrir los ojos.

Pero el milagro no sucedió y despertaron descompuestas y acaloradas.

—¡Tenemos que apurar el asunto de matarnos! Ya no aguanto más este malestar. ¿Por qué no vamos a lo de don Tulio y le preguntamos con qué podemos matar las ratas? Con eso ¡listo!

—Me parece bien.

Rosa María se sintió mejor, pero Celide lucía terrible. Le dijo a Celide que esperara, que ya regresaba, iba a prepararle algo para el hígado. Fue hasta la casa de la vecina a buscar limones. Tenían un lindo limonero en el patio.

Luego de un rato regresó con limones, panes y un poco de queso. Celide seguía tirada. Puso el jarro con agua sobre el calentador y se sentó frente a su amiga.

—Estuve conversando con la mujer del Carlos. Le conté que estabas mal de hígado y ella me preguntó si no estabas embarazada.

Silencio.

—¿Embarazada del Moncho? ¿Yo?

—No, la vecina —dijo Rosa María con una sonrisa—. Si estás embarazada del Moncho no nos vamos a poder matar, qué macana —decía más triste que nunca.

—Y vos, ¿no estarás embarazada también? —le dijo y la miró con el ceño fruncido.

—¿Nos matamos igual?

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? El Moncho me mata si me mato estando embarazada de él —dijo Celide.

—¿Te manchaste este mes?

—No, ¿y vos?

Rosa María pensó, pensó.

—¡Tampoco! Ay, Dios, ¿qué vamos a hacer?, somos cuatro.

Celide sonrió mientras cavilaba: “Si esto es verdad y no otra mala jugada, Dios no nos abandonó. No nos dejó solas, nos dejó con los críos”.

Estaban sin dinero, solas, con todos sus queridos muertos y, tal vez, embarazadas, en un barrio que era atacado diariamente, en un país que estaba en guerra, aunque nadie así lo reconociera.

Juan miraba por la ventana, había logrado zafarse de todos aludiendo su malestar por la bala que había recibido en el enfrentamiento junto a Aldo. No podía sacar de su cabeza la imagen de Rosa María empuñando el arma. ¿Qué habría pasado con ella? Tenía que averiguarlo enseguida. Pero,

¿cómo?

Con la complicidad de Ramona y Perla, se vistió como un proletario. Luego, cuando se dio cuenta de que no había transporte, pidió que le prepararan uno de los coches que su padre usaba para viajar al campo, tirado por caballos y con la capota completa para que no lo vieran. Partieron derecho al barrio de La Boca. Cuando estaban llegando, escuchó un disparo y vio cómo su mayoral caía al piso y los caballos quedaban desbocados. Se trepó como pudo y logró sostener las riendas. Con la camisa llena de sangre, el esfuerzo le había complicado la herida; retomó su viaje, arriando él mismo los caballos. En el camino una mujer le hizo señas para que se detuviera. Juan lo hizo. La mujer, desesperada, le contó que su hijo estaba baleado, que nunca había salido de su casa y que no se explicaba cómo había pasado. Le suplicaba ayuda, estaba desesperada. Juan enseguida se bajó del coche y en cuanto llegó a la humilde morada se dio cuenta de que el niño, de unos diez años, ya estaba muerto. Tomó a la mujer por el brazo y la subió al coche. Cuando el carro empezó a andar, la mujer se tiró a la calle y corrió al lado de su hijo muerto. Juan siguió su camino, tenía que llegar. Cuando dobló para tomar una avenida, se topó con la multitud. Sin pensarlo dos veces, se descolgó del coche y lo dejó allí. Comenzó a caminar en contra de todos. Se le hacía cuesta arriba, empezó a sentirse mareado y perdió el conocimiento.

Se despertó sintiendo el cuerpo dolorido, lleno de sangre y sucio. Estaba apoyado en la puerta de una tienda que, por supuesto, estaba cerrada. Se puso de pie con mucha dificultad y comenzó a caminar. La desolación se combinaba con el sonido de los disparos, algunos autos que pasaban velozmente y angustiantes correteadas. Juan miró el cielo. Era un hermoso día. Pensó en Rosa María y se desmayó.

Abrió los ojos, ¿dónde estaba? Le dolía mucho la herida.

—¡Se despertó! ¡Se despertó! —gritaba Perla.

Estaba en su casa. ¿Pero cómo había llegado?

—Beba, *doñito* —le decía Perla mientras Ramona escuchaba atentamente las instrucciones del médico que ya se estaba yendo.

—Lo encontraron y lo reconocieron, lo trajeron enseguida para acá —dijo Ramona—. Ahora no se puede levantar, está muy débil y casi pasa *pal* otro *lao*. ¿Entendido?

No había podido averiguar nada. ¿Qué sería de Rosa María? “Dios, por favor, que no esté muerta”, repetía en su mente. Quiso sentarse pero el cuerpo no lo acompañó. Su mente se elevaba pero su cuerpo lo anclaba y el dolor lo quebraba.

—Dios, te ofrezco mi vida por la de ella —murmuró y cerró los ojos.

Capítulo 37

Rosa María y Celide habían abandonado la idea de irse de este mundo, por el momento. El embarazo de ambas o de alguna de las dos las podía salvar.

La Semana Trágica aún estaba en su apogeo, habían pasado dos días de la huelga general. Celide le había pedido a Rosa María que fueran a reclamar los cuerpos de sus amigos. O al menos averiguar adónde los habían sepultado. El consternado comisario Romariz, de la seccional tercera de La Boca, fue quien les dijo personalmente que los cadáveres habían sido incinerados enseguida bajo la orden de Dellepiane. No había muertos para entregar a sus parientes.

Celide no pudo contenerse y vomitó en los pies del oficial. Imaginó a todos sus amigos muertos quemándose junto a otros desconocidos. El oficial enseguida le alcanzó una silla y agua. Les ofreció llevarlas hasta su casa, les aclaró que todavía seguía muriendo gente en las calles, y les advirtió que era muy peligroso que fueran caminando solas.

Llegaron a la casa, no hablaban. Rosa María se puso a preparar un caldo. Celide contaba el último dinero que les quedaba. Ya no había más, y tampoco de dónde sacar.

—Nos vamos a tener que escapar. No tenemos más dinero para pagar el alquiler, ni trabajo. Y si estamos preñadas nadie nos va a querer. ¿Qué vamos a hacer, Rosita? ¿Qué vamos a hacer las dos solas? —decía Celide y lloraba, lloraba…

—Estos días me estuvo dando vueltas por la cabeza volver a Salta. Tal vez, si me comunico con don Alberto, él nos pueda ayudar. No sé. Estoy tan desesperada que es lo único que veo como salida.

—¿Don Alberto?, ¿y ese quién es? Y si nos puede ayudar, ¿por qué no lo nombraste antes? —le preguntó Celide.

—Es una larga y triste historia que nunca le conté a nadie, Celide.

Celide la miró, se acodó en la mesa y le dijo:

—Tiempo nos sobra, así que *desembuchá* todo, con los detalles también. ¿Cómo que nunca nos contaste nada?

Rosa María sacó la sopa del fuego y la puso sobre la mesa. Agarró un cucharón y sirvió dos tazones enlozados, luego se sentó frente a Celide.

—Mi nombre es Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino. Es una familia conocida en Salta. No tanto como la familia de Juan, un poco más abajo o no, bueno, no sé, es tan distinto todo aquí y allá…

—Mejor no lo nombres, ya me tengo que hacer a la idea de que mi sobrino va a tener esa sangre infectada de asesino —la interrumpió Celide.

—Bueno, el asunto es que mi madre, como sí te dije, falleció cuando yo era chica. Ella no era argentina, era polaca, era parecida a vos, tenía los ojos claros, como los míos, y la tez blanca. Bueno, la mía es más oscura, por mi papá. El asunto es que, bueno. Mi papá y don Alberto… Ellos. Bueno ellos dos…

—Ah, no me digas que son maricones. ¡No!

Rosa María la miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Perdón! ¡Perdón! Rosita, lo siento, lo dije como broma, no como real. Yo y mi boca *basurera*. ¿Tu papá era marica? ¡Ay, perdón! ¡No me digas que era marica! Pobre vos.

—¡Celide! No te cuento más nada —interrumpió.

—¡No! Muda, mirá, muda.

—Entonces, justo antes de venirme descubrí a mi padre con, bueno, don Alberto, que para mí era como un tío. Y mi padre se puso muy mal. Ya venía mal con sus negocios, pero nunca me había dicho nada, y cuando pasó eso, que yo los vi a los dos, yo le dije que me quería venir a Buenos Aires a estudiar. Esa noche que se lo dije se le paró el corazón, se murió. Y don Alberto, como yo insistía en que me quería ir de ahí, me mandó a Buenos Aires y me puso en las manos de don Ismael. Bueno, ya sabés el resto.

A Celide se le mezclaban las lágrimas con las gotas de transpiración mientras tomaba la sopa.

—¡Pobres nosotras!

—Tal vez, voy a hacer un intento de comunicarme con don Alberto. Si me da medio alpiste, nos vamos las dos a Salta. No nos queda otra. Él me quería mucho. Solo necesitamos llegar hasta allá. Si mi tío nos rechaza, tenemos que inventar cómo buscar ayuda.

—¡Sí, sí!, enseguida. ¿Cómo hacemos?

—No sé, pensemos.

Rosa María le contó a don Tulio que quería hacer llegar una carta a Salta, y por medio del amigo de un amigo pudo enviársela a don Alberto. En la nota le pedía ayuda para regresar. Sin detalles.

Pasó una semana y no tenía respuesta. Tres veces por día pasaban por la fonda a ver si había alguna noticia para ellas. Nada. A don Tulio le daba vergüenza decirles que con una vez por día que pasaran era suficiente. Pero las veía tan desesperanzadas que no les decía nada, y cuando le sobraba algo se los ponía en las manos. Sabía que no tenían ni para comer.

Comenzaron a vender la ropa de los muchachos por monedas para comer, los vestidos más lindos por un poco más. Juntaron y pagaron un mes más de alquiler. Sin que supiera el dueño, subalquilaron la pieza de arriba a un matrimonio irlandés sin hijos.

Ese enero quedaría en el anonimato de la historia, pero no en el corazón de aquel que perdió a un ser querido mientras reclamaba un poco de dignidad humana, o aquel que perdió a un hijo por una bala perdida sin estar involucrado en nada. O aquellos que estuvieron detenidos y que fueron golpeados sin razones claras.

Finalmente el gobierno llegó a un acuerdo con la FORA IX y dejaron en libertad a los más de dos mil presos. Lograron un aumento salarial y la jornada laboral pasó a ser de nueve horas. Y lo que tanto ansiaba Moncho, la reincorporación de los suspendidos a sus trabajos. Pero claro, Moncho ya estaba muerto.

El vespertino *La Razón* titulaba: "Se terminó la huelga, ahora los poderes públicos deben buscar los promotores de la rebelión". Nunca se hizo. La prensa anarquista seguía guerreando con la prensa oficial. En el medio, la gente.

Luego de los acuerdos, arreglos y conversaciones en los que se indicaba que todo debía regresar a la normalidad, los obreros poco a poco se fueron reincorporando.

Los de la ahora ya oficial Liga Patriótica, a cargo de Domecq García como presidente provisorio, habían arrasado con la sede de *La Protesta*. Todos los pactos acordados eran solo para que los cumpliera el proletariado. Nadie más.

En los barrios más humildes se cuidaban entre ellos, se protegían mutuamente. La Boca, Once y el Abasto seguían siendo el blanco de los integrantes de la Liga Patriótica. No los dejaban en paz.

Rosa María y Celide casi no salían de la casa, solo a comprar alguna cosa. La muerte las había golpeado fuerte. Hacían grandes esfuerzos para aceptar que solo quedaban ellas dos.
Rosa María había perdido la fuerza, las ganas de luchar en contra de las injusticias. Uno tiene que estar entero para poder luchar, ella estaba partida en mil pedazos, sin ganas de reconstruirse una vez más…

Pero el tiempo nunca se detiene, pase lo que pase sigue caminando; ya estaban comenzando los Carnavales. Don Tulio en persona golpeó la puerta de la casita. Tenía noticias de Salta.

Apenas don Alberto se enteró de lo sucedido, él personalmente se ocupó de organizar todo lo antes posible para traer a su sobrina y a la amiga de regreso a casa. Desde Salta arregló el viaje para las dos.

Era de noche y tenían la ventana abierta. Se escuchaba el bullicio, alguna milonga entreverada con otros candombes. Eran las señales del Carnaval.

—¿Te parece que nos escapemos? —preguntó Celide.

—Shhh, claro que nos tenemos que escapar. El viejo nos va a querer cobrar, acordate lo que dijo.

—¿Y los irlandeses?

—¡Qué sé yo! Nosotras el viernes a la noche salimos, como si fuéramos a pasear, así con una bolsita, y nos vamos, esperamos hasta la hora del tren, hacemos el trámite que nos dijo don Alberto y nos vamos.

—¡Mirá si estuvieran las chicas y los muchachos, nos iríamos todos juntos a Salta! Mi Moncho estaría feliz. ¿Sabías que el Moncho nunca salió de Buenos Aires?

—Celide, siempre están con nosotros, están en nuestros corazones, son nuestros ángeles protectores, ellos no quisieron que nos fuéramos al cielo, nos dejaron en la tierra. Y ahora nos van a escoltar hasta Salta, yo siento la protección de ellos, siempre.

Se abrazaron y miraron el firmamento, estaba lleno de estrellas y justo una fugaz les hizo el guiño.

—Esa es Mecha —dijo Celide emocionada.

—¿Cómo sabés? —preguntó Rosa María.

—Por lo agrandada.

TERCERA PARTE

La paz comienza con una sonrisa.
MADRE TERESA DE CALCUTA

Capítulo 38

La mansión de los Achával Figueroa retomaba su vida habitual bajo la estricta dirección de doña Christelle. Habían estado en Mar del Plata, luego en la quinta familiar y ahora estaban de regreso para pasar los Carnavales en Buenos Aires.

El compromiso y posterior casamiento de Juan y Carmencita se había suspendido por los terribles sucesos, la muerte de Aldo y la herida de Juan.

Él siguió la prensa día a día. Primero leía la oficial y luego la anarquista. Gracias a su herida pudo mantenerse bastante alejado de la ya confirmada y aprobada Liga Patriótica. Definitivamente no estaba de acuerdo con su accionar.

Apenas pudo volver a conducir, lo primero que hizo fue salir en su auto en busca de Rosa María. Su corazón estaba carcomido por la angustia de pensar que estaba muerta.

Se apeó del automóvil totalmente decidido y golpeó la puerta de la casita de La Boca con el puño. Al rato salió un niño de unos doce años que lo miraba con extrañeza.

—Busco a Rosa María —le dijo.

El niño se metió para adentro y enseguida volvió acompañado de una mujer.

Le preguntó por Rosa María; la mujer le contestó que no sabía quién era. Le explicó que ella y su familia hacía poco tiempo que vivían en esa casa. Pero ante la insistencia de Juan, la mujer lo hizo esperar un momento e ingresó a preguntarle a la irlandesa; ella vivía allí hacía más tiempo. Volvió a salir y le confirmó que no sabían nada de ninguna Rosa María.

Juan, desesperanzado, regresó a su residencia. El destino se la había sacado del medio. ¿Por qué? Nunca lo sabría. La sensación de angustia le oprimía el pecho. Hasta ese momento la idea de volver a verla alguna vez lo había mantenido ilusionado. Pero ahora esa esperanza acababa de morir. No sabía nada de ella. No sabía si estaba viva o muerta. No lo sabía y no tenía manera de averiguarlo. En ese momento comprendió que jamás la olvidaría, y que jamás podría amar a nadie de esa manera.

Esquivando a su madre y sus hermanas, se fue a la galería de la parte trasera. Allí se quedó. Se sentía vencido. Arrepentido.

Ramona se acercó y posó una mano en su espalda, lo besó en la frente y le dejó una bandeja de plata con una copa de cristal y una botella de whisky.

—Lo va a necesitar, mi niño —dijo y se fue.

CAPÍTULO 39

Llegaron a la estación de tren. Celide estaba muda. “Será la emoción”, pensó Rosa María. Revoleaba sus ojos celestes para todos lados. Los brazos cruzados en el pecho, con la bolsa enganchada en uno de ellos. El vestido solo le dejaba asomar la punta de los zapatos. Ah, un detalle que no era menor: se había quedado con un sombrero estilo francés que no combinaba para nada con su vestido gris, pero lo llevaba puesto, había sido de Mecha, lo usaba para las milongas. Rosa María le insistió en que lo guardara, pero no, Celide no estaba dispuesta a hacerlo.

—¡Estoy tan emocionada! Nunca pensé en la posibilidad de volver a Salta —decía Rosa María codeando a Celide, que seguía muda—. ¿Qué te pasa, che?

—Yo no voy a subir. No, no, no, no, no —dijo meneando la cabeza de un lado al otro y haciendo énfasis en los no.

—¿Qué? ¿Pero qué bicho te picó? ¿Te volviste loca?

—Me da miedo. ¡Ni loca me subo ahí!

El tren estornudó con todo su vapor. Celide echó a correr por el andén y Rosa María salió detrás de ella hasta que logró agarrarla del brazo. Frunció el ceño, puso los brazos en jarra y se paró frente a ella casi nariz con nariz.

—Vos te subís al tren o te arrastro —le dijo con la voz más baja posible para no pasar más papelones.

Celide seguía con los brazos cruzados, los labios apretados y la mirada fija en el piso.

El tren comenzó a echar vapor, Celide empacada en su negativa y Rosa María al borde del ataque de nervios. Miró a su alrededor…

—Disculpe, señor, ¿no me ayudaría a subir a mi amiga al tren?, es que está un poco asustada. Y no podemos quedarnos, tenemos que subirnos a ese tren sí o sí.

El joven la miró, divertido. Miró hacia el costado y llamó a otro, eran dos muchachotes.

—Claro —le dijo, asintiendo con la cabeza. Habló en otro idioma con su amigo, ambos miraron a Celide y caminaron hacia ella.

Los dos hombrecitos la agarraron de los brazos, Celide quedó pataleando en el aire. La subieron al tren y detrás iba Rosa María con expresión de alivio.

Celide se dejó caer en el asiento que le correspondía, estaba rígida, pálida. Cuando el tren comenzó a moverse casi se desmayó del susto y se adhirió al cuerpo de su amiga. Durante las

primeras tres horas estuvo abrazada a Rosa María o vomitando en el baño. Luego, poco a poco, se fue relajando y el viaje se convirtió en un paseo maravilloso.

Recorrieron el tren de punta a punta, el guarda las reprendió más de una vez. Se sentaron en el coche comedor, probaron todo, tocaron todo. Preguntaron todo. Cuando ya el cansancio las venció se fueron a sus asientos.

—Si es nene, se va a llamar Manuel y le voy a decir Moncho. Y si es niña se va a llamar Teresa Mercedes, o Mercedes Teresa. ¡Ay!, ¿a quién pongo primero para que no se enoje ninguna de las dos? —decía Celide.

Cuando el viaje estaba llegando a su fin ya se habían hecho amigas de prácticamente todos los pasajeros. Les habían contado que eran hermanas y que estaban viajando a visitar a su tío Alberto.

Llegaron a la estación y entre la multitud de personas Rosa María no encontraba a don Alberto, que mandó a decir que iba a estar esperándolas. La desesperación empezó a apoderarse de ella. Le faltaba el aire, en medio de ese bullicio no podía respirar. Hasta que lo vio. Corrió a sus brazos sin importarle nada. Lo estrechó con todo su ser. Por primera vez en mucho tiempo sintió un poco de paz.

Revivió la sensación de estar en casa, protegida, contenida, a salvo. A los pocos minutos sintió sobre ella los brazos de Celide. Las dos muchachas rodeaban al pobre hombre que casi termina en el piso. Rosa María comenzó a sollozar inconteniblemente, hablaba y lloraba, tosía y lloraba, se reía y también lloraba.

Aún abrazada a don Alberto, convertida en el jamón del sándwich con Celide del otro lado, abrió los ojos y la vio. Allí estaba, como siempre, esperando que llegara su turno, Dominga. “¡Ay, Dominga, cuánta falta que me hiciste!”, pensó. Le regaló una sonrisa hermosa y corrió a sus brazos.

Sin equipaje, solo con lo puesto, subieron al coche tirado por caballos y partieron.

Rosa María estaba entre don Alberto y Dominga. Era el paraíso. Recordó lo lindo que se sentía ser querida. Celide iba con la cabeza afuera del coche, mirando para todos lados, preguntando todo. Y contestándose todo. Al fin, al menos por un rato, la tristeza estaba en segundo lugar.

—Concha sucia, concha sucia, concha sucia, te viniste con la concha sin lavar. Estirada, estirada, estirada, en Salta para siempre nos vamos a quedar —gritaba Celide por la ventanilla.

—¡Callate, *paparula*! —dijo y le dio un pellizco en la cintura.

—¡Bueno, che! —dijo, Celide, muerta de vergüenza y ruborizada, bajando la mirada al piso.

Don Alberto le levantó la cabeza a Rosa María, y con la otra mano acarició su cabello. Se miraron a los ojos. Él aún los tenía enrojecidos de tanto contener las lágrimas.

—Lo único que importa ahora es que estás de vuelta en casa. Dios escuchó mis plegarias.

CAPÍTULO 40

Buenos Aires, contradictoria, vestía su apariencia europea en calles, edificios y bares, pero su corazón seguía escribiendo la historia con sangre. Las huelgas continuaban en algunos sectores; los gremios, sindicatos y asociaciones obreras intentaban sobrevivir a los ataques de la Liga Patriótica. Luego de la Semana Trágica, la guerra, ahora encubierta, seguía atropellando sin piedad.

Juan prendió un cigarro, escuchaba deliberar a los muchachos. Esa tarde tenían un trabajito, un ataque sorpresa en el barrio del Once. Ahora el objetivo eran los judíos.

Jorge, a viva voz, impartía las instrucciones.

—Hoy nuestra patria nos necesita. ¡Vamos por nuestras armas y brazaletes! ¡Que estos ignorantes sepan bien quiénes somos! ¡Es nuestra tarea, hermanos, limpiar! Con orgullo les digo que la Liga se está expandiendo a Rosario y a otras provincias ¡Con orgullo les cuento que somos muchos los preocupados por nuestra querida patria! ¡Viva la patria! ¡Viva el orden!

Todos respondieron a los gritos, ya estaban efusivos, impacientes. Ansiosos por ir de cacería.

Juan se fue de la reunión antes de que terminaran de discursar todos. Siempre decían lo mismo. Subió a su auto y manejó hasta el barrio de San Telmo. Ingresó a un bar que no frecuentaba y apenas se sentó la puerta se volvió a abrir. Un hombre de aspecto común se acercó y se sentó frente a él.

—Acá estoy, don Juan.

—Buenas tardes. Estos son los datos del ataque a Once. Espero que puedan hacer algo —le dijo y le extendió un sobre.

—Sí, don Juan, y muchas gracias. *Usté* sí que es un hombre de bien —se levantó y se fue enseguida sin decir más palabras.

Juan ahora sí pidió un refresco.

La patriada en Once dejó como resultado festejos con champaña en un sector de la ciudad. Mientras que en otro rincón de la misma ciudad mujeres y niños inocentes fueron golpeados salvajemente. Solo quedaron muertos, destrozos y desazón. A pesar de que Juan les había avisado, los de la Liga no perdonaban.

Cada domingo, antes de la misa, Juan pasaba con su auto frente a la casita donde había vivido Rosa María. Tal vez algún día ella regresara.

Ese domingo detuvo el vehículo en una esquina y se bajó a caminar, quería recorrer los

lugares que ella frecuentaba. Recordaba cada una de las últimas palabras que había oído de sus labios. Ojalá pudiera verla, aunque fuera un instante, para pedirle perdón. Para contarle que había entendido, que tenía razón. Que ahora él ayudaba avisando con anterioridad los ataques de la Liga.

Mientras recorría las callecitas se preguntaba quién era él para juzgarla. Reconocía que no le gustaba para nada su pasado como prostituta, pero a medida que el tiempo pasaba le importaba cada vez menos. ¡Cómo la extrañaba! Inmerso en esos pensamientos no se dio cuenta de que se había alejado de su auto varias cuadras. Entonces levantó la vista y los vio.

Eran cinco hombres que se le venían encima.

Lo agarraron desprevenido, lo llevaron al patio de una de las casitas de La Boca y lo golpearon hasta aburrirse. Casi inconsciente, escuchaba:

—¡Te dejamos vivo porque no somos asesinos como ustedes! ¡Maricones! ¡Deciles a tus amigos que si regresan a La Boca los tiramos al río con una piedra atada a la cabeza de cada uno! ¡Machos somos nosotros que ponemos el hombro! Nosotros somos los que hacemos la patria de la que tanto se jactan, no ustedes. ¡No tienen idea de lo que es trabajar! ¡Maricas que salen corriendo a esconderse detrás de la fortuna de sus padres!

Cuando abrió los ojos le dolía todo el cuerpo. Se dio cuenta de que estaba en calzoncillos, tirado en el asiento trasero de su propio auto. Estaba aterrorizado. Había podido ver a la muerte a los ojos. Puso en marcha el motor y salió disparando del barrio. ¡Jamás regresaría a ese lugar!

Llegó a su casa; su familia aún estaba en la misa. Cuando Ramona lo vio entrar casi se muere. Enseguida lo asistió, lo llevó hasta su cuarto y mandó a llamar al médico familiar. Juan tenía cortes profundos y había perdido sangre. Tenía el rostro desfigurado.

Ya era la tarde cuando ingresó a su cuarto Carmencita. A pesar de que Juan, en reiteradas oportunidades, apremió a su madre para que suspendiera el casamiento, doña Christelle solo lo posponía con el pretexto de que con el tiempo él cambiaría de opinión. Siempre encontraba una buena excusa.

—¡¿Qué te hicieron?! ¡Por Dios! —le decía Carmencita mientras lo tomaba por la mano.

El rostro de Juan era un solo moretón en una fiesta de colores. Tenía todo el abdomen vendado y la pierna izquierda inmovilizada.

Una hora después llegaron sus amigos, que apenas se enteraron de la noticia corrieron a verlo. Jorge estaba furioso, eran siete alrededor de la cama de Juan.

—Mañana vamos a darles una lección a estos sucios, mirá cómo te dejaron, ¿pero qué cornos hacías en La Boca vos? —dijo Rubén.

Juan no respondía, los calmantes que le había recetado el doctor lo habían dejado un poco mareado y adormecido. Solo lograba mover la cabeza haciendo ademanes de “no”. No quería que fueran a atacar el barrio, pero no podía coordinar las palabras.

—Vamos, muchachos, afuera. Este hombre necesita descansar, está muy golpeado —les dijo

el médico cuando vio que Juan se ponía nervioso.

—¡Vamos, muchachos! Cuidate, Juancho. Mañana mismo vamos a darles una lección a esas ratas de puerto.

—Usted también, Carmencita, sería mejor que fuera a tomar un té o algo mientras Juan descansa —agregó el médico al ver que Carmencita estaba muy instalada en el cuarto.

Al día siguiente, las cinco delegaciones de la Liga juntas atacarían el barrio de La Boca. No iban a dejar pasar la paliza que le habían propinado a Juan.

—¡Les vamos a enseñar a estos infelices que con la Liga no se tienen que meter! ¡Les vamos a prender fuego a todo! —gritaban mientras salían de la mansión de los Achával Figueroa.

Fue una masacre. Los siete autos negros, repletos de hombres y armas, fueron reducidos por los trabajadores del barrio que se habían organizado, y muy bien, apenas comenzaron los ataques de la Liga.

Parecía una escena de la época colonial. Desde los balcones, mujeres y niños les tiraban con lo que tenían, lanzaban piedras, agua caliente, hasta algunas macetas volaron sobre los autos.

Hubo disparos, corridas y golpes. Los de la Liga no pudieron bajarse de sus brillantes autos negros. No se los permitieron. Las balas dejaron varios cadáveres en el piso. Por primera vez, la Liga Patriótica sucumbió ante el *pobrerío*. Jorge estaba enfurecido.

—¡Tenemos que incendiar este barrio completo! Es justo acá donde llegan estos ácratas comunistas a jodernos! —bramaba, colgado de la parte exterior del vehículo disparando a las casas y los balcones.

Tuvieron que irse con el orgullo herido.

A Juan le dolía el pecho hasta cuando respiraba. Le habían dado una paliza descomunal. Se sorprendía de no estar enojado. No podía pensar que se lo merecía, de hecho recordaba las caras de sus agresores, pues tuvo la valentía de mirarlos a los ojos mientras lo golpeaban. ¿Sintió miedo? Mucho, pensó que moriría ahí mismo. Pero no sentía odio por esas personas que podrían haberlo matado, pero que no lo hicieron. Con eso quedaba claro que no eran asesinos. Si en esa misma situación hubieran estado involucrados sus amigos, sin duda los hubieran matado a todos.

El hecho de estar postrado, sin poder comunicarse siquiera, lo había obligado a habitarse a sí mismo. No fue fácil, pero sí muy interesante. Durante esas largas horas que pasaba despierto pudo aclarar sus ideas. Pudo entender la crisis social convertida en una batalla que estaba padeciendo su país. La Liga, los sindicatos, todos se expandían lo que podían y batallaban entre ellos, en todas las provincias, y eso estaba muy mal. La idea original del presidente Yrigoyen para arreglar el asunto era la acertada, pero claro, no tuvo brazos que se pudieran extender y llevar a cabo las negociaciones. Todo se definía batiéndose a duelo; o muere uno o el otro. Juan

sabía que esa no era la forma. Los extremos siempre complican, lo inteligente era ir por el medio. Era eso, a la situación le faltaba inteligencia. De ambas partes.

Capítulo 41

El coche estacionó en la entrada, Rosa María reconoció la casa de su tío Alberto. Toda la servidumbre salió a recibirla. ¡Qué felicidad!

—¡Ay, Rosita, mirá cómo te quieren estos…! —le dijo a su amiga mientras le acariciaba el rostro.

—¡*Pa*! ¿Cuántas familias viven aquí?

Ingresaron. A Celide parecía que se le iban a salir los ojos de la cara; tocaba todo lo que se le cruzaba.

Rosa María le sonrió y la tomó de la mano para seguir con el recorrido.

—Nosotras, don Alberto y las sirvientas.

Celide abrió grande la boca.

—¡Sirvientas! ¡Somos sirvientas! ¡Qué bueno!

Rosa María soltó una carcajada, Dominga se tapó la boca para no reír y don Alberto se emocionó.

—¡La *paparula* de siempre! Nosotras no, tenemos sirvientas para que nos atiendan a nosotras —le aclaró.

Dominga les mostró las habitaciones que les había preparado, pero Celide no quiso saber nada de estar sola, ella iba a estar donde estuviera Rosa María.

—¡Mirá, Rosita!, perdón, Rosa María —decía Celide y se tapaba la boca para que no la vieran reírse. Sabía que nunca le había gustado que le dijeran Rosita.

—Dale, *chirusa*, qué te hacés —le contestaba con un codazo Rosa María.

Se acomodaron en el mismo cuarto, se dieron un baño reparador y se dispusieron a cenar. Al día siguiente irían a la ciudad a comprar vestidos, zapatos y sombreros. Don Alberto les prometió que las acompañaría. No tenían nada.

—¡Dominga! ¡La cazuela de la reina! —exclamó Rosa María cuando destapó la fuente.

—Para *usté*, mi niña —contestó conteniendo las lágrimas.

—¡Mirá, Rosita! ¿Puedo comer todo lo que quiera? —preguntó Celide al ver el desfile de bandejas sobre la mesa. Choclos, huevos duros, papas asadas, carne asada, empanadas salteñas, las especiales de Dominga.

—¡Todo lo que quiera! —contestó don Alberto, emocionado—. Después tomamos un té digestivo y listo.

—¿Puedo tomar un poquito de ese vino? —preguntó Celide.

Rosa María comenzó a hacerle señas de que no, pero Celide estaba tan emocionada con todo que no se daba cuenta.

—¿Qué pasa, Rosita? No te entiendo —le decía.

—Nada, nada, por ahí el vino te cae pesado, digo, al estómago… panza… —y le hacía señas con la mano derecha como si estuviera embarazada. Recién ahí Celide se dio cuenta.

—Ahhh, ahhh, claro. No, mejor no tomo vino, me va a hacer mal.

Luego de la cena, y cuando Celide ya dormía, Rosa María fue a la sala donde don Alberto la estaba esperando.

—Vamos a conversar tranquilos, querida, pregunte todo lo que quiera saber, todo, yo voy a responder —le dijo con gesto amoroso. La invitó a sentarse a su lado y le tomó la mano.

—Usted, tío, me entregó a ese rufián.

—Por Dios, Rosa María. Todo lo que le pasó fue culpa mía. El infeliz de Ismael me dijo que usted se había ido a Europa con su sobrina, y como estaba tan enojada conmigo le creí.

Me quedé esperando sus cartas. Usted es una hija para mí. Se me desgarró el corazón cuando se fue. Cada día recé para volver a verla —decía con emoción don Alberto.

—Eso entre usted y mi padre… ¿Qué fue? ¿Qué era? ¿Desde cuándo? ¿Mi madre lo sabía…?

Don Alberto se ruborizó. No esperaba esa pregunta. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Cómo se había enterado?

—Es una larga historia. ¿Quiere conocerla? —preguntó.

—Sí, toda —dijo son seguridad, aunque no estaba segura de querer saber.

—Como ya sabe, su padre y yo somos amigos desde pequeños. Vivíamos en la estancia, la misma que usted conoce. Los dos éramos hijos únicos. Su padre era hijo de los caseros de la estancia de mis padres. Nos hicimos muy amigos desde el primer día que nos conocimos. En la época de las cosechas siempre venían trabajadores al campo; cuando terminaban las faenas, se iban. Cuando nosotros tendríamos unos doce años más o menos, en una de las cosechas, no me acuerdo si de tabaco o qué, vino un señor con una niña de nuestra edad. Se llamaba Hana. Estábamos enloquecidos con Zoilo, era la primera vez que teníamos a una niña de nuestra edad tan cerca. La volvimos loca, le pedimos que nos dejara tocarle el pelo, era muy linda, era muy parecida a vos, por cierto. La veo en tus ojos… Cuando terminó la cosecha el padre de la niña se fue y la dejó. Nunca más regresó por ella. Mis padres enseguida se hicieron cargo. Nos criamos los tres juntos. No había pasado un año y ella ya nos tenía de las narices a los dos. Nos llevaba a los galpones y nos investigaba, nos tocaba, nos agarraba la mano y nos hacía tocarla a ella —decía y la miraba a cada rato, Rosa María estaba atenta—. Cuando cumplimos catorce… no sé

cómo decirte esto… —se detuvo.

—Mire, tío, con todo lo que viví en estos últimos tiempos no hay nada que me asombre. Hable tranquilo, pero dígame todo, por favor. Necesito saber todo.

—Bueno, ella nos propuso que nos iniciáramos en estas cosas, del sexo, digo, los tres juntos. Primero lo hizo con tu papá, luego conmigo, y luego yo lo hice con tu papá. Era un juego para nosotros. No sabíamos nada, en esa época no se hablaba de eso. Bueno, ahora tampoco —se justificaba—. Así comenzó todo. Nunca más nos separamos los tres. Ella… era su madre. Sí, Rosa María, su madre —dejó de hablar y la miró—. Nos amamos los tres, nos cuidamos, siempre mantuvimos nuestro secreto. Cuando Hana quedó embarazada no sabíamos quién de los dos era el padre, así que decidimos que Zoilo y ella se fueran a vivir juntos y yo me quedé soltero, teníamos que guardar las formas. Imagínese si nuestras familias se enteraban de lo que hacíamos. Y también por usted. Luego su madre enfermó y murió, y nos quedó usted, una niña tan pequeña —las palabras se le entrecortaban, algunas lágrimas comenzaron a rodar sobre las mejillas de don Alberto—. Fue muy duro. No sé cómo explicarle el amor que nos sentíamos. Los tres éramos uno. No había diferencias de sexo en nuestro amor. El sexo era una necesidad física, o de fricción… ¡Uf, no sé cómo decírselo! Pero nosotros tres nos amamos siempre, desde el primer día. Lo ocultamos muy bien. Nunca nos costó ponernos de acuerdo. Su madre y su padre fueron el gran amor de mi vida. Y ahora está usted. Cuando se marchó de Salta una parte de mí se fue con usted. Y ahora que me enteré de lo de Ismael casi me muero. Sin saberlo, la envié al mismo infierno. ¡No me puedo perdonar! Fue culpa mía todo lo que le pasó. O lo que me imagino le pasó. ¡Nunca me va a perdonar, Rosa María! —no pudo seguir hablando, el llanto se lo impidió.

—No, tío, usted me tiene que perdonar a mí. Si yo en vez de escapar hubiese recurrido a usted, lo habría escuchado. Pero, bueno. Ya pasó. Estamos juntos. ¡Qué historia! Me cuesta creer que cosas como estas ocurran en la vida real, esa clase de amor. ¿Cómo pudieron los tres, juntos, sin preferir a uno o al otro?

—Luego de nuestro primer encuentro, Hana nunca estuvo con Zoilo o conmigo sola, estaba siempre con los dos. Cuando ella se fue, quedamos su padre y yo. Llámelo como quiera, pero usted es el fruto de ese gran amor que nos tuvimos los tres.

—¿Y nunca les importó quién era mi padre realmente?

—Como le dije, usted es hija de los tres. No podíamos contar nada de esto. Nos cuidábamos mucho. Nadie iba a creer que era la historia de amor más bella que pudimos vivir los tres. Enseguida lo iban a llevar para el lado de los degenerados y todo eso.

—¿Y cómo hacían? Para dormir, digo.

—Dormíamos los tres juntos.

—Y mi madre, lo hacía con los dos…

Don Alberto se puso rojo y miró hacia el piso.

—Lo hacíamos los tres, siempre. Me cuesta decirle esto, niña.

Rosa María cerró los ojos, quería sacar de su cabeza la imagen de su madre entre los dos hombres.

—¡Bueno, basta de detalles! —dijo el hombre y respiró profundamente, como si se hubiera sacado un vagón lleno de hierro de su espalda.

—No lo puedo creer, qué historia tan rara —es lo único que se le ocurrió decir.

—Está de regreso, Rosa María, esta es su casa, yo soy su familia. No me juzgue, por favor. Déjeme quererla.

—Tal vez todo lo que me pasó es porque soy hija del pecado, ¿no?

—¡No vuelva a repetir eso nunca más! Dios no juzga el amor, los hombres lo hacen. Y si hay algo en lo que tiene que refugiarse es en lo mucho que la amamos los tres. Cuando era una bebita hermosa y estábamos los cuatro, tirábamos la *taba* para ver quién era el primero que la tendría en brazos, su madre siempre nos hacía pucheros y se quedaba con usted primero.

Rosa María se levantó, le extendió las manos invitándolo a ponerse de pie. Lo miró a los ojos y le dijo:

—Nunca, papá. Ojalá me hubieran contado esto antes. Tal vez… tal vez…

Lo abrazó fuerte y se quedaron allí. Qué historia tan extraña, su madre enamorada de dos hombres. Sus padres. Claro, mirando para atrás entendía muchas cosas. Suspiró profundamente. Ahora lo importante es que estaba de regreso. Y que ella era el fruto de ese inmenso amor.

Sintió la mano de don Alberto acariciar su cabello, su espalda, y se acurrucó ahí mismo, se quedó quieta a disfrutar, a sentir todo el amor que le habían dado los tres, a dejarlo florecer…

CAPÍTULO 42

Juan se recuperó y, a pesar de tener que usar bastón para acompañar su pierna que aún dolía, ya estaba en actividad.

Su madre se enojó muchísimo con él cuando le dijo que nunca se iba a casar con Carmencita. Los Sánchez Buitrago dejaron de frecuentar a la familia y se corrió una ola de chismes que indignaban a doña Christelle y a sus hermanas.

Don Juan padre retiró sus acciones del frigorífico, las cosas habían empeorado y la carne ya no se exportaba como antes.

Juan comenzó a ejercer su profesión de abogado. A escondidas de su padre empezó a ayudar a los empleados que tenían conflictos con las patronales.

Enseguida se regó la información entre los trabajadores y sus días se llenaron de trabajo. Le decían *El Cuervo Blanco*. Pero lo más interesante es que ganaba siempre sus pleitos. Uno de los más resonantes fue el de una mujer a la que habían despedido por estar embarazada. Juan, luego de pelearla mucho, ganó el pleito, y el juez no solo exigió que le devolvieran el trabajo con horarios reducidos, sino que además los empleadores tuvieron que indemnizarla con una gran suma de dinero. Con esa sentencia tan polémica, el caso apareció en los periódicos. Cuando Juan padre se enteró tuvo una fuerte pelea con su hijo y le exigió que dejara ese trabajo. Pero Juan estaba convencido de sus ideas, y de hecho tuvo que instalarse en una oficina en el centro. La gente hacía cola para consultar al *Cuervo Blanco*.

El estudio creció rápidamente. Juan contrató a cuatro abogados jovencitos y recién recibidos, dos de ellos hijos de inmigrantes. Trabajaban de sol a sol.

Sus amigos dejaron de frecuentarlo; les parecía patético y vergonzoso relacionarse con el hombre en el que se había convertido. Juan se sintió aliviado, ya no disfrutaba con ellos. Nada. Ahora su vida social era mucho más amplia. Tenía amigos en todos lados, y de todas las clases.

Jamás bajó los brazos en su intento de localizar a Rosa María, pero nunca más supo de ella. Le había perdido totalmente el rastro. Con infinita tristeza llegó a la conclusión de que habría muerto en esa Semana Trágica.

Cada mañana, bien temprano, Juan se vestía con sus pantalones de lino, una camisa liviana, zapatos al tono y sombrero Fedora. Le gustaba llegar al estudio, saludar a sus asistentes y tomarse un café. Personalmente escuchaba cada uno de los casos y litigaba muy bien. La mayoría de las veces almorzaba en alguna de las confiterías de moda del centro. Poco a poco se

estaba convirtiendo en un ícono de la ley.

Las mujeres suspiraban cuando lo veían pasar. Alguna logró llevarlo a su cama después de una noche de licores y tango. Pero el corazón de Juan se había ido con Rosa María. Sonreía al recordarla.

CAPÍTULO 43

Rosa María y Celide se dejaron querer y mimar por don Alberto, Dominga y todos los sirvientes. Organizaron reuniones en la casa y en la estancia, invitaron a viejos amigos.

—Celide, vení rápido —dijo Rosa María parada en la puerta del dormitorio.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Rosa María estaba apoyada en el marco de la puerta, llorando.

—Se me manchó. No estoy embarazada. Lo único que tenía de Juan ya no existe. ¿Te das cuenta? Nada, es como si nunca hubiera pasado por mi vida, y cada vez que me acuerdo de él me duele mucho acá —dijo poniéndose ambas manos sobre el pecho.

Celide la abrazó. No sabía qué decirle.

—No se merece una lágrima tuya ese cabrón, maricón, compadrito y fiero.

—Es fácil para vos, Celide, que tienes a Monchito o Monchita en la panza. A mí se me acabó. Se terminó.

—Pero mirá si ahora se te cruza un salteño y te pide casamiento, es mejor que no tengas un hijo. Yo voy a ser una viuda con hijo toda mi vida. Pero vos podés rehacer la tuya —trataba de consolarla.

—Tenemos que decirle a Dominga —decía Celide.

—No, bueno, tal vez. Es que me da vergüenza.

—Tenemos que contarle todo a Dominga, ella es como una madre, nuestra madre tiene que saber todo.

Justo en ese momento apareció Dominga.

—Querida, hablá con tu tío. Todos nos dimos cuenta de que están embarazadas, solo que todos esperamos que sean ustedes quienes nos den la buena noticia.

—¿Buena noticia? —dijo Rosa María—. Yo ya no estoy embarazada, me acabo de manchar —mientras lo decía se dio cuenta de que no era solo una mancha, era un charco.

—Bueno, yo creería que sí estoy embarazada —aclaró Celide ruborizada.

Dominga abrazó a Rosa María y acariciando su espalda dejó que llorara, que descargara toda su desilusión amorosa, mientras miraba a Celide y le decía:

—Un niño va a traer mucha felicidad a esta casa, así que se me cuida. Y ahora corra, dígale a don Alberto para que llame al *dotor*, esta chica está que se va en sangre.

Celide salió disparada. Al rato llegó el doctor Robledo, y luego de revisar a Rosa María le dejó

instrucciones a Dominga indicándole mucho descanso.

A pesar de la tristeza y el gran dolor en el vientre, Rosa María sintió alivio al no tener que seguir escondiendo el embarazo de Celide.

Durante todo el tiempo que pensó que estaba embarazada se sintió acompañada, era como si Juan estuviera con ella, adentro de ella. Pero ahora el vacío era infinito.

Celide ingresó a la habitación con una taza de té.

—Me siento culpable de que no tengas un hijo del hijo *e* puta, me siento culpable por la muerte de nuestros amigos, me siento culpable por haber caído en las redes de esos rufianes asquerosos, me siento muy triste porque todo es culpa mía —le dijo.

Rosa María le sacó la taza de las manos y luego la invitó a recostarse a su lado. Las dos tomadas de la mano miraban el techo.

—Celide, vos no sos culpable de nada. Al contrario, sos víctima de las circunstancias, igual que yo.

—¡Qué palabrerío, Rosita, hablame fácil!

Rosa María suspiró, no podía seguir entristeciendo a Celide. De por sí ella ya era bastante negativa, a ver si todavía le salía un Monchito triste.

—Que vos no sos la culpable, *chitrulita*. ¿De qué podés ser culpable vos?

—De estar aquí, tan feliz, tan llena de todo. Convertida en una *cogotuda*, con sirvientas que me atienden. Y las chicas están muertas. Siento que es culpa mía que no estén aquí con nosotras. Antes de que vos llegaras al burdel, ellas dos se hicieron cargo de mí. Yo solo quería morirme. Y ahora… ellas no están y yo sí estoy, ¡y cómo estoy!

—Pero, Celide, ellas están en el cielo, son nuestros ángeles, y si no están aquí no es por tu culpa, en todo caso es por culpa de muchas personas que nunca entendieron el respeto por la vida humana. Ellas, al igual que los muchachos, fueron brutalmente asesinadas. Además, esa fue la voluntad de Dios.

Se quedaron toda la tarde charlando, cada tanto ingresaba Dominga con la bandeja llena de infusiones para Rosa María y pastelitos de dulce de membrillo para Celide. Recordaban a sus amigos, imaginaban cómo sería la criatura por nacer.

Una noche, durante la cena, entre un montón de anécdotas, le contaron a don Alberto que en Buenos Aires estaba muy de moda bailar el tango y la milonga y le aclararon, orgullosas, que ellas dos eran muy buenas bailarinas. Don Alberto les aclaró que en Salta no se bailaban esas cosas, pero… bueno. Al día siguiente habló con un amigo, y otro amigo encargó una vitrola y algunos discos de tangos. Se los iban a traer de Buenos Aires, tal vez llegaran justo para el nacimiento del niño.

A partir de ese momento todos estaban pendientes de la panza de Celide. El embarazo había traído una gran alegría al hogar.

Rosa María, durante la mañana, leía los diarios locales y los nacionales de los días anteriores.

Por la tarde tocaba el piano para Celide y su panza.

—Este Monchito sí que me va a salir *intrulido*.

—Instruido —corregían don Alberto y Rosa María al mismo tiempo. Celide ya no se enojaba, se reía con ellos.

Celide recorría la casa seguida por Dominga y una prole de sirvientas detrás. Caminaba con las piernas abiertas y tirada hacia adelante porque tenía miedo de que le naciera el hijo estando parada.

CAPÍTULO 44

En la mansión de los Achával Figueroa las cosas no iban tan bien. Don Juan padre enfermó gravemente y a los tres meses murió. Doña Christelle y sus dos hijas se refugiaron en París.

Juan se quedó viviendo en la mansión de Barrio Norte, acompañado solo por los criados. Más adelante pensaría en mudarse, pero no todavía. La muerte tan repentina de su padre y la indiferencia de su madre le habían vuelto a abrir todas las heridas en su corazón.

Sentado en la galería, miraba cómo el sol caía melancólicamente sobre el extenso jardín. Pensaba en su padre, lo extrañaba. Su vida comenzó a pasar frente a sus ojos. La sonrisa llegó cuando pasó Rosa María; ella le había hecho conocer el verdadero significado de la palabra amor. Se quedó viendo pasar la noche.

Al día siguiente llegó al estudio más temprano que de costumbre. Ya había un hombrecillo esperando en la puerta. Le preguntó si necesitaba algo, y el hombre le dijo que esperaba al doctor Miguel, uno de sus asistentes. Juan entró a su oficina y le restó importancia.

Había pasado aproximadamente una hora cuando ingresó Miguel con el hombrecito que había encontrado Juan en la puerta.

—¡Vamos! Siéntese ahí y cuéntele todo.

Juan no entendía lo que estaba pasando.

—Claro —dijo el hombre poniéndose unos lentes redondos y abriendo su maletín de cuero. Un intenso olor a humedad salió de ahí adentro, juntó un manojo de papeles y los puso sobre el escritorio, frente a Juan. Comenzó a revolverlos, luego levantó la vista y empezó a hablar con una voz fuerte y clara. No parecía posible que ese sonido saliera de ese diminuto hombre—. Su nombre es Rosa María Fortunata Peñaloza Montesino, salteña, nació allí. Llegó a Buenos Aires luego de la muerte de su padre y cayó en manos de la Varsovia, la obligaron a trabajar como prostituta, como a otras muchachas. Ella y unas amigas intentaron escaparse en varias oportunidades, pero la misma policía las regresó. Hasta que lo consiguieron, ella y tres mujeres más, una polaca o griega, no está claro, y dos hermanas españolas, con la ayuda de unos inmigrantes se fueron a vivir a un conventillo en el barrio de La Boca. Luego se mudaron a una casa en el mismo barrio, junto con esos inmigrantes. Ellos trabajaban en los Talleres Vasena. Los inmigrantes murieron junto con las españolas en el enfrentamiento, en el Cementerio del Oeste, en el encuentro entre obreros y la policía, eran activadores sociales. Ella y la polaca se volvieron a Salta con su tío Alberto Ramírez Cuesta. Aparentemente se casaron ya que mis informantes me

dicen que hay un niño en la casa.

Juan se puso de pie, se pasó una mano por el cabello, se volvió a sentar. Parado bajo el quicio de la puerta estaba Miguel, con una sonrisa en el rostro y los brazos cruzados.

Miguel se acercó al hombrecito, le entregó un sobre cerrado y lo despidió desde la puerta.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Juan.

—Sabemos de Rosa María, doctor, y en agradecimiento por la gran oportunidad que nos dio cuando nos dejó trabajar aquí hicimos investigar todo —le contestó Miguel, sentándose donde hasta hacía un minuto había estado el detective.

Juan no podía hablar, temía quedar como un tonto llorando como un niño. Se tomó la cabeza con ambas manos. Estaba viva. ¡Rosa María estaba viva! Levantó la mirada, y con la voz temblorosa susurró:

—Muchas gracias, a todos, de verdad.

Miguel salió y cerró la puerta. Había entendido que Juan necesitaba quedarse solo.

Rosa María estaba viva y ¿casada?

En los días siguientes se puso a investigar sobre la Varsovia; la agrupación estaba en su apogeo. Se enteró de que había alrededor de cuatrocientos proxenetas que controlaban dos mil burdeles en todo el país y cuatro mil mujeres; a la mayoría las traían engañadas y las obligaban a prostituirse.

El *Cuervo Blanco* ahora extendía sus redes para investigar la prostitución. Los abogados asistentes de Juan llevaron a cabo una gran investigación y obtuvieron nombres y direcciones que luego la policía guardó en un cajón y los diarios nunca publicaron. Cuando no veía ningún accionar en contra de la Varsovia, Juan, indignado, se tomó el asunto de manera muy personal. Comenzó a circular la tarjeta del *Cuervo Blanco* en todos los burdeles, y las prostitutas, cuando lograban escabullirse, comenzaron a visitar el estudio para pedir ayuda. Recibió amenazas, pero no les hizo caso. Lo que sí hizo fue reforzar la seguridad de su equipo.

Muchas de las prostitutas les daban datos de políticos y personalidades importantes que sucumbían en los burdeles y gracias al chantaje comenzaron a obtener resultados diferentes y algún que otro detenido.

Trataron de incendiar dos veces el estudio, pero como estaba tan bien cuidado con muchos de los inmigrantes que había atendido sin cobrarle un solo peso, no pasó nada.

—*Dotor*, anoche nos tocaba a nosotros la guardia y los vimos cuando llegaron y se bajaron del auto, *enseguidita* nomás supimos que le querían hacer algo a *esté*. Los agarramos y les dimos un *palizón* que no se lo van a *olvidá* nunca en la vida —le contaba el Holandés, feliz.

—Usted es un héroe —le dijo Juan y le palmeó la espalda.

El Holandés salió del despacho de Juan con la sonrisa de oreja a oreja; cuando pasó al lado de los otros abogados los miró y les dijo:

—¡Soy un héroe!

A pesar de que las amenazas no cesaban de llegar, seguían trabajando. El estudio no paraba de crecer.

Cada noche, antes de dormir, Juan sonreía cuando recordaba que Rosa María estaba viva. Como la amaba tanto, saber de su bienestar le producía felicidad. Ahora quería verla, pedirle perdón, se lo debía.

Sentado en la mecedora en su cuarto, se estiró, suspiró y con una sonrisa ensayó un encuentro entre ambos, tal vez…

CAPÍTULO 45

La primavera vestía los árboles. Don Alberto se pavoneaba con sus tres mujeres paseando por el centro salteño. Algunas familias les habían retirado el saludo porque Celide había sido madre soltera. Ellos no se hicieron mucho problema, disfrutaron de los que los aceptaron y no se preocuparon por las habladurías.

Había nacido una hermosa niña. Era una mezcla perfecta entre Moncho y Celide. Con su tez morena, su cabecita medio cuadrada como la de su padre y los ojos claros de su madre los tenía embobados a todos. Rosa María y don Alberto fueron sus padrinos de bautismo.

Rosa María, en secreto, seguía revisando los diarios, todos, esperando ver en la sección de sociales alguna noticia sobre Juan o su esposa, o el nacimiento de algún hijo, pero nada.

Celide les enseñó a bailar el tango a los sirvientes de la casa y a Mechita, su hija. Mientras que Dominga las obligaba a escuchar la música local.

Rosa María, como un homenaje a su padre, se encargó de contar una y otra vez la historia de Güemes, y personalmente comenzó a instruir a Mechita sobre los acontecimientos históricos, no solo de Salta sino de todo su país.

Celide estaba sentada en la galería practicando el punto de tejido que Dominga le había enseñado recientemente, Mechita estaba en la caballeriza a punto de salir de paseo con don Alberto, y Rosa María tocaba el piano. Se acercó Emilse, una de las criadas, se paró junto al piano y le anunció que en la puerta había unas personas que estaban buscando a la familia Peñaloza. La primera sensación que tuvo Rosa María fue de miedo. “Me encontraron”, pensó. Pero luego se dio cuenta de que don Ismael no podía sacarla de su casa, que allí estaba a salvo. ¡Dios del cielo! “Lo que es la cabeza”, pensó, y se dio unos golpecitos en la suya mientras caminaba hacia la entrada.

Abrió la puerta y lo que vio la dejó anonadada: un hombre en una silla de ruedas totalmente destartalada, un inválido, y detrás una mujer.

—¡Ay, por Dios! ¡Ay, por Dios! —repetía y se agarraba la cabeza.

—¡Joder! Que hace un año que te estoy buscando, Rosita. Pues que vamos *paiá*, que venimos *pacá* —exclamó Teresa y cayó literalmente en los brazos de Rosa María—. ¡Era la última oportunidad que me daba, si vos también estabas muerta lo agarraba a este y nos parábamos justo en el medio de las vías del tren!

Rosa María la abrazó tan fuerte, tan profundo, que pudo sentir los latidos de su corazón. Levantó la vista y la fijó en el hombre que venía en la silla. ¡Pero si era Moncho! Separó un poco a Teresa y le preguntó:

—¿Es el Moncho? ¿Qué le pasa?

—Ah, es una larga historia. Se le cruzaron los cables y quedó así.

—Dominga, ayudame a que Celide no los vea, le vamos a dar una sorpresa. ¡Vamos! —dijo Rosa María y entraron.

Enseguida le prepararon un cuarto a Teresa, un baño tibio y perfumado, toallas limpias y ropa nueva.

Dominga, como siempre, se hizo cargo de todo. El hijo de Emilse y otro de los muchachos se ocuparon de Moncho.

Rosa María se encargó personalmente de ayudar con el baño a Teresa. Le parecía un sueño tenerla allí. Quería saber todo lo que había ocurrido ese día, por qué no habían regresado a la casa. ¿Qué había pasado con Mecha y el Tano?

—Tranquila, después hablamos, ahora descansá —le decía Rosa María arrodillada al lado de la tina mientras pasaba la esponja llena de jabón por su cuerpo. Teresa, con los ojos cerrados, disfrutaba del agua tibia que recorría su cuerpo, inhalaba el perfume a lavanda que inundaba el cuarto.

—Ay, Rosita, te juro que ni en mis sueños más *sofisticaos* estaba este baño. ¡Gracias a Dios que te encontré!

—Shh, después hablamos —terminó Rosa María y comenzó a lavarle el cabello.

Se pusieron de acuerdo para darle la sorpresa a Celide. Tenían que hacerlo con cuidado. Moncho estaba muy deteriorado y había que ver cómo lo tomaba ella.

Todos sabían de la inesperada llegada de Teresa y Moncho, menos Celide y su hija Mechita.

Esa noche estaban sentados todos a la mesa y Rosa María tomó la palabra:

—Celide, tenemos que contarte algo —dijo. Había practicado toda la tarde, pero no sabía cómo comenzar—. Tapate los ojos y no los abras.

Celide se tapó los ojos y esperó. “Uf, ahora qué les pasa a estos. Renegué toda la tarde con los hilos y los palitos y ahora otra sorpresa. Ojalá no sean agujas de tejer nuevas”, pensaba Celide mientras esperaba.

—Abrilos, ahora —le ordenó Rosa María.

Abrió los ojos y los vio a los dos, bañados, perfumados y peinados. Eran Teresa y, en la silla, Moncho, con la mirada perdida. Celide se tapó la boca con ambas manos, abrió los ojos y se puso de pie tan rápidamente que la silla cayó hacia atrás. Exclamó algo en *idish* y corrió hacia

ellos.

—¿Moncho?, ¿Teresa? ¿Son ustedes? ¿De verdad son ustedes? Moncho, mi amor, ¿qué te pasó?, ¿qué te hicieron? —decía Celide sin poder parar de llorar. Abrazó a Teresa y luego se arrodilló frente a la silla de Moncho—. Estoy acá, mi amor. ¡Mirame, por favor! —le decía tomando el rostro de él con ambas manos y guiándolo hacia donde estaba ella.

Los ojos de Moncho miraban sin sentido, no tenían la intensidad de siempre. Estaban perdidos en algún lugar. Celide lo besaba, lo acariciaba, le hablaba.

Esa noche nadie pudo probar bocado. Don Alberto se llevó a Mechita para que las muchachas pudieran conversar tranquilas. Dominga trajo café, té y bebidas fuertes.

—¿Qué pasó? Nosotras nos pudimos escapar del cementerio, fuimos a la casa y los esperamos, fue horrible. Los estuvimos esperando hasta que el Turco nos dijo que estaban todos muertos —contó Rosa María.

—Estábamos escuchando el discurso cuando sentimos el ruido. ¡Ay, Jesús de la Cruz!, no quiero ni recordarlo, los muchachos se pusieron delante de nosotras cuando empezaron los tiros. Luego no sé qué pasó. Me desmayé. Cuando me desperté estaba tirada, rodeada de un montón de personas, ¡todos muertos! Estaban fríos. ¡Fue espantoso! Todavía no puedo sacarme esa sensación de encima —recordaba Teresa y se limpiaba el cuerpo con las manos—. Salí como pude, trepándome sobre esas pobres personas, con la sangre pegoteada en mi ropa. Me di cuenta de que estábamos en un pozo. Me volví loca, pensé que todos podían estar ahí desmayados igual que yo. Así que los busqué, revisé uno por uno entre los muertos —decía frunciendo la boca y llorando—. Y los encontré —se tapó la cara—. Mechita estaba muerta junto al Tano. Fue tan feo.

No voy a volver a recordar esta mierda. Salí, seguí buscando. Las llamaba a ustedes a los gritos. Una señora me agarró y me llevó a una casa donde había un montón de baleados, ahí los atendían. Las busqué pero solo encontré al Moncho. Estaba como ahora, el pobre. Me quedé sentada al lado de él. No sé cuánto tiempo pasó —seguía contando Teresa; tenía los ojos hinchados—. Un día, cuando pudimos trasladar a Moncho, un matrimonio muy amable nos llevó a su casa. Estaba en las afueras de Buenos Aires, no sé bien dónde, no me acuerdo el nombre. Nos alimentaron, nos dieron un techo y un lugar para vivir. El señor Martino hizo la silla que tiene el Moncho, así me resultaba más fácil moverlo. Yo les arreglé toda la ropa y les limpié la casa todo el tiempo que estuvimos ahí, no sé cuánto, un año, ¿dos, tres? El tiempo se detuvo para mí. El Moncho siempre estuvo igual. No sé, por ahí creo que escucha. Pero me parece que son puras ilusiones mías nomás. Se hace todo encima. Hay que limpiarlo. Perdón, Celide, pero le tuve que limpiar las bolas a tu novio.

—Ay, Teresa… ¡gracias por traérmelo! —dijo Celide entre sollozos y abrazándola—. ¿Y

después qué pasó?

—Trabajé para juntar dinero y regresar a casa. Cada día recé para encontrarlas vivas. Encontrarlas era la única esperanza que me quedaba. Cuando llegamos a casa con el Moncho ya vivía otra gente. En ese momento creí que moriría. Me senté en la vereda y lloré como tres horas en la calle. Luego nos fuimos del Tulio. Él nos contó todo, que ustedes se habían venido para acá, y nos dejó quedarnos en su casa hasta que salimos para Salta. Estoy tan cansada.

Rosa María se levantó, se sentó en su misma silla y la abrazó.

—Llorá tranquila, estás en casa, Teresita. Ahora vas a descansar todo lo que quieras —dijo, y comenzó a darle bocados con la cuchara—. Estás en casa, querida, ya pasó. Todo terminó —le decía acariciándole el rostro enflaquecido.

Celide nunca más se despegó de Moncho. Pidió una cama de matrimonio en su cuarto y se armó una cajita de madera revestida con todo lo necesario para atenderlo. Lo acariciaba y lo besaba todo el tiempo.

Don Alberto enseguida mandó a llamar al doctor Robledo para que revisara a los dos y luego hizo construir una silla especial para Moncho, con todas las innovaciones y detalles que pudieran facilitar su comodidad y la de Celide.

Teresa se entregó al amor. Dejó que la cuidaran, que la mimaran, que la alimentaran. Durante todo ese tiempo en el que estuvo con Moncho a cuestas nunca pensó que sobrevivirían. El médico les informó que Teresa estaba bien, algo desnutrida, nada que no se curara con amor y comida. Pero con Moncho se tomó un tiempo más para dar un diagnóstico.

Celide andaba de acá para allá empujando la silla de Moncho. Mechita había encontrado su lugar favorito: treparse por las piernas y sentarse a upa de su papá. Estaba feliz de tenerlo para ella. Lo peinaba, le hacía morisquetas, jugaba con sus manos. Moncho sonreía, a todo sonreía.

Acondicionaron un cuarto para la costura. Allí cosían, tejían, tomaban mate y conversaban.

Decidieron celebrar una misa para el descanso eterno de Mecha, Pepe y el Tano. En la ceremonia lloraron todos, pero luego siguieron con sus vidas.

Celide convivía con Moncho y su hija como si él estuviera totalmente sano. El médico seguía frecuentando a Moncho a pedido de Celide.

—¿Cómo que usted no ve los cambios, doctor? El Moncho ahora fija la mirada. Cuando le hablamos con Mechita él nos mira un momento, luego sus ojos se van, pero nos dedica unos segundos. ¿Cómo no puede verlo?

Cada vez que el doctor Robledo los visitaba, revisaba a Moncho y escuchaba los comentarios de Celide, le aclaraba a Rosa María:

—Es muy importante que no le generen esperanzas a Celide, ella está convencida de que

Moncho un día va a despertar…

—Yo también lo creo —le contestaba cada vez Rosa María.

Y cada vez que el doctor Robledo se iba, Rosa María se acercaba a Celide y le decía:

—¡Vamos, Celide! Falta poco, un día se va a levantar y te va a abrazar hasta siempre.

Rosa María miraba a sus amigas, Celide empujando la silla, Teresa llorando a escondidas y reviviendo los momentos felices con quienes ahora eran sus muertos, y ella espiando los diarios, esperando alguna noticia de Juan, algo.

Cada noche, antes de entregarse al sueño, evocaba esos ojos verdes, el contacto cálido del cuerpo de él, de sus manos, la sonrisa franca. El tiempo ayuda, apacigua las aguas. Pero el amor, ah, qué cosa, al amor no lo apaga nada. El amor queda intacto para siempre, eterno.

El pronóstico de Moncho no estaba claro, aparentemente había sufrido algún fuerte golpe que había cambiado algunas cosas en su cabeza. El doctor Robledo le sugirió a don Alberto que, si disponía de algún dinero, viajara a Buenos Aires para consultar con algunos especialistas. Don Alberto estuvo de acuerdo y enseguida llamó al abogado de la familia para que pusiera en orden los documentos de todos. Primero habló con Rosa María, luego con Celide. Estaban empezando a encontrar la tranquilidad, alguna luz por allá muy lejos empezaba a iluminar.

Era una de esas tardes frías y grises afuera. Adentro el fuego crepitaba brindando calor a su alrededor. Don Alberto ya tenía todo listo para el viaje con Moncho y el doctor Robledo. Celide conversaba con ellos, hacía preguntas, sugerencias. Estaba muy nerviosa. Teresa bordaba y Rosa María leía los diarios. Tomó la pila que tenía en su falda y comenzó a ver los titulares; si alguno le interesaba, allí anclaba. Dominga repartía chocolate caliente, mates y pastelitos de dulce de membrillo.

Cuando leyó la noticia, el diario se cayó de sus manos, no dijo nada. Lo levantó, cortó la hoja y se la guardó en el bolsillo. Dio una mirada general al resto y luego se excusó y se retiró a dormir.

Llegó a su cuarto, buscó el recorte que había escondido en el bolsillo y lo volvió a leer. La noticia era muy clara. Don Juan Achával Figueroa había fallecido. No había mayor información, el resto eran todas salutaciones de amigos y parientes. ¿Pero qué había pasado? ¿Juan, muerto?

Se tiró sobre la cama. Fin. Todo había terminado. No quedaba nada. Las lágrimas le inundaron los ojos y el dolor le cortó la respiración. Se dio cuenta de que hasta ese momento tenía alguna esperanza de volver a verlo. De encontrarlo o de que apareciera como lo hicieron un día Teresa y Moncho. Pero no, estaba muerto. Todo se había terminado. ¿Qué se hace con todo el amor que uno tiene cuando el ser amado se muere? Lloró recordando cada momento vivido con Juan. ¿Qué habrá sido de su vida? ¿Cómo estarían su esposa y sus hijos luego de su muerte? Aunque la nota

no decía nada de esposa ni hijos...

Repasó la fecha, era un diario viejo. ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Por qué estaba ahí justo ahora? Esas cosas de la vida que no tienen explicación. Juan había muerto hacía tiempo. Y ella… ¡Dios! ¡Qué tristeza!

Sin decir nada, buscó en todos los diarios que tenía alguna información que ampliara la terrible noticia que le quemaba en las manos y en el corazón. Pero no había nada.

No les comentó a las chicas, todas tenían muertos para llorar. Ese era el suyo. Tenía que seguir con su vida. Le gustaba estar en Salta, se sentía amada, cuidada, y más aún desde que habían llegado Teresa y Moncho. No podía angustiarse, Juan era cosa del pasado.

Tenía que buscarse algo para hacer, andaba llorando por los rincones, no se podía recuperar de la muerte de Juan. Tenía que hacer algo. Antes, cuando Juan estaba vivo, por más que estuviera casado, que no lo viera, estaba. En algún lugar estaba… ¿Pero ahora?

La muerte. Esa situación que te atropella, que no se anuncia ni te pide permiso. Es oscura, terminante. ¿Cuántas veces la había atropellado la muerte? Comenzó con su madre, Hana; siguió con su padre, sus amigos, y ahora Juan. ¡Basta! No quería sentir más ese dolor intenso, arrollador, que empieza en el pecho y luego se mezcla con la sangre de una manera mágica, y comienza a correr por las venas inundando todo el cuerpo, entristeciéndolo, entumeciéndolo… La muerte también la había invitado a ella, pero Dios metió la mano y la volvió a la vida. En tan poco tiempo había muerto tantas veces. Murió con su madre, murió con su padre, murió con sus amigos, murió con Juan.

Se ofreció a viajar a Buenos Aires con Moncho, don Alberto y el doctor Robledo; tal vez un cambio de aire le hiciera bien, pero le dijeron que no. Se trataba de un viaje médico y de hombres.

Con abrazos, esperanzas e inseguridades partieron los tres. Celide le dijo a Moncho al oído que cuando regresara se iba a casar con él, que a ella no le importaba cómo estaba. Estaba feliz de tenerlo a su lado. Sabía que si el corazón de Moncho latía, por más que no pudiera expresarse, ella estaba ahí adentro. Era todo lo que le importaba.

CAPÍTULO 46

El tiempo pasaba y seguían sin noticias de don Alberto, de Moncho ni el médico. Celide estaba tan preocupada que ya no comía, no dormía. Otra vez perderlo. No, ¡otra vez no! —repetía y lloraba cuando Mechita dormía.

Rosa María había intentado obtener información por todos los medios, pero nada. Algo malo había pasado, seguro, por eso don Alberto no regresaba ni mandaba ninguna noticia. Algo malo había pasado…

—¡Vos siempre la misma! ¡Coño, Celide! Todo va a salir bien —le decía Teresa.

—Tiene razón, y lo peor de todo es que estás presagiando con tus pensamientos —completó Rosa María.

—¡Bueno, che! Pero si le pasa algo al Moncho...

Teresa las miraba; a pesar de las protestas de Celide y la tristeza de Rosa María, tenerlas era un regalo del cielo.

¿Por qué pasarán las cosas? Será que todo tuvo que suceder así para que ella estuviera ahora ahí, en Salta. ¿Y Mecha? ¿Por qué tuvo que morir sin haber llegado a la mitad de su vida? ¿Por qué seguir preguntando si no había respuestas…? Extrañaba a su hermana, extrañaba los piropos del Tano, sus caricias. Pero como buena gallega fortachona, agradecía lo que tenía, un hogar, sus amigas, su sobrinita del corazón, don Alberto que oficiaba como padre para las tres y Dominga, que era la única madre que había tenido en toda su vida. Acongojada por las lágrimas, sonrió.

El sol se escondía cuando alguien golpeó la puerta principal. Celide se llevó las manos al pecho, Rosa María se puso de pie y Teresa se tomó la cara con las dos manos. Los golpes en la puerta les seguían produciendo ese miedo, esa inseguridad que nunca las abandonaba, miedo de perder ese pequeño momento de felicidad y regresar al oscuro sufrimiento.

Dominga fue a abrir.

—¡Papá, papá! —se escucharon los gritos de Mechita que salió corriendo.

Don Alberto empujaba la silla de Moncho, habían regresado. Todas las miradas se dirigieron al rostro de Moncho. Y él como siempre les devolvió una sonrisa y luego revoleó los ojos para todos lados acompañando el movimiento con la cabeza. Celide corrió a abrazarlo, no lo soltó nunca más.

—¡Al fin! Estábamos tan apenadas de no tener noticias… —dijo Rosa María abrazando a don Alberto.

—¿No les llegó la carta? ¡Carajo, este correo!

—No, nada. ¿Por qué, qué pasó? —preguntaba Rosa María sin soltar el brazo de don Alberto y luego de saludar al doctor Robledo que ya era parte de la familia.

—Nos quedamos porque tuvimos la oportunidad de visitar a un especialista que había llegado de Europa con la última información de la medicina, pero, claro, nos dio cita para el mes siguiente. ¡Perdón, hijita! Cuánto las preocupamos.

—Bueno, lo importante es que ya están aquí. Pobre Moncho, todo sigue igual, ¿no?

Don Alberto la miró, tomó sus manos y le dijo:

—Sí, está en manos de Dios.

Don Alberto estuvo un largo tiempo repartiendo regalos para todas sus mujeres, les trajo perfumes, discos, revistas de moda para Teresa, diarios y libros para Rosa María. Vestidos y juguetes para Mechita.

Todos habían albergado la esperanza de ver a Moncho llegar caminando, hablando. Verlo tocar la guitarra como antes. A pesar de que no había podido ser así, Celide le demostraba el mismo amor de siempre. No le importó, al menos para la vista del resto. Rosa María sabía que lo de Moncho y Celide era infinito, eterno, más grande que la humanidad misma. El amor, el verdadero amor.

Estaban todos sentados en los sillones en la sala junto al hogar que crepitaba.

—Cuénteme de Buenos Aires, padre —le pidió Rosa María.

—¡Es muy rápido para mi gusto! —dijo don Alberto, y todos rieron.

Don Alberto les contó cada detalle de lo que habían hecho. Los lugares que había conocido. Cada tanto había un cruce de miradas entre las chicas, pero silencioso.

Cuando el relato terminó se fueron a dormir. Celide acarreando a Moncho. Teresa colgada del brazo de Rosa María.

—No quiero volver nunca más a Buenos Aires —le dijo al oído mientras caminaban hacia el cuarto.

—No vas a volver, Teresa. No vas a volver…

Los días eran apacibles. Teresa se distraía con la costura. Seguro que el Tano era su compañero silencioso. Muchas veces cuando trabajaba Rosa María veía cómo las lágrimas le caían sin permiso.

Celide vivía para Moncho. Lo levantaba, lo aseaba, lo peinaba mientras le hablaba. Y Rosa María lloraba en silencio su amor imposible con Juan; tantas dudas habían quedado sin aclarar,

tantas vidas que podrían haber vivido estando juntos, tanto amor latiendo en vano. Ahora ya era tarde. La muerte se lo había arrebatado.

Don Alberto fue el de la idea.

—A esta familia le falta festejar —dijo mirando a Celide—. ¿No te gustaría casarte con Moncho, así viven tranquilos y con la bendición de Dios?

—Monchito, ¿nos casamos? —le preguntó tomando su mano y apoyando la oreja sobre los labios de Moncho—. Dice que sí, que yo soy lo más importante en su vida y que nos casemos. Con vestido nuevo y todo eso, ¿no?

"¡Esta Celide…!", pensó Rosa María sonriendo.

—Listo, entonces tenemos una fiesta que organizar. Pensé que tal vez les gustaría poner la fecha, yo tengo una muy particular para ofrecerles. Navidad. ¿Qué tal si se casan para Navidad, el 24 de diciembre? Y de esa forma festejamos hasta Año Nuevo.

—Sí, me gusta Navidad —dijo Celide con una amplia sonrisa.

—Yo me encargo de los vestidos de todos —agregó Teresa dejando el bastidor sobre su falda —. Y me gustaría pedirles algo más…

—Hablá —la apuró Celide.

—Yo quisiera, algo así, me gustaría ser la madrina del Moncho. Me lo tuve que aguantar todos estos años… que me parece que me merezco ser la madrina de su casamiento, ¿no?

Celide se levantó, se hizo un lugarcito al lado de Teresa moviendo las caderas para que entraran ambas en el sillón, apretadas. La abrazó y besó sus mejillas.

—La madrina más hermosa de todo el mundo. Y me vas a hacer un vestido de novia de esos de los figurines y un tocado alto con algunas plumas de faisán…

—¡Bueno, bueno! Yo me ocupo de la ropa, ustedes organicen el resto, y desde ya te digo, Celide, no jodas con ponerte un pavo real en la cabeza porque no lo voy a permitir.

Todos se unieron en una tierna sonrisa.

Teresa había pedido telas especiales para la ocasión, era la encargada de vestir a la familia, pero fundamentalmente a la novia. Iba a ser una fiesta con todo. Trabajaba sin parar. Rosa María la ayudaba con lo que le pedía. La gallega estaba insoportable, pero feliz en su salsa. Géneros de telas completos, hilos, máquinas de coser, Dominga ya era una experta con la máquina. Nada las detenía, comenzaban temprano y terminaban bien entrada la noche. Algunas veces acompañadas con mates y con algún tango que sonaba en la vitrola.

Don Alberto iba y venía, el casamiento sería en la estancia. Había mandado a acondicionar todo, fundamentalmente la capilla. Había que organizar la fiesta: el asado, las empanadas, las tortas, los dulces, tantas cosas…

Rosa María ayudaba y compartía la felicidad de todos. En sus momentos libres se refugiaba en los libros. Le comentó a don Alberto que luego de la boda quería dedicarse a trabajar en la administración, junto con el contador. Le contó de su fugaz trabajo en el frigorífico, y le dijo que le gustaba mucho. Don Alberto estuvo de acuerdo con la idea, qué más quería que tenerla junto a él todo el tiempo. Siempre que la miraba veía en su rostro, en sus movimientos, el parecido con Hana, pero no podía encontrar rasgos que le aclararan si Rosa María era hija de Zoilo o de él.

Rosa María caminaba a su cuarto, era tarde, Teresa ya dormía. Se había entretenido con unas revistas que don Alberto había traído de Buenos Ares. Caminaba sigilosamente para no despertar a nadie cuando escuchó la voz de Celide. Se detuvo.

—Siempre vas a ser mi amor, el amor de mi vida, Moncho. No me importa que vos sigas así. Yo sé que estás conmigo, que me escuchás, al fin tenemos nuestra familia, Mechita es hermosa, es un poco cabezona, así, como vos. No creas nunca que te voy a dejar, ¿eh? Nunca. Cuando yo estoy un poco tristona como ahora pongo la cabeza acá, sobre tu corazón, y cuando escucho los latidos ¡ya está!, se me pasa. Sé que estás y que me hablás con los latidos de tu corazón.

Rosa María enjugó sus lágrimas y siguió caminando. Entró a su cuarto que estaba en penumbras y se acostó junto a Teresa, que ya roncaba de lo lindo, la abrazó y se durmió.

CAPÍTULO 47

Los primeros días de diciembre se mudaron a la estancia. Era un loquero. Los criados corrían de un lado para el otro. Teresa los corría con los trajes en sus manos tomando medidas a cada rato. Don Alberto había invitado a sus amigos más íntimos, así que estaba preparando las habitaciones especiales, pues se quedarían allí hasta Año Nuevo. A las corridas, iba y venía a Salta, a cada rato había que buscar algo más.

La tardecita era la hora preferida para juntarse a tomar mate en la galería y disfrutar de la caída del sol en los brazos de los cerros.

—Tengo que contarles algo. ¡Estoy muy, no asustada, rara, no sé! —le decía Celide a Rosa María al oído.

Cuando la luna tomó el lugar del sol, don Alberto se retiró a organizar unos papeles y Mechita corrió detrás de Dominga, que iba a asegurarse de que todo estuviera listo para la cena.

Rosa María se acercó a Celide.

—¿Qué pasó? Me tenés intrigada.

—¡Vení, acercate Teresa! —dijo Celide y pispeó para todos lados comprobando que estuvieran solas.

—Ah, me siento terrible —continuó.

—¡Hablá, carajo! —la apremió Teresa.

—¡El Moncho! Anoche… se le paró el coso.

Silencio.

—Y yo no sé. Soy una prostituta de nacimiento. No tengo perdón de Dios, no me puedo casar con él.

—¿Qué hiciste? —preguntó Teresa con los ojos brillosos.

—Eh… lo toqué un poco y cuando vi que estaba duro como la piedra, lo miré a Moncho y me di cuenta de que estaba como siempre, y, bueno, me saqué los calzones, miré que Mechita durmiera y despacio me subí arriba. Y me lo… es que lo hicimos, bueno él no, pero yo sí. Y ahora me siento tan culpable. Soy una cualquiera, me abusé de él.

Rosa María se tapó la boca para no reírse fuerte mientras que Teresa estaba boquiabierta y muda.

—No, Celide, es tu marido, no te sientas mal. Y ya se van a casar —Rosa María estaba tentada, no sabía qué más decirle.

—Joder, Moncho, menos mal que no le pasó nunca conmigo, ¿eh? Cómo se nota que te ama, Celide.

—Es raro, nunca le había pasado a Moncho. Pero ahora es como que no sé, lo toco un poco…

—Y bueno, Celide, aprovechá —completó Rosa María.

Al día siguiente Rosa María y Teresa, tratando de disimular, estuvieron pendientes de Moncho. En realidad no de Moncho sino de su bastón de mando.

Desde que había puesto un pie en Salta, Rosa María no había ido al cementerio, y don Alberto respetó su decisión. Hasta que un día pidió que le prepararan un coche. Todos se ofrecieron a acompañarla, pero ella se negó. Fue sola, con un hermoso ramo de flores que ella misma había recogido de los jardines. Ingresó, caminó despacio hacia el panteón de sus padres.

Pasó su mano sobre el nombre de los dos, acomodó las flores.

—Perdón, padre. Perdón, madre. Yo los perdono a ustedes, no los voy a juzgar. En este último tiempo aprendí que a uno le puede pasar cualquier cosa, lo quiera uno o no. Y eso no se puede cambiar. Así que si ustedes fueron felices y yo soy fruto de esa felicidad, eso es todo lo que va a quedar en mi corazón. Padre, perdón por no haber entendido las cosas antes, perdón por juzgarlo. Mi equivocación me obligó a caminar el mismísimo infierno. Ojalá ustedes desde el cielo me puedan abrazar, calmar mi dolorido corazón… Ayudarme a olvidar a Juan —les decía en voz alta como si estuvieran ahí, con ella.

Una brisa le acarició el rostro. Pudo sentir la suavidad, cerró los ojos y asomó su sonrisa. Un inmenso baño de luz cubrió su corazón.

—Gracias, gracias —murmuró y siguió disfrutando de la caricia de sus padres. Don Zoilo y doña Hana estaban con ella, sin dudas.

Llegó el gran día. La boda estaba prevista para el 24 a las once de la mañana. El traje de Moncho era gris perla, se lo veía muy elegante. El vestido de Celide era blanco y estaba profusamente bordado a mano por Teresa. Estaba tan preciosa, parecía salida de una revista de modas. Apenas una corona de flores blancas en el contorno de la cabeza. Fue todo un desafío desestimar los sombreros que Celide quería usar en la ceremonia. Rosa María llevaba un vestido color rosa viejo, clarito, ceñido al cuerpo con una cinta de raso en la cintura baja. Y un tocado bien suave tomando sus rulos que caían sobre su espalda. Teresa tenía puesto un vestido violeta que resaltaba su sonrisa abierta. Y un hermoso tocado en la cabeza. Dominga no quería salir, le daba vergüenza el vestido que se había hecho con sus propias manos con la ayuda y las indicaciones

de Teresa. Cuando Rosa María la vio se le cayeron las lágrimas, corrió a abrazarla. Estaba tan hermosa en ese vestido amarillo con flores, ella misma había elegido la tela. Don Alberto, caballero como siempre, le había regalado un collar precioso. Llevaba un sombrerito cuadrado de verano muy moderno, estaba desconocida.

El cura ya había llegado y todos esperaban en la capilla. Celide ingresaría del brazo de don Alberto y Teresa quiso llevar la silla de Moncho. Después de todo lo que habían pasado juntos, ella era su madrina de bodas; no era para menos.

Mechita llevaba los anillos, pero estaba tan ansiosa que iba y venía envuelta en el vestido que le había confeccionado su tía Teresa, lleno de puntillas y vuelos; ella también se casaba con su papá y quería ingresar sentada en las rodillas de él. Rosa María era la encargada de cuidarla.

Una vecina y amiga de la familia tenía a su cargo entonar el *Ave María*. Con una voz bellísima, conmovió a todos los presentes.

Celide ingresó del brazo de don Alberto, regalando a todos su miraba brillante; todavía no podía creer la vuelta que había dado su destino. Mientras caminaba hacia el altar su vida, su dolorosa historia, pasaba frente a sus ojos, esos bellos ojos que comenzaban a inundarse de lágrimas. Apretaba tan fuerte el brazo de don Alberto que el pobre hombre hacía un gran esfuerzo para aguantar la presión y no veía la hora de llegar al altar.

Cuando estuvieron ahí, ambos se dieron vuelta para recibir a Moncho y Teresa.

Rosa María estaba a su lado, tratando de contener a Mechita que corría de un lado para el otro y ya había hecho tropezar a varias señoras con tacos.

Pasaron unos segundos largos y Moncho no ingresaba. Transcurrieron unos minutos, y nada. Celide comenzó a ponerse nerviosa y a hablarle al oído a don Alberto. ¿Dónde estaban Moncho y Teresa? El cura, los invitados, todos comenzaron a inquietarse. La ceremonia tendría que haber comenzado ya hacía un momento, pero Moncho no entraba por la puerta de la capilla. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se demoraban tanto?

Rosa María sentó a Mechita en el banco y se dispuso a salir para ver qué podría estar retrasándolos, cuando vio que entraba un pequeño grupo de personas. Era Teresa acompañada de dos hombres. Uno de cada lado. Caminaban por el pasillo de la capilla donde se suponía que ingresaría con Moncho. Todos se pusieron de pie. No sabían qué estaba ocurriendo. ¿Acaso Teresa se había descompuesto y la estaban trasladando? ¡No! La sonrisa se le veía desde ahí. ¿Pero qué estaba pasando?

Don Alberto, sonriente, tomó la mano de Celide y la apretó.

Teresa, con su hermoso vestido, su amplia sonrisa, traía de un lado a Moncho y del otro a Juan. ¡Sí, Juan!

Rosa María se pellizcó el brazo. Tanto soñaba despierta que tal vez estaba en medio de una alucinación. No había forma de que Moncho caminara y sonriera de esa forma y que, además, Juan estuviera allí, con Teresa ingresando a la iglesia.

Don Alberto le extendió la mano y le dijo:

—Venga, mi hermosa niña, hoy celebramos dos casamientos.

Rosa María, con los ojos nublados por las lágrimas, seguía sin comprender ese hermoso milagro.

Celide no esperó, fue corriendo a comprobar por sí misma que ese hombre que caminaba hacia ella era su Moncho. Se le colgó del cuello.

—Celide, mi querida, sos la novia más hermosa que alguien pudiera soñar. Te amo más que a mi propia vida —dijo, y cargó en sus brazos a Mechita que ya estaba tironeando de su pantalón.

—¡Moncho! ¡Qué lo parió, Moncho! ¡Cómo me asustaste, carajo! —decía Celide; estaba tan feliz. Al fin el milagro había caído sobre ella. Miró hacia la Cruz, y con los ojos llenos de lágrimas, haciendo esfuerzos para que no se le torcieran los labios, susurró:

—¡Gracias!

Moncho la besó, largo, profundo, allí delante de todos. Mechita se tapó los ojos ella sola.

Juan caminó hasta Rosa María y, sin pedirle permiso, la abrazó, la levantó, giró con ella en sus brazos como cuando bailaban tango. Luego la besó mientras los invitados los miraban sin entender nada. Las dos parejas a puro beso en el medio del pasillo de la capilla.

Rosa María sentía mucha curiosidad por entender cómo había llegado Juan hasta ahí si ella misma había leído que estaba muerto. Pero no era ese el momento, tenía que esperar. Ahora tenía que casarse. Sí. Miró a Juan, su Juan. Esos ojos transparentes, esas cejas tupidas. Recibió su sonrisa. ¡Qué atractivo era! Tomados de la mano ante Dios estaban listos para recibir el sacramento del casamiento.

Se casaron los cinco. Mechita también se casó con sus dos papás. No hubo forma de hacerle entender que Juan no era su papá. Les decía papá a los dos y abuelo a don Alberto.

Apenas el cura les dijo “Pueden besar a las novias” los dos muchachos, pintones, besaron a sus mujeres hasta dejarlas sin respiración. Celide relojeaba al Moncho que, con ese traje tan fino, peinado a la gomina, parecía un compadrito. Hasta le daba un poco de celos. ¡Ojito que se le fuera a acercar alguna salteña! Luego de la emoción del casamiento doble, pudieron sentarse un rato y Don Alberto les contó los detalles de lo sucedido.

Apenas habían llegado a Buenos Aires y comenzaron con los tratamientos, él se puso en contacto con Juan, llevaba todos los datos del artículo que le había facilitado Dominga, se lo había robado de las pertenencias de Rosa María. Y cuando se pusieron a conversar empezaron a aclararse las cosas. Incluso fue el mismo Juan quien acompañó, asesoró y estuvo a disposición durante todo el tratamiento de Moncho, con los mejores médicos. Al comprobar la solidez y la generosidad de Juan, don Alberto decidió prepararles la sorpresa. Se la debía a Rosa María después de tanto

sufrimiento.

El detalle más sorprendente de la historia era lo sucedido con Moncho. Todos los tratamientos habían sido en vano, porque en realidad una mañana cualquiera despertó, como quien despierta de un sueño. Había sido un milagro de Dios, no de la ciencia.

Antes de sentarse a la mesa para la cena de Nochebuena, Juan y Rosa María salieron a caminar por los jardines de la estancia.

—Te tengo que contar muchas cosas, Juan, no sé cómo las vas a tomar —le dijo Rosa María.

—Mi amor, ya sé todo. No tenés que contarme nada. Tu tío me puso al tanto de la historia; después de todo pasamos juntos bastante tiempo. Fui el hombre más feliz del mundo cuando me contactó y me contó. Nadie nos va a separar nunca, mi amor. Te amo tanto, tanto. Mi vida fue un infierno hasta hoy.

—Yo también, Juan, cuando leí la noticia de que te habías muerto, jamás pensé que se trataba de tu padre. El mundo se derrumbó sobre mi espalda. A pesar de todo lo que sucedió, en el fondo siempre supe que eras una persona noble y buena.

—Sí, fue terrible, todos venían a dar el pésame por mi muerte y me encontraban a mí. Soy un hombre de bien, Rosa María, todo lo sucedido fue una gran desgracia. Pero ahora estamos juntos, casados. ¡Y vamos a tener un montón de hijos!

Se fundieron en un abrazo eterno, cálido. Se besaron como si fuera la primera vez, suave y apasionadamente.

Celide, la flamante esposa, estaba atravesando su primer problema familiar: Mechita no dejaba que nadie tocara a Moncho, era suyo y de nadie más. Moncho miraba a sus dos mujercitas, eran tan bellas, tan hermosas. Se sentía bendecido.

—Celide, mi amada Celide —repetía—. Cuando llegué de Buenos Aires esa noche y te vi me tuve que contener tanto para no levantarme de la silla y abrazarte y besarte. ¡Llegaste a darle luz a mi vida!

—¡Qué decís, pavo! —dijo y luego bajó la mirada.

La mesa estaba servida afuera, bajo la estela del cielo, llena de comida, por supuesto las empanadas salteñas de Dominga, el aroma de los cabritos y costillares a la cruz, asado de vaca y de cordero. Ensaladas, pancitos con sabores a cebolla, ajo y queso, infaltables los salames. Todo

tipo de bebidas, vinos y jugos de frutas. Y, por supuesto, música en vivo. Había convocado a unos músicos locales muy conocidos. Eran un trío, pero el tercero no había llegado, y eso que era un vecino, se lamentaba don Alberto.

En la mesa principal, la familia; luego, el resto de los invitados. Mechita correteaba por todos lados, siempre con algo en la mano que iba comiendo de a poco.

Juan al lado de Rosa María le tomaba la mano, la abrazaba, la besaba, la contemplaba.

Cuando ya estaban por los postres, y antes de la misa de gallo, con la satisfacción de tener la panza llena, Moncho se levantó, buscó una guitarra y se acercó a los muchachos. Les dijo algo al oído. Luego miró a todos.

—Vamos a tocar un tango. Lo compuso un amigo nuestro, el Pepe, para su novia Mecha. En honor a ella nuestra hija se llama Mercedes. El tango se titula "La gallega" —no pudo seguir hablando, la voz se le entrecortaba. Miró a sus pares y, con una seña, comenzaron a tocar.

Moncho comenzó a transitar la letra de la canción. Teresa se levantó y se paró al lado del Moncho. Celide y Rosa María hicieron lo mismo. A voz quebrada, los cuatro cantaron el tango. Juan los miraba y pensaba cuánto amor, cuánta historia, cuánto dolor hay detrás de cada uno.

Terminaron de cantar el tango y don Alberto y Dominga los abrazaron y los ayudaron a regresar a la mesa. Moncho siguió con la guitarra y les indicó seguir con una milonga. Estuvieron un momento practicando acordes hasta que se largó.

Juan, conmovido ante lo que acababa de vivir, miró a su flamante esposa y le dijo:

—¡Vamos, mi reina, enseñémosles a estos salteños cómo se baila un tango!

—Milonga, *estirado*, no me confunda a la gente —aclaró Celide con una sonrisa; enseguida se puso de pie, buscó a Teresa y formaron dos parejas, una al lado de la otra.

Hubo un momento de silenciosa expectación. Fue el mismo Moncho el que les dio la seña y la milonga comenzó.

Los cuatro bailaron, sin palabras, unidos por las lágrimas que rozaban sus mejillas. Mientras el dos por cuatro dejaba estupefactos a los salteños, ellos repasaron en esa canción los últimos años de sus vidas.

Los aplausos y los vítores de los comensales los regresaron a la realidad. Se miraron entre ellos, todos estaban llorando. Los cinco, más Mechita en el medio, se unieron en un abrazo. Un largo, sentido y húmedo abrazo.

—¡Perdón! —dijo Juan—. Y gracias.

Se quedaron allí un rato. Todos respetaron ese ritual sin saber de qué se trataba, pero algo sí se notaba, que se amaban y que todos habían sufrido mucho.

Don Alberto se colgó del brazo de Dominga, le daba vergüenza que lo vieran llorisqueando, hombre grandote para esas cosas. Dominga le acarició la mano.

—Todo está en orden, don Alberto, todo está en orden, nuestra chiquita volvió a casa —le dijo.

Los salteños querían escuchar más milongas y tangos. Esos bailes elegantes, novedosos. La fiesta estaba comenzando. Pero fue el cura quien les dijo que primero la misa, luego… la fiesta.

—Perdón por la tardanza, es que se me rompió el auto. ¡Qué lo parió! Con los caballos esas cosas no pasan. Me tuve que venir caminando hasta acá cargando a mi amigo —dijo un joven que acababa de llegar; los criados le ayudaron con la caja.

—¡Hola, mi amigo, pensé que no venía! —dijo don Alberto y salió a su encuentro—. Les presento a todos, mi querido amigo Florencio, el Tano Enrico. El maestro del bandoneón.

El Tano era el hijo de un camarada de don Alberto, dueño de la estancia vecina. Saludó a todos con un gesto de cabeza y se unió al asado. Recién cuando estuvo satisfecho se presentó con todos, y luego se fue derecho a donde estaba Teresa. Había sido la primera a la que vio, pero le ganaron las tripas.

—Me llamo Florencio, estos me dicen el Tano. ¿Y usted? Es nueva en la zona, mis ojos jamás olvidarían tanta belleza junta.

Teresa se puso colorada. Luego levantó la vista y lo miró. Un flaco desgarbado con los rulos estirados para atrás.

—Me llamo Teresa —contestó—. Usted, por esas casualidades, ¿sabe tocar tangos, milongas…?

—¡Pero qué dice! Lo que usted ordene mi bandoneón le contesta —sonrió.

Teresa, aún con los ojos llorosos, lo miró y le regaló una sonrisa, de esas típicas de la gallega, abierta, jetona.

El tango, la milonga, bailaron hasta dejar huellas en la tierra. Rieron, lloraron, bebieron. La vida los había premiado, al fin. El Tano no se despegó más de Teresa. Y hasta sabía bailar tangos. Esas cosas del destino, ¿no?

EPÍLOGO

Salta,
Invierno, 1923

Cuando doña Christelle se enteró de las decisiones que había tomado su hijo decidió no regresar a Buenos Aires. Pidió su parte de la herencia y la de sus hijas. No iba a soportar semejante humillación.

A Juan no le sorprendió el reclamo de su madre, vendió todo, les mandó su parte a ella y sus hermanas e invirtió lo suyo en Salta. Cedió a sus asistentes el estudio jurídico que había montado en Buenos Aires; estaban completamente en condiciones de continuar con el trabajo. Se asoció con don Alberto y recuperaron todo lo que había perdido don Zoilo.

Moncho se convirtió en su mano derecha. Se hicieron grandes amigos. Juan lo instruía en todo, incluso en cómo comportarse como un *compadrito*, cosa que enojaba mucho a Celide, que cada día lo celaba más.

Don Alberto, feliz, se convirtió en el padre de todos y Dominga los mimaba como si fueran niños.

Habían decidido asentarse en Salta, Juan y Rosa María se quedaron a vivir en la casa de don Alberto. Juan tenía intenciones de establecer un estudio allí y continuar con el trabajo que hacía en Buenos Aires. Y los fines de semana visitaban a Celide, Teresa, Moncho y Mechita, que vivían en la estancia.

Teresa, como no podía ser de otra manera, hizo renegar un poco al Tano antes de darle el sí. Tenía que reconocer que Florencio se había convertido en la alegría de sus días. Finalmente había recuperado la sonrisa. El Tano no la dejaba en paz, la visitaba todo el tiempo llevándole una gran variedad y tipo de regalos. Un día se apareció con un quirquincho; Teresa casi se muere del susto.

Rosa María sentía la vida dentro de su vientre. Le faltaba poco para ser madre. Estaba de pie, acodada en el alambrado, esperando a Juan. Inspiró el aroma que circulaba por el aire, eran los

corderos que Moncho estaba asando a la cruz. Cada sábado se esmeraba en la comilona familiar.

El horizonte rojizo por el crepúsculo y Juan cabalgando hacia ella habían valido todos los dolores que había sufrido su corazón. Mientras su amado le regalaba esa imagen que quedaría para siempre atesorada en su corazón, ella pensaba en su vida, en todas las cosas que habían sucedido. ¿Cómo las decisiones de algunos pocos podían interferir en la vida de muchos? Cuántas familias destruidas, cuánta pobreza, cuántas muertes sin sentido. ¿Por qué, para qué? Tantas horas que ocupan los gobernantes debatiendo el camino del país, y cuando su propio pueblo se desmorona, se mata entre sí, ¿dónde carajo están?

Las cosas se veían diferentes ahora, contenida por su familia, con un plato de comida caliente que la esperaba. Pero ni una sola noche Rosa María dejó de regalar una plegaria para todas las personas de su querido barrio de La Boca, para quienes habían sido sus amigos, sus vecinos, para don Tulio, para todos los que perdieron a sus familiares en esa tremenda Semana Trágica. Maldita Semana Trágica que cambió el destino de muchos.

Deseaba que las cosas cambiaran con el nuevo presidente. Hacía un año que había asumido Alvear. ¿Lograría acomodar la situación? ¡Ojalá! Pero la Liga Patriótica seguía creciendo, avanzando, tomando el poder al costado del gobierno. Y la clase obrera se defendía como podía. La guerra —como decía Rosa María— seguía caminando las calles, encubierta, escondida, pero seguía. Crecía como una bola de nieve, de esas que comienzan chiquitas y luego se agrandan tanto que destruyen todo a su paso.

“Ojalá que la sangre ya no tiña de rojo La Boca del Riachuelo. ¡Ojalá! Que Dios ilumine el corazón de los que tienen el país en sus manos, que entiendan que son padres de la patria y, como tales, primero tienen que enseñar los valores que hacen a la vida, el respeto por los derechos humanos. Que la patria es de todos, no solo de algunos. Que como gobernantes su obligación es con todo el pueblo, no con sus amigos ni con sus bolsillos. Y por sobre todo que entiendan bien lo que significa la justicia social. Que el progreso se construye con el capital y con la mano de obra, juntas”, pensaba Rosa María y una lágrima rodaba por su mejilla.

Juan llegó hasta donde estaba Rosa María, le estiró la mano y la ayudó a treparse a su caballo. Al paso, juntos, disfrutando del crepúsculo, regresaban a su hogar, a ser felices para siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores. Muchas gracias por leerme y por acompa-ñarme siempre. Los quiero y los agradezco. Ustedes son el corazón de mi lápiz cada día.

A mi atesorada familia, a Gabriel, mi amor, mi compañero de ruta. A Cande y Augus, mis retoños. ¡Gracias por acompañarme, entenderme y dejarme ser en este maravilloso camino que elegí!

A Julieta Obedman, mi editora, por seguir confiando en mis proyectos. ¡Gracias, Juliet!

A Carolina "Carito" Kenigstein, amiga y colega, por recorrer cada letra de esta novela conmigo, como siempre, con tanto amor y profesionalismo. ¡Gracias, comadre, me encantó tu novela: *Victoria*! La recomiendo.

A Claudia Zurueta por ser mi amiga, por ayudarme, escucharme y aguantarme siempre y, especialmente, por poner en mis manos los personajes de Teresa y Mercedes. ¡Gracias, Claudia!

A Alicia Esnaola, mi hermana de la vida, por estar atenta a mis pedidos a cualquier hora a pesar de la distancia, por ser mi familia. Especialmente en este año tan especial para nosotros. ¡Te quiero, amiga!

A Luciana Rossa, por apañar a mi familia cuando salgo de viaje. Por leerme con tanto amor. ¡Gracias, amiga querida! Este verano fue especial para nosotras.

A mi querida amiga Mariela Heinze, por ayudarme siempre, por responder a mis llamados a cualquier hora y con todo el amor enviarme el listado de nombres, significados, nacionalidades. Gracias por ser mi contadora. Sin vos sería todo un caos. ¡Gracias, amiga!

A las bibliotecas populares, centros culturales, municipalidades, cooperativas, Consejo de la Mujer, Carlos Paz Golf, y a todos los que año tras año me invitan a compartir mis novelas.

A los historiadores, amigos, centros de estudios y a todas las personas que pusieron en mis manos libros, ensayos, documentales y testimonios que me ayudaron a desarrollar esta historia.

A mi querida Leonor Rosa Lozano, "la Leo" (como te hubiera gustado que te nombrara), mi mamá. Te extraño, viejita. Y a mi querida Lina Dalmasso, mi suegra; fue muy triste despedirlas casi juntas. Mis ángeles.

A Celide Scatularo, por prestarme su nombre para mi querido personaje Celide. Una lectora que me enamoró apenas la conocí. Los ojos de Celide son los ojos de Celide. ¡Gracias, hermosa

y, como te dije, te llevé conmigo!

A mi tío Florencio Pedro Lozano por hacer fácil mi vida en los momentos más difíciles. Y especialmente por leerme y, como dice él, con sus ochenta y tres pirulos, hasta cualquier hora de la madrugada. ¡Gracias, tío querido!

A Cecilia Bertone y al colegio Instituto Nuevo Milenio, institución a la que admiro, por acompañarme y aliviar mi paso por la literatura, por educar y contener a mis hijos.

Gracias, gracias y gracias...

En una Argentina convulsionada por los coletazos de la Primera Guerra Mundial, inmersa en una situación social y política que parece salirse de control, Rosa María, una jovencita culta e idealista, abandona su Salta natal por Buenos Aires, donde quiere iniciar una nueva vida. Sin embargo, apenas llega a la ciudad cae en las redes de una organización de trata de personas, la Varsovia, que la obliga a trabajar como prostituta en el burdel Las Camelias. Allí, inesperadamente, traba una amistad que será para siempre con tres jóvenes muchachas inmigrantes, también apresadas ilegalmente, que se convertirán en su nueva familia.

El tango y la milonga la llevarán a conocer a Juan, el hijo de un poderoso empresario local y perteneciente a otra clase social, con quien va a comenzar un amor desparejo en contra de los deseos de todos los que los rodean.

Al mismo tiempo, el reclamo de los trabajadores por sus derechos laborales, el anarquismo y la pelea por la justicia social son el escenario que desencadenará la masacre conocida como La Semana Trágica, que dejó centenares de muertos y miles de personas torturadas y detenidas.

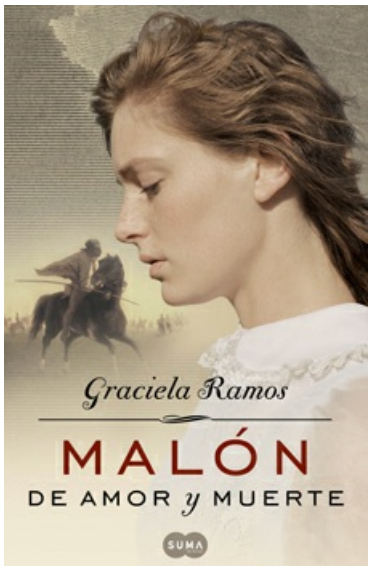
Graciela Ramos vuelve a ofrecernos una historia de amor en el marco de una ciudad y un país estremecidos por los conflictos que dieron inicio a un siglo XX lleno de esperanza, amor y dignidad.



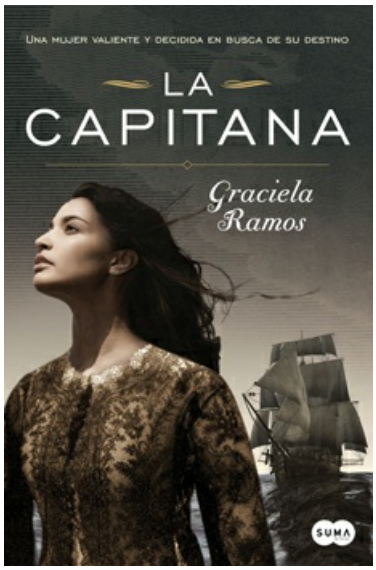
GRACIELA RAMOS

Nació en Devoto, provincia de Córdoba. Egresada de la Universidad Católica de Córdoba con un título en Gestión Gerencial, ocupó distintos cargos en el área de Marketing y Ventas durante muchos años, hasta que decidió que era hora de darle lugar a su siempre postergado deseo de escribir. Es autora del libro para chicos *El juego de la conciencia* y de las novelas histórico-románticas *Lágrimas de la Revolución*, *Malón de amor y muerte*, *La Capitana* y *Los amantes de San Telmo*. Con una infancia viajera, ha terminado por establecerse en Villa Allende, en plena sierra cordobesa, donde vive con su marido y sus hijos. Allí, con una huerta suculenta, se dedica a lo que más le gusta: cocinar, leer y escribir maravillosas historias. *La boca roja del Riachuelo* es su nueva novela.

Foto: © Cecilia Casenave









Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Ramos, Graciela
La boca roja del Riachuelo / Graciela Ramos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Suma de Letras, 2017.
(Romántica)
Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.
ISBN 978-987-739-086-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Raquel Cané
Foto de cubierta: © Getty Images Argentina

Edición en formato digital: julio de 2017
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-739-086-5

Conversión a formato digital: Libresque



Índice

La boca roja del Riachuelo
Dedicatoria
Prólogo
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Segunda parte
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Tercera parte
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos